

CIENT VIDAS POR LA QUE TOMASTEIS.  
UNA VIDA POR CADA AMANECER.




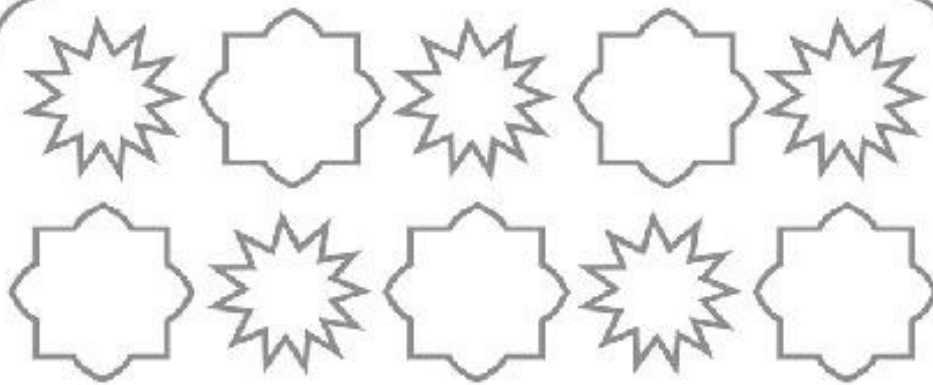
# LA IRA & EL AMANECER

• RENÉE AHDIEH •



Traducción de Carmen Torres y Laura Naranjo

 NOCTURNA  
EDICIONES



RENÉE AHDIEH

# LA IRA Y EL AMANECER

Traducción del inglés  
Carmen Torres y Laura Naranjo



 NOCTURNA  
EDICIONES

Publicado en Estados Unidos por G. P. Putnam's Sons,  
un sello de Penguin Group

© de la obra: Renée Ahdieh, 2015

Publicado por acuerdo con la autora a través de BAROR  
INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

© de la traducción: Carmen Torres y Laura Naranjo, 2017

© del mapa: Russel R. Charpentier, 2015

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

[info@nocturnaediciones.com](mailto:info@nocturnaediciones.com)

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)

Primera edición digital en Nocturna: junio de 2017

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-16858-14-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

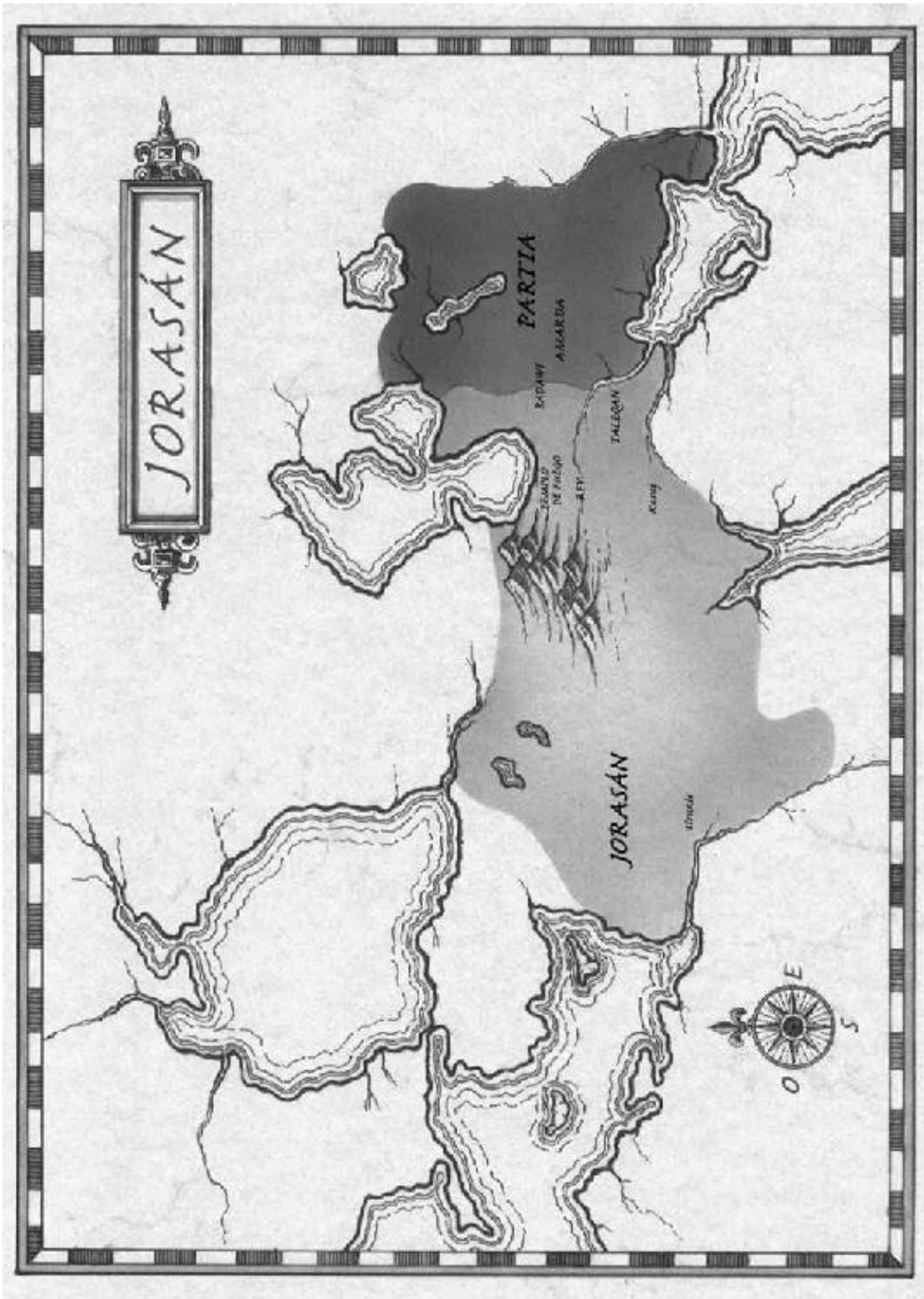


*Para Victor,  
la historia que ocupa el centro de la mía.  
Y para Jessica,  
la primera estrella de mi cielo nocturno.*

*Una vez tuve mil deseos,  
pero en mi único deseo de conocerte,  
todos los demás se disolvieron.*

JALAL AL DIN RUMI





# **LA IRA Y EL AMANECER**



## PRÓLOGO

No sería un amanecer de bienvenida.

Ya el cielo contaba aquella historia, con su triste halo de incitación plateada desde más allá del horizonte.

Un joven acompañaba a su padre en la azotea del palacio de mármol. Ambos contemplaban cómo la pálida luz del sol del nuevo día hacía retroceder la oscuridad con lenta y cuidadosa deliberación.

—¿Dónde está? —preguntó el chico.

Su padre no desvió la vista hacia él.

—No ha abandonado sus aposentos desde que dio la orden.

El joven se pasó una mano por el pelo ondulado mientras soltaba una larga exhalación.

—Estallarán revueltas en las calles por esto.

—Y tú las apaciguarás de inmediato. —Fue una respuesta concisa que, sin embargo, dejaba entrever un sombrío atisbo de luz.

—¿De inmediato? ¿No creéis que una madre y un padre, sean cuales sean su cuna y su rango, no lucharán por vengar a su hija?

Por fin, el padre miró a su hijo. Tenía los ojos demacrados y hundidos, como si algo tirase de ellos desde dentro.

—Lucharán. Deben luchar. Y tú te asegurarás de que todo quede en nada. Cumplirás tu deber para con tu rey. ¿Lo entiendes?

El joven hizo una pausa.

—Lo entiendo.

—¿General Al Juri?

El padre se giró hacia el soldado que apareció a sus espaldas.

—¿Sí?

—Está hecho.

El padre asintió y el soldado se marchó.

Los dos hombres volvieron a alzar la mirada al cielo.

A la espera.

Una gota de lluvia impactó en la árida superficie que yacía a sus pies y se desvaneció en la piedra parda. Otra tintineó en la barandilla de hierro antes de resbalar y precipitarse en la nada.

Pronto, la lluvia empezó a caer a su alrededor a un ritmo constante.

—Ahí tienes la prueba —dijo el general con la voz teñida de angustia silenciosa.

El joven no respondió en el acto.

—No puede soportar esto, padre.

—Sí puede. Es fuerte.

—Nunca habéis comprendido a Jalid. No se trata de fuerza. Se trata de sustancia. Lo que está por venir destruirá lo que queda de él y dejará una cáscara..., una sombra de lo que una vez fue.

El general hizo un gesto de dolor.

—¿Crees que yo quería esto para él? Me ahogaría en mi propia sangre para evitarlo, pero no tenemos elección.

El joven negó con la cabeza y se limpió las gotas de lluvia que le caían por la barbilla.

—Me niego a creerlo.

—Jalal...

—Debe haber otro modo. —Tras decir eso, el joven dio media vuelta, se apartó de la barandilla y se esfumó escaleras abajo.

Por toda la ciudad, los pozos, que llevaban tanto tiempo secos, empezaron



a llenarse. Aljibes resquebrajados y abrasados por el sol resplandecían con charcos de esperanza, y la gente de Rey despertó a una nueva dicha. Salieron corriendo a las calles y alzaron sus sonrientes caras al cielo.

Sin conocer el precio.

Y en las profundidades del palacio de mármol y piedra, un chico de dieciocho años permanecía sentado a solas ante una mesa de ébano pulido...

Escuchando la lluvia.

La única luz de la habitación se reflejaba en sus ojos ambarinos.

Una luz acosada por la oscuridad.

El muchacho apoyó los codos en las rodillas y se rodeó la frente con las manos. Luego se tapó los ojos y las palabras resonaron a su alrededor, abarrotando sus oídos con la promesa de una vida anclada en el pasado.

De una vida expiando sus pecados.

«Cien vidas por la que tomasteis. Una vida por cada amanecer. Si falláis una sola vez, os arrebataré vuestros sueños, os arrebataré vuestra ciudad.

Y os arrebataré estas vidas multiplicadas por mil».



# MEDITACIONES SOBRE LA GASA Y EL ORO

No eran amables. ¿Y por qué habrían de serlo?

Después de todo, no esperaban que sobreviviera más allá de la mañana siguiente.

Las manos que tiraban con peines de marfil de la larga melena de Sherezade y untaban aceite de sándalo en sus brazos bronceados lo hacían con una cruel indiferencia.

Sherezade observó cómo una joven sirvienta espolvoreaba sus hombros desnudos con copos dorados que captaban la luz del sol poniente.

Una brisa hacía ondear las cortinas de seda que recubrían las paredes de la alcoba. El dulce aroma a azahar se colaba por las celosías de madera que daban a la terraza, como susurros de una libertad ahora inalcanzable.

«Esta ha sido mi decisión. Acuérdate de Shiva».

—No llevo collares —protestó Sherezade cuando otra chica empezó a abrocharle en torno a la garganta uno gigante con joyas engarzadas.

—Es un regalo del califa. Debéis llevarlo, mi señora.

Se quedó mirando a la chica menuda con divertida incredulidad.

—Y si no me lo pongo, ¿me matará?

—Por favor, mi señora, yo...

Sherezade suspiró.

—Supongo que no es momento de hacer esto...

—No, mi señora.

—Me llamo Sherezade.

—Lo sé, mi señora. —La joven apartó la vista, incómoda, antes de girarse para ayudarle con el manto dorado.

Cuando entre las dos mujeres le colocaron la pesada prenda sobre los hombros brillantes, Sherezade examinó el resultado final delante del espejo. Su pelo azabache resplandecía como obsidiana pulida y sus ojos avellana estaban perfilados con rayas alternas de kohl negro y oro líquido. En el centro de la frente le colgaba un rubí con forma de lágrima del tamaño de un pulgar; su gemelo pendía de una cadenita alrededor de su cintura descubierta rozando el fajín de seda de sus pantalones. El manto era de damasco pálido con hilos de plata y oro que se entremezclaban formando un intrincado patrón que se iba haciendo cada vez más caótico a medida que se ensanchaba por los pies.

«Parezco un pavo real bañado en oro».

—¿Todas iban tan ridículas como yo? —preguntó.

De nuevo, las dos jóvenes desviaron la mirada con incomodidad.

«Estoy segura de que Shiva no parecía tan ridícula... —Su semblante se endureció—. Shiva estaría preciosa. Preciosa y segura de sí misma».

Se clavó las uñas en las palmas, dejando unas medialunas de acerada determinación.

Cuando llamaron con suavidad a la puerta, tres cabezas se volvieron... conteniendo el aliento al unísono.

A pesar de su fortaleza recién descubierta, le empezó a martillar el corazón.

—¿Puedo pasar? —La suave voz de su padre rompió el silencio, suplicante y aderezada con una disculpa tácita.

Ella exhaló despacio... con disimulo.

—*Baba*, ¿qué estás haciendo aquí? —Sus palabras eran pacientes, pero precavidas.

Jahandar al Jayzurán entró en la alcoba arrastrando los pies. Tenía la barba y las sienes salpicadas de gris, y la miríada de colores de sus ojos avellana chispeaba y cambiaba como el mar en mitad de una tormenta.

En la mano sujetaba un capullo de rosa, con el centro incoloro y las puntas de los pétalos teñidas de un hermoso malva subido.

—¿Dónde está Irsa? —preguntó Sherezade con cierto tono de alarma.

Su padre sonrió con tristeza.

—Está en casa. No la he dejado venir conmigo, por mucho que se empeñara y peleara hasta el último momento.

«Al menos en esto no ha ignorado mis deseos».

—Deberías estar con ella. Te necesita esta noche. Por favor, hazlo por mí, *baba*. Haz lo que acordamos. —Le cogió la mano libre y se la apretó, rogándole con el gesto que siguiera con los planes que había trazado días antes.

—No..., no puedo, hija mía. —Jahandar bajó la cabeza y un sollozo le subió por el pecho mientras sus delgados hombros temblaban por la pena—. Sherezade...

—Sé fuerte. Por Irsa. Te prometo que todo irá bien. —Ella le posó la palma en la frente curtida y le apartó las lágrimas de la mejilla.

—No puedo. La mera idea de que este podría ser tu último atardecer...

—No será el último. Mañana lo volveré a ver, te lo juro.

Jahandar asintió, aunque su tristeza no se mitigó lo más mínimo. Le entregó la rosa.

—La última de mi jardín; todavía no ha florecido del todo, pero quería traerte un recuerdo de casa.

Sherezade sonrió al cogerla; el amor que se profesaban iba mucho más allá de la gratitud, pero él la detuvo. Cuando se dio cuenta del motivo, empezó a protestar.

—No. En esto, por lo menos, tal vez pueda hacer algo por ti —murmuró, casi para sí mismo. Contempló la rosa con el ceño fruncido y la boca contraída.

Una de las sirvientas se tosió en el puño y la otra bajó la vista al suelo.

Sherezade esperó paciente. A sabiendas.

La rosa empezó a desplegarse. Sus pétalos se abrieron, traídos a la vida por una mano invisible. Conforme se expandía, un delicioso perfume impregnó el espacio que los separaba, dulce y perfecto durante un instante... pero enseguida se volvió embriagador. Empalagoso. Y, en un abrir y cerrar de ojos, los bordes de la flor cambiaron de un rosa vivo y brillante a un teja sombrío.

Y luego la rosa se empezó a marchitar.

Jahandar observó abatido cómo sus pétalos secos languidecían hasta aterrizar en el blanco mármol a sus pies.

—Lo..., lo siento, Sherezade —se lamentó.

—No importa. Nunca olvidaré lo hermosa que ha sido durante ese instante, *baba*. —Le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí. Luego, en voz tan baja que sólo él podía oírla, le dijo al oído—: Ve con Tariq, como prometiste. Recoge a Irsa e id los dos.

Él asintió con ojos vidriosos.

—Te quiero, mi niña.

—Yo también te quiero. Mantendré mis promesas. Todas ellas.

Derrotado, Jahandar pestañeó en silencio ante su hija mayor.

Esta vez, la llamada a la puerta fue más contundente.

La cabeza de Sherezade dio un latigazo en su dirección y el rubí rojo sangre de su frente se balanceó a la par. La joven se puso recta y elevó su afilada barbilla.

Jahandar permaneció a su lado tapándose la cara con las manos; su hija se

adelantó.

—Lo siento, lo siento mucho —le susurró antes de cruzar el umbral a zancadas para seguir al contingente de guardias que guiaban el cortejo. El hombre cayó de rodillas y estalló en sollozos cuando Sherezade dobló la esquina y desapareció.

Con la pena de su padre resonando en los cavernosos pasillos del palacio, los pies de Sherezade se negaron a obedecerla más allá de unos pocos pasos. Al notar que las rodillas le temblaban bajo la fina seda de sus voluminosos pantalones *sirwal*, se detuvo en seco.

—¿Mi señora? —le soltó uno de los guardias con tono aburrido.

—Puede esperar —resolló Sherezade.

Los guardias intercambiaron una mirada.

Sus propias lágrimas amenazaban con correrle por las mejillas y delatarla, y se llevó una mano al pecho. De manera inconsciente, buscó a tientas el borde del grueso collar de oro que tenía abrochado en torno a la garganta, adornado con gemas descomunales de indecible variedad. Era muy pesado..., la asfixiaba. Parecía una cadena enjorada. Dejó que sus dedos asieran el maldito instrumento y por un momento pensó en arrancárselo del cuello.

La rabia la consolaba. Era un buen recordatorio.

«Shiva».

Su queridísima amiga. Su mayor confidente.

Entonces curvó los dedos en sus sandalias trenzadas en oro, se irguió una vez más y, sin mediar palabra, reanudó la marcha.

Los guardias volvieron a mirarse durante unos instantes.

Cuando llegaron a las inmensas puertas dobles que conducían al salón del trono, Sherezade se percató de que el corazón le latía dos veces más rápido de lo normal. Las puertas se abrieron con un quejido dilatado y ella se fijó en su objetivo, ignorando todo cuanto la rodeaba.

Al fondo del inmenso salón estaba Jalid ben al Rashid, el califa de Jorasán.

El Rey de Reyes.

«El monstruo de mis pesadillas».

A cada paso que daba, sentía hervir el odio en su sangre junto con la claridad de su propósito. Clavó la vista en él sin vacilar. Su porte orgulloso destacaba entre los hombres de su séquito y los detalles empezaron a perfilarse a medida que se acercaba a él.

Era alto y delgado, con la hechura de un joven diestro en la guerra. Tenía el pelo moreno y liso y lo llevaba peinado de tal manera que sugería una ineludible predilección por el orden.

Cuando Sherezade subió al estrado, levantó la vista hacia él sin claudicar, aunque tuviera delante al mismísimo rey.

El joven arqueó ligeramente sus pobladas cejas. Estas enmarcaban unos ojos de un marrón tan claro que, en función de la luz, parecían ámbar, similares a los de un tigre. Tenía el perfil anguloso propio de un estudio artístico y permanecía inmóvil mientras correspondía a su atento escrutinio.

Una cara que cortaba; una mirada que atravesaba.

Le tendió una mano.

Justo cuando ella alargaba la palma para cogérsela, se acordó de la reverencia.

La ira le bullía bajo la superficie, haciéndola ruborizarse.

Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, él pestañeó una vez.

—Esposa. —Asintió.

—Mi rey.

«Viviré para ver el atardecer de mañana. No lo dudéis. Os juro que viviré para ver todos los atardeceres posibles.

Y que os mataré.

Con mis propias manos».





## SÓLO UNA

El halcón sobrevolaba el cielo nublado de media tarde con las alas impulsadas por una corriente de aire y los ojos oteando la maleza del monte bajo.

Al detectar la más leve señal de movimiento, la rapaz ciñó las alas contra su cuerpo y, convertida en un amasijo de garras y plumas grises azuladas, se precipitó hacia la tierra.

La silueta cubierta de pelaje, que chillaba y corría por la maleza, no tenía la menor oportunidad de escapar. Pronto, el repiqueteo de unos cascos que levantaban un remolino de arena a su paso se hizo patente.

Los dos jinetes se detuvieron a una distancia prudencial del halcón y su presa.

Con el sol a su espalda, el primer jinete, que iba a lomos de un brillante garañón zaino al jamsa, extendió el brazo izquierdo y emitió un silbido bajo y suave.

El halcón se giró y estrechó sus ojos ribeteados de amarillo. Luego se elevó en el aire una vez más y aterrizó incrustando las garras en la mangala de cuero que protegía el antebrazo del jinete de la muñeca al codo.

—¡Maldita seas, *Zoraya*! He perdido otra apuesta —se quejó el segundo jinete al pájaro.

El halconero sonrió de oreja a oreja a Rahim, su amigo desde la infancia.

—Deja ya de quejarte. Ella no tiene la culpa de que seas incapaz de aprender una simple lección.

—Tienes suerte de que sea tan tonto. ¿Quién más iba a soportar tu

compañía durante tanto tiempo, Tariq?

Este se rió por lo bajo.

—En tal caso, quizá debería dejar de mentirle a tu madre sobre lo listo que te has vuelto.

—Por supuesto. ¿Es que alguna vez le he mentido yo a la tuya?

—Ingrato. Baja y recoge la presa.

—No soy tu sirviente. Hazlo tú.

—De acuerdo. Aguanta esto. —Tariq estiró el antebrazo y le tendió a *Zoraya*, que seguía esperando con paciencia en su percha. Cuando el halcón se dio cuenta de que lo pasaban a Rahim, aleteó y chilló en señal de protesta.

Él retrocedió, alarmado.

—Ese pájaro del demonio me odia.

—Porque sabe calar bien a las personas. —Tariq sonrió.

—Y hace gala de un mal genio imperecedero —refunfuñó Rahim—. La verdad, es peor que Shezi.

—Otra chica con un gusto exquisito.

Rahim puso los ojos en blanco.

—Una valoración un tanto interesada, ¿no te parece? Teniendo en cuenta que lo único que tienen en común eres tú.

—Reducir a Sherezade al Jayzurán a semejante noción puede ser la causa de que siempre te halles en el extremo receptor de su genio. Te aseguro que tanto *Zoraya* como Shezi tienen mucho más en común que a mí. Ahora deja de perder el tiempo y bájate de ese maldito roano para que podamos irnos a casa.

Rahim, que seguía refunfuñando, desmontó de su ajal-teké gris; su yegua brillaba como peltre bruñido por el sol del desierto.

Tariq examinó el estrecho de arena y matorrales secos que se extendía por el horizonte. Unas olas abrasadoras de calor emergían de un mar de adobe y

ocre oscuro, propagándose en forma de manchas azules y blancas por el cielo.

Con la presa de *Zoraya* ya guardada en el morral de cuero fijado a su silla, Rahim volvió a subirse al caballo, empleando la gracia de un joven noble entrenado en aquel arte desde la niñez.

—En cuanto a la apuesta de antes relacionada con el pájaro... —Rahim se fue apagando.

Tariq gruñó cuando vio la mirada de determinación en su rostro.

—No.

—Porque sabes que vas a perder.

—Tú eres mejor jinete que yo.

—Tú tienes mejor caballo. Tu padre es un emir. Además, yo ya he perdido una apuesta hoy. Dame una oportunidad para resarcirme —insistió Rahim.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir con estos juegos?

—Hasta que te gane. En todos y cada uno de ellos.

—Entonces, jugaremos hasta el infinito —bromeó Tariq.

—Bastardo. —Rahim reprimió una sonrisa al coger las riendas—. Pues ahora ni siquiera voy a intentar jugar limpio. —Hundió los talones en la yegua y salió disparado en dirección contraria.

—Necio. —Tariq rió mientras liberaba a *Zoraya* hacia las nubes y se inclinaba sobre el cuello de su semental. Al oír el chasquido de su lengua, el animal sacudió las crines y resopló. Tariq tiró de las riendas y el caballo árabe se encabritó sobre sus enormes cascos antes de lanzarse por la arena y de que sus poderosas patas levantaran un remolino de polvo y piedras.

El *rida'* blanco de Tariq se inflaba a su espalda y la capucha amenazaba con salir volando a pesar de que una cinta de cuero la sujetaba en su sitio.

Cuando rodearon la última duna, una fortaleza amurallada de piedra parda y mortero gris emergió de las arenas con sus torretas abovedadas coronadas

por espirales de cobre teñidas por la pátina turquesa del tiempo.

—¡El hijo del emir se aproxima! —gritó un centinela cuando Rahim y Tariq se acercaron a las puertas traseras, que se abrieron de par en par casi sin demora.

Los sirvientes y los jornaleros se apartaron en desbandada cuando Rahim pasó como una exhalación por entre las puertas de hierro aún chirriantes, seguido de cerca por Tariq. Una cesta de caquis cayó al suelo y su contenido rodó por la explanada antes de que un anciano quejumbroso se agachara con mil esfuerzos para recoger la obstinada fruta naranja.

Ajenos al caos que habían originado, los dos jóvenes nobles refrenaron a sus caballos cerca del centro del amplio patio.

—¿Qué se siente... al verse superado por un necio? —se mofó Rahim con los ojos añiles chispeantes.

Tariq elevó una de las comisuras de la boca, divertido, se bajó balanceándose de la silla y se echó hacia atrás la capucha de su *rida*'. Luego se pasó una mano por la rebelde maraña de pelo ondulado. Unos granos de arena le cayeron sobre la cara y parpadeó con fuerza para eludirlos.

El sonido de la risa ahogada de Rahim sonó a su espalda.

Tariq abrió los ojos.

La joven sirvienta que estaba plantada ante él apartó la mirada a toda prisa y sus mejillas se sonrojaron. La bandeja que sostenía con dos vasos de plata llenos de agua empezó a temblar.

—Gracias. —Tariq sonrió mientras alcanzaba uno.

El rubor de la chica se intensificó y el temblor empeoró.

Rahim se le acercó. Cogió su propio vaso y asintió hacia la muchacha antes de que esta diera media vuelta y se alejara corriendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Tariq le dio un empujón. Fuerte.

—So zoquete.

—Creo que esa pobre chica está medio enamorada de ti. Después de otra penosa exhibición ecuestre, deberías estar más que agradecido a la mano del destino que te otorgó ese aspecto.

Tariq lo ignoró y se giró para asimilar las vistas del patio. A la derecha, avistó al anciano sirviente encorvado sobre un montón de caquis desparramados a sus pies por el granito. Se abalanzó hacia él y se agachó doblando una rodilla para ayudarlo a colocar la fruta en una cesta.

—Gracias, *sahib*. —El hombre inclinó la cabeza y se tocó la frente con la punta de los dedos de la mano derecha en señal de respeto.

Los ojos de Tariq se suavizaron y su mezcla de colores titiló en la sombra. Sus brillantes iris plateados se convirtieron en anillos de la ceniza más oscura y sus pestañas negras aletearon en la suave piel de sus párpados. El aire de severidad de sus cejas se difuminó con la presta aparición de su sonrisa. Una barba de un día oscurecía la línea angulosa de su mandíbula, acentuando aún más su simetría finamente forjada.

Tariq asintió ante el anciano y le devolvió el ademán habitual.

Sobre sus cabezas, el chillido de *Zoraya* resonó en el cielo con la exigencia de una atención inmediata. Tariq meneó la cabeza, fingiendo irritación, y le silbó. El ave bajó en picado con un magnífico chirrido que surcó otra porción del patio. Una vez más, se posó en la mangala estirada de Tariq y se acicaló las plumas mientras él se la llevaba a la jaula para alimentarla.

—¿No te parece que tienes a ese pájaro un poco... consentido? —Rahim estudió a la hembra de halcón mientras el animal engullía una tira entera de carne seca sin respirar siquiera.

—Es la mejor cazadora del reino.

—Sin embargo, estoy convencido de que, si matara a alguien, dejarías que

se fuera de rositas. ¿Es esa tu intención?

Antes de que Tariq pudiera responder, uno de los consejeros más allegados de su padre apareció en el pasaje abovedado que daba al vestíbulo.

—¿*Sahib*? El emir requiere vuestra presencia.

Tariq juntó las cejas.

—¿Ocurre algo?

—Ha llegado un mensajero de Rey no hace mucho.

—¿Eso es todo? —dijo indignado—. ¿Una carta de Shezi? Eso no merece una audiencia formal.

Tariq escrutó al consejero, asimilando las profundas arrugas que le surcaban la frente y lo fuerte que tenía entrelazados los dedos.

—¿Qué ha ocurrido?

El consejero eludió la respuesta.

—Por favor, *sahib*. Venid conmigo.

Rahim siguió a Tariq y al consejero por el vestíbulo con columnas de mármol y más allá de la galería, a cielo descubierto, con sus fuentes embaldosadas de teselas vidriadas. Un chorro uniforme de agua rutilante caía de la boca de un león de bronce dorado.

Entraron en el salón principal y encontraron a Nasir al Ziyad, emir de la cuarta fortaleza más rica de Jorasán, sentado con su esposa a una mesa baja. Tenían la cena dispuesta delante, intacta.

Era obvio que su madre había estado llorando.

Tariq se detuvo en seco ante semejante escena.

—¿Padre?

El emir exhaló un suspiro y levantó la afligida mirada para afrontar la de su hijo.

—Tariq, esta tarde hemos recibido una carta de Rey. De Sherezade.

—Dádmela. —Emitió la petición en voz baja. Brusca.

—Iba dirigida a mí. Hay un fragmento que estaba reservado para ti, pero el...

Su madre rompió a llorar.

—¿Cómo ha podido pasar esto?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tariq, elevando la voz—. Dadme la carta.

—Es demasiado tarde. No hay nada que puedas hacer —contestó el emir con un suspiro.

—Primero Shiva. Luego, presa de la pena, mi hermana se quitó la... —La mujer se estremeció—. ¿Y ahora Sherezade? ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Por qué? —Su madre gimoteaba.

Tariq se quedó petrificado.

—Ya sabéis por qué —rugió el emir en tono bajo—. Lo ha hecho por Shiva. Por Shiva. Por todos nosotros.

Al oír esto, la madre de Tariq se levantó de la mesa y salió corriendo: sus sollozos fueron aumentando en intensidad y volumen a cada paso.

—Oh, Dios. Shezi. ¿Qué has hecho? —susurró Rahim.

Tariq se quedó quieto, con el rostro inexpresivo e inescrutable.

El emir se levantó y se encaminó hacia su hijo.

—Hijo, tú...

—Dadme la carta —le repitió él.

Con ceñuda resignación, el emir le cedió el pergamino.

La letra familiar de Sherezade llenaba la página, tan imperiosa y tosca como siempre. Tariq dejó de leer cuando empezó a dirigirse a él. La disculpa. Las palabras de arrepentimiento por su traición. La gratitud por su comprensión.

No más. No podía soportarlo. No de ella.

El borde del pergamino se arrugó en su puño.

—No hay nada que puedas hacer —le reiteró el emir—. La boda es hoy. Si lo consigue... Si ella...

—No lo digáis, padre. Os lo ruego.

—Debe decirse. Estas verdades, por muy duras que sean, deben decirse. Debemos hacer frente a esto como una familia. Tus tíos nunca se enfrentaron a la pérdida de Shiva, y mira lo que acarreó la muerte de su hija.

Tariq cerró los ojos.

—Aunque Sherezade sobreviviese, no hay nada que podamos hacer. Todo ha terminado. Debemos aceptarlo, por muy difícil que nos resulte. Sé lo que sientes por ella; lo entiendo perfectamente. Tardarás un tiempo. Pero descubrirás que puedes encontrar la felicidad con otra persona..., que hay otras jóvenes en el mundo. Con el tiempo, lo comprenderás.

—No hay necesidad.

—¿Disculpa?

—Ya lo entiendo. Perfectamente.

El emir miró a su hijo con sorpresa.

—Comprendo vuestras razones. Todas ellas. Ahora necesito que comprendáis las mías. Sé que hay más mujeres en el mundo. Sé que soy capaz de encontrar algo de felicidad con otra chica. Con el tiempo, supongo que todo puede llegar a ocurrir.

El emir asintió.

—Bien. Es lo mejor, Tariq.

Rahim los contemplaba perplejo.

Tariq prosiguió con los ojos plateados destellándole:

—Pero entended esto: no importa cuántas jóvenes perfectas pongáis en mi camino, sólo hay una Sherezade. —Y, acto seguido, arrojó el pergamino al suelo, giró sobre sus talones y estrelló las palmas de las manos contras las puertas para abrirlas de par en par.



Rahim intercambió una mirada reflexiva con el emir antes de seguir a Tariq. Volvieron sobre sus pasos hasta el patio y Tariq hizo señas para que les trajesen los caballos. Su compañero no habló hasta que tuvieron ambas monturas delante.

—¿Cuál es el plan? —preguntó con tacto—. ¿Tienes alguno?

Tariq hizo una pausa.

—No tienes que venir conmigo.

—¿Y ahora quién es el necio? ¿Es que tú eres el único que quiere a Shezi? ¿Que quería a Shiva? No seré pariente de sangre, pero ellas siempre formarán parte de mi familia.

Tariq se volvió hacia su amigo.

—Gracias, *Rahim-jan*.

El chico, más alto y desgarbado, le sonrió.

—No me des las gracias todavía. Seguimos necesitando un plan. Dime, ¿qué piensas hacer? —Vaciló—. ¿Hay algo que puedas hacer?

Tariq tensó la mandíbula.

—Mientras el gobernador de Jorasán respire, siempre habrá algo que pueda hacer... —Su mano izquierda cayó hasta la empuñadura de la espada elegantemente curvada que llevaba a la cadera—. Lo que mejor sé hacer.



## EL VELO

Sherezade estaba sentada a solas en su alcoba, en el centro de un colchón con plataforma cubierto por una montaña de almohadones forrados de telas brillantes. La cama estaba rodeada por un fino velo de seda de araña que temblaba con una estremecedora laxitud al menor movimiento. Tenía las rodillas pegadas al pecho y los dedos entrelazados alrededor de los tobillos.

Sus ojos avellana estaban fijos en las puertas.

Llevaba casi toda la noche en aquella postura. Cada vez que se aventuraba a cambiar de posición, los nervios la atenazaban.

«¿Dónde está?».

Exhaló con fuerza y se ciñó aún más las manos a los pies.

El pánico que había combatido durante la última hora no tardó en caer sobre ella como un martillo que golpeará el yunque de un herrero.

«¿Y si no viene a verme esta noche?».

—Oh, Dios —murmuró, rompiendo la quietud.

«De ser así, le habré mentido a todo el mundo. Habré roto todas mis promesas».

Sherezade meneó la cabeza. El corazón le zumbaba en los oídos y le costaba más trabajo respirar.

«No quiero morir».

Aquellos pensamientos macabros se enganchaban a los bordes de su compostura y la arrastraban hacia el insondable reino del terror, un terror que hasta ahora había logrado mantener a raya.

«¿Cómo sobrevivirá *baba* si me matan? ¿E Irsa?».

Tariq.

—¡Para! —Aquella palabra resonó en la profunda oscuridad. Era una tontería, pero necesitaba que algo, cualquier cosa, llenara el tortuoso silencio, aunque sólo fuera un instante.

Se llevó las manos a las sienes y obligó al terror a retroceder...

A encerrarse en su corazón revestido de acero.

Y entonces las puertas se abrieron con un grave crujido.

Sherezade dejó caer las manos a ambos lados y las apoyó en los suaves cojines.

Un criado hizo su aparición, acarreado unas velas de aloe y ámbar gris que emanaban un débil perfume y una luz delicada, seguido de una chica que portaba una bandeja con vino y comida. Los sirvientes dejaron los objetos en la alcoba y se marcharon sin mirarla siquiera.

Al cabo de un momento, el califa de Jorasán emergió en el umbral.

Esperó, con actitud reflexiva, antes de entrar en la estancia y cerrar las puertas a su espalda.

A la suave luz de las velas, sus ojos de tigre parecían todavía más calculadores y distantes. Las líneas de su rostro se ensombrecieron cuando se apartó de la luz, acentuando las angulosas hendiduras de sus rasgos.

Un semblante inamovible. Frío y amenazante.

Sherezade estiró los dedos bajo las rodillas.

—Me han dicho que vuestro padre sirvió al mío como visir. —Su voz era grave y modesta. Casi... amable.

—Sí, sayidi. Era consejero de vuestro padre.

—Y ahora trabaja como conservador.

—Sí, sayidi. De textos antiguos.

La miró de frente.

—Un cambio considerable.

Sherezade se tragó su indignación.

—Tal vez. No era un visir de alto rango.

—Ya veo.

«Vos no veis nada».

Le devolvió la mirada con la esperanza de que el mosaico de color de sus ojos escondiera los pensamientos que corrían desenfrenados a su amparo.

—¿Y qué os hizo presentaros voluntaria, Sherezade al Jayzurán?

Ella no respondió, así que continuó:

—¿Qué os llevó a hacer algo tan insensato?

—¿Perdón?

—Quizá fuera el aliciente de casaros con un rey. O la vana esperanza de ser la afortunada que acabara ganándose el corazón de un monstruo con un poco de esfuerzo. —Lo dijo sin emoción, escrutando su rostro.

A Sherezade se le aceleró el pulso hasta convertirse en un redoble militar.

—No abrigo falsas esperanzas, sayidi.

—Entonces, ¿por qué os ofrecisteis voluntaria? ¿Por qué queréis desperdiciar vuestra vida a los diecisiete años?

—Tengo dieciséis. —Entornó los ojos—. Y no sé por qué habría de importar.

—Respondedme.

—No.

Él hizo una pausa.

—¿Sabéis que podríais morir por esto?

Sherezade tensó aún más los dedos en un gesto casi doloroso.

—No me sorprende oírlo, *sayidi*. Pero, si de verdad deseáis respuestas, no las conseguiréis matándome.

Una chispa cruzó la cara del califa y se demoró en las comisuras de sus labios, pero se desvaneció tan rápido que no llegó a captar su significado.

—Supongo que no. —Se interrumpió, de nuevo con actitud reflexiva.

Sherezade observó cómo se retiraba; un velo se había posado sobre los duros ángulos de su perfil.

«No».

Se levantó de la cama y dio un paso hacia él.

Al ver que volvía la cabeza en su dirección, se acercó más.

—Os lo he dicho. No creáis que vais a ser la que rompa el círculo.

La joven apretó los dientes.

—Y yo también os lo he dicho: no abrigo falsas esperanzas. De ninguna clase. —Continuó avanzando sin flaquear hasta que se colocó a un brazo de distancia.

Él la observó fijamente.

—Ya habéis entregado vuestra vida. No espero... nada más.

En respuesta, Sherezade se llevó la mano a la garganta y empezó a desabrocharse el collar enjorado que todavía llevaba puesto.

—No. —Él le cogió la mano—. Dejáoslo. —Vaciló antes de deslizarle los dedos por la nuca.

Al sentir aquel contacto perturbadoramente familiar, Sherezade reprimió el impulso de apartarse asqueada y arremeter contra él con todo el dolor y la rabia que la dominaban.

«No seas estúpida. Sólo tendrás una oportunidad. No la desaproveches».

Aquel niño-rey, aquel asesino... No permitiría que destrozara a otra familia. Que le arrebatara a otra chica su mejor amiga, que la privara de una vida llena de recuerdos que habían sido y que nunca serían.

Alzó la barbilla y se tragó la bilis, que le dejó un regusto amargo en la lengua.

—¿Por qué estáis aquí? —susurró. Sus ojos de tigre seguían estudiándola.

Sherezade levantó una de las comisuras de la boca a modo de respuesta

sardónica.

Le cogió la mano.

Con cuidado.

Luego se quitó el pesado manto de los hombros y lo dejó caer al suelo.

Irsa estaba sentada a horcajadas en su yegua rodada en el callejón más cercano al edificio que albergaba los textos más antiguos y oscuros de Rey. La biblioteca de la ciudad había sido una vez un lugar grandioso, lleno de columnas y recubierto de piedras juiciosamente talladas procedentes de las mejores canteras de Tirazis. Con los años, la fachada se había oscurecido y profundas grietas surcaban su superficie, la peor de las cuales se había intentado tapar con torpeza. Todos los bordes visibles estaban desgastados y el glorioso lustre de antaño había quedado reducido a una maraña de marrones y grises.

Cuando los caballos que tenía detrás se agitaron en medio del denso silencio previo al amanecer, Irsa miró por encima de su hombro en señal de disculpa. Abrió la boca para tranquilizar al joven cochero, pero la fragilidad de su voz la obligó a aclararse la garganta para poder hablar.

—Lo siento —le susurró al chico después de una discreta tos—. No sé por qué se retrasa. Estoy segura de que no tardará. —La yegua sacudió la oreja izquierda cuando Irsa se revolvió en su silla.

—No es asunto mío, señorita. Mientras se me pague lo que es debido. Pero si vuestro padre desea traspasar las puertas de la ciudad antes del amanecer, deberíamos irnos pronto.

Ella asintió y, al pensar en las palabras del chico, notó que se le formaba otro nudo en el estómago.

Muy pronto se marcharía de la ciudad de su infancia, de la ciudad en la que había vivido catorce años. Antes, bajo el refugio de la noche y sin apenas

planificarlo, había echado casi todo lo de valor en el carro cubierto que tenía a su espalda, consciente de que su vida ya nunca sería la misma.

Era extraño que nada de aquello le importara ahora. Al menos, de momento.

Lo único en lo que podía pensar —la razón por la que le raspaba la garganta y se le había hecho un nudo en el estómago— era Sherezade.

Su mandona y cabezota hermana mayor.

Su amiga fiel y valiente.

Los ojos se le volvieron a anegar de lágrimas calientes, por mucho que hubiera jurado que no derramaría ni una más. Frustrada, se restregó las mejillas irritadas con el dorso de la mano.

—¿Os ocurre algo, señorita? —preguntó el cochero con tono cercano a la compasión.

Por supuesto que le ocurría algo, pero, si querían mantenerse a salvo de los fisgones, no podía contarle nada. Sherezade había sido muy clara al respecto.

—No, nada. Gracias por preguntar.

El chico asintió y volvió a adoptar una pose desinteresada.

Irsa reflexionó sobre el viaje que tenían por delante. Tardarían tres duros días en llegar a Taleqan, la fortaleza de la familia de Tariq. Meneó la cabeza, desconcertada; después de todo lo que había ocurrido, sólo Sherezade tendría la osadía de enviarlos al hogar de su amor de juventud. Cada vez que Irsa se paraba a pensar en Tariq y en su familia, sus rasgos aññados se contraían de preocupación...

Y remordimientos.

Soltó un suspiro de cansancio y bajó la vista a las riendas. La crin de su yegua blanca moteada se agitó cuando una ráfaga de viento sopló por el callejón.

—¿Por qué tarda tanto? —dijo Irsa a nadie en particular.

En ese preciso instante, la pesada puerta de madera de la entrada lateral de la biblioteca se abrió con un chirrido y la figura encapuchada de su padre irrumpió en la noche dando traspies.

Acarreaba algo en los brazos, apretado contra su pecho.

—¿*Baba*? ¿Va todo bien?

—Lo siento mucho, querida. Todo va bien. Ya podemos marcharnos —murmuró Jahandar—. Sólo... tenía que asegurarme de cerrar bien todas las puertas.

—¿Y eso qué es? —preguntó Irsa.

—¿Eh? —Jahandar se dirigió hacia su caballo y cogió su zurrón.

—Eso que llevas...

—Oh, nada. Sólo un libro que me gustó mucho. —Agitó la mano con gesto despreocupado.

—¿Y hemos venido hasta aquí por un libro, *baba*?

—Sólo uno, mi niña, sólo uno.

—Debe de ser un libro especial.

—Todos los libros son especiales, cariño.

—¿Y qué tipo de libro es?

Jahandar guardó con sumo cuidado el envejecido volumen encuadernado en piel en su zurrón y se subió a su montura con menos consideración. Luego le indicó al cochero que iniciara la marcha.

La pequeña caravana emprendió su camino por las calles todavía dormidas de Rey.

Irsa arreó a su caballo para que se colocara a la altura del semental negro de su padre. Cuando Jahandar la miró y le dedicó una afectuosa sonrisa, ella le cogió la mano, buscando en el gesto el mismo consuelo que ella le ofrecía.

—Todo saldrá bien, mi niña —farfulló, ensimismado.



Ella asintió, pero no se le escapó que no había respondido a su pregunta.



## LA MONTAÑA DE IMÁN

En cuanto Sherezade acercó su mano a la de él, sintió que una fría oleada de templanza se apoderaba de ella, como si hubiese salido flotando de su persona y fuese un mero testigo de todo lo que la rodeaba.

Por suerte, no intentó besarla.

Ni el dolor duró; no fue más que un momento fugaz, perdido en la distracción agradable de sus pensamientos. Él tampoco parecía estar disfrutando. Fuera cual fuese el placer que obtenía, fue breve y superficial, y Sherezade sintió una punzada de satisfacción al percatarse de ello.

Cuando todo hubo terminado, él se levantó de la cama sin mediar palabra y apartó la seda susurrante que rodeaba el tálamo.

Observó cómo se vestía con pulcra y casi militar precisión y notó la delicada película de sudor de su espalda y los músculos esbeltos, que se encogían y se flexionaban al menor movimiento.

Él era más fuerte que ella, de eso no cabía duda. No podía vencerlo físicamente.

«Pero yo no estoy aquí para luchar. Estoy aquí para ganar».

Se sentó y alcanzó la bonita *shamla* colocada sobre un taburete cercano. Sherezade deslizó los brazos en el lustroso brocado y se ató los lazos plateados antes de acercársele. Al rodear la cama, el dobladillo bordado con suma delicadeza de la bata revoloteó a su alrededor como un derviche en medio de una danza sama.

El califa se dirigió a grandes zancadas a la mesa baja del rincón de la alcoba, rodeada de cojines y almohadones ahuecados aún más suntuosos

cubiertos con todo un despliegue de tonos de joyas.

Aún de pie y en silencio, se sirvió un poco de vino. Sherezade le pasó por el lado y se hundió en los cojines que rodeaban la mesa.

La bandeja estaba cargada de pistachos, higos, almendras, uvas, *chutney* de membrillo, pepinillos y toda una gama de hierbas frescas. A un lado había una cesta de pan de pita envuelto en un paño de lino.

Sherezade, a la que le costaba devolverle su sutil indiferencia, arrancó una uva de la bandeja y empezó a comérsela.

El califa la estudió durante un tortuoso momento antes de agacharse hacia los cojines. Se sentó y bebió mientras ella mojaba trozos de pan en el *chutney* ásperamente dulce.

Cuando no pudo soportar más el silencio, enarcó una fina ceja en su dirección.

—¿No vais a comer, *sayidi*?

Él inhaló por la nariz y entrecerró los ojos, pensativo.

—El *chutney* está delicioso —añadió de manera informal.

—¿No tenéis miedo, Sherezade? —le preguntó en un tono tan quedo que le costó entenderlo.

Ella dejó el pan.

—¿Queréis que lo tenga, *sayidi*?

—No. Quiero que seáis sincera.

Sherezade sonrió.

—Pero ¿cómo ibais a saber si estoy mintiendo, *sayidi*?

—Porque no sois una buena mentirosa. Sólo creéis serlo. —Se inclinó hacia delante y cogió un puñado de almendras de la bandeja.

La sonrisa de Sherezade se amplió. Peligrosamente.

—Y vos no sois tan bueno calando a la gente. Sólo creéis serlo.

Él ladeó la cabeza y un músculo se le tensó a lo largo de la mandíbula.

—¿Qué queréis? —Nuevamente, las palabras fueron pronunciadas en voz tan baja que a Sherezade le costó descifrarlas.

Ella se sacudió las migajas de las manos, tomándose su tiempo para tender la siguiente trampa.

—Voy a morir al amanecer. ¿Correcto?

Él asintió una vez.

—¿Y deseáis saber por qué me ofrecí voluntaria? —continuó—. Bien, estaría dispuesta a...

—No. No voy a jugar con vos. Desprecio la manipulación.

Sherezade cerró la boca y se tragó su furia llena de descaro.

—Tal vez deberíais pasar menos tiempo despreciando el juego y más tiempo ejercitando la paciencia necesaria para ganar.

Sherezade contuvo el aliento cuando la parte superior del cuerpo del califa se petrificó. Los nudillos de sus manos se pusieron blancos durante un instante desgarrador antes de que aflojase los puños.

Sherezade vio cómo la tensión lo abandonaba y un torbellino de emociones colisionó en su pecho, sembrando el caos en su mente.

—Palabras valientes para una chica a la que le quedan pocas horas de vida. —Su tono estaba esculpido en hielo.

Ella se enderezó y se retorció la oscura melena a un lado para que le cayera por un hombro.

—¿Os interesan las reglas del juego o no, *sayidi*? —Como él callaba, ella decidió seguir adelante, ocultando sus manos temblorosas en los pliegues de su *shamla*—: Estoy deseando responder a vuestra pregunta, *sayidi*. Pero, antes de hacerlo, me gustaría saber si estaríais dispuesto a atender una pequeña petición... —Su voz se fue apagando.

Una pizca de diversión desalmada oscureció el semblante del califa.

—¿Estáis tratando de intercambiar vuestra vida por una banalidad?

Ella rió y el sonido danzó por la habitación con la cualidad aérea de unas campanillas de viento.

—Mi vida está sentenciada. Eso lo habéis dejado claro. Quizá deberíamos obviar ese tema y centrarnos en el asunto en cuestión.

—Por supuesto.

La muchacha se tomó un tiempo para serenarse.

—Quiero contaros un cuento.

—¿Disculpad? —Por primera vez, advirtió que una emoción perturbaba su semblante.

«¿Estáis sorprendido? Tened por seguro que no será la última vez, Jalid ben al Rashid».

—Os contaré un cuento. Vos debéis sentaros y escuchar. Cuando termine con el cuento, contestaré a vuestra pregunta. —Esperó su respuesta.

—¿Un cuento?

—Sí. ¿Estáis de acuerdo con los términos, *sayidi*?

Él se reclinó sobre un codo con una expresión insondable.

—Bien. Estoy de acuerdo. Podéis empezar. —Pronunció las palabras como si fueran un desafío.

«Y yo lo acepto, monstruo. Con mucho gusto».

—Este es el cuento de Agib, un pobre marinero que perdió todo lo que poseía con el único propósito de conseguir descubrirse a sí mismo.

—¿Un cuento con moraleja? Entonces, estáis tratando de enseñarme una lección.

—No, *sayidi*. Intento intrigaros. Me han dicho que un buen cuentacuentos puede atrapar al público con una simple frase.

—En tal caso, habéis fracasado.

—Sólo porque me lo estáis poniendo difícil sin necesidad. Y también porque no me habéis dejado terminar. Veréis, Agib era un ladrón, el mejor

ladrón de toda Bagdad. Podía robar un dinar de oro macizo de vuestra mano, justo delante de vuestros ojos, y vaciarle el bolsillo al viajero más precavido con el sigilo de una sombra.

El califa inclinó la cabeza en señal de reflexión.

—Pero era arrogante. Y su arrogancia crecía en la misma medida en que sus correrías se volvían más temerarias. Hasta que un día lo pillaron robándole a un rico emir y se libró por muy poco de que lo atrapasen. En un momento de pánico, corrió por las calles de Bagdad en busca de refugio. Cerca de los muelles, se encontró con un pequeño barco que estaba a punto de zarpar. El capitán necesitaba sin falta otro miembro más para su tripulación. Agib, seguro de que los soldados del emir lo encontrarían si se quedaba en la ciudad, se ofreció voluntario para el viaje.

—Mejor. —Un gesto incipiente se dibujó en los labios del califa.

—Me alegro de que lo aprobéis, *sayidi*. ¿Puedo continuar? —Le lanzó una sonrisa mordaz mientras se enfrentaba a la necesidad de lanzarle el resto de su bebida a la cara. Él asintió—. Los primeros días a bordo del barco fueron difíciles para Agib. No era ningún marino y tenía muy poca experiencia viajando de este modo; como consecuencia, estuvo enfermo en varias ocasiones. Los demás miembros de la tripulación se mofaban de él a las claras y le reservaban las tareas más insignificantes, lo que consolidaba su estatus como el del más inútil. El respeto que Agib se había granjeado como el mejor ladrón de Bagdad no servía de nada en aquel mundo; al fin y al cabo, no iba a robarles a sus compañeros. No había sitio donde correr y esconderse.

—Un verdadero problema —comentó el califa por lo bajo.

Sherezade ignoró su pulla.

—Cuando llevaban una semana en alta mar, se desató una terrible tormenta. El barco daba bandazos sobre las inmensas olas que lo alejaban de su rumbo. Por desgracia, aquella no era la peor calamidad que les podía

sobrevenir: cuando por fin las aguas se calmaron dos días después, no encontraron al capitán por ninguna parte. El mar se lo había tragado en sus aguas saladas. —Sherezade hizo una pausa. Al inclinarse hacia delante para escoger una uva, lanzó un vistazo furtivo por encima del hombro del califa a las celosías decorativas que daban a la terraza. Todavía estaban sombreadas por el manto de la noche—. A la tripulación le entró el pánico. Estaban abandonados en medio del océano y no tenían forma alguna de enderezar el rumbo del barco. Se produjeron discusiones en torno a qué marinero asumiría el papel de capitán. La tripulación, consumida en esta lucha por el poder, no se dio cuenta de que una mancha de tierra había aparecido en el horizonte. Agib fue el primero en divisarla. Parecía una isla diminuta con una montaña en el centro. Al principio, todos se regocijaron al verla, pero luego un marinero veterano murmuró algo que volvió a desatar el pánico.

El califa escuchaba con los ojos ambarinos centrados en Sherezade.

—Dijo: «Que el Señor nos asista. Es la montaña de imán». Cuando un clamor general se apoderó de los demás al percatarse de la verdad que escondían esas palabras, Agib preguntó qué había de terrorífico en aquella montaña para que unos hombres hechos y derechos se estremecieran al verla. El viejo marinero le explicó que la montaña de imán poseía una magia oscura que atraía a los barcos hacia ella debido al hierro de sus cascos y, una vez que la nave estaba en sus garras, ejercía tanto poder que arrancaba todos los clavos del navío y este se hundía en el fondo del mar, sentenciando a todos sus ocupantes a yacer en una tumba de agua.

—En lugar de perder el tiempo lamentándose por su suerte, tal vez deberían intentar navegar en dirección contraria —sugirió el califa con ironía.

—Y eso fue justo lo que Agib les aconsejó. Todos acudieron a los remos y se tomaron medidas inmediatas para frustrar los malévolos planes de la montaña, pero ya era demasiado tarde, pues, una vez que la gran negrura se

cieme en la distancia, poco se puede hacer. Para entonces, la montaña ya te tiene en sus garras. Como cabía esperar, a pesar de todos sus esfuerzos, el barco se fue aproximando cada vez más deprisa a la mole y pronto resonó un terrible quejido procedente de sus tripas, ya que empezó a estremecerse y a temblar como si el peso del mundo se encaramara en su proa. La tripulación, horrorizada, fue testigo de cómo los clavos se desgarraban y se desprendían de la madera que les rodeaba. El barco empezó a partirse y a derrumbarse, como si fuese el juguete de un niño, bajo sus pies. Agib se unió a los alaridos y los afligidos lamentos de sus compañeros mientras estos eran arrojados al mar y dejados a su suerte. —Sherezade alzó su copa, se estiró para alcanzar el vino y disimuló su sorpresa cuando el califa se la rellenó sin mediar palabra.

El extremo inferior de la celosía que había a su espalda empezaba a iluminarse.

—Agib gateó hasta la popa, la única parte del barco que seguía intacta. En medio del barullo, había visto que una pesada olla de hierro resbalaba a su lado en dirección a la montaña. Utilizando las manos hábiles de un ladrón consumado, Agib alcanzó la olla y se aferró a ella con todas sus fuerzas mientras era arrastrado por la borda y caía a las vastas aguas del mar. La olla lo hundía sin remedio, pero él se debatía por mantenerse a flote y buscaba algo a lo que agarrarse. El sonido de los compañeros que se ahogaban a su alrededor no hacía más que tornar su búsqueda más desesperada. Cuando encontró un trozo partido del mástil principal, lo rodeó con el brazo que le quedaba libre y siguió aferrado a la vasija con una frenética intensidad.

Los rasgos duros del califa se suavizaron al comprender la situación.

—Agib ha pensado con presteza. Espera que la olla lo lleve directo a la isla.

Sherezade sonrió.

—Exacto. Después de muchas horas, el instinto de Agib lo condujo a



tierra firme. Llegó tambaleándose a la costa negra y deslumbrante de la isla, exhausto y tembloroso de miedo. Se desmayó a la sombra de la montaña y no se despertó hasta pasadas muchas horas. Cuando despuntó el alba, se despabiló y se dispuso a buscar comida y agua antes de darse cuenta de que aquel era de veras un lugar de muerte y destrucción: no había ni asomo de vida allí y el agua era tan escasa como la esperanza en aquel páramo desolado. Se dejó caer, desesperado, en un montón de rocas, consciente de que la muerte, una vez más, lo acechaba. Al desplazarse las rocas que tenía detrás, un pequeño cáliz de metal se escurrió entre las grietas. Estaba viejo y desgastado, lleno de abolladuras.

Una tenue luz azul trepó un poco más alto por la celosía, deslizándose entre sus listones ricamente tallados y dotando de vida a sus evocadores diseños.

—Agib estudió el cáliz. Estaba recubierto de una capa de arena y barro. Se dirigió tambaleante a la orilla para lavarlo. Cuando la suciedad se diluyó bajo las olas, se dio cuenta de que la copa estaba llena de unas marcas que jamás había visto. La levantó a la luz del amanecer, pero unas gotas seguían enturbiando la superficie, de modo que le pasó la manga para secarla...

Los contornos de la celosía ya estaban teñidos del blanco resplandeciente del amanecer. Los rayos de luz se colaban por los listones hasta el suelo de mármol como vetas de oro puro desplegadas en el calor del sol matutino.

El corazón de Sherezade amenazaba con salirsele del pecho.

—Y el cáliz empezó a temblar. De sus hondas profundidades, un humo del color de un cielo claro a mediodía empezó a arremolinarsse y a crecer hasta convertirse en una columna sin llamas. Agib, presa del terror, dejó caer el cáliz y se desplomó de espaldas contra los duros guijarros negros de la costa de la isla. El humo creció en tamaño y densidad hasta que una sombra se formó en su centro.

El califa se inclinó hacia delante.

—La sombra se solidificó... y empezó a reír. —Sherezade hizo una pausa.

El amanecer había llegado a la espalda del califa con toda su horripilante gloria.

—¿Por qué os detenéis? —le preguntó este.

Ella desvió la vista en dirección a la terraza. Él la imitó.

—Podéis terminar la historia —le concedió.

Sherezade inhaló con cuidado.

—Me temo que eso no es posible, *sayidi*.

—¿Cómo decís?

—No he hecho más que empezar el cuento.

Él entrecerró los ojos hasta convertirlos en ranuras ocres.

—Terminad la historia, Sherezade.

—No.

El califa se puso en pie mediante un grácil despliegue ondulante.

—De modo que este era vuestro plan desde el principio, ¿no es así?

—¿De qué plan habláis, *sayidi*?

—Un truco. Una treta para aplazar vuestra ejecución... Empezar un cuento que no teníais intención de terminar. —Su voz era siniestramente grave.

—Tengo intención de terminarlo: mañana por la noche. Que eso ocurra o no depende de vos. —Sherezade se lo quedó mirando con los puños apretados dentro de su *shamla*.

—Dijisteis que lo comprendíais; que vuestra vida estaba sentenciada. Quedó claro desde el principio.

Sherezade se levantó. Echó los hombros hacia atrás y alzó su delicada barbilla.

Cuando habló, igualó la suavidad mordaz de su tono:

—Todas nuestras vidas están sentenciadas, *sayidi*. Es sólo cuestión de tiempo. Y a mí me gustaría disponer de un día más.

Él la observó; la afilada silueta de su perfil resultaba todavía más amenazadora por la neblina de rabia que coloreaba su superficie.

En ese momento se oyó un solo toque en la puerta de la alcoba.

—Sólo uno —susurró ella.

Los ojos de tigre la escrutaron de arriba abajo para calibrar a su adversaria y sus opciones.

Transcurrió un minuto vertiginoso.

«No imploraré».

Otro discreto toque en la puerta.

Sherezade dio un paso adelante, con sus orbes avellana clavados en el califa.

Él dio un lento paso atrás antes de dirigirse a las puertas.

«¡No, por favor, parad!».

Cuando echó mano del picaporte, hizo una pausa sin girarse hacia ella.

—Uno. —Pronunció la palabra como un epíteto mudo antes de atravesar las puertas, airado.

Cuando estas se cerraron de un portazo a su espalda, Sherezade se desplomó en el suelo y presionó su mejilla ardiente contra el mármol helado.



## DESPINA Y EL *RAJPUT*

La bandeja golpeó contra la mesa con un repiqueteo y un pum.

Sherezade dio un respingo con los ojos pegados por el sueño. Se frotó los párpados con la mano. Al acabar, tenía la palma manchada de líquido dorado y polvo negro.

—Sois muy pequeña para haber causado tanto revuelo —entonó una voz musical.

—¿Qué? —Sherezade concentró su adormilada atención en su emisora.

—He dicho que sois muy pequeña para haber causado tanto revuelo.

Una chica rolliza de más o menos su edad se acercó al pie de la cama y descorrió las cortinas de gasa. Tenía una piel clara y un pelo abundante de color miel recogido en la coronilla al estilo griego. Sus ojos eran del azul chispeante del Egeo y estaban perfilados con kohl de una forma que revelaba bastante pericia. Fruncía los labios, pintados de rosa con carmín y cera de abejas, en una mueca perfecta. El blanco vestido de lino se ajustaba como un guante a sus formas redondas. En la parte superior del brazo izquierdo, lucía un ancho brazalete plateado.

Sherezade se desprendió de su sopor y trató de parecer digna.

—Ya te he oído la primera vez.

—Entonces, ¿por qué me habéis hecho repetíroslo?

—Porque no te conozco y no sé por qué andas por aquí armando tanto alboroto y haciendo observaciones ridículas a primera hora de la mañana —le espetó.

La chica soltó una estentórea carcajada.

—Creo que empiezo a entender por qué habéis causado tanto revuelo. Además, no es primera hora de la mañana, sino mediodía. —Se acercó a las celosías y las abrió para dejar entrar el sol, que estaba posado bien alto en un cielo claro y cerúleo.

Sherezade se encogió para evitar los potentes rayos de luz.

—Os he traído algo de comida. Deberíais comer algo. Sois muy pequeña —repitió la chica.

—No acierto a comprender por qué mi tamaño es tan importante.

—Porque una joven esquelética no puede librar una batalla constante y mucho menos salir vencedora. Y me gustaría veros salir vencedora.

Sherezade se puso en guardia, se llevó las rodillas al pecho y adoptó una expresión neutra.

—¿Vencedora?

—¡Por Zeus, sí que sois peculiar! Sí, mi señora, me gustaría veros salir vencedora, lo que quiere decir que me gustaría que vivierais. No me gusta ver morir a chicas jóvenes por mero capricho de nuestro enigmático gobernante. ¿Y a vos?

Sherezade la examinó fugazmente antes de apoyar los pies desnudos en el frío mármol y levantarse de la cama.

«Ten cuidado».

—No —contestó.

La muchacha sonrió de oreja a oreja.

—Sois más alta de lo que pensaba. Y demasiado delgada, pero no sois la peor que he visto. Tenéis alguna que otra curva bien puesta. Si os arreglan como es debido, estoy segura de que resultaréis deslumbrante.

—Perdona, pero ¿quién eres tú? —le preguntó Sherezade.

—Despina. Vuestra doncella... mientras sigáis con vida.

—No necesito ninguna doncella.

—Me temo que no podéis elegir. —La sonrisa de la chica se agrandó aún más y sus refulgentes ojos azules chispearon, como si la desafiara a rebelarse contra tal impertinencia.

Sherezade se detuvo a reflexionar:

—Así que él te ha enviado a espiarme...

Los dientes blancos de Despina destacaron en su rostro.

—Sí.

—¿Y eres una buena espía?

—La mejor.

—Una buena espía ocultaría su identidad.

—Las mejores espías no tienen que hacerlo.

Sherezade sonrió a su pesar.

—Eres arrogante.

—Tanto como vos, mi señora Sherezade, pero no lo considero un defecto, pues, sin cierta arrogancia, ¿cómo podría uno aspirar a lo imposible?

Sherezade se bajó de la plataforma y se puso delante de ella.

La chica le sacaba media cabeza y todo en ella irradiaba confianza y seguridad respecto a su lugar en el mundo. A juzgar por la maña con la que se había liado el vestido y realizado los rasgos, estaba claro que Despina era una fuerza que había que tener en cuenta.

Pero lo que más le llamó la atención fueron sus ojos.

Eran los ojos vigilantes de un cazador.

Y un reflejo de los suyos.

«Me ha advertido de que era una espía. ¿Por qué lo habrá hecho?».

—¿Os gustaría comer algo? ¿O planeáis llevar a cabo una huelga de hambre? En ese caso, adelante: una huelga de hambre matará a un duendecillo como vos mucho antes de que nuestro califa lo haga.

Sherezade rió con ironía.

—Ese es el mejor peor cumplido que me han hecho nunca.

—De nada. —Se dio la vuelta en un remolino de lino blanco y se apartó, dejando a su paso una estela de jazmín.

Sherezade la siguió hasta la mesa del rincón. La bandeja que había encima estaba cubierta de pan *lavash*, un queso de cabra redondo envuelto en mermelada dulce, una sopera y una granada abierta por la mitad cuyas semillas brillaban como granates en la cálida luz que entraba por la terraza. Una tetera de plata llena de té con cardamomo reposaba sobre un pequeño fuego.

Despina destapó la sopera y empezó a preparar el té, echando azúcar roca en una tacita de cristal grabado.

Sherezade se sentó en los cojines y cogió un *lavash*.

La doncella la escudriñaba mientras vertía el té en la taza desde gran altura.

—Lo decía en serio; espero que salgáis victoriosa, mi señora. —Su tono desprendía una serena cautela.

—Por favor, llámame Sherezade.

—Sherezade. —Despina le sonrió.

Sherezade no pudo evitar corresponderle.

«Ten mucho cuidado».

Una hora después, con ayuda de Despina, Sherezade se había bañado y se había puesto otro elaborado conjunto de seda y damasco. Una fina diadema de plata salpicada de perlas y diminutos zafiros azules le adornaba la frente y en el cuello llevaba otro asfixiante collar a juego. Varias finas pulseras de diamantes tintineaban en su muñeca izquierda con cada movimiento.

—¿Puedo marcharme? —preguntó cuando Despina terminó de dibujarle la raya de los ojos.

La doncella asintió.

—Podéis deambular por casi todo el palacio, siempre y cuando estéis con el *rajput*.

—¿El *rajput*?

Despina entornó los ojos con una mezcla de humor y pena.

—Al parecer, el califa está tan enamorado de vos que os ha cedido a un miembro de su guardia personal.

Sherezade apretó los puños.

—¿Así que necesito un espía y un verdugo?

—Más o menos.

«La palabra *odio* se queda corta con un hombre semejante».

—¿Quién es el *rajput*? —soltó Sherezade.

—En un momento dado fue conocido como el Azote del Indostán. Es el mejor espadachín de Rey, quizá de todo Jorasán. Un experto en el manejo del *talwar*. Sólo hay otro espadachín en Rey que se le aproxima, aunque nunca le ha vencido.

«Ajá, esta información podría beneficiarme en el futuro».

—¿Y quién es el segundo mejor espadachín de Rey?

Despina arrugó la frente.

—Esperaba más de vos.

—¿Qué?

—Creía que pondríais empeño en informaros.

—Perdóname por no llevar una lista de los diez mejores espadachines de Jorasán —contraatacó.

—Supongo que esa información no estaría al alcance de una joven con un padre bibliotecario. No es que sea de dominio público.

—Mi padre es conservador de textos antiguos y el hombre más inteligente que conozco. Fue visir del anterior califa. —Sherezade la fulminó con la



mirada.

—Y he oído que, tras la muerte de su esposa, perdió la cabeza y, por consecuencia, fue degradado. Ahora es bibliotecario.

«No puedo perder los nervios. Es evidente que me está provocando, pero ¿por qué?».

Sherezade le devolvió un calculado silencio con el que pretendía recuperar el control. Juguetó con la pesada plata de su garganta, sopesándola.

—Bueno, ¿todavía deseáis saber quién es el segundo mejor espadachín de Rey? —preguntó Despina, cambiando de táctica.

—Da igual. No importa.

Despina le dedicó una sonrisa cargada de intención.

—El segundo mejor espadachín de Rey es Jalid ben al Rashid. Nuestro ilustrísimo Rey de Reyes.

A Sherezade se le cayó el alma a los pies. Los buenos espadachines solían ser excelentes estrategas. Rápidos en detectar cualquier subterfugio.

Y eso presentaba otro inconveniente: si sospechaba que lo estaba traicionando, sería aún más difícil planear su muerte y pillarlo desprevenido.

Tragó saliva con cuidado.

—De verdad, no importa.

—Puede que carezca de importancia para vos, pero he creído que querríais saberlo de todas formas.

«¿A qué está jugando?».

—Pues te has equivocado. —Sherezade se fue hacia las puertas de la habitación y tiró de las manijas.

En cuanto cruzó el umbral, apareció una robusta figura. Tenía la piel del color del cobre bruñido, era más alto que ella y llevaba la cabeza cubierta con un intrincado turbante. Sus brazos desnudos eran musculosos y su negra barba estaba bien recortada hasta justo debajo de la barbilla. Sus ojos, del

color de una noche sin luna, la miraban serios e implacables.

—Eh..., sí. Vos debéis de ser... Lo siento, ¿cómo os llamáis? — tartamudeó ella.

—Ya os lo he dicho; es el *rajput* —replicó Despina a su espalda.

—Pero debe de tener un nombre... —le espetó por encima del hombro.

—Si lo tiene, no lo conozco.

Con un suspiro de irritación, Sherezade se volvió hacia delante y se enfrentó una vez más a la visión de su posible verdugo.

—Soy Sherezade. —Confrontó su negra mirada.

Él la miró con el ceño fruncido antes de apartarse para dejarla pasar.

Al adelantarlo, la joven se fijó en el largo sable *talwar* que le colgaba de la cadera y que brillaba amenazante con el sol de mediodía.

«Así que este bruto tan callado es el único espadachín capaz de vencer a mi enemigo... ¿Cómo voy a encontrar alguna debilidad en Jalid ben al Rashid rodeada de espías que vigilan cada uno de mis movimientos? —Soltó una larga exhalación—. Puede que tenga un grave problema».



## POTENCIA DE DISPARO

La estructura original del palacio la había mandado construir hacía casi trescientos años un rey con debilidad por la extravagancia. Desde entonces, se le habían añadido muchas alas para aumentar la planta de mármol y piedra caliza. Estas se bifurcaban como afluentes y zigzagueaban hacia un destino que se perdía en la distancia.

Era fácil extraviarse en un lugar como aquel.

—¿Cómo llego a los patios? —le preguntó Sherezade a Despina después de que hubieran deambulado por los pasillos resplandecientes durante media hora.

Su compañera ladeó la cabeza, pensativa.

—Supongo que está permitido. Nadie ha prohibido expresamente que salgáis fuera.

Sherezade reprimió la necesidad de replicar cuando Despina dio marcha atrás por un pasillo a la derecha. El *rajput* la flanqueaba con una postura tan rígida e implacable como su expresión. Tras varios minutos de recorrido en silencio, llegaron a una galería descubierta con una serie de puertas dobles arqueadas que conducían al exterior.

Un mozo empujó unas puertas para permitirles el paso y Sherezade entró en un patio formado por terrazas colosales dispuestas a modo de escalera descendente. La primera de estas terrazas estaba llena de árboles en flor y en ella había un elaborado aviario cerrado por todos los lados mediante un enrejado de delicada forja. La maciza madera de acacia estaba cubierta por una fina capa de pintura blanca y asegurada con pernos de bronce bruñido. La

hierba, frondosa y verdeazulada, brotaba entre las baldosas de granito tosco.

Pasó junto al aviario a grandes zancadas, observando la colorida colección de pájaros cantores que aleteaban en su interior: ruiseñores, jilgueros, alondras, canarios...

Un ruidoso graznido resonó a su espalda. Sherezade se giró y se encontró con un pavo real que desplegaba su caminar afectado y pomposo por el césped y su plumaje de malaquita y oro al sol, capturando rayos errantes de luz.

La joven se le acercó. El pavo real se detuvo a mirarla antes de bajar la cola y escabullirse.

Ella rió para sus adentros.

—Tan presto para pavonearse. Tan presto para huir.

—¿De qué habláis? —le preguntó Despina.

Sherezade negó con la cabeza.

—¿Habláis de hombres? —resopló la doncella.

Sherezade decidió no responderle; recorrió la terraza superior y tomó los escalones de piedra que conducían a la siguiente expansión bordeada de árboles. Aquel jardín estaba rebosante de flores blancas de azahar y de pesados higos verdes que pendían de sus ramas, aguardando aún su momento de maduración.

Atravesó aquella grada, deteniéndose sólo para aspirar la fragancia.

Despina la observaba con atención.

—¿Qué pretendéis hacer? —le preguntó con una pizca de desconfianza.

Sherezade levantó la mano para protegerse los ojos y fijó la vista en unas señales de movimiento que se producían en una extensión de arena y piedras más abajo.

—Si me decís lo que planeáis, os llevo allí —le ofreció Despina.

—No estoy planeando nada. Busco una cosa.

—¿Qué buscáis?

—Una doncella que no haga tantas preguntas.

Esta rió con disimulo.

Sherezade aligeró el paso al bajar el último tramo de escaleras en dirección al destino previsto de arena y piedra.

El *rajput* gruñó como muestra de desaprobación cuando se aproximaron a la entrada.

«Parece que, después de todo, no es mudo».

Despina resopló de manera audible.

—Estoy segura de que se supone que no debéis estar aquí.

—Has dicho que podía ir a cualquier sitio, siempre y cuando el *rajput* me acompañase —le recordó.

—No creo que nadie esperase que vinierais a los campos de entrenamiento.

Los ojos sagaces de Sherezade recorrieron el mar de caras masculinas concentradas en el arte de la espada que entrenaban con lanzas y perfeccionaban su puntería mortal con el *tabarzin*, una especie de hacha.

«No está ahí».

—¿Buscáis al califa? —le preguntó Despina.

—No.

«Pero supongo que el segundo mejor espadachín de Rey practicará hoy en algún momento... si pretende conservar el título.

Y necesito conocer su debilidad para poder destruirlo con ella».

—Mentirosa —le soltó, sonriéndole con superioridad.

—En realidad, he venido aquí porque quería... —echó un vistazo a su alrededor hasta fijarse en algo que conocía bien—, quería aprender a utilizar el arco.

—¿Qué? —exclamó la doncella.

Fingiendo ignorancia, Sherezade avanzó hacia el armero.

El *rajput* levantó el brazo para bloquearle el paso con una nota de advertencia en sus ojos de ónice.

Ella se armó de valor antes de devolverle su beligerante mirada.

—¿Querriais enseñarme a disparar? Siempre he deseado aprender.

Él negó con la cabeza.

Ella hizo un puchero.

—No me va a pasar nada. De todas formas, a partir de mañana ya no seré vuestro problema. Por favor, concededme este pequeño deseo.

—A lo mejor no está preocupado por vos —declaró Despina en tono mordaz.

Sherezade intentó esquivar su descomunal antebrazo. Como él volvió a impedirle el paso, frunció los labios.

—¿Por qué tenéis que comportaros de un modo tan difícil? —dijo en voz baja y severa.

—No es que se comporte de un modo difícil. Es que es así —observó una profunda voz masculina desde atrás.

Tanto Despina como Sherezade se giraron y se encontraron con el escrutinio divertido de un joven con una pelambreira rizada y caoba cuya expresión era cálida y afable.

El *rajput* se tensó.

—Tal vez pueda servir de ayuda —le ofreció el recién llegado con una sonrisa.

Sherezade le devolvió el gesto con encanto.

—Eso espero. Soy...

—Sé quién sois, mi señora. A estas alturas, todo el mundo en el palacio sabe quién sois. —Sus ojos marrones destellaron con malicia al hacerle un guiño a Despina. Ella apartó la mirada con las mejillas sonrojadas.

«Es el típico conquistador».

—Entonces, poseéis una notable ventaja sobre mí, señor —comentó Sherezade.

—Soy Jalal. —Inclinó la cabeza y se rozó la frente con la punta de los dedos.

—Es el capitán de la guardia y el hijo del general Aref al Juri..., el *shahrban* de Rey —le aclaró la doncella como una retahíla que se suelta de memoria.

—No permitáis que el título os confunda, mi señora. Carezco de importancia, aunque mi padre sea el general de mayor rango de Jorasán.

—Bueno, entonces compartimos parte de ese lamentable estatus, pues yo tampoco soy nadie importante —le respondió a su vez.

—Eso lo dudo, mi señora Sherezade. Lo dudo mucho. —Jalal esbozó una amplia sonrisa, aportando más luz aún a un semblante ya de por sí despreocupado.

El *rajput* volvió a gruñir. Su ira prolongada la devolvió al asunto en cuestión.

—¿Os importaría enseñarme a usar el arco, capitán Al Juri? —le preguntó.

—Eso depende de unas cuantas cosas. La primera es que dejéis de lado las formalidades y me llaméis Jalal. La segunda es que Jalid nunca descubra que he participado en esta transgresión.

«¿Jalid? ¿Lo llama por su nombre de pila?».

—Puedo cumplir esos términos. Con mucho gusto. Si vos me correspondéis en ambas partes.

Jalal se inclinó hacia delante con gesto conspirativo.

—Entonces, seguidme, Jalal.

Sherezade rió. Despina cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

—Esta es una mala idea —advirtió mientras sus ojos azules revoloteaban

a la cara traviesa del capitán.

—¿Para quién? ¿Para ti o para mí? —replicó Sherezade—. Porque a mí me parece una idea muy buena pasar el último día de mi vida haciendo las cosas que siempre he querido hacer.

La doncella suspiró resignada y caminó fatigosamente detrás de Sherezade y Jalal. El *rajput* pisoteaba con fuerza sus sombras, y su desagrado era tan patente como su irritación, a pesar de la intensa mirada de reproche que le lanzó el capitán de la guardia.

Jalal condujo a Sherezade al armero. De unas barras de acero pendían varias aljabas, cuyos emplumados de ganso estaban teñidos de vivos colores para reconocerlos mejor. Sherezade sacó una flecha de una de ellas. Tenía la punta roma para las prácticas de tiro al blanco. Haciendo un gran esfuerzo por parecer indiferente, dobló el extremo posterior de la flecha, muy levemente, para determinar el peso de su raquis.

«No es muy flexible».

—¿Alguna vez habéis disparado un arco? —le preguntó Jalal, observándola con gran intensidad para alguien que aparentaba tanta indolencia.

—La verdad es que no. —Sherezade procuró parecer desdeñosa.

—Entonces, ¿puedo preguntaros qué estáis haciendo con la flecha?

—Simple curiosidad. —Se encogió de hombros y devolvió la flecha a la aljaba. Acto seguido, seleccionó otra con plumas de diferente color y la sometió a la misma prueba.

«Mucho mejor».

Quitó la aljaba de la barra.

—Parece que, después de todo, no vais a necesitar mi tutelaje —le comentó Jalal en tono despreocupado.

—No, no... —Su mente se debatió por ocultar su paso en falso—. Mi...



primo me dijo una vez que es más fácil disparar flechas con menos raquis cuando no tienes demasiada fuerza en la parte superior del cuerpo.

—Ya veo —dijo Jalal, dubitativo—. ¿Y qué decía vuestro... primo sobre los arcos?

—Nada. No hizo más que un mero comentario de pasada sobre las flechas. La expresión de Jalal se tornó aún más dubitativa.

—Por supuesto. De pasada. —El chico estudió de prisa los diferentes arcos dispuestos en el armero. Cuando su mano se detuvo en uno alto y recto, miró a Sherezade por encima del hombro.

Ella le sonrió.

Con la mirada aún puesta en ella, Jalal movió la mano hasta otro mucho más pequeño cuyos extremos se curvaban al tensarse alejándose del arquero.

«El arco recurvo».

Sherezade conservó la sonrisa, negándose a caer presa de su intento de atormentarla con el arma de su elección.

—¿Tenéis alguna preferencia? —le preguntó.

—Lo que creáis que es mejor.

Él asintió.

—Creo que este servirá para nuestros propósitos. —Con una sonrisa cómplice, cogió el arco recurvo del estante y fue dando grandes zancadas frente a los blancos situados a cincuenta pasos de distancia.

Mientras lo seguía, Sherezade hizo una mueca por su inconsciencia al haber revelado que tenía aptitudes para el tiro con arco.

«A lo hecho, pecho. Pero en el futuro, sé más precavida».

Levantó las manos y se recogió el pelo, negro y ondulado, en un moño en la coronilla. Luego se desembarazó del engorroso manto con un movimiento de los hombros y se lo pasó a Despina. Una leve brisa del desierto le refrescó la piel desnuda de los brazos y el vientre. Su ajustado corpiño plateado tenía

un escote cuadrado y unas diminutas mangas casquillo. Un fajín de seda azul cobalto le ceñía las caderas por lo bajo y sus flecos adornados con perlas arrastraban por el suelo. Sus zapatillas plateadas levantaban penachos de arena a cada paso que daba.

Se enganchó la aljaba al hombro y el capitán le tendió el arco recurvo.

Una multitud de espectadores curiosos había empezado a congregarse a un lado. Despina y el *rajput* destacaban al frente, portadores aún de sus respectivas expresiones de incomodidad y aversión.

Sherezade juntó los pies mientras sacaba una flecha de la aljaba y se esforzaba por colocarla en el tendón tensado.

Jalal no parecía demasiado convencido.

Cuando la joven tiró del culatín hacia atrás, la fina varita de madera golpeó en el mango del arco mientras este temblaba debido a su supuesto agarre ignorante.

—¿Está bien así? —le preguntó a Jalal.

—No, no lo está —bufó él—. Pero eso ya lo sabéis, ¿no?

—Por supuesto que no.

—¿Seguro?

—¿Vais a enseñarme o no? —le exigió.

Jalal soltó una risotada.

—Adelantad el pie izquierdo para que vuestra postura tenga la separación de la anchura de vuestros hombros.

Ella obedeció.

—Ahora relajad el agarre y bajad los codos. Utilizad las miras colocadas en el mango del arco para apuntar.

Sherezade estuvo muy cerca de burlarse. Llevaba sin utilizar las miras desde que tenía trece años. Tariq se había ocupado de eso.

—Una vez que hayáis centrado las miras, tirad de la flecha hacia atrás

cuanto podáis y soltadla.

Cuando liberó la flecha, esta fue girando en la dirección del blanco antes de terminar en el suelo, a veinte pasos de su destino.

Sherezade miró a Jalal, que seguía dubitativo.

—¿Vuestro «primo» os explicó lo de la potencia de disparo?

Ella negó con la cabeza.

Él exhaló antes de acercársele.

—He elegido este arco porque tiene una potencia de disparo baja. Supongo que ese es el motivo por el que habéis elegido esa aljaba de flechas en particular. Eso significa que este arco y esta flecha funcionarán en tándem para ayudaros a tensar el arco sin necesidad de usar demasiada fuerza del tronco, cosa que resulta especialmente beneficiosa para arqueros más bajitos, como vos.

—Entonces, ¿la potencia de disparo tiene que ver con la talla?

—Creo que tiene que ver más con la velocidad y la puntería. Si no hay que emplear mucha energía al disparar una única flecha, es más fácil colocar otra enseguida. También se tiende a disparar con mayor precisión cuando uno no se fuerza tanto.

—Tiene sentido —coincidió Sherezade.

—Estoy seguro de ello —repuso él con una amplia sonrisa.

Ella ignoró su intencionado comentario mientras alcanzaba otra flecha a su espalda. Tras ajustarla en la cuerda tensada del arco, le echó un vistazo.

—Debéis de conocer bien al califa —empezó a decirle.

La diversión de Jalal se atenuó un poco.

—Conozco a Jalid desde que era niño.

—¿Sois buenos amigos?

—No.

—Ya veo. —Tensó la flecha un poco más y la soltó. Esta vez voló mucho

más cerca de su objetivo, pero también acabó clavándose en la arena.

—Soy dos años mayor que él. Su hermano, Hasán, y yo nos criamos juntos; estábamos muy unidos. Cuando Hasán murió, yo intenté tenderle una mano a Jalid, pero... —se encogió de hombros— él nunca la aceptó.

Sherezade se giró para quedar frente a él.

—Lo siento.

—¿Por qué ibais a sentirlo?

—No es fácil perder a tu mejor amigo. Al menos, no puedo imaginar que lo sea.

—Gracias por vuestras palabras, pero Jalid perdió a su hermano mayor. Su padre murió al año siguiente. Y por ese terrible incidente con su madre... Sólo tenía catorce años cuando ascendió al trono. Catorce años y sin compañía alguna. Estoy seguro de que os hacéis una idea de lo que vino después.

«No me importa. No hay excusa para el monstruo en que se ha convertido. Ha tenido cuatro años para acostumbrarse a ser rey. Y en cuanto a lo que vino después...».

Cuando Jalal vio la expresión de Sherezade, dio un paso en su dirección.

—Por favor, comprendedlo; no estoy poniendo... excusas. —Su voz sonaba muy baja.

Sherezade se apartó de él dándose la vuelta y cogió otra flecha de la aljaba que tenía a la espalda. Se detuvo al darse cuenta de que había colocado y tensado la flecha con un movimiento fluido que no cuadraba en absoluto con el de una novata.

Jalal rió.

—Lo siento, pero ahora estoy convencido de que me he ganado el derecho de pedir un favor, Sherezade.

—¿Y por qué pensáis eso? —le preguntó entre susurros.

—Porque mi silencio tiene un precio.

Ella pestañeó.

—¿Disculpad?

Jalal se le acercó.

—No sé lo que planeáis hacerle a Jalid, pero sois la primera persona que le ha desconcertado en años. Y él necesita que lo desconcierten.

Sherezade le aguantó la mirada con la flecha aún tirante contra el cuello.

—¿Acaso es eso un favor?

—Jalid no es mi amigo. Tampoco es mi enemigo. Es mi rey. Recuerdo con bastante cariño al niño que era... Amable, con una mente aguda y curiosa. Un alma errante. Estoy harto del juguete roto que es ahora. ¿Me ayudaréis a arreglarlo, Sherezade?

Ella lo contempló sumida en un silencio taciturno, preguntándose de dónde procedía aquella fe ciega. Aquella fe inapropiada en un chico con un pasado asesino y en una chica con intenciones traicioneras.

La cara bronceada de Jalal la escudriñó de cerca.

En ese momento, Despina irrumpió desde las sombras con los rasgos encendidos de horror. Cuando Sherezade rastreó el terror hasta su origen, sintió que el aire abandonaba su pecho de una única y brusca boqueada.

Al otro lado del patio, el califa de Jorasán los observaba con expresión fría y serena.

Como la calma antes de la tormenta.



## A LA LUZ DE UNA VELA

Ante la exclamación inarticulada de Sherezade, Jalal volvió la vista atrás. El humor se borró de su rostro y este se tiñó de una pizca de desafío.

—Supongo que ninguno de los dos será capaz de cumplir nuestro acuerdo.

—Supongo que no. —Sus ojos avellana estaban fijos en su oponente de ojos ambarinos.

—Pero espero que podamos continuar con nuestra charla en otro momento. —Jalal se apartó de ella con una reverencia burlona.

El califa cruzó la distancia que los separaba. Llevaba puesto un *qamis* de lino blanco de la mejor calidad y unos pantalones *sirwal* grises. Una espada enfundada de un tipo que Sherezade no supo reconocer le colgaba del fajín *tikka* negro que le ceñía las caderas. Como era habitual, representaba la antítesis de todo lo que ella encontraba de bueno y cálido en el mundo.

Todo se había detenido en el patio con su llegada. A su derecha había un caballero de más edad cuyo porte y semblante le recordaron a los de Jalal. A su izquierda, un hombre de aspecto nervioso que portaba unos pergaminos. Y, escoltándolo, una comitiva de soldados y guardias.

Durante un peligroso intervalo, Sherezade consideró la posibilidad de dispararle una flecha. Desde aquella distancia no podía fallar. Pero tenía la punta roma, era sólo para las prácticas de tiro.

«No lo mataría. —Bajó el arma—. No merece la pena correr el riesgo».

Cuando él se acercó, Sherezade le ordenó a su corazón que detuviera aquel latido irracional. Si pretendía conquistar a aquel monstruo, primero tenía que apaciguar todo el miedo que le provocaba. Y rápido.

El califa se detuvo a unos pasos de ella.

Y se giró hacia Jalal.

—Capitán Al Juri. —Su voz sonó tranquila.

—*Sayidi*. —Jalal agachó la cabeza y se tocó la frente con los dedos—. Le estaba enseñando a la reina a disparar el arco.

—Eso ya lo he visto. La cuestión es: ¿por qué?

—Porque yo se lo he pedido —intervino Sherezade en un tono bastante alto.

Él la miró con templanza. Ella se percató de que se fijaba en su atuendo: en que no llevaba el manto, en el moño despeinado... y en la aljaba llena de flechas que le pendía del hombro.

—Entonces, os lo pregunto a vos —resolvió.

Ella sacó la barbilla adoptando un repentino gesto de insolencia.

—¿Necesito un motivo?

—He pedido una explicación, no un motivo.

—Es lo mismo.

—No necesariamente.

—Sí que lo es. Sin tener en cuenta vuestra perspectiva del asunto, os diré que sólo quería aprender y que Jalal accedió a enseñarme. —Mientras hablaba, unos mechones de pelo se le soltaron del moño.

—¿Jalal? —Arqueó las cejas ante semejante informalidad, el único indicio de reacción que reveló su cuerpo.

—Sí, Jalal. —Un mechón se le vino a la cara y se lo remetiÓ por detrás de la oreja.

—¿Y qué habéis aprendido de Jalal?

—¿Qué? —exclamó, sin poder esconder su sorpresa al descubrir su interés.

—Si os ha estado enseñando a disparar el arco, deberíais ser capaz de

demostrarlo. A menos que sea un pésimo instructor.

Jalal se echó a reír.

—Recordaréis, *sayidi*, que yo mismo contribuí a instruiros cuando erais niño.

—Jalal-*jan* —reprendió el *shahrban* a su hijo, al tiempo que unas arrugas de consternación le erosionaban aún más el rostro.

—Y, sin embargo, el tiro con arco nunca ha sido mi fuerte —continuó el califa.

—Eso lo decís vos, *sayidi*, no yo. —Jalal sonrió.

—¡Jalal! ¡Ya basta! —volvió a regañarle su padre—. ¡Es tu rey!

El capitán se inclinó y su obediencia siguió teñida por el ridículo.

—¿Y bien? —El califa miró de nuevo a Sherezade.

Ella contrarrestó su expectante mirada y, sin mediar palabra, volvió a colocar la flecha en el tendón y sostuvo el arco a su lado durante unos instantes.

Estaba ansiosa por demostrarle lo bien que sabía disparar, por demostrarles a todos los presentes que con ella no se jugaba. Y también quería hacer justicia a los muchos años de paciente instrucción que había recibido por parte de Tariq.

Cuando a los once años le pidió que le enseñara a manejar el arco, esperaba que él, un año mayor e hijo de un poderoso emir, ignorara su petición. Sí, había sido ese verano en el desierto, sujetando aquel improvisado arco y aquellas flechas, cuando se había enamorado de Tariq Imrán al Ziyad. De su refrescante franqueza y de su sentido del humor. Del influjo de su encantadora sonrisa taimada. Por supuesto, no había sido más que un encaprichamiento ingenuo, pero de aquellos preciados momentos era de donde sacaba la fuerza cada vez que la oscuridad se cernía sobre ella.

Pues la maravilla del primer amor nunca puede igualarse.



Cerró los ojos.

Tariq.

«No, hoy no es el día de dar el paso. —Respiró hondo—. Pero tampoco de demostrar flaqueza».

Con los ojos todavía cerrados, levantó el arco y tiró de la flecha hacia sí.

No necesitaba apuntar. Sabía exactamente dónde quería lanzarla.

Desde los trece años, siempre había apuntado por instinto, confiando en su habilidad para reconocer los alrededores a primera vista.

Exhaló despacio.

En cuanto abrió los ojos, soltó la flecha, que salió disparada hacia el objetivo dibujando una espiral perfecta.

Y se clavó justo donde pretendía.

—Increíble. Sin ni siquiera molestaros en apuntar, le habéis dado al objetivo —comentó Jalal con ironía—. Por así decirlo.

—Eso es porque sois un buen maestro —repuso Sherezade con jovialidad.

La sombra de una nube pasajera pareció proyectar una pequeña sonrisa en los labios del califa.

—¿Ah, sí? —murmuró Jalal.

—Por así decirlo. —Sonrió—. Pero sí que le he dado al objetivo..., al menos, a una de las patas.

—Y el tiro habría sido admirable si hubiera sido intencionado.

—Pero acabamos de decir que ni siquiera he apuntado. En fin, opino que lo he hecho bastante bien, ¿no os parece?

—¿Qué opináis, *sayidi*? —preguntó Jalal—. ¿La reina ha aprobado vuestro examen de méritos?

Fue una pregunta descarada y Sherezade notó cómo le subía el rubor por el cuello al mirar al califa.

Este se limitaba a observarlos con indiferencia.

—No le ha dado al objetivo —sentenció.

Sherezade entornó los ojos. Cuando el obstinado mechón de pelo se le vino de nuevo a la cara, volvió a remetérselo por detrás de la oreja con un ímpetu exagerado.

—A lo mejor a mi rey no le importaría hacer una demostración de la técnica correcta... —le pidió con frialdad. Rebuscó una flecha a su espalda y se la tendió junto con el arco.

Otra chispa de emoción incomprensible atravesó el afilado perfil del califa.

Sherezade cada vez sentía más curiosidad por averiguar qué pensamientos se escondían detrás de aquella fachada.

«Me da igual lo que piense. Siempre me dará igual.

Así debe ser».

Él dio unas zancadas y tomó las armas de sus manos. Cuando sus dedos la rozaron, vaciló antes de retirarlos. Luego sus ojos atigrados se ensombrecieron y retrocedió con una expresión insondable. Sin decir nada, colocó la flecha en la cuerda.

Sherezade observó cómo se apuntalaba. Su delgada silueta trazó líneas muy precisas conforme tiraba de la flecha hacia atrás, inclinando el arco recurvo hasta que la inflexión de sus extremos dejó de apreciarse.

Exhaló mientras apuntaba a su objetivo.

Sherezade reprimió una sonrisa.

«Usa las miras».

La flecha voló en una tensa espiral hacia el objetivo y se clavó cerca del centro, pero no en la diana.

Bajó el arco.

—No está mal, *sayidi* —dijo Jalal, sonriendo.

—Aceptable —replicó él por lo bajo—. Nada de lo que alardear.

Estiró el brazo izquierdo para devolverle el arco a Sherezade. Luego esquivó sus ojos y se giró para marcharse.

—¿*Sayidi*? —Sherezade intentó retenerlo.

Él se detuvo, pero no la miró.

—Tal vez quisierais...

—Jalal te enseñará. Es más diestro que yo.

A Sherezade se le acometió la rabia al ver que suponía que quería algo de él. Ni muerta.

—Bien —profirió.

El califa dio unos cuantos pasos antes de detenerse de nuevo.

—¿Sherezade?

—¿Sí?

—Os veré esta noche.

Ella sacó una flecha de la aljaba y la colocó en el tendón.

«Lo odio. Como si pudiera enseñarme a manejar el arco... ¡un crío que aún usa las miras! Tariq lo destrozaría. ¿El segundo mejor espadachín de Rey? ¡Ja!».

Trató de ignorar el aleteo de incertidumbre que revoloteaba en su estómago.

Jahandar contemplaba cómo se agitaba la pared de la tienda con el frío aire de la noche.

Estaba tumbado de costado, escuchando. Esperando.

Cuando se aseguró de que la suave respiración de Irsa se convertía en un sueño profundo, se dio la vuelta con mucho cuidado y levantó las mantas.

Sin embargo, al ver que su hija se movía en el otro lado de la tienda, se quedó quieto. Cuando por fin cambió de postura y le dio la espalda, respiró tranquilo y se incorporó. Se estiró con precaución para desprenderse del

cansancio de todo un día de viaje.

Dando pequeños pasos, fue hacia su zurrón sin hacer ruido.

De la manera más silenciosa posible, lo abrió y sacó el ajado volumen de piel del interior. El corazón le martilleó cuando sintió el calor del tomo contra su pecho.

El polvo de las páginas en su mano...

Se deslizó hasta un rincón de la tienda y dispuso el viejo manuscrito en lo alto de un baúl de ropa. Luego encendió una vela.

E inhaló profundamente.

La cubierta del libro estaba raída y era ilegible. Los bordes se hallaban desgastados y en el centro había una cerradura oxidada.

Observó el antiguo y ennegrecido volumen que tenía delante.

Si iniciaba ese camino...

Cerró los ojos y tragó saliva. Pensó en su mujer durante sus últimos días, cuando yacía tumbada debatiéndose por respirar y rogando por disfrutar de un momento más con sus hijas.

Rogando por que Jahandar la salvara de aquella devastadora enfermedad.

Pensó en el instante en que le había fallado, en la impotencia que sintió al sujetarla sin vida entre sus brazos.

La misma impotencia que había sentido al ver cómo su hija mayor se marchaba junto a aquel monstruo tan sólo dos atardeceres antes.

Pero él lo arreglaría, costara lo que costara. Si Sherezade había logrado sobrevivir al amanecer, trabajaría duro por ser merecedor de una hija semejante. Y si no...

Apretó el lomo del libro entre los dedos.

No. No volvería a permitir que las dudas lo acobardasen.

Rebuscó dentro de su camisón y se sacó la larga cadena de plata que le colgaba del cuello. De ella pendía una llave negra. Se agachó sobre el viejo

volumen y metió la llave en la cerradura. Cuando el libro se abrió, una tenue luz plateada emanó de sus páginas. Jahandar buscó la primera...

Y ahogó un grito.

Le había quemado la mano.

Daba igual.

Se tapó la punta de los dedos con la manga y lo volvió a intentar.

El texto estaba escrito en una forma temprana de chagatai. Traducirlo sería un proceso arduo, incluso para un hombre tan docto como él. Sobre todo ahora que el tiempo jugaba en su contra.

Pero, sí, daba igual.

El corazón se le aceleró cuando acercó la vela para comenzar su trabajo.

Por sus hijas movería montañas.

No volvería a fallar.



# ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA

Esta vez, Sherezade había aprendido a no esperarlo.

De modo que no fue ninguna sorpresa que él no hiciera su aparición hasta bien entrada la noche.

Los sirvientes que se ocupaban de la comida y el vino no hallaron ni rastro de Sherezade dentro de la alcoba. Fue el califa quien la descubrió en la terraza mientras contemplaba un camino lateral flanqueado de fuentes.

Ella no se giró cuando llegó, sino que se inclinó sobre la barandilla y sonrió para sí.

Él se detuvo un momento y luego se le acercó.

Una luna creciente pendía alta en el cielo, reflejándose en el agua de los resplandecientes estanques de abajo.

—No se ven, pero me encanta que las flores de azahar huelan desde aquí..., que sugieran algo hermoso y vivo —dijo.

Él no respondió de inmediato.

—¿Sentís debilidad por las flores de azahar?

—Sí, pero prefiero las rosas por encima de todo. Mi padre tiene un hermoso jardín lleno de rosales.

Él se giró hacia ella y estudió su perfil a la luz de la luna.

—Creo que un padre que cultiva flores debería haberse opuesto a... esto. Sherezade continuó con la vista al frente.

—Creo que un rey que espera que su gente le quiera no debería ejecutar a

sus hijas al amanecer.

—¿Quién dijo que yo esperaba que mi gente me quisiera? —respondió el califa en tono serio.

Al oír estas palabras, Sherezade se giró para enfrentarse a su mirada.

—Y yo todo este tiempo creyendo que erais un hombre inteligente — soltó, imitando su tono distante y grave al pronunciar aquel dictamen, y el efecto de su sutil burla no pasó desapercibido.

Una de las comisuras de los labios del califa se crispó.

—Y yo todo este tiempo... creyendo que no queríais morir.

Sherezade pestañeó.

Y luego decidió reírse.

El sonido flotó por la terraza, burbujeando en la noche, inundando el cielo con el musical tintineo de unas campanillas.

El califa la observó y su chispa de sorpresa quedó rápidamente enmascarada por una sombría expresión pensativa.

—Sois muy extraño —comentó ella una vez que su risa se apagó.

—También vos lo sois, Sherezade al Jayzurán.

—Al menos, yo lo sé.

—Yo también estoy al tanto.

—Pero yo no voy castigando a la gente por ello.

Él suspiró.

—Envidio a la gente que ve el mundo como vos.

—¿Estáis insinuando que soy ingenua? —La rabia tiñó sus palabras.

—No. Veis las cosas del modo en que vivís vuestra vida: sin miedo.

—Eso no es verdad. Me dan miedo muchas cosas.

Él le lanzó una mirada penetrante.

—¿Qué os da miedo?

Justo entonces, como si la noche hubiese predicho el momento, una ráfaga

violenta recorrió el balcón, azotando el largo pelo negro de Sherezade. Algunos mechones le volaron a la cara, oscureciéndole los rasgos.

—Me da miedo morir —anunció por encima del viento.

«Y me da miedo que me venzáis».

Él la contempló mientras la ráfaga se aplacaba..., mientras terminaba de jugar con sus tirabuzones, enrollándolos y desenrollándolos.

Cuando los últimos vestigios desaparecieron, el mismo tirabuzón suelto de aquella tarde seguía pendiéndole por delante de los ojos. Ella se dispuso a apartarlo...

Pero él le cogió la mano y con la otra se lo remetió por detrás de la oreja, con cuidado.

La agitación de su estómago volvió con fuerzas renovadas.

—Decidme por qué estáis aquí. —Las palabras sonaron suplicantes con su voz queda.

«Estoy aquí para ganar».

—Prometedme que no me mataréis —le respondió con un soplo de voz.

—No puedo hacer eso.

—Entonces, no hay nada más que hablar.

Como en la primera noche, a Sherezade le sorprendió su aptitud para distanciarse de la realidad.

Y, una vez más, le estuvo extrañamente agradecida porque no hubiera intentado besarla.

Agradecida... y en cierto modo perpleja.

Había besado antes a Tariq... Besos robados en las sombras de las torretas abovedadas. La naturaleza ilícita de aquellos encuentros siempre le había entusiasmado. En cualquier momento, un sirviente podría haberlos pillado; o peor aún, Rahim podría haberlos visto besándose... y no habría dudado en



pincharla sin piedad, como había hecho desde el momento en que se proclamó a sí mismo el hermano que nunca había tenido.

Así que, aunque apreciaba no tener que besar a un asesino, le resultaba extraño que su nuevo esposo se abstuviera de este acto en particular, sobre todo cuando parecía mucho menos íntimo que... otras cosas.

Sherezade quería preguntarle por qué. Y su curiosidad fue creciendo por momentos.

«Déjalo. No importa».

En lugar de levantarse para vestirse como él, se quedó remoloneando en la cama y cogió un gran almohadón del color de la brillante cornalina. Se lo llevó al pecho y lo rodeó con sus finos brazos.

Él se giró para mirarla al ver que no lo acompañaba a la mesa.

—No tengo hambre —le aseguró.

Él inhaló y ella observó cómo sus hombros se movían al compás de su respiración.

Entonces él volvió a los pies de la cama, de modo que quedaron en extremos opuestos, tan lejos el uno del otro como era posible.

«Qué extraño».

Sherezade rodó sobre un costado y se acomodó en la masa de cojines de seda. Sus tobillos bronceados colgaban del colchón.

El califa entrecerró sus ojos ambarinos, aunque muy poco.

—¿Os gustaría que continuara con la historia? —le preguntó—. ¿Sayidi?

—Creía que ya estabais por encima del uso de los honoríficos.

—¿Disculpad?

—¿Habéis olvidado quién soy, Sherezade?

Ella parpadeó.

—No..., *sayidi*.

—Entonces es que la falta de decoro va de la mano de vuestro sentido de

la comodidad.

—En la misma medida en que la amarga apatía va de la mano del vuestro.

De nuevo, sus hombros se levantaron y cayeron.

—Decidme, ¿por qué os parece tolerable hablarme de ese modo?

—Porque alguien debe hacerlo —le respondió sin dudar.

—¿Y creéis que habéis de ser vos?

—Creo que debe ser alguien que no os tenga miedo. Y, aunque yo me siento... inquieta en vuestra presencia, cuanto más veo todo lo que me rodea, menos motivos tengo para temeros.

En cuanto dijo las palabras en voz alta, se sobresaltó al percatarse de la verdad que entrañaban. En el día que llevaba siendo su esposa, había visto bien poco del monstruo sediento de sangre que esperaba encontrar.

En esta ocasión, fue mucho más que un mero fogonazo de sorpresa lo que embargó el rostro del califa. Su asombro dio paso a la consternación antes de volver a difuminarse en el paisaje de vacío que siempre envolvía sus rasgos.

—No sabéis nada —le replicó.

A Sherezade casi se le escapa una risotada.

—Tenéis razón. No sé nada. ¿Seríais tan amable de instruirme, *sayidi*?

Era una burla discreta..., una copa de vino envenenada, dirigida a embriagar y a desangrar.

Destinada a forzarlo a exponer su debilidad.

«Por favor, dadme la cuerda con la que colgaros».

—Terminad el cuento de Agib, Sherezade.

El momento había pasado.

«Por ahora».

Ella le sonrió desde el otro lado de la cama.

—La sombra que se formó en la voluta de humo azul se solidificó... y empezó a reírse.

Los hombros del califa se relajaron. Se acomodó hacia delante.

—Agib reculó de espaldas, presa de un terror creciente. La risa aumentó hasta que resonó por la negra arena de la playa de la isla. Agib se cubrió la cara con manos temblorosas. Y desde las entrañas de la sombra emergió una figura calva y de orejas puntiagudas adornadas con oro. Su piel era blanca como la nieve y estaba cubierta con marcas en relieve en una lengua que el ladrón no reconoció. Cuando la figura abrió la boca para hablar, vio que cada uno de sus dientes terminaba en una punta afilada como una cuchilla.

Sherezade se colocó una almohada bajo el cuello y cruzó los tobillos. Cuando la mirada del califa se deslizó por sus piernas desnudas, sus ojos se agrandaron al percatarse y él la apartó.

Ignorando el creciente calor que le subía por el cuello, continuó:

—Agib estaba seguro de que iba a morir. Juntó las manos ante sí y cerró los ojos, ofreciéndole una súplica silenciosa por que pusiera un final rápido e indoloro a una vida inútil. Así que, cuando la criatura le habló con una voz que estremeció el propio suelo sobre el que se encontraban, sus palabras fueron lo último que esperaba oír, por muchos motivos. La criatura dijo: «¿Qué pregunta desea hacerme mi amo?». Y Agib se quedó allí sentado, sin palabras. La criatura repitió la pregunta. Agib balbució, de forma casi inaudible: «¿Pregunta? ¿De qué tipo de preguntas me habláis, oh, criatura de la copa?». Esta volvió a reír y respondió: «Esa ha sido la primera de las tres preguntas de mi amo. Se le permiten tres, y sólo tres. Después de esta, sólo le quedan dos. Las preguntas de las que le hablo son preguntas que el amo del Cáliz de Bronce puede plantearle al Genio que Todo lo Sabe. Poseo las respuestas a las preguntas: pasadas, presentes y futuras. Elegidlas con sabiduría, pues una vez que preguntéis tres veces, ya no volveréis a ser amo».

Llegados a este punto, el califa sonrió.

—Agib se puso en pie vacilando aún de incredulidad. Pero la mente aguda

del ladrón estaba empezando a tomar las riendas y pronto se dio cuenta de que su estupidez ya le había costado una valiosa pregunta. Así que dejó de dar la réplica y de sucumbir a una nueva trampa del avisado genio que tenía ante sí. Formuló la siguiente cuidadosamente en su cabeza antes de plantearla. Entonces la formuló: «Genio del Cáliz de Bronce, tu amo desea saber el modo exacto de escapar de esta isla para llegar a su hogar sin que su persona sufra daño alguno». El genio sonrió con malicia antes de hacer una reverencia ante Agib y, con un gesto hacia la montaña, le respondió: «Enterrado en la cumbre de la montaña hay un bote con pernos de latón. Arrastradlo hasta la orilla y remad en la dirección de la tercera estrella más brillante del cielo nocturno. Después de veinte días con sus noches, llegaréis a vuestro hogar». Con ojos recelosos, Agib lo picó un poco más: «Mi pregunta incluía que no sufriera daño alguno mientras durase el viaje. En vuestra respuesta no os habéis referido a la comida ni a la bebida en ningún momento». El genio soltó otra risotada. «Mi amo aprende más rápido que la mayoría. Os conduciré a un manantial recóndito cerca de la punta más occidental de la isla. Y, en cuanto a la comida, os sugiero que sequéis suficiente pescado para el trayecto».

—Eso parece bastante práctico —la interrumpió el califa—. No se puede confiar en el genio.

—En mi opinión, rara vez se puede, *sayidi* —dijo, sonriendo—. Durante los días siguientes, Agib siguió las instrucciones de la criatura. Llevó el bote a la playa y lo llenó con los suministros para el viaje. A la tercera noche, bajo la luz de la luna llena, zarpó con el Cáliz de Bronce prudentemente guardado en un morral a sus pies. Durante diez días, viajó sin ningún altercado. Empezó a creer que su viaje llegaría a buen puerto, que la suerte estaba de su lado, después de todo. Contra todo pronóstico, empezó a soñar qué iba a pedir como pregunta final. ¿Dónde podía obtener todas las riquezas del

mundo? ¿Cómo podría granjearse el amor de la mujer más hermosa de Bagdad? —Sherezade hizo una pausa para crear efecto—. Y entonces... el bote comenzó a chirriar. El agua empezó a colarse por las juntas.

»Horrorizado, Agib descubrió que los pernos de latón se estaban resquebrajando por los bordes, permitiendo que el mar fluyera por las juntas. En medio del pánico, intentó achicar el agua con sus propias manos. Cuando se dio cuenta de lo inútil de sus esfuerzos, cogió el cáliz y restregó la superficie. El genio apareció y se sentó con calma en la línea del fuerte del bote. «¡Nos hundimos!», le gritó Agib. «¡Me aseguraste que llegaría a mi hogar sin sufrir daño alguno!». El genio se limitó a mirarle sin aparentar la menor preocupación. «Podéis hacerme una pregunta, amo», le respondió. Agib echó un vistazo frenético a su alrededor, dubitativo sobre si era el momento de usar su última y más preciada pregunta. Justo entonces, en el horizonte, vio el mástil de otro bote, una embarcación mucho más grande. Se levantó y agitó los brazos mientras gritaba para llamar su atención. Cuando la nave viró hacia él, Agib aulló triunfante y el genio sonrió con suficiencia antes de desvanecerse en el interior de su cáliz. Agib embarcó en el navío, tembloroso de gratitud, con las ropas raídas y la cara, quemada por el sol, oculta bajo una barba rala. Pero...

El califa enarcó las cejas.

—Cuando el dueño del barco emergió de las bodegas, se horrorizó al descubrir que no era otro que el emir..., el mismo hombre cuyos soldados lo habían perseguido en Bagdad y lo habían conducido a emprender aquel desdichado viaje. Por un instante, Agib se planteó tirarse de cabeza al mar, pero, en cuanto el emir le dedicó una cálida sonrisa y le dio la bienvenida a bordo del barco, se dio cuenta de que su aspecto desaliñado lo hacía irreconocible. De modo que se sentó a la mesa del emir y compartió su comida y su bebida como si desconociera la identidad de su patrón. El noble

anciano era un anfitrión consumado y él mismo le rellenaba la copa y lo agasajaba con historias de sus muchas aventuras marinas. Cuando llegó la noche, Agib se enteró de que el emir había zarpado hacía varias semanas en busca de una isla con una misteriosa montaña en el centro. Escondido en aquella isla, había un cáliz con el poder místico de responder cualquier pregunta del mundo: pasada, presente y futura.

El califa se reclinó sobre el codo con mirada cálida.

—Al oír aquella noticia, Agib se quedó petrificado, pues, por supuesto, el emir no podía referirse a otro que al mismísimo cáliz que él llevaba en el morral. Fingiendo no saber nada, le preguntó por qué había decidido emprender aquella peligrosa misión, sobre todo en los últimos años de su vida. La mirada del emir se entristeció. Confesó que había una razón, y sólo una, por la que se había hecho a la mar en busca de la montaña negra y su cáliz escondido. Hacía varias semanas, le habían robado algo muy preciado: un anillo que había pertenecido a su difunta esposa. Era lo único que le quedaba de ella y lo consideraba su posesión más preciada. En las calles de Bagdad, un habilidoso ladrón le había arrebatado con disimulo el dije de su propia mano y había desaparecido entre la multitud con el sigilo de una sombra. Desde aquella misma tarde, el fantasma de su difunta esposa se le aparecía cada noche, y supo que tenía que recuperar el anillo, costase lo que costase. Si podía preguntarle al cáliz dónde estaba, aplacaría al espíritu de su mujer y restauraría el honor del recuerdo de su amor.

—Entonces, ¿su pregunta a un genio omnisciente sería sobre un simple dije de amor? —la interrumpió el califa.

—¿Un simple dije? El amor es una fuerza en sí misma, *sayidi*. Por amor, la gente concibe lo impensable... y a menudo logra lo imposible. Yo no despreciaría su poder.

Él le mantuvo la mirada.

—Yo no desprecio su poder. Lamento su papel en esta historia.

—¿Os entristece la importancia del amor en la vida del emir?

No contestó de inmediato:

—Me frustra su importancia en nuestras vidas.

Los labios de Sherezade dibujaron una triste sonrisa.

—Es comprensible, aunque un tanto predecible.

Él ladeó la cabeza.

—De nuevo volvéis a suponer que sabéis demasiado para un día y dos noches, mi reina.

Sherezade apartó la vista y jugueteó con la punta del cojín rojo que tenía en los brazos. Sintió que se le ruborizaban las mejillas.

«¿Mi reina?».

Ante su silencio, el califa se removió, incómodo.

—Tenéis razón —murmuró Sherezade—. No debería haber dicho eso.

Él inhaló por la nariz.

Y una extraña calma pareció cernirse sobre la alcoba.

—Y yo no debería haberos interrumpido. Lo siento —susurró.

Sherezade retorció el borde escarlata del cojín con fuerza entre sus dedos.

—Por favor, continuad —la conminó.

Ella lo miró y asintió.

—Agib escuchó su historia con una creciente sensación de incomodidad. Por supuesto, él era el autor del robo y se había deshecho del anillo en su histérico intento por huir de los soldados del emir. No pensaba entregarle el cáliz antes de tener la oportunidad de decidir cuál sería su pregunta final y, si el emir descubría que lo tenía, lo más seguro era que lo matase para arrebatárselo. Aunque más inminente aún era el peligro de que alguien reconociera al ladrón responsable de la aflicción del emir. Agib decidió permanecer lo más cerca posible de aquel hombre durante el resto del

trayecto y utilizar todos los medios a su alcance para ocultar su identidad.

Sherezade se sentó con cuidado cuando advirtió que una tenue luz despuntaba por el borde de las celosías que daban a la terraza.

«Ya estamos otra vez».

—Durante los meses siguientes, el barco surcó las aguas en busca de la montaña de imán y Agib logró mantenerlos a salvo lejos de su rumbo. En aquel tiempo, aprendió acerca de las muchas experiencias del emir y, en última instancia, acerca de su vida. Llegó a admirarlo y el anciano pronto vio en él a un joven inteligente con amplias aptitudes para el conocimiento y un corazón valeroso. Agib se convirtió en un diestro marinero. Se dio cuenta de que los hombres podían respetarlo por ser más que un simple ladrón: podían respetarlo por ser un hombre de honor en quien confiar. Por desgracia, el tiempo no corría a su favor. El anciano emir enfermó y se vieron obligados a poner rumbo a tierra. Pronto quedó claro que iba a morir. Cada día se convertía en el bien máspreciado. Agib observaba horrorizado cómo su mentor, su amigo, empezaba a consumirse ante sus propios ojos. Pensó en preguntarle al genio si había algún modo de salvarlo, pero sabía que eso quedaba más allá del reino de la posibilidad.

El amanecer reptaba por la celosía con acechante palidez.

—En cuanto el barco atracó, Agib supo qué debía hacer. Huyó a toda prisa sin otra cosa en la mano que el cáliz. Una vez que se alejó de los muelles, restregó el borde del cáliz y le pidió al genio que le dijera dónde podía encontrar el anillo. El genio se rió a carcajadas cuando se dio cuenta de que Agib estaba malgastando su último deseo con semejante pregunta, pero le contó que el anillo se hallaba en el dedo meñique de uno de los mercenarios más infames de Bagdad. Agib no desperdició ni un minuto en ir a buscarlo. La consiguiente pelea por el anillo fue sangrienta y brutal. El joven se vio obligado a entregar todo su botín a cambio de un pasaje seguro por la guarida



de los asesinos. Con los ojos amarotados y el cuerpo lleno de cardenales, volvió al barco sin otra cosa en la mano que el anillo.

El amanecer había llegado con todo su esplendor de oro blanco.

Y Sherezade estaba segura de que el califa era consciente de ello.

Pero siguió adelante con determinación:

—El emir yacía debatiéndose por respirar. Cuando vio a Agib, le tendió la mano. El muchacho se arrodilló a su lado y le colocó el anillo en el dedo. El anciano, con los ojos enrojecidos, se percató de sus magulladuras. «Hijo mío», le dijo con voz ronca, «te lo agradezco. Desde lo más profundo de mi corazón». El joven empezó a llorar. Comenzó a confesarle su identidad, pero el emir lo detuvo. «Supe quién eras desde el momento en que subiste a bordo de mi barco. Prométeme que, durante el resto de tu existencia, no le robarás a tu prójimo, sino que trabajarás con él para mejorar las vidas de los que te rodean». El muchacho asintió y sollozó aún más. Y entonces el emir murió, agarrado a su mano y con una pacífica sonrisa en el rostro. Más tarde, Agib descubrió que el anciano le había legado todo su patrimonio, cediéndole el título como si fuera su verdadero hijo. No tardó en elegir esposa y la boda del nuevo emir fue una celebración como Bagdad no había visto en muchos años. —Sherezade hizo una pausa y su mirada se desvió hacia la luz del sol que entraba a raudales desde la terraza.

—¿Habéis terminado? —le preguntó el califa en voz baja.

Ella negó con la cabeza.

—En la boda del nuevo emir había un invitado de una tierra muy lejana, un mago de África que buscaba una lámpara mágica. Pero en verdad no buscaba la lámpara, sino a un joven. Un joven llamado Aladino.

Un músculo se crispó en la mandíbula del califa.

—Esa es otra historia.

—No, no lo es. Forma parte de la misma.

Llamaron a la puerta.

Sherezade se levantó de la cama y cogió su *shamla*. Con manos temblorosas, se la ató a la cintura.

—Sherezade...

—Veréis, Aladino era un excelente jugador... un timador de tomo y lomo. Su padre antes que él era...

—Sherezade.

—No es una historia diferente, *sayidi* —repitió en tono bajo y calmado, aferrándose a la tela de su bata para ocultar sus traidoras manos.

Él se puso en pie con un gesto grácil cuando volvieron a llamar, esta vez con mayor insistencia.

—Adelante —ordenó el califa.

Cuando cuatro soldados y el *shahrbán* de Rey entraron en su alcoba, Sherezade sintió que el suelo bajo sus pies empezaba a oscilar. Bloqueó las rodillas y se quedó tiesa como una baqueta para evitar que su cuerpo delatara cualquier signo de debilidad.

«¿Por qué ha venido el padre de Jalal?».

—General Al Juri, ¿ocurre algo? —le preguntó el califa.

El *shahrbán* hizo una reverencia ante su rey y se llevó una mano a la frente.

—No, *sayidi*. —Vaciló—. Pero... ha amanecido. —Sus ojos se desviaron en dirección a Sherezade. Empalideció y se negó a encontrarse con su mirada.

«No puede... Él... ¿quiere matarme? ¿Por qué iba a querer que muriese?».

Como el califa no hacía nada por detenerlo, el *shahrbán* les hizo un gesto con la cabeza a los guardias.

Estos flanquearon a Sherezade.

El corazón..., el corazón iba a salirse del pecho.

«¡No!».

Un guardia echó mano de su brazo. Cuando le rodeó la muñeca con la mano, vio que los rasgos del califa se tensaban. Entonces tiró del brazo para zafarse de la zarpa del guardia, como si esta fuera una llama demasiado cercana a su piel.

—¡No me toquéis! —le gritó.

Cuando otro guardia la agarró del hombro, ella le apartó de un manotazo.

—¿Estáis sordo? ¿Cómo osáis tocarme? ¿Sabéis quién soy? —Una nota de pánico tiñó su voz.

Sin saber qué más hacer, clavó la vista en su enemigo.

Los ojos de tigre estaban... indecisos.

Recelosos.

¿Y qué más?

Calmados.

—¿General Al Juri?

—¿Sí, *sayidi*?

—Me gustaría presentaros a la montaña de imán.

El *shahrban* miró por turnos al califa y a Sherezade.

—Pero, *sayidi*..., no lo entiendo. No podéis...

El califa se giró para encarar al *shahrban*.

—Tenéis razón, general. No lo entendéis. Y nunca lo entenderéis. De todas formas, me gustaría presentaros a la montaña de imán...

El califa volvió a mirar a Sherezade y el fantasma de una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Mi reina.



## EL PRINCIPIO ES EL FIN

*Elrida'* de Tariq estaba cubierto de una gruesa capa de polvo. Tenía todas las partes expuestas de su cuerpo llenas de arena. Su oscuro alazán estaba empapado en sudor y una espuma blanca empezaba a acumularse alrededor del freno.

Las quejas de Rahim aumentaban conforme pasaban las horas.

Pero Tariq vislumbraba las puertas de la ciudad de Rey en el horizonte.

Y se negaba a parar.

—Por lo más sagrado, ¿no podemos aflojar un poco el paso? —gritó Rahim por quinta vez en varios minutos.

—Adelante. Afloja el paso. Y luego bájate de la silla. Serás un festín para los cuervos —le espetó.

—¡Llevamos dos días enteros cabalgando como si nos persiguiera el diablo!

—Y por eso ya casi hemos llegado.

Rahim ralentizó su caballo a medio galope y se enjugó el sudor de la frente.

—No me malinterpretes; estoy tan preocupado por Shezi como tú, pero ¿de qué le servirías a nadie medio muerto y casi famélico?

—Dormiremos bajo una nube de perfume cuando lleguemos a casa del tío Reza —repuso Tariq—. Sólo tenemos que entrar en Rey. Tengo que... —Espoleó a su caballo.

—No debes preocuparte tanto. Si alguien puede vencer a la adversidad, es Shezi.

Tariq tiró de las riendas y se puso a la altura de Rahim.

—Nunca tendría que haberse encontrado en estas circunstancias.

—No es culpa tuya.

—¿Qué importa la culpa?

—No lo sé. Lo único que sé es que crees que tienes la responsabilidad de arreglarlo. Y, en cierto modo, yo me siento responsable de ti. Y de Shezi.

—Lo siento —se disculpó Tariq—. No tengo derecho a hablarte así. Pero habría hecho cualquier cosa por evitar todo esto. Sólo de pensar que ella...

—Para. No te tortures.

Cabalgaron en silencio durante unos minutos.

—Me siento culpable —admitió Tariq.

—Lo sé.

—También me sentí culpable cuando Shiva murió.

—¿Por qué?

—Porque no supe qué decirle a Shezi tras la muerte de su mejor amiga. Tras la muerte de mi prima. No supe qué decirle a nadie. Mi madre estaba devastada y mi tía... Bueno, no creo que nadie hubiera podido hacer nada para evitar su muerte. Y Sherezade... apenas hablaba.

—Eso me inquietó bastante —recordó Rahim con tristeza.

—Debí haberme dado cuenta. Debí haberlo visto venir.

—Ojalá fueras vidente, Tariq Imrán al Ziyad. —Rahim suspiró—. Ojalá todos lo fuéramos. En lugar de un inútil tercer hijo, sería un hombre rico en los brazos de una mujer hermosa... con curvas interminables y piernas infinitas.

—No estoy bromeando, Rahim. Debí darme cuenta de que haría algo así.

—Yo tampoco bromeo. —Frunció el ceño—. No se puede adivinar el futuro. Ni cambiar el pasado.

—Pero sí se puede aprender de él. —Tariq hundió los talones en los

flancos del semental y el animal salió disparado hacia delante, convirtiéndose en un borrón oscuro que atravesaba la arena—. ¡Y puedo asegurarme de que no vuelva a repetirse!

Era media mañana cuando Tariq y Rahim desmontaron de sus caballos en mitad del elegante complejo de Reza ben Latief, en el mismísimo corazón de Rey. Una suntuosa fuente ovalada de azulejos esmaltados de color azul zafiro adornaba el centro del patio, bordeada por unas piedras de terracota dispuestas a la manera de un elaborado hexágono. Verdes enredaderas trepaban por cada uno de los arcos con columnas. En la base de cada arco había pequeños arriates sembrados de violetas, jacintos, narcisos y azucenas. Unas antorchas de bronce fundido y hierro de múltiples caras adornaban las paredes, aguardando a que llegara la noche para exhibir todo su esplendor.

Sin embargo, a pesar de la belleza de la casa, reinaba en ella un aura de tristeza.

Una sensación de tremenda pérdida que ningún esplendor podía llenar.

Tariq colocó a Zoraya en su jaula provisional en el extremo más alejado del patio. El halcón chilló, disgustado con aquella percha nueva y extraña, pero se tranquilizó en cuanto su dueño empezó a darle de comer.

Rahim se cruzó de brazos y una nube de polvo se levantó a su alrededor.

—¿El maldito pájaro va a comer antes que yo? ¿Dónde está la justicia?

—Ah, Rahim-*jan*..., ¡qué poco has cambiado en los últimos años!

Tariq se giró al oír el sonido de aquella voz familiar.

Allí, de pie bajo la cortina de enredaderas de una arquería cercana, estaba su tío.

Los dos jóvenes se adelantaron, agacharon la cabeza y se llevaron los dedos a la frente en señal de respeto.

Reza ben Latief salió al sol con una sonrisa triste. Su oscuro pelo raleaba

aún más que la última vez que Tariq lo vio y su pulcro bigote estaba bastante más salpicado de gris. Las arrugas de sus ojos y de su boca, que el joven siempre había asociado con el humor, se habían intensificado y reflejaban algo sin duda anómalo...

La sonrisa de un alma acechada por los espectros.

La careta de un hombre golpeado por la pena cuya amada hija de diecisiete años había muerto una mañana..., seguida de su esposa, tres días más tarde.

Una esposa que no había podido soportar vivir en un mundo sin su única hija.

—Tío. —Tariq le tendió la mano.

Reza se la estrechó con cariño.

—Has llegado muy pronto, Tariq-*jan*. No te esperaba hasta mañana.

—¿Qué le ha pasado a Shezi? ¿Está... viva?

Reza asintió.

—Entonces...

La triste sonrisa de su tío se tiñó de un ligero orgullo.

—A esta hora, toda la ciudad sabe de nuestra Sherezade... —Rahim se acercó y Tariq apretó el puño—. La única reina joven que ha sobrevivido no a uno, sino a dos amaneceres en palacio —continuó Reza.

—Lo sabía —dijo Rahim—. No hay nadie como Shezi.

Los hombros de Tariq se relajaron por primera vez en dos días.

—¿Cómo?

—Nadie lo sabe —repuso el hombre—. En la ciudad proliferan los rumores. Sobre todo, el de que el califa se ha enamorado de su nueva esposa. Pero yo no lo creo. Un asesino como ese no es capaz de... —Se interrumpió con la boca contraída por una furia repentina.

Tariq se inclinó y le cogió la mano con fuerza.

—Tengo que sacarla de allí. ¿Me ayudaréis?

Reza le devolvió la mirada a su apuesto sobrino. Se fijó en las líneas decididas de su cara y en su firme mandíbula.

—¿Qué planeas hacer?

—Voy a arrancarle el corazón.

El hombre apretó tanto la palma de Tariq que le hizo daño.

—Lo que sugieres... es una traición.

—Lo sé.

—Para tener éxito tendrás que entrar en palacio... o desatar una guerra.

—Sí.

—No puedes hacerlo solo, Tariq-*jan*.

Este le sostuvo la mirada en silencio.

—¿Estás dispuesto a declarar una guerra en su nombre? ¿Independientemente de si... sigue o no con vida? —preguntó Reza con prudencia.

Tariq hizo una mueca.

—El califa merece morir por lo que le ha hecho a nuestra familia. No permitiré que nos arrebate nada más, ni a mí... ni a nadie. Ya es hora de que nosotros le arrebate algo a él. Y si eso significa apoderarnos de su reino... —Tariq respiró hondo—. ¿Me ayudaréis, tío?

Reza ben Latief contempló el hermoso patio que lo rodeaba. Los fantasmas lo atormentaban en cada esquina. La risa de su hija resonaba en el cielo. El roce de su esposa se le escurría entre los dedos como un puñado de arena.

No podía dejarlas ir. Sus recuerdos, daba igual lo marchitos y rotos que estuvieran, eran lo único que le quedaba. Lo único por lo que merecía la pena luchar.

Volvió a mirar al hijo del emir Nasir al Ziyad, el sucesor de la cuarta



mayor fortaleza de Jorasán. Con linaje real.

Tariq Imrán al Ziyad era su oportunidad de enmendar aquel error...

Y de restaurar sus recuerdos.

—Acompáñame.



## **EL SHAMSHIR**

Levantaos.

Sherezade se quejó y se llevó la almohada a la cara como respuesta.

—Levantaos. Ya.

—Márchate —refunfuñó.

Y justo entonces le arrancaron la almohada de las manos sin la menor ceremonia y le dieron con ella en la mejilla con tal fuerza que se quedó estupefacta.

Se enderezó y su agotamiento se vio eclipsado por la más pura indignación.

—¿Te has vuelto loca? —le gritó.

—Os he dicho que os levantéis —le respondió Despina con tono directo.

Sin saber qué más hacer, arrojó la almohada de vuelta a la cabeza de la doncella.

Esta la cogió al vuelo y se rió.

—Levantaos, Sherezade, esposa del califa de Jorasán, Reina de Reinas. Llevo esperándoos toda la mañana y tenemos que ir a un sitio.

Cuando por fin se levantó de la cama, vio una vez más que Despina iba ataviada de forma impecable con otra prenda estampada y maquillada de tal manera que todas y cada una de las facetas de su pálida piel destacaban a la luz que entraba a raudales desde la terraza.

—¿Dónde has aprendido... eso? —le preguntó Sherezade con envidiosa admiración. —La doncella puso los brazos en jarras y enarcó una ceja—. La ropa, el pelo, el... Eso. —Se pasó los dedos por su enmarañada melena para

aclararlo.

—En casa, en la ciudad de Tebas. Mi madre me enseñó. Ella era una de las más famosas bellezas de toda Cadmea. Tal vez de todas las islas griegas.

—Oh. —Estudió los rizos lustrosos de Despina y luego procedió a echar hacia atrás la maraña que tenía en las manos.

—No voy a hacerlo —dijo Despina con una sonrisa de suficiencia.

—¿Que no vas a hacer qué?

—Morder el anzuelo para elogiaros.

—¿Disculpa? —balbució Sherezade.

—He conocido a muchas como vos: las que derrochan encanto sin ningún esfuerzo; las sílfides verdes del mundo. Van dando vueltas por ahí sin preocuparse por sus cualidades, pero padecen el mismo deseo de gustar que todas. Que no sepáis cómo aprovechar vuestros muchos dones no significa que pasen desapercibidos, Sherezade. Pero podría enseñaros si quisierais. Aunque no parece que necesitéis mi ayuda. —Le guiñó un ojo—. Sin duda, el califa aprecia vuestros encantos tal cual son.

—Bueno, tampoco es que sea muy exigente. ¿Cuántas esposas ha tenido sólo en los últimos tres meses? ¿Sesenta? ¿Setenta y cinco? —le replicó.

Despina frunció los labios.

—Pero no ha ido a verlas por la noche.

—¿Qué?

—Por lo general se las elige al azar, se casa con ellas y..., bueno, ya sabéis lo que ocurre a la mañana siguiente.

—No me mientas, Despina.

—No lo hago. Vos fuisteis la primera novia a la que buscó después de la boda.

«No la creo».

—Por si os lo estáis preguntando, se supone que yo no tenía que contaros

esto —admitió.

—¿Y por qué lo has hecho?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. A lo mejor sólo quiero caer bien.

Sherezade le dedicó una mirada dura y prolongada.

—Si quieres caerme bien, ayúdame a decidir qué me pongo. Además, ¿dónde está la comida? Me muero de hambre.

Despina sonrió.

—Ya he preparado un *qamis* largo y unos pantalones a juego. Vestíos y podremos marcharnos.

—¡Pero si no me he bañado! ¿Adónde vas a llevarme?

—¿Queréis estropearlo todo?

—¿Dónde vamos? —insistió—. Dímelo.

—¡Bien! —exhaló Despina—. Os lo contaré mientras os vestís. —Le pasó la ropa y la condujo detrás de los biombos—. Resulta que el invierno pasado el califa fue a Damasco a visitar al *malik* de Asiria y, mientras se encontraba allí, vio los nuevos baños del *malik*..., una enorme piscina de agua que mantienen caldeada con unas piedras calientes especiales. Por lo visto, el vapor hace maravillas en la piel. A lo que voy: ¡el califa mandó construir unos aquí, en el palacio! ¡Acaban de terminarlos!

—¿Y?

—Obviamente, os voy a llevar. —Puso los ojos en blanco.

—Obviamente. Lo que no entiendo es a qué viene tanto revuelo.

—A que son una maravilla. Y nuevos. Y vos seréis una de las primeras en probarlos.

—¿Qué quiere, cocerme hasta morir? —bromeó Sherezade en tono áspero. Despina rió con disimulo—. Estoy lista. —Salió de detrás del biombo vestida de sencillo lino verde agua con pendientes de jade a juego y zapatillas

doradas en punta. Se recogió el pelo con una trenza que le caía por la espalda y se dirigió a la puerta de la alcoba. No se veía al *rajput* por ningún sitio—. ¿Dónde está? —preguntó.

—Oh, le han dado el día libre.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque vamos a los baños. Él no puede acompañarnos allí, ¿verdad?

Sherezade frunció los labios.

—No, pero... —Cuando Despina cerró las puertas a su espalda, Sherezade vio que se mordía el labio inferior pintado de carmín. Como si le estuviera ocultando algo—. Despina, ¿dónde está el *rajput*?

—Ya os lo he dicho. Tiene el día libre.

—Muy bien, pero ¿adónde va cuando le dan el día libre?

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Tú lo sabes todo.

—Esto no lo sé, Sherezade.

«¿Por qué me está mintiendo? Creía que no me estaba permitido ir a ningún sitio sin el *rajput*. ¿Adónde me lleva en realidad?».

—No voy a ningún sitio hasta que me digas dónde está mi escolta.

—¡Por Zeus, qué pesada sois, Sherezade al Jayzurán! —gritó Despina.

—Es bueno, que lo sepas. Te ahorrará tiempo. Ahora, contesta a mi pregunta.

—No.

—¡Contéstame, desgraciada tebana!

—¡No, cabeza de chorlito!

Sherezade se quedó boquiabierta.

—Escúchame: podemos quedarnos en los pasillos del palacio gritándonos la una a la otra o puedes quitarte de en medio ahora mismo y ahorrarte el problema. Cuando tenía doce años, a mi mejor amiga y a mí nos acusaron

falsamente de haber robado un collar. El hijo de catorce años del tendero nos dijo que nos dejaría ir a cambio de un beso de cada una. Yo le rompí la nariz y mi mejor amiga lo tiró a un abrevadero. Cuando nos enfrentamos a su padre, lo negamos todo y yo tuve que quedarme sentada en la puerta de casa toda la noche. Fue la vez que mejor he dormido en mi vida.

—¿Y a qué viene eso ahora?

—A que nunca pierdo ni temo derramar sangre.

Despina bajó la mirada hasta ella.

—¡Está bien! El *rajput* está..., está en un torneo. Esta tarde los hombres van a celebrar un torneo de habilidad con la espada.

Un brillo calculador encendió los ojos avellana de Sherezade.

—¿Veis? ¡Por eso no quería contároslo! —gimió la doncella—. Y, de todas formas, no podéis ir. Si el califa os descubre allí, os...

—¿Va a participar en el torneo?

—Por supuesto.

«Entonces, no vas a detenerme de ningún modo».

—No me hará nada —le aseguró, aunque su voz estaba teñida de incertidumbre.

—No puedo decir lo mismo de mí —replicó su acompañante.

—Bien. ¿Hay alguna forma de verlo sin que nadie sepa que estamos allí?

—¿Y por qué no vamos a los baños y punto? —le suplicó Despina.

—Por supuesto. Después del torneo.

—¡Bendita Hera! Voy a morir como vuestra doncella.

—Esto es, con mucho, lo más necio que he hecho en los seis años que llevo viviendo en el palacio —masculló Despina en voz baja cuando se acuclillaron detrás de una pared de piedra parduzca. La celosía que la coronaba les ofrecía una atalaya desde donde ver la extensión de arena de abajo.

—Puedes echarme la culpa a mí —le respondió Sherezade en un susurro.

—Oh, lo haré, de eso no os quepa duda.

—¿Has visto alguna vez uno de estos torneos?

—No. No están hechos para el público.

—¿Y por qué no?

—No estoy segura. Tal vez porque... —Despina ahogó un grito cuando el primer soldado pisó la arena.

—Esa debe de ser la razón —bromeó Sherezade con un ligero timbre de contrariedad en la voz.

El soldado no llevaba más que unos calzones *sirwal* y un fajín *tikka* bermellón. Iba descalzo. Sin *qamis*. Sin *rida*'. Su torso desnudo brillaba de sudor por el sol abrasador de la tarde. En silencio, desenfundó una gran cimitarra de su cadera izquierda. Su hoja era estrecha en la empuñadura y se iba ensanchando a medida que se curvaba hacia fuera antes de estrecharse en una punta letal.

El soldado alzó el arma.

—¿Dónde está su oponente? —preguntó Sherezade.

—¿Y cómo voy a saberlo?

El hombre empezó a blandir la espada en el aire, realizando un extenso ejercicio de calentamiento. Danzaba por la arena y la espada plateada cortaba el brillante cielo azul arco tras arco.

Cuando terminó, de los laterales emanaron unos vítores y silbidos de aprobación.

—Deben calentar antes de lanzarse a la lucha —explicó Despina.

—Dijo la listilla de Tebas.

—Si os empujo por aquí encima, no vais a parecer en absoluto una reina.

Varios soldados más exhibieron sus técnicas de lucha ante una forma descomunal materializada en la arena. Sus hombros eran inmensos y cada

músculo parecía tensarse bajo su piel de cobre.

—¡Dios mío! —exclamó Sherezade—. Podría aplastarme el cráneo sólo con sus manos.

Despina rió con disimulo.

Cuando el *rajput* alzó su *talwar* al sol, se detuvo durante un momento escalofriante con la espada suspendida sobre su cabeza.

«Veamos qué significa ser el mejor espadachín de Rey».

En todo el tiempo que duró la demostración del *rajput*, Sherezade sólo recordaba haber visto la espada el segundo en que la bajó. El fino *talwar* azotó la brisa, enroscándose por el brazo de su amo antes de que este se estirara y lo clavase en la arena.

Entonces, casi al final de la demostración, se llevó la mano libre a la boca...

Y sopló en la palma abierta.

Un chorro de fuego se extendió por la espada.

El *talwar* estaba en llamas.

Lo enarboló por encima de su cabeza y asestó el arma hacia abajo convertida en un dragón de gritos estridentes. Con un último empujón, extinguió las llamas.

Los soldados elevaron un coro ensordecedor en los laterales.

Sherezade y Despina se miraron atónitas.

—Yo... yo... —tartamudeó Sherezade.

—Lo sé —terminó de decir Despina.

Perdidas como estaban en aquella conversación sin palabras, a ambas les costó un rato reconocer a la siguiente figura que entró a grandes zancadas en la arena. Cuando Sherezade miró hacia abajo, se sintió consternada por la repentina tirantez que se apoderó de su pecho. Arrugó la frente y apretó los labios hasta convertirlos en una línea.



Los hombros del califa estaban bronceados y eran estilizados; cada uno de los músculos de su magro torso, definido y bien articulado, brillaba a la luz de la tarde.

La doncella suspiró.

—A pesar de todo, debo admitir que siempre lo he considerado bastante guapo. Una lástima.

De nuevo, Sherezade sintió que la extraña reacción le pinchaba en lo más profundo de su ser.

—Sí. Una pena —espetó.

—No hay necesidad de que os enfadéis conmigo por admirarlo. Os juro que es el último hombre con quien fantasearía. No disfruto jugando con mi propia vida.

—¡No estaba enfadada contigo! —protestó—. ¡No me importa si tú u otra persona lo admiráis!

Los ojos de Despina danzaron divertidos.

Y entonces el califa desenfundó su espada.

Era un arma única. No tan ancha como una cimitarra ni tan curvada. La hoja era fina y la punta terminaba en un ángulo mucho más pronunciado que las otras espadas que Sherezade había visto hasta entonces.

—¿Conoces el nombre de esa arma? —preguntó.

—Se llama *shamshir*.

Cuando el califa empezó su demostración, Sherezade se encontró agarrada al filo de la pared, tratando de no perderse nada.

Como el *rajput*, acuchilló y describió arcos con tanta presteza que era casi imposible discernir la ubicación de la espada. Pero, mientras que la fuerza superior del *rajput* le garantizaba la habilidad de irradiar amenaza sin mover un músculo, la agilidad del califa enfatizaba la sutil gracia —los instintos arteros— que había tras cada uno de sus movimientos.

A mitad de la exhibición, colocó ambas manos en la empuñadura de su *shamshir* y giró el mango.

La espada se partió en dos y empezó a blandir una hoja con cada mano. Estas desgarraban el aire como un demonio del desierto, silbando alrededor de su cabeza mientras recorría la arena.

Sherezade oyó cómo Despina aguantaba la respiración.

Los *shamshires* gemelos soltaron una lluvia de chispas cuando el califa los entrechocó y finalizó su número con las espadas en los costados, una en cada mano.

De nuevo se levantó un clamor desenfrenado entre la multitud de soldados que estaban siendo testigos del espectáculo. Fuera cuales fueran los sentimientos que cada uno albergase hacia el califa, no podía negarse que era un virtuoso espadachín.

Ni que era un rey supeditado a la protección de los demás.

No sería un hombre fácil de matar.

«Y eso representa un serio desafío».

—Bueno, ¿esto satisface vuestra curiosidad? —le preguntó Despina.

—Sí, mi señora. ¿La satisface? —Una voz áspera anunció su presencia a sus espaldas.

Ambas jóvenes se pusieron en pie a la desbandada, intentando, no obstante, que los soldados de abajo no las vieran.

Sherezade empalideció en el acto.

El *shahrban* de Rey estaba plantado en medio del camino: su rostro era una máscara de falsa compostura y su mirada estaba teñida de... frustración.

—General Al Juri. —Sherezade se sacudió la arenilla de las manos y de la ropa.

Él continuó estudiándola mientras una especie de guerra interna pugnaba tras sus ojos.

Cuando la batalla terminó, quedó claro que Sherezade había perdido.

—¿Qué estáis haciendo aquí, mi señora?

—Sentía... curiosidad.

—Ya veo. ¿Y puedo preguntar quién os ha dado permiso para estar aquí, mi señora?

Al oír aquellas palabras, la indignación de la joven aumentó. Puede que fuera el *shahrbán* de Rey y mucho mayor que ella, pero no había hecho nada para granjearse semejante falta de respeto. Después de todo, era su reina, no una cría a la que regañar por mal comportamiento.

Así que dio un paso al frente.

—No le he pedido permiso a nadie, general Al Juri. Ni lo pediré en el futuro. Para nada.

Él inhaló despacio y sus ojos marrones, tan parecidos a los de Jalal y aun así tan diferentes, se entrecerraron de manera insultante.

—Me temo que no podemos permitir que os comportéis así, mi señora. Veréis, mi trabajo consiste en proteger al rey y su reino. Y vos..., vos entráis en conflicto con mi deber. Lo siento. No puedo permitir que continuéis haciendo esto.

«¿Lo..., lo sabe?».

—Os lo agradezco, general Al Juri.

—¿Cómo decís, mi señora?

—La cuestión nunca ha sido quién va a permitirme comportarme de un modo u otro, sino quién va a detenerme. Os agradezco que me hayáis resuelto esa duda.

El anciano caballero se reclinó sobre sus talones durante un momento sin dejar de mirar a la descarada joven de titilantes ojos color avellana y pequeñas manos en las caderas.

—Lo siento, mi señora. Lo siento más de lo que imagináis, pero las

amenazas contra el califa... deben ser eliminadas.

—Yo no soy una amenaza, general Al Juri.

—Y yo pretendo asegurarme de que siga siendo así.

«Oh, Dios. ¿Cómo lo sabe?».



# UN CORDÓN DE SEDA Y UN AMANECER

El *shahrban* de Rey sospecha que puedo hacerle daño al califa».

Sherezade escuchaba la verborrea de Despina mientras pasaban el resto de la tarde relajándose en las cálidas aguas de la nueva adquisición del palacio, haciendo comentarios cuando lo creía conveniente y bromeando cuando no.

Pero en su mente no se permitía ni un momento de respiro.

«¿Y si le dice algo?

¿Cuánto sabe? ¿Cómo lo ha averiguado?».

Varias horas más tarde, se hallaba sentada a oscuras en su cama...

Vuelta a empezar.

Mirando fijamente las puertas y ahuyentando sus demonios.

Iba vestida con unos amplios pantalones de seda y un corpiño de un vivo color violeta con gruesos tirantes. El collar y la cadenita de la cintura contenían amatistas rodeadas de diminutos diamantes rosas. De las orejas y de la frente le colgaban enormes lágrimas de púrpura y oro. Su larga melena le caía por la espalda en una brillante cascada ondulada.

Deseó que las puertas se abrieran con la fuerza de su mirada. Frente al mismo silencio estoico de siempre, se levantó de la cama y dio unos pasos.

«Ya debería estar aquí».

Sin querer ni ser capaz de dejar su destino en manos ajenas, se dirigió a las puertas y abrió una de ellas.

El *rajput* se dio la vuelta en el acto, con la mano en la empuñadura de su

*talwar*.

Sherezade sintió que el miedo crecía en su interior... y que se posaba en las comisuras de su boca y sus ojos.

—¿Sabéis..., sabéis si...? —empezó. Apretó los dientes—. ¿Si va a venir? —remató.

El guardia se limitó a contemplarla: una estatua letal musculosa y amenazadora.

—¿Podéis decirme dónde está? —insistió, tratando de compensar la pérdida de valentía con el tono de su voz.

Tras esto, captó el minúsculo destello de una respuesta en la mirada azabache del *rajput*.

«¿Compasión? ¿Se... compadece de mí? —Cerró de un portazo. El pecho le empezó a palpar—. No. —Reprimió un sollozo—. Basta. Ya basta».

Se puso recta y volvió a la cama con la cabeza erguida. Se dejó caer de espaldas sobre los almohadones de seda sin perder de vista la entrada.

—Vendrá —dijo en la oscuridad.

«Lo sé».

Mientras se aferraba al último hilo de esperanza, dos palabras continuaron resonando en su mente, mofándose de ella..., acosándola con un significado que no lograba descifrar.

Dos palabras pronunciadas por un crío que no era nada en absoluto.

Dos palabras que le daban la voluntad de combatir sus demonios:

«Mi reina».

El chirrido de las puertas al abrirse la sacó de un inquieto y superficial sueño.

Y la luz del amanecer al colarse por las celosías de madera la despertó.

En el umbral se hallaban cuatro soldados.

Sherezade se alisó la ropa arrugada y se aclaró la garganta.

—¿No acostumbráis a llamar primero?

Ellos la ignoraron. Sus ojos mostraban un aire de cruda indiferencia.

La joven se entrelazó las manos a la espalda y se obligó a enderezarse.

—¿Qué hacéis aquí?

Sin mediar palabra, el primer soldado entró en la estancia y se acercó a ella con la mirada aún perdida en algún punto lejano...

Como si no existiera.

Su corazón. Su corazón.

—¡Os he hecho una pregunta!

El soldado la cogió del hombro. Cuando ella levantó el brazo para apartarle la mano, él la agarró por la muñeca y la sujetó con fuerza.

—¡No... me toquéis!

El soldado les hizo un gesto con la cabeza a sus subordinados y otro dragón de rostro impassible la agarró del brazo.

El cuerpo le bullía con una mezcla de rabia y pavor.

—¡Parad!

La arrastraron por la habitación.

Cuando intentó liberarse y defenderse a patadas, les bastó con levantarla del suelo como si fuera una presa a la que hubieran atado y cazado por diversión.

—¿Dónde está el califa? —gritó.

«¡Espera! No supliques».

—¡Quiero hablar con el califa!

Ni uno solo de los soldados se detuvo a mirarla.

—¡Escuchadme! ¡Por favor!

Siguieron medio transportándola medio arrastrándola por los pasillos de mármol del palacio mientras ella luchaba por resistirse.

Los sirvientes con los que se cruzaban miraban para otro lado.

Todos lo sabían. Igual que lo sabían los soldados.

No había nada que ver.

Fue entonces cuando Sherezade se percató de la cruda realidad.

No era nadie. No significaba nada.

«Para los soldados. Para los criados».

Dejó de resistirse. Levantó la cabeza.

Y apretó los labios con fuerza.

«*Baba e Irsa.*

Shiva... y Tariq».

Para ellos significaba algo. Y no deshonraría su memoria montando una escena.

Su fracaso ya era suficiente desgracia.

Cuando los soldados abrieron las puertas al alba y Sherezade vio la muerte ante ella, este último pensamiento se impuso y acabó rompiendo la presa.

«Shiva».

Lágrimas silenciosas le corrían ahora por la cara, sin restricciones.

—Soltadme —espetó—. No voy a huir.

Los tres soldados miraron al primero. Tras una muda conversación, la dejaron en el suelo sobre sus pies descalzos.

Las baldosas de granito gris estaban frías, pues los cálidos rayos aún no habían calentado su superficie granulosa, y la hierba que las bordeaba se veía azulina debido a la luz plateada que arrojaba el primer sol de la mañana.

Durante un momento, Sherezade se planteó la posibilidad de agacharse y acariciarla.

Por última vez.

Caminaron en fila hasta un rincón techado donde aguardaban otro soldado y una mujer mayor. Esta sostenía un largo trozo de lino blanco que ondeaba con suavidad en la escasa brisa.



Una mortaja.

Y el soldado tenía en la mano...

Un único cordón de seda.

Las lágrimas continuaron su camino deslizándose por su rostro, pero se negó a pronunciar el menor sonido. Dio un paso hacia el soldado, de brazos gruesos y fornidos.

«Espero que sea rápido».

Sin mediar palabra, se dio la vuelta.

—Lo siento —susurró el hombre, tan suave como si lo hubiera dicho el viento.

Sorprendida por su amabilidad, estuvo a punto de girarse hacia su posible verdugo.

—Gracias. —Una absolución.

Él le levantó el pelo con delicadeza y le tapó la cara con las oscuras ondas: un velo que la ocultaba de los testigos anónimos.

Los que se habían negado a verla.

Notó el cordón de seda en el cuello, suave al principio. Qué elegante manera de morir.

«Así murió Shiva».

Al pensar que su mejor amiga había muerto de aquella manera, rodeada de gente que se negaba a mirar, hizo que sus lágrimas afloraran con más fuerza aún. Tragó saliva y el cordón se tensó.

—*Baba* —pronunció casi sin aliento.

La cuerda se tensó aún más... y no pudo evitar llevarse las manos a la garganta.

«Irsa, lo siento mucho. Por favor, perdóname».

Mientras sus dedos contradecían las directrices de su orgullo, el soldado la levantó del suelo por el cuello, tirando a su vez del cordón.

—Tariq —jadeó.

El pecho se le desplomaba y unas estrellitas plateadas cercaban los ángulos de su visión.

El dolor del pecho se intensificó y los bordes de las estrellas plateadas se tizaron de negro.

La garganta le ardía.

«Shiva».

Las lágrimas y el dolor estaban a punto de cegarla; se obligó a abrir los ojos una vez más, contra una cortina de pelo negro, contra una cascada de tinta negra que se derramaba por la última página de su vida.

«No.

Soy alguien.

Me han querido».

Entonces, desde alguno de los recovecos más lejanos de su mente, oyó cierto alboroto...

Y notó que aflojaban el cordón.

Cayó al suelo y su cuerpo se estampó contra el duro granito.

La mera voluntad de vivir le hizo tragar aire, a pesar de que cada inhalación era un auténtico suplicio.

En ese momento, alguien la agarró por los hombros y la tomó en sus brazos.

Cuando logró enfocar la vista, lo único que vio fueron los ojos ambarinos de su enemigo muy cerca de los suyos.

Con las últimas fuerzas que le quedaban...

Le dio una bofetada en toda la cara.

Otro hombre le sujetó el brazo y se lo retrajo tanto que notó que algo cedía.

Sherezade gritó: un grito estridente y angustiado.

Por primera vez, oyó al califa elevar la voz.

Seguido del sonido de un puñetazo.

—Sherezade. —Jalal la sujetó y la envolvió en su abrazo. Ella se dejó hacer, con los ojos cerrados e hinchados por el llanto y una insoportable quemazón en el brazo y la garganta.

—Jalal —resolló.

—*Delam*. —Le apartó el pelo de los ojos para consolarla, haciéndola regresar de aquel vacío. Luego echó un vistazo a su espalda, al tumulto que continuaba. Hacia un coro de furia y gemidos—. ¡Basta, Jalid! —bramó—. Se ha acabado. Tenemos que llevarla adentro.

—¿Jalid? —murmuró Sherezade.

Jalal sonrió con tristeza.

—No lo odiéis demasiado, *delam*...

Sherezade enterró la cara en la camisa de Jalal mientras él la levantaba del suelo.

—Al fin y al cabo, cada historia tiene una historia.

Horas más tarde, Sherezade estaba sentada en el borde de la cama en compañía de Despina.

En la garganta presentaba un anillo púrpura de cardenales. Le habían recolocado el brazo con un ruido espeluznante que hizo que se estremeciera al recordarlo. Después, con ayuda de Despina, se había bañado con sumo cuidado y se había puesto unas ropas más cómodas.

Y en todo ese tiempo no había pronunciado ni una sola palabra.

La doncella cogió un peine de marfil para desenredarle el pelo todavía húmedo.

—Por favor, decid algo.

Sherezade cerró los ojos.

—Siento no haber estado en mi habitación. —La mirada de Despina osciló hacia la pequeña puerta contigua a la entrada, que conducía a su cuarto—. Lo siento, no sabía que... venían a por vos. Tenéis todo el derecho a no confiar en mí, pero, por favor, habladme.

—No tengo nada que decir.

—Es evidente que sí. Os sentiríais mejor si hablarais de ello.

—No.

—No lo sabéis.

«Sí que lo sé».

No quería hablar con ella. Quería la voz reconfortante de su hermana y el libro de poesía de su padre. Quería la sonrisa radiante de Shiva y su risa contagiosa.

Quería su propia cama y dormir una noche sin miedo al amanecer.

Y quería a Tariq. Quería caer en sus brazos y sentir el estruendo de una carcajada en su pecho cada vez que ella decía algo erróneo que sonaba como si fuera cierto. Tal vez fuera debilidad, pero necesitaba que alguien le aliviara el peso de los hombros durante un momento. Que alguien le aligerara la carga, como había hecho Tariq el día que murió su madre, cuando la encontró llorando a solas en el jardín de rosas detrás de su casa.

Aquel día, la tomó de las manos y no dijo nada. Se limitó a ahuyentar su dolor con la simple fuerza de su roce.

Y ahora podía volver a hacerlo. Lo haría de buena gana.

Por ella.

Despina era una extraña. Una extraña en la que no podía confiar en un mundo que acababa de intentar matarla.

—No quiero hablar del tema, Despina.

Esta asintió despacio y le pasó el peine por la melena. Sherezade sintió una dolorosa tensión en el cuello, pero no protestó.

Entonces llamaron a la puerta.

—¿Voy a abrir? —preguntó la doncella.

Sherezade alzó uno de los hombros con indiferencia y Despina le dejó el peine en el regazo antes de dirigirse a las puertas dobles.

«¿Qué pueden hacerme ya?».

Cuando miró más allá del umbral, el estómago le dio un vuelco.

El califa de Jorasán estaba allí mismo, ensombreciendo su entrada.

Sin mediar palabra, Despina salió de la habitación y cerró tras ella.

Sherezade no se movió del borde de la cama y se puso a jugar con el peine mientras contemplaba a su rey.

Cuando se acercó, se fijó en la marca que le había dejado en la cara allí donde le había abofeteado. Era de un bronce más oscuro, con un matiz púrpura en la mandíbula. Estaba ojeroso, como si llevara mucho tiempo sin dormir, y tenía los nudillos del puño derecho en carne viva.

Él soportó su escrutinio y se fijó a su vez en los moratones de su cuello, en sus ojeras pronunciadas y en la precavida postura de su espalda.

—¿Cómo tenéis el brazo? —Su voz era plana y grave como de costumbre.

—Me duele.

—¿Mucho?

—No me matará.

Fue una pulla, y Sherezade advirtió que le afectaba y que su cuidadoso autocontrol flaqueaba un instante. El califa se dirigió a los pies de la cama y se sentó a su lado. Ella se alejó un poco, incómoda por su cercanía.

—Sherezade...

—¿Qué deseáis?

Él hizo una pausa.

—Arreglar lo que he hecho.

Sherezade soltó un suspiro cáustico y lo miró a los ojos.

—Nunca podréis arreglar lo que habéis hecho.

Él la examinó.

—Puede que esa sea la única cosa sincera que me habéis dicho.

Ella rió con amargura.

—Os dije que no se os daba bien calar a las personas. Puede que haya mentido una o dos veces en mi juventud, pero nunca os he mentado a vos.

Era cierto.

El pecho del califa se infló y desinfló mientras sopesaba sus palabras. Luego estiró el brazo, le retiró el pelo y, con mucho cuidado, le acarició la esbelta columna de su garganta.

Desconcertada por la obvia preocupación que traslucía su rostro, Sherezade retrocedió.

—Eso también me duele. —Le apartó las manos.

Aturdida, cogió el peine del regazo para terminar de desenredarse el pelo.

E hizo una mueca de dolor.

El brazo.

—¿Necesitáis ayuda? —le preguntó él.

—No.

Él suspiró.

—Yo...

—Si necesito ayuda, esperaré a Despina. En cualquier caso, no requiero la vuestra. —Cuando hizo ademán de levantarse, él la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Por favor, Sherezade —murmuró contra su pelo húmedo—. Dejadme arreglarlo.

El martilleo del pecho se intensificó cuando la rodeó con el otro brazo y la sujetó con fuerza.

«No».

—No hay excusas para lo que ha sucedido esta mañana. Quiero que me...

—¿Dónde estabais? —Intentó controlar el temblor de su voz.

—No donde debería haber estado.

—Esta mañana y anoche.

Su aliento le rozó la piel cuando se inclinó hacia su oído.

—Esta mañana no estaba donde debía estar y anoche no estaba donde quería estar.

Sherezade irguió la cabeza y lo que descubrió hizo que sus ojos se abrieran como platos.

Las manos de él se tensaron en su cintura. Bajó la cabeza y la apoyó en su frente con la suavidad y la delicadeza de un susurro.

—Mi montaña de imán.

Se vio a sí misma apoyándose en él, sucumbiendo a su caricia. Olía a sándalo y a sol. Qué extraño que no se hubiera dado cuenta antes..., que, en su deseo de distanciarse de él, no hubiera detectado algo tan simple y, sin embargo, tan patente como un aroma.

Inhaló, dejando que la limpia fragancia le aclarara las ideas.

Cuando él le puso la palma en el lateral de la cara, Sherezade se dio cuenta de algo horrible.

Deseaba besarlo.

«No».

Una cosa era devolverle el beso, para lo que se había preparado, y otra muy distinta *querer* besarlo..., desear su cariño. Fundirse en los brazos del asesino de Shiva al primer signo de adversidad.

«Débil».

Se enderezó asqueada, destrozando el momento con aquel único acto.

—Si deseáis arreglarlo, pensaré en la manera de hacerlo.

«Y no será tocándome».

Él retiró las manos.

—Bien.

—¿Hay alguna regla?

—¿Es que todo tiene que ser un juego? —preguntó en apenas un esbozo de susurro.

—¿Hay alguna regla, *sayidi*?

—La única regla es que debo poder atender vuestra petición.

—Sois el califa de Jorasán, el Rey de Reyes. ¿Acaso hay alguna petición que no podáis atender?

Su cara se oscureció.

—No soy más que un hombre, Sherezade.

Ella se levantó y se enfrentó a él.

—Entonces, actuad como un hombre que repara sus ofensas. Esta mañana habéis intentado matarme. Consideraos afortunado de que no haya tratado de devolveros el favor.

«Todavía».

Él se puso en pie. Le sacaba más de una cabeza. El velo de indiferencia había regresado y le acentuaba las arrugas, como siempre.

—Lo siento.

—Escaso, pero es un comienzo.

Sus ojos atigrados se suavizaron de manera casi imperceptible. Agachó la cabeza y se encaminó hacia la entrada.

—¿Sherezade?

—¿Sí, *sayidi*?

—Esta tarde parto para Amarda.

Sherezade esperó.

—Estaré fuera una semana. Nadie os molestará. Jalal se encargará de vuestra seguridad. Si necesitáis algo, pedídselo a él.



Ella asintió.

El califa se detuvo una vez más.

—Sigo pensando lo mismo que le dije al general Al Juri el día que os presenté.

«El día que me llamó su reina».

—Tenéis un extraño modo de demostrarlo.

Él volvió a detenerse.

—No volverá a ocurrir.

—Aseguraos de que así sea.

—Mi reina. —Antes de marcharse, agachó la cabeza otra vez y se llevó los dedos a la frente.

Sherezade cerró los ojos con fuerza y se tiró en la cama tan pronto como las puertas se cerraron tras él.

«¿Y ahora qué hago, Shiva?».



## UNA LLAMA RECTA Y UN ESPÍRITU INQUIETO

La media luna situada sobre Rey era de un color lechoso y estaba enmarcada por un fino velo de nubes.

A lo largo del perímetro del elegante patio de Reza ben Latief, las antorchas ardían en sus candeleros, emitiendo sombras que danzaban con abandono en la piedra parda de las paredes. El olor almizclero del humo y del ámbar gris pendía pesadamente en el aire.

—Vuelvo a sentirme humano —anunció Rahim al cruzar el patio y tomar asiento a la mesa baja que tenía delante.

Reza esbozó una cálida sonrisa.

—Pareces mucho más descansado, Rahim-*jan*.

—Me prometieron una nube de perfume y no me han defraudado, Reza *efendi*.

Tariq se les unió un momento después y se sentó frente a Rahim en la galería al aire libre.

Enseguida les trajeron bandejas de comida: arroz basmati humeante y untuoso con el centro teñido de azafrán, de un naranja brillante, y rodeado de carne de cordero en una sabrosa salsa de dátiles, cebollas caramelizadas y bérberos agrios; brochetas de pollo marinado y tomates asados servidos con yogur helado y pepinos; hierbas frescas y pan *lavash* con medallones de queso de cabra y rábanos rojos cortados en rodajas que desplegaban vivos colores en contraste con el fondo de madera pulida.

El aroma de los alimentos se mezclaba con la fragancia de las velas, saturando los sentidos con especias y sibaritismo.

—Esto casi me hace olvidar los últimos tres días —comentó Rahim—. Casi.

—¿Has dormido bien, Tariq-*jan*? —le preguntó Reza.

—Tan bien como cabía esperar, tío.

—No te sientas tan frustrado —refunfuñó Rahim—. Apenas has descansado un momento desde que recibiste la carta de Shezi. ¿Crees que eres invencible? ¿Que puedes vivir del fresco rocío y de la fría furia?

Tariq fulminó con la mirada a su amigo antes de coger una brocheta de pollo.

—Tiene razón. Sé que estás deseando que discutamos nuestros planes, pero es importante que primero te cuides. —Reza miró por encima de su hombro—. Gracias. Por favor, dejadnos solos —ordenó a sus sirvientes. Una vez que se hubieron marchado, se sirvió una ración de arroz y una brocheta de cordero—. Mientras descansabas esta tarde, he hecho unas cuantas pesquisas —empezó a decir en voz baja—. Primero, venderé todo lo que tengo aquí; necesitaremos dinero y movilidad. A continuación, el apoyo de otros en ambos aspectos. ¿Estoy en lo cierto al suponer que tu padre no comparte nuestro punto de vista?

—Mi padre no quiere formar parte de esto —respondió Tariq, resignado—. Es probable que niegue cualquier tipo de implicación si se le interroga.

Reza asintió, en apariencia impertérrito.

—Entonces, esto nos plantea el siguiente problema: si tu padre no desea verse involucrado en esta iniciativa, no puedes ir pregonando el nombre de tu familia por ahí sin arriesgar sus vidas y, probablemente, las vidas de la familia de Sherezade. Lo mismo te digo a ti, Rahim; el apellido Al Din Walad es antiguo y tus hermanos mayores no se tomarán a bien que pongas en

peligro a sus familias. Debéis ocultar vuestras identidades.

Tariq recapacitó al respecto.

—Tenéis razón, tío.

—Opino lo mismo, pero ¿cómo vamos a obtener apoyo si nadie sabe quiénes somos? —intervino Rahim—. ¿Qué los motivará a seguirnos?

—Dejadme eso a mí —dijo Reza—. Durante décadas fui uno de los comerciantes más importantes de Rey y entiendo la noción de mercancía. Algo es exótico y deseable cuando haces que lo parezca.

—No estoy seguro de comprender lo que queréis decir, tío —confesó Tariq.

La luz de las antorchas se reflejaba en los ojos de Reza.

—Haré de vosotros lo que ellos quieren ver. Sólo necesitáis ser lo que ya sois: jóvenes fuertes y guerreros dotados.

La frente de Tariq se arrugó y su mirada denotó inseguridad.

—Pero eso sigue sin explicar cómo lograremos convencer a los demás para que abracen una causa sin líder.

—No será una causa sin líder. Tú lo serás, Tariq-*jan*. Tú darás voz a esta causa. La falta de una voz es la razón por la que las revueltas en las calles de la ciudad son reprimidas una y otra vez. Tu voz debe resonar y pedir que veamos lo que se esconde en el corazón de nuestro reino: un niño-rey que no merece gobernar Jorasán. Un niño-rey que debe ser destruido cueste lo que cueste.

Rahim estampó la palma de la mano en la mesa en señal de aprobación.

—Entonces, ¿vamos a organizar un grupo de presión y atacar la ciudad? Esa es mi mayor esperanza, pero ¿acaso es posible semejante hazaña? —preguntó Tariq.

Reza tomó un sorbo de vino.

—Funcionará si nos basamos en nuestras creencias y las convertimos en

realidad. Vuestra esperanza será nuestra yesca y mi rectitud, nuestra llama.

Tariq miró a su tío una vez más.

—¿Por dónde empezamos?

El hombre apartó su plato.

—Volved a casa. Necesito tiempo para saldar mis asuntos en Rey y determinar quién estaría dispuesto a ayudarnos en nuestra causa. Es posible que el emir de Karaj nos proporcione algún tipo de ayuda... La prima de su esposa sufrió el mismo destino que Shiva hace unas semanas. Una vez que se encuentre en condiciones de hacerlo, mandaré a buscaros.

—¿Y qué pasa con Shezi? No me marcharé de Rey hasta...

—El califa ha partido esta tarde hacia la ciudad de Amarda. No ma... — Señales de una rabia contenida se fijaron alrededor de la boca de Reza—. No mata a sus novias hasta que está en Rey, en teoría para ser testigo del espectáculo. Estará a salvo, al menos durante una semana.

Tariq hizo una pausa antes de asentir.

—Entonces, después de recoger a Irsa y a Jahandar *efendi*, Rahim y yo volveremos a casa y esperaremos vuestra misiva.

—¿Jahandar e Irsa? ¿No lo sabíais? Se marcharon de Rey la noche de la boda. Nadie los ha visto ni ha sabido de ellos desde entonces.

—¿Que se han marchado? Pero ¿dónde iban a...?

—Supuse que iban a buscarte, Tariq-*jan*. ¿No recibiste su carta?

—La carta de Shezi. ¿No hacía mención de su familia en ella? —preguntó Rahim.

—No lo sé. No terminé de leerla.

—Por supuesto que no —carraspeó Rahim.

Reza se miró de manera pensativa a su sobrino.

—En el futuro, debes ser más prudente con tus actos. Date tiempo antes de tomar decisiones; te será de gran ayuda.

Tariq aspiró por la nariz.

—Sí. Lo haré mejor, tío.

—Siempre lo haces, Tariq-*jan*. Por eso sé que lo conseguiremos.

—Gracias. Por asumir semejante tarea con tanta diligencia.

—Soy yo el que debería daros las gracias. Hacía mucho tiempo que no sentía la chispa de la esperanza en mi interior.

Los tres hombres se levantaron de la mesa y se adentraron más en el patio, donde *Zoraya* permanecía posada en su percha, esperando pacientemente a Tariq. Este se enfundó su mangala y le silbó. El animal planeó hasta su brazo estirado, deleitándose con su atención. Entonces el joven, con un movimiento rápido de la mano derecha, lo lanzó hacia el cielo para que pudiera cazar. El ave chilló y su alarido llenó el patio antes de ascender a la oscuridad neblinosa.

La sombra de su cuerpo en pleno vuelo barrió la cara de su dueño, ocultando sus rasgos de la luz de la antorcha por un instante.

Reza sonrió.

Algo por lo que luchar.

Y algo que usar.

A la mañana siguiente, Rahim se despertó sobresaltado por el sonido de un metal que golpeaba la madera justo a los pies de su ventana abierta. Salió rodando de la cama y se dirigió con pesadez al alféizar.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le gruñó a Tariq.

—¿A ti qué te parece? —Levantó el arco recurvo y colocó una flecha en la cuerda—. Debemos irnos.

Rahim alzó la vista al cielo. El sol aún debía remontar el horizonte; no era más que una cinta dentada de luz que se extendía a lo largo de los tejados orientales de Rey.

—¿Has logrado dormir? —dijo con un bostezo.

Tariq liberó la flecha. Esta impactó en la madera que había junto a la cabeza de su amigo.

Rahim no se inmutó.

—¿De verdad era necesario?

—Coge tus cosas. Antes de que mi tío vuelva e insista en que comamos con él.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé. Se marchó cuando todavía no había amanecido. —Ajustó otra flecha en el arco y apuntó.

—¿Por qué nos esfumamos como ladrones en mitad de la noche?

Tariq le lanzó una mirada fulminante.

—Porque no quiero que se entere de lo que vamos a hacer.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vamos a hacer?

—¡Tú y tus endemoniadas preguntas! —Soltó la flecha, que fue enrollándose en una tensa espiral e impactó en la madera, perfectamente alineada junto a otras siete flechas con idéntico emplumado.

—Viva Tariq, hijo de Nasir, emir de Taleqan. Enhorabuena. Sabes disparar una flecha —dijo su amigo con tono monocorde.

Tariq blasfemó por lo bajo y se dirigió hacia la ventana:

—Sabía que no debería haber...

—Relájate. —Rahim se rascó la cabeza—. Voy a coger mis cosas, pero ¿a qué viene tanto secretismo?

Su amigo se detuvo cerca de la ventana abierta y tomó un respiro para serenarse.

—Estás empezando a preocuparme —continuó Rahim—. Sé que te preocupas por Shezi, pero Reza *efendi* dijo que debíamos esperar a...

—No. No voy a esperar. No puedo esperar.

Rahim se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Qué pretendes hacer?

—Algo. Lo que sea.

—Aún no tenemos un plan. Y tu tío dijo que esperásemos. Deberíamos hacerle caso.

Tariq apoyó un hombro en la pared de piedra parda.

—He estado pensando.

—Te escucho —suspiró su amigo—, a pesar de lo que me dicta la sensatez.

—Las tribus badawi que viven a lo largo de la frontera entre Jorasán y Partia... han proclamado a los cuatro vientos que no profesan lealtad por ninguno de los reinos. ¿Y si les ofrecemos una razón para cambiar de postura?

—¿Qué tipo de razón?

—La razón por la que cualquier hombre lucha por una causa. Un propósito.

—Suena vagamente poético —le replicó su compañero—. Vas a necesitar algo más que eso.

—Tierra. El derecho a la tierra. La organización que necesitan para reclamar esos derechos.

Rahim ladeó la boca mientras lo consideraba.

—Interesante. Pero ellos son nómadas por naturaleza. ¿Qué interés iban a tener en la tierra?

—Puede que algunos de ellos no lo tengan, pero llevan luchando los unos contra los otros durante siglos y, salvo el oro, la tierra es el medio más rápido para obtener poder e influencia. Tal vez a alguno de sus líderes le interese luchar a nuestro lado. Puede que tengan fama de despiadados, pero también cuentan con algunos de los mejores jinetes que me he encontrado jamás. No



veo más que ventajas para ambas partes.

Rahim vaciló.

—Suenan peligrosos.

—Merece la pena hablar con ellos. Lo peor que puede pasar es que se nieguen.

—Bueno, lo peor que puede pasar es que te rebanen el pescuezo.

—Sí. —A Tariq se le formaron una serie de líneas verticales en el puente de la nariz—. Puede ocurrir. Pero no tenía previsto insultarles en el proceso.

—En fin, si alguien es capaz de librarse de que le corten la cabeza con su labia, ese eres tú.

—Gracias, Rahim. Como siempre, tu confianza ciega en mí disipa cualquier asomo de duda.

Este respondió con una mueca torcida.

—En realidad, si alguien puede librarse de que le corten la cabeza con su labia, esa es Shezi. Por suerte, se te ha pegado un poco de ese carisma.

—No se trata de carisma. Se trata de un coraje sin igual —dijo Tariq en divertida remembranza.

—Tal vez tengas razón. Me la imagino desafiando a una cobra al atacar, jurando que su veneno mataría primero.

Tariq sonrió.

—Y ganaría.

—De eso no me cabe duda. De hecho, estoy casi seguro de que ha aterrorizado al poderoso califa de Jorasán hasta reducirlo a un gimoteante minino encogido de miedo en un rincón. Quién sabe..., puede que un día hasta la derroquemos.

El rostro de Tariq se ensombreció de inmediato al oír la mención de su rey.

—No. No es un hombre que renuncie a cualquier tipo de poder con

facilidad.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé —espetó—. Asesinó a mi prima y ahora tiene a Sherezade. Por la sangre de ese hombre sólo corre el mal. Lo único que hay que tener en cuenta cuando se trata de Jalid ben al Rashid es cuántas veces desearía que muriera en mis manos. Y qué pena que la respuesta sea sólo una.

—Yo también lo desprecio. Lo desprecio con el fuego de mil soles. Pero siempre es buena idea conocer a tu enemigo, Tariq.

—No confundas mi vehemencia con insensatez. Pretendo averiguar todo lo que pueda sobre él, pero eso nunca ocurrirá si permanezco encerrado tras las murallas de la fortaleza de mi familia. Con eso en mente, voy a adentrarme en el desierto en busca de los badawi. —La cara de Tariq era fiel reflejo de su determinación—. Solo.

—¿Solo?

—Sí, solo. Necesito que vayas a Taleqan por si mi tío manda algún mensaje. Enviaré a *Zoraya* cada dos días con mi localización.

—¿Vas a dejarme con tus padres?

—Siempre puedes irte a casa.

—¿Con mis hermanos y sus críos berreantes? —se burló Rahim—. ¿Con los intentos constantes de casarme con la hermana fea de la amiga de una prima? Creo que no. Además, te lo debo por todos estos años de amistad. Y a Shezi se lo debo aún más.

Tariq soltó una risa por lo bajo.

—Te doy las gracias, Rahim-*jan*. Como siempre debería hacer y pocas veces hago.

—No hay de qué, bastardo egoísta. En cualquier caso, sólo deseo que salga una cosa buena de toda esta maquinación secreta.

—¿Y qué cosa es esa?

—Una noche entera de sueño... sin que me disparen por ello.

La primera mañana que Sherezade despertó en el palacio sin temer el amanecer fue extraña.

El corazón se le contrajo al ver la luz y luego se relajó cuando oyó el sonido de Despina trajinando por la estancia. Inspiró hondo y se acomodó en los almohadones, permitiendo que su cuerpo disfrutase de aquella paz recién descubierta.

—Ya podía quedarse en Amarda —murmuró para sí misma.

—Estaba a punto de despertaros —respondió Despina—. La comida se os está enfriando.

Sherezade hizo una pausa. Entonces tomó una decisión.

«Se cazan más moscas con miel que con vinagre».

—Gracias por hacer caso de tu buen juicio. Y por no recurrir a tu mala educación habitual —se burló.

—¿Mala educación? No sois precisamente agradable por las mañanas.

Sherezade sonrió antes de levantarse. Apartó a un lado la fina seda que rodeaba la cama y se dirigió a la mesa, donde le esperaba la habitual bandeja de comida. Cuando le echó un vistazo a la doncella, se sorprendió al ver que su cara no estaba tan radiante y perfecta como de costumbre. Tenía la piel pálida y su frente parecía tensa.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Despina negó con la cabeza.

—Estoy bien. Sólo un poco disgustada.

—¿Disgustada? Pareces enferma.

—No, me pondré bien.

—¿Necesitas descansar?

—Estoy bien, Sherezade. De verdad. —Levantó la tapa de la sopera y

echó un terrón de azúcar roca en el fondo de una pequeña taza de cristal tallado. Luego levantó la tetera de plata labrada de su soporte sobre una vela con llama baja. Cuando la elevó por encima de la taza y empezó a servir con manos temblorosas, el chorro de té salió disparado y salpicó la tetera—. Lo siento —murmuró.

—Te está permitido cometer errores en ocasiones —le dijo Sherezade, sonriendo con socarronería.

—Todo apunta a lo contrario —replicó en voz baja.

—¿Cuándo te he pedido yo cosas irrealizables?

A Despina se le pronunciaron aún más las arrugas de la frente.

—Despina, ¿qué ocurre?

—¡Nada!

«Está mintiendo. Otra vez».

Sherezade desvió la mirada y desgarró un trozo de *lavash* en dos.

—Lo siento. —Terminó de servir el té—. ¿Qué decíais sobre Amarda?

—Sólo comentaba el último viaje del califa. ¿Sabes por qué ha ido allí?

—Me imagino que estará visitando al sultán de Partia, su tío.

—Ajá. ¿Lo visita muy a menudo? —Empezó a tomarse la sopa.

Despina negó con la cabeza.

—No. No son exactamente... amigos. El sultán no es su tío directo. Es el hermano de la primera esposa del difunto califa. Y despreciaba a la madre de nuestro califa.

«Interesante».

—¿Por qué?

La doncella se encogió de hombros.

—Supongo que por la lógica razón por la que cualquier hombre odiaría a la sustituta de su hermana muerta. Además, la madre de nuestro califa era hermosa, inteligente y vivaz. Según dicen, la primera esposa... no lo era.

—Entonces, ¿por qué lo visita?

—No estoy segura. Supongo que por razones diplomáticas. Deberíais preguntárselo cuando vuelva.

—A mí no me lo dirá.

Despina le ofreció una media sonrisa.

—Me alegro de que volváis a hablarme.

—Quedarse callada no es una buena alternativa para alguien como yo.

—Sabia decisión. Para alguien como vos.

—Eso es lo que acabo de decir.

—Lo sé.

Sherezade resopló. Estiró la mano para alcanzar su vaso de té. En aquel instante, vio unos extraños puntitos oscuros en el lateral de la tetera de plata. Agarró el asa y se la acercó, arrugando el entrecejo. Con una servilleta de lino, restregó una de las zonas descoloridas.

No se quitaban.

Frunció los labios.

Levantó su taza y vertió una gota sobre la tetera. En cuanto el líquido tocó la brillante superficie, la plata cambió de color.

Negra.

Como la muerte.

—¿Despina? —dijo con tono sereno.

—¿Sí?

—Creo que a mi té le pasa algo.



## ADONDE VUESTRO CORAZÓN DESEE

Alguien había intentado envenenarla.

Y no era el té, como Sherezade había sospechado.

Sino el azúcar.

Jalal estaba furioso.

Cuando reunió a todos los que tenían acceso a la comida, ninguno dudó en declararse inocente. Como era la costumbre al servir a cualquier miembro de la familia real, el cocinero había probado todos los manjares de la bandeja de Sherezade antes de enviarla a su alcoba y numerosos testigos corroboraban este hecho.

Aunque a ninguno se le había ocurrido probar el azúcar.

Como era de esperar, Sherezade no comió nada más durante el resto del día.

Y ahora una joven criada acompañaba todas las bandejas que le llevaban a la habitación. Una chica cuyo único propósito en la vida era probar la comida y la bebida de la reina por última vez antes de que esta se la llevara a la boca.

Una chica que debía de significar algo para alguien.

Aquello asqueaba a Sherezade.

Tanto como saber que le habían arrebatado su tiempo a salvo —aquellos fugaces momentos sin que el peso de su inminente maldición la acosara como un oscuro espectro— antes siquiera de que hubiese tenido la oportunidad de disfrutarlo.

Pero lo peor de todo era que ahora sabía a ciencia cierta que no podía confiar en su doncella.

Al fin y al cabo, Despina había sido la última persona en manipular su bandeja.

La que había preparado la taza de té mortal.

Por alguna razón, aquello la desanimó más que cualquier otra cosa. No es que hubiera confiado en ella antes, pero una parte de sí misma había querido hacerlo. Esperaba que un día quizá pudieran ser verdaderas amigas, a pesar de todo.

La esperanza se desvaneció.

Y eso hizo que se enfadara.

Tres noches de sueño casi ininterrumpido no habían aplacado su rabia.

Aquella tarde, Sherezade había decidido deambular por una de las muchas terrazas de los jardines en busca de la rosa perfecta. La banalidad de aquella tarea añadía una sensación de inutilidad a su ánimo ya irritado.

Pasó junto a otro rosal con los ojos entornados por el sol y la frente crispada.

—Si me decís lo que estáis buscando, puedo ayudaros —se ofreció Despina.

—No, no puedes.

—Vaya, estáis de muy mal humor.

—De verdad que no puedes ayudarme. Existe un arte en la rosa perfecta. El aroma, el color, la disposición de los pétalos. Mi padre incluso dice que demasiados pétalos pueden arruinar la flor entera..., pueden afectar a la manera en que crece.

—Y yo diría que las flores más bonitas son las que parecen un poco imperfectas.

—¿Ves como no puedes ayudarme? —se quejó Sherezade.

Entonces notó que Despina se tensaba a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El cap..., capitán Al Juri está bajando las escaleras. —El rubor le subió desde la garganta hasta el nacimiento del pelo.

—¿Y? ¿Por qué estás tan nerviosa?

La doncella vaciló.

—Desde el incidente del té, me siento incómoda en su presencia.

—Ya veo. —Sherezade frunció los labios, luchando por contener sus acusaciones.

Cuando apareció Jalal, Despina puso especial cuidado en esconderse detrás del *rajput*. Jalal enarcó una lánguida ceja en su dirección y se volvió hacia Sherezade.

—¿Cómo estáis esta tarde, Sherezade? —Se inclinó mientras esbozaba una relajada sonrisa. Su capa con ribetes dorados le cayó sobre un hombro y su mano se apoyó casualmente en el puño de su cimitarra.

—Viva.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Me alegra comprobarlo. ¿Estáis haciendo algo importante?

—Por supuesto. Estoy a punto de dar un golpe de Estado. Y luego pretendo idear una nueva forma de comercio marítimo con elefantes y velas de seda hilada. ¿Os gustaría ayudarme?

Él sonrió.

—Sólo en lo del golpe. El resto, si me lo permitís, suena un tanto ordinario.

Sherezade se echó a reír.

—No, claro que no estoy haciendo nada importante. Estoy bien anclada a la rutina. Por favor, rescatadme.

—De hecho, me preguntaba si podríais hacer algo... por mí, algo propio de una reina.

—¿Algo propio de una reina? ¿A qué os referís?



—Tenemos un visitante inesperado. Me preguntaba si podríais recibirlo en ausencia del califa.

—¿De quién se trata?

—De un erudito, por así decirlo. Fue el primer tutor del califa y el de la madre de Jalid durante toda su vida. Lleva sin ver a Jalid desde que era un crío. Sé que significaba mucho para su madre y *odiaría* despacharlo sin recibirlo formalmente. —Guiñó un ojo.

Ella no pudo reprimir una sonrisa.

—Además, creo que la visita satisfaría ciertas... curiosidades persistentes. —Jalal sonrió a conciencia.

—Vaya, capitán Al Juri, hacéis que suene de lo más... intrigante.

Él se rió.

—Entonces, ¿venís, Sherezade?

Ella asintió con ojos chispeantes.

—Debo advertiros que es un poco... raro —comentó el capitán cuando ya empezaba a retirarse, seguido de la joven y de su diminuto séquito.

—¿En qué sentido?

—Es un vestigio de los viejos tiempos. Un devoto de las artes antiguas. Pero creo que os gustará y sé que estará encantado de conoceros.

—¿Cómo se llama?

—Musa Zaragoza.

—Un nombre poco común —comentó ella.

—Es morisco.

—Ajá. Bueno, haré lo que esté en mi mano.

—Sé que lo haréis.

Continuaron subiendo los numerosos tramos de escaleras hasta perderse por los fríos pasillos de mármol. Jalal los condujo a una gran estancia abovedada que superaba cinco veces la altura de un hombre. Las paredes

estaban revestidas de azulejos y de relieves minuciosamente labrados que representaban escenas de batallas antiquísimas con guerreros blandiendo las armas y venciendo a sus enemigos.

En un rincón había un hombre muy alto vestido con ropas de vivos colores. Su llamativo *rida'* azul alcanzaba el suelo y tenía la capucha enrollada alrededor de la cabeza y asegurada por una diadema de piel y oro. Gruesas mangalas le rodeaban ambas muñecas y su hermosa piel morena le recordó a Sherezade a la de los exquisitos dátiles *medjool*.

Cuando se giró para mirarla, le sonrió abiertamente y sus dientes relucieron como blancas perlas contra un fondo de ébano.

Jalal y Despina la dejaron en la puerta, pero el *rajput* la acompañó al interior y se quedó cerca de ella con la espada en ristre.

Sherezade le devolvió la sonrisa a su huésped y se acercó a él.

«¿Qué le digo?».

—¡Bienvenido! —empezó—. Soy... Sherezade.

El hombre se deslizó hacia ella convertido en un remolino de colores con las manos extendidas.

—Y yo soy Musa. Encantado de conoceros. —Tenía una voz intensa, como la miel y el humo.

Sherezade le cogió las manos. De cerca, se dio cuenta de que era bastante más mayor de lo que aparentaba. Sus cejas estaban salpicadas de blanco y las finas arrugas que le surcaban la cara indicaban tendencia a la reflexión y gusto por el divertimento. Cuando agarró sus manos, vio que algo se grababa en sus intensos ojos marrones, pero vino y se fue como un relámpago.

—Muchas gracias, Musa *efendi*. Siento muchísimo que mi..., que el califa no esté aquí para recibirnos.

Él meneó la cabeza.

—La culpa es mía por presentarme sin avisar. Esperaba verlo de paso,

aunque parece que debo posponer nuestra reunión para otro viaje.

—Por favor, sentaos. —Sherezade señaló los cojines que rodeaban la mesa baja de su derecha y ambos tomaron asiento enfrentados—. ¿Os apetece algo de comer?

—No, no, no puedo quedarme. Os repito que esto no pretendía ser más que una breve visita. No deseo importunar a nadie.

—Por supuesto que no importunáis. No pienso permitir que un invitado tan estimado se marche de palacio hambriento. —Sherezade le brindó una sonrisa.

Él rió y su risa reverberó en las paredes.

—¿Y cómo sabéis que soy estimado? ¿No os dijeron la verdad? —Su boca se torció con picardía.

—¿Y cuál es la verdad, Musa *efendi*?

—La última vez que estuve en este palacio, me echaron con lo puesto.

Sherezade controló su expresión. Respiró hondo y entrelazó las manos en el regazo.

—Entonces, parece que os debemos al menos una comida, señor.

El hombre volvió a reír, esta vez con más ganas.

—Sois un regalo del cielo, mi niña. Cuánta luz debéis de aportarle a mi pobre Jalid.

«Tal vez *luz* no fuera la palabra apropiada».

Ella le correspondió con una pequeña sonrisa.

—Me temo que no sois un matrimonio bien avenido —apuntó Musa con prudencia—. ¿Hay alguna esperanza de que lleguéis a serlo?

—En realidad, aún es demasiado pronto para saberlo. Sólo llevamos casados unos días. Y casarse con el califa es... complicado.

—Eso he oído. —Su voz sonaba cómplice y triste—. ¿Y deseáis llevaros bien con él?

Sherezade se irguió incómoda en su asiento. Por alguna razón, mentirle a aquel hombre con aquel extraño atuendo, aquella risa estentórea y aquellos ojos inquisitivos le parecía... mal.

—Deseo un matrimonio basado en el amor y en el respeto mutuo, Musa *efendi*. Aún habrá que ver si es posible con el califa.

—Ah, qué sinceridad. Jalid valora la sinceridad por encima de todo. La anhela. Incluso de niño ansiaba la verdad con un fervor que nunca he visto en otro individuo. ¿Lo sabíais?

—Sé muy poco de su pasado.

El viejo asintió.

—Decidme, más allá de los rumores, ¿en qué tipo de hombre se ha convertido el hijo de Leila?

Ella se detuvo a reflexionar y estudió la cara del desconocido.

«Si respondo a sus preguntas, ¿él responderá a las mías?».

—En un hombre reservado. E inteligente.

—Eso podría averiguarlo en las calles de Rey. Quiero saber lo que vos sabéis. Lo que ha deducido una chica inteligente, aunque haya tenido poco tiempo.

Sherezade se mordió el labio inferior.

—En un hombre triste, calculador, amargado... —susurró. Se acordó de su puño en carne viva y de su furia rigurosa—. Colérico.

—No siempre fue así —suspiró Musa—. Solía ser un muchacho muy amable.

—Eso me han dicho, pero es difícil de creer.

—Y es comprensible. —Hizo una pausa—. ¿Me dejaríais que compartiera una historia con vos, mi querida Sherezade? ¿Sobre la noche en que me echaron?

—Por supuesto, Musa *efendi*.

—Es una historia triste.

—Supongo que cualquier historia que acabe de tal manera lo es.

Musa se reclinó para recordar antes de empezar.

—Yo era el tutor de la madre de Jalid, Leila. Y Leila era un tesoro: hermosa y con talento, amante de los libros y de la poesía. Cuando se casó con el padre de Jalid y se convirtió en su segunda esposa, era joven; sólo tenía quince años. Me insistió para que viniera con ella a Rey. Era muy testaruda. Por desgracia, no fue un matrimonio fácil. Su marido era mucho mayor que ella y resultaba obvio que había amado con creces a su primera esposa. A Leila no le gustaban las constantes comparaciones. Intenté refrenar sus rabietas y arrebatos de desesperación, pero la diferencia de edad y de intereses a veces era difícil de salvar. En realidad, no era culpa de nadie. El padre de Jalid era un hombre de costumbres arraigadas y ella, un espíritu joven. —Se interrumpió; sus rasgos se entristecieron—. Yo esperaba que, con el nacimiento de Jalid, todo cambiara. Nunca he visto a una madre más entregada. Cuando era un bebé, le cantaba y le besaba los pies. Cuando creció un poco, le contaba historias todas las noches antes de acostarse. Y Jalid la quería más que a nada en el mundo. —Musa cerró los ojos un momento y Sherezade aprovechó para tomar aliento.

«Su madre le contaba historias por la noche».

—Yo estaba allí la noche que el padre de Jalid se enteró de la traición de Leila..., cuando descubrió que tenía un romance con un miembro de la guardia de palacio. —Su tono se volvió bajo y grave—. La arrastró del pelo por los pasillos mientras ella gritaba y le insultaba. Yo intenté ayudarla, pero los soldados no me dejaron. Una vez en el atrio, llamó a Jalid. Leila no dejaba de repetirle que todo saldría bien. Que lo quería. Que era su mundo.

Sherezade apretó los puños.

—Y allí, delante de su hijo de seis años, el califa le cortó la garganta.

Cuando Jalid empezó a llorar, su padre le gritó. Nunca olvidaré lo que dijo: «Una mujer o es fiel o debe morir. No hay término medio». Después de eso, me echaron del palacio con lo puesto. Debí haber hecho algo más. Por Leila. Por Jalid. Pero fui débil. Tuve miedo. Más tarde me enteré de en qué se había convertido el hijo de Leila. Siempre me arrepentí. Me arrepentí con todo mi corazón.

Algo se había despertado en el pecho de Sherezade, formando una barrera que le impedía pronunciar palabra. Tragó con dificultad. Sin saber qué hacer, se estiró por encima de la mesa y le agarró la mano a Musa. Él tomó sus pequeñas manos entre las suyas y se quedaron así durante un rato.

Luego, con cuidadoso respeto, ella rompió el silencio:

—Musa *efendi*..., no deberíais sentirnos responsable de nada de lo que ocurrió, ni esa noche ni las que la sucedieron. Soy joven y, por tanto, sé que mis palabras no tienen mucho peso en el mundo, pero sé lo bastante como para darme cuenta de que uno no puede controlar los actos ajenos. Sólo puede controlar su manera de actuar en consecuencia.

Él le apretó las manos.

—Sabias palabras. ¿Jalid sabe el tesoro que tiene, mi querida estrella?

Los ojos de Sherezade le brindaron la sonrisa que sus labios no acertaron a dibujar.

Musa sacudió la cabeza.

—Ha sufrido mucho, y me duele saber que por eso hace sufrir a otros. Y me molesta, porque esos actos no son propios del joven que conocí. Pero, igual que vos sois joven, yo soy viejo y, a mi edad, la sabiduría es más una esperanza que un derecho natural. Lo único que he aprendido al respecto en mi vida es que ningún individuo puede alcanzar todo su potencial sin el amor de otros. No debemos estar solos, Sherezade. Cuanto más aparta uno a los demás, más evidente es que está necesitado de amor.

«Nunca podría amar a un hombre semejante..., a un monstruo semejante».

Empezó a retirar las manos.

Pero él no la dejó.

—Decidme —insistió—, ¿desde cuándo poseéis ese don?

Desconcertada, se limitó a observarlo con ojos inexpresivos.

Musa le devolvió una mirada cálida y escrutadora.

—No os habéis dado cuenta. Está latente en vuestra sangre... —dijo para sí.

—¿A qué os referís? —preguntó extrañada.

—¿Tal vez un pariente? —continuó él—. ¿Vuestra madre o vuestro padre poseen alguna... habilidad especial?

A Sherezade se le encendió la chispa.

—Mi padre. Puede hacer ciertas cosas. Cosas minúsculas. Pero nunca lo ha llegado a controlar.

Musa asintió.

—Si alguna vez deseáis aprender acerca de estas habilidades, hacédmelo saber. Me encantaría compartir mis conocimientos con vos. No soy un experto, pero he aprendido a... controlarlo. —Sonrió despacio.

Sherezade se percató de que, mientras hablaba, la llama de la lámpara cercana titilaba y volvía a la vida de manera espontánea.

—¿Y podría aprender a hacer eso? —susurró.

—En realidad, no lo sé. Es imposible calcular las habilidades de alguien. Sólo sé lo que he sabido en cuanto he estrechado vuestras manos entre las mías: que vos y yo compartimos un vínculo. Y ahora ese vínculo se extiende más allá de este mero giro del destino. Os ruego, por favor, mi estrella..., que veáis más allá de la oscuridad. Hay potencial para un bien infinito en el joven que conozco. Tened por seguro que el hombre que veis ahora es una sombra de lo que se esconde debajo. Si lo deseáis, dadle el amor necesario para que

pueda advertirlo por sí mismo. Para un alma perdida, semejante tesoro vale su peso en oro. Vale su peso en sueños. —Al hablar, Musa se inclinó sobre sus manos, aún entrelazadas, con una sonrisa de afecto que iluminaba sus rasgos.

—Gracias, Musa *efendi*. Por la sabiduría, la historia y todo lo demás.

—Gracias a vos, mi estrella. —La soltó y se levantó de la mesa.

—¿No os quedáis a comer algo? —inquirió Sherezade.

Él negó con la cabeza.

—Debo ponerme en camino, pero os prometo que volveré a visitaros muy pronto. Esta vez no dejaré que pasen tantos años. Y me aferraré a la esperanza de que, la próxima vez que os vea, sea con Jalid a vuestro lado. A vuestro lado y para bien.

Sherezade sintió una extraña punzada de culpa en el estómago.

Musa fue a coger la bolsa con sus pertenencias que había dejado en un rincón. La levantó del suelo y se paró un momento a reflexionar. Luego hurgó en su interior y sacó una alfombrilla deshilachada y carcomida por las polillas que llevaba enrollada en un fardo y atada con un cordel de cáñamo.

—Un regalo para vos, mi querida Sherezade.

—Gracias, Musa *efendi*.

«Qué regalo tan extraño».

—No la perdáis de vista. Es una alfombra especial; cuando os extraviéis, os ayudará a encontrar el camino —le aseguró con ojos chispeantes.

Sherezade cogió el paquete y lo apretó contra su pecho.

Musa le colocó la cálida palma de su mano en la mejilla.

—Dejad que os lleve adonde vuestro corazón desee.





## EL ANCIANO Y EL POZO

El sol del desierto se cernía sobre Tariq con el ardor de un desvergonzado fuego . Emanaba de las dunas en forma de ondas, distorsionando su visión y abrasando el cielo.

Se tapó la cara con la capucha de su *rida* , asegurándose la banda de cuero en la parte baja de la frente. Espirales de arena se arremolinaban en las patas de su semental, que, al agitar cada uno de sus gigantescos cascos, levantaba una brillante neblina.

*Zoraya* lo sobrevolaba en círculos y sus chillidos aumentaban de volumen con el paso de las horas.

Cuando el sol empezaba a ponerse, alcanzaron la frontera entre Jorasán y Partia y comenzó a buscar un sitio en el que descansar. Sabía que las tribus badawi estaban cerca, pero no quería correr el riesgo de invadir su territorio sin descansar toda una noche, pues apenas había dormido desde que salió de Rey hacía casi cuatro días. Por la mañana averiguaría el modo de hablar con un lugareño para determinar el estado actual en la región.

En la distancia divisó un pequeño asentamiento de edificios erosionados por el sol, dispuestos en forma de herradura alrededor de un pozo de piedra medio en ruinas. Las casas de barro resquebrajado estaban rematadas por tejados hundidos y parecían abandonadas. Había un anciano en el borde del pozo descargando pieles de animales del lomo de dos viejos camellos.

Tariq espoleó a su zaino árabe y tiró una vez más de la capucha de su *rida* ' blanco.

Cuando se aproximaba al pozo, el anciano miró por encima del hombro.

Y le sonrió.

Iba vestido con ropa sencilla de lino marrón y su barba espesa estaba salpicada de plata. Un prominente hueco separaba sus dos dientes delanteros y tenía la nariz aguileña rota a la altura del puente. Sus manos estaban deformes por la edad y el trabajo.

—Buen caballo. —Asintió, aún sonriente.

Tariq asintió a su vez.

El anciano tendió una mano temblorosa en busca del cubo que estaba colgado por encima del pozo...

Y lo tiró sin querer.

El recipiente chocó con las turbias cavernas del pozo, rebotando con cada golpe, hasta que cayó al agua y emitió un sonido burlón.

Tariq exhaló sonoramente.

El anciano gruñó, se quitó el *rida* de la cabeza y dio un fuerte pisotón en el suelo. Luego empezó a retorcerse las manos; la consternación de su cara era tan clara como el día.

Tariq observó aquella actuación melodramática hasta que ya no pudo soportarla más y desmontó de su semental con un suspiro moribundo.

—¿Tenéis una cuerda? —le preguntó mientras se apartaba la capucha de la cara.

—Sí, *sahib*. —El hombre se inclinó en señal de reverencia, una y otra vez.

—No es necesario; no soy vuestro *sahib*.

—El *sahib* tiene un buen caballo. Una buena espada. Sin duda, es un *sahib*.

Tariq volvió a suspirar.

—Dadme la cuerda y bajaré a recoger el cubo.

—Oh, gracias, *sahib*, sois muy generoso.

—No soy generoso, sólo tengo sed. —Tariq sonrió con ironía. Cogió la

cuerdas que le tendía y la aseguró al poste que había sobre el pozo. Entonces se detuvo, pensativo—. No intentéis robarme el caballo. Es un animal temperamental y no llegaréis muy lejos.

El anciano meneó la cabeza con tal fervor que Tariq creyó que iba a provocarse una lesión.

—¡Yo no haría tal cosa, *sahib*!

Aquella intensidad cuestionaba sus intenciones.

Estudió al hombre antes de extender su brazo izquierdo y silbar a los cielos. *Zoraya* se precipitó desde las nubes hecha un amasijo de plumas y endiabladas garras. El anciano se llevó un antebrazo tembloroso a la cara para resguardarse de la lacerante amenaza del ave rapaz.

—Le gusta empezar por los ojos —le advirtió Tariq en tono neutro mientras *Zoraya* desplegaba las alas sobre su mangala de cuero y estudiaba al hombre.

—¡No haré nada deshonesto, *sahib*!

—Bien. ¿Vivís por aquí cerca?

—Soy Omar de los badawi.

Tariq miró al hombre una vez más.

—Omar de los badawi, me gustaría hacer un trato con vos.

—¿Un trato, *sahib*?

—Sí. Yo recupero el cubo del pozo y os ayudo a rellenar las pieles con agua. A cambio, me gustaría obtener información sobre vuestra tribu y su jeque.

Omar se rascó la barba.

—¿Por qué quiere el *sahib* sin nombre información sobre mi tribu?

—No os preocupéis; no les deseo ningún mal. Siento un gran respeto por los badawi. Mi padre le compró este caballo a un miembro de una tribu hace varios años y siempre ha dicho que los nómadas del desierto se cuentan entre

los mejores jinetes del mundo.

—¿Entre? —Omar esbozó una amplia sonrisa—. Somos los mejores, *sahib*. Sin la menor duda.

Tariq le ofreció una sonrisa vacilante.

—¿Trato hecho?

—Eso creo, *sahib*; sin embargo, ¿puedo haceros una última pregunta?

El joven asintió.

—¿Qué propósito se esconde tras vuestra búsqueda de los badawi?

Lo meditó un momento. Aquel anciano era, como mucho, un sirviente. Lo más probable es que fuera una antigualla a la que mandaban a por agua todos los días para que guardara las apariencias de utilidad en su vejez. Darle información le pareció bastante inofensivo.

—Tengo una propuesta de negocio que hacer.

—¿Un negocio? —se carcajeó Omar—. ¿Con los badawi? ¿Por qué iba a necesitar un *sahib* rico y joven ayuda de los nómadas del desierto?

—Ya he contestado a vuestra pregunta. ¿Trato hecho?

Los oscuros ojos del hombre centellearon.

—Sí, sí, *sahib*. Trato hecho.

Tariq dirigió a *Zoraya* a una percha en lo alto del pozo y después se giró hacia su caballo para quitar su arco recurvo. Se amarró la aljaba a la espalda y se puso la cuerda del arco en bandolera por el pecho, pues no era tan necio como para dejarse el arma. Por fin, tiró de la cuerda para asegurarse de que estaba bien anclada antes de colocarse en el borde de piedra y mortero.

El pozo tenía la anchura de un hombre y dos veces su altura, de modo que bajar y agarrar el cubo de madera que flotaba en el agua no fue una tarea muy difícil. No tardó en subir escalando por la abertura de piedra y desembocar al crepúsculo naranja de un anochecer en el desierto.

Le pasó el cubo a Omar.

—Os sugiero que le atéis una cuerda al mango para facilitar la tarea en el futuro.

El anciano rió.

—¡Una sabia sugerencia!

Los dos hombres empezaron a rellenar las pieles de animal con agua y a asegurarlas en los camellos, que esperaban cerca.

—Entonces —empezó a decir Tariq—, ¿con qué tribu badawi viajáis?

Omar sonrió.

—Con la familia Al Sadiq.

—He oído ese nombre antes.

—Muchos aseguran que es una gran familia. Descendiente de una larga línea de poderosos nómadas del desierto.

—¿Quién es vuestro jeque?

—El hijo de la sexta generación de la dinastía Al Sadiq. Algunos dirán que es un tanto extraño. Estudió en Damasco un tiempo antes de volver al desierto.

—¿Y qué estudió en Damasco?

—Forjado de espadas. Era un maestro en el arte del hierro y el acero, *sahib*.

—¿Qué le hizo aprender ese oficio?

Omar se encogió de hombros.

—Cree que ese conocimiento le da ventaja sobre sus enemigos.

Tariq asintió, pensativo.

—Parece un hombre interesante.

—Como vos, *sahib*. Pero estoy muy intrigado: ¿cuál es la naturaleza de vuestro negocio con los badawi?

El joven eludió la respuesta:

—Es personal.

—¿Personal? —Rió—. Entonces intentáis derrocar a un miembro de la familia o... conquistar el corazón de una mujer.

—¿Qué?

—¿Por qué más iba un joven *sahib* rico a hacer negocios de índole personal con los badawi? ¿Por qué si no? ¿Es vuestro padre un despreciable tirano de la tradición? ¿Sois vos el héroe al que su gente ansía servir?

Tariq lo fulminó con la mirada.

—¡Ah!, entonces, estáis intentando conquistar el corazón de una bella joven.

Tariq se giró hacia su caballo.

—Debe ser muy hermosa para traer a un apuesto *sahib* con un halcón y un magnífico al jamsa hasta estas profundidades del Mar de Arena.

—No tiene nada que ver con eso —murmuró.

—¿Acaso no es hermosa?

Tariq giró sobre sus talones.

—No tiene nada que ver con su belleza.

—¡Ajá! ¡Así que se trata de una chica! —exclamó el hombre.

Tariq, fulminándolo con la mirada, agarró las riendas de su semental y se subió a la montura.

—¡No os sintáis ofendido por el viejo Omar, *sahib*! No pretendía presionaros. Soy de natural curioso y siento debilidad por las historias de amor. ¡Por favor! Si me seguís, estaré encantado de presentaros al jeque.

—¿Y por qué ibais a hacerlo?

—Por mor de mi naturaleza curiosa —respondió Omar con una ridícula sonrisa que resaltaba la oscura brecha entre sus dientes torcidos.

Tariq hizo una pausa para meditarlo. El viejo sirviente podía estar mintiéndole, pero aquella también podía ser su mejor oportunidad para reunirse con el jeque de una de las tribus badawi más célebres.

El riesgo merecía la pena.

—Os seguiré a vuestro campamento. —Se ajustó la aljaba de flechas a la espalda, por si acaso.

Omar asintió y se arregló el *rida*'.

—Me aseguraré de contarle al jeque la ayuda que me habéis prestado hoy en el pozo.

—Gracias.

—¡Por supuesto, *sahib*! Si algo soy, es honrado.

Tariq siguió al anciano a una distancia prudencial mientras este guiaba a los dos camellos de vuelta al desierto. El hombre montaba el camello más pequeño, lo llevaba a un ritmo constante y miraba por encima del hombro de vez en cuando para ofrecer a Tariq una sonrisa tranquilizadora.

El cielo se oscureció hasta alcanzar un negro azulado y las estrellas más brillantes empezaron a titilar en lo alto con destellos blancos. Después de montar durante media hora, un gran enclave de tiendas, rodeado por un círculo de antorchas, se materializó en el mar de dunas.

Omar condujo a los camellos al centro mientras silbaba animadamente. Al pasar, varios hombres se detuvieron a saludarlo con un gesto de la cabeza y Omar hizo lo propio, llevándose una mano a la frente. Luego desmontó en medio del campamento, ante una gran tienda hecha de retazos. En cuanto sus pies provistos de sandalias tocaron el suelo, se oyó una zapatista procedente de las sombras contiguas.

Unos diminutos brazos lustrosos lo agarraron por las piernas y lucharon por su abrazo.

—¡*Baba Aziz*! ¿Por qué llegas tan tarde? —gritaron varios niños en discordante armonía.

Tariq entornó los ojos.

El faldón de la tienda se abrió y una anciana con una hermosa trenza de un

cobrizo apagado avanzó hasta la luz de la luna.

—Omar-*jan*, ¿dónde has estado? Tus nietos están hambrientos y tus hijas, como resultado, irritadas.

Este sonrió con indulgencia.

—He traído a un invitado. ¿Puedes hacer sitio para uno más?

Ella alzó la vista al cielo antes de dirigirse a Tariq.

—¿Y vos quién sois, joven?

—Es nuestro *sahib* sin nombre. Y mi naturaleza curiosa ansía oír su historia. Creo que es una buena, Aisha. Sobre el amor y sus muchas pruebas

—contestó Omar, guiñando un ojo.

Ella meneó la cabeza.

—Bueno, hazlo pasar.

Tariq siguió observando al hombre y sus sospechas llegaron enseguida a una conclusión lógica. Desmontó del caballo.

—No sois un sirviente —señaló.

Se giró hacia el joven. De nuevo, su sonrisa mellada se apoderó de su rostro curtido.

—¿Acaso dije que lo fuera?

Tariq sostuvo su mirada. El aspecto de viejo tonto se había desvanecido a la luz de la centelleante antorcha. En su lugar, había una mirada de sabiduría y júbilo.

Una mirada de astuta inteligencia.

—Perdonad el malentendido —continuó el badawi.

Tariq resopló, receloso.

—No hay ningún malentendido. Vi justo lo que queríais que viera.

Omar soltó una sonora carcajada.

—O tal vez vierais justo lo que queríais ver.

Tariq se echó hacia atrás el *rida* y dio un paso al frente.



—Me llamo Tariq.

Las pobladas cejas del hombre se enarcaron en un gesto de aprobación.

—Y yo soy Omar al Sadiq, el sexto jeque de mi dinastía. —Le tendió su arrugada palma y el joven se la estrechó—. Bienvenido a mi casa.



## LA PROMESA DEL MAÑANA

Dos días después de que el califa regresara de Amarda, Sherezade estaba dispuesta a llevar a cabo su plan.

Ya estaba harta.

No le importaba que Musa *efendi* le hubiera confesado su trágico pasado.

No le importaba que aquel mundo no fuera, ni de lejos, tan sencillo como había imaginado.

Y, por supuesto, no le importaba que su corazón le estuviera... jugando una mala pasada.

Había ido a palacio con un claro propósito.

El califa de Jorasán debía morir.

Y ella sabía cómo hacerlo.

Aquella noche estaba sentada frente a él en la alcoba, comiendo uvas mientras él bebía vino.

Esperando el momento propicio.

—Estáis muy callada —observó el califa.

—Y vos parecéis muy cansado.

—La vuelta de Amarda ha sido dura.

Sherezade miró al otro lado de la mesa y contempló sus ojos atigrados. Tenía unas pronunciadas ojeras y sus afilados rasgos parecían todavía más severos con aquellas evidentes arrugas de fatiga.

—Pero si ya hace dos días que regresasteis.

—No he dormido bien desde que llegué.

—Quizá preferiríais no continuar con la historia de Aladino. A lo mejor deberíais dormir —sugirió.

—No. No es eso lo que quiero. Ni mucho menos.

Ella apartó la vista, incapaz de sostener su penetrante mirada.

—¿Puedo preguntaros algo, *sayidi*?

—Podéis hacer lo que gustéis. Y yo haré lo mismo.

—¿Por qué fuisteis a Amarda?

El califa juntó las cejas.

—He oído que Jalal hizo que conocierais a Musa Zaragoza. Doy por hecho que os habéis enterado de cosas de mi niñez durante su estancia. Os ha contado lo de mi madre, ¿no es así?

—Sí, me ha hablado de ella.

—El sultán de Partia y yo tenemos un acuerdo tácito. Cada seis meses o así, voy a verlo y le hago amenazas veladas, dándome tono como un pavo real en un alarde de fuerza destinado a disuadirle de sugerir que no soy el heredero legítimo del califato de Jorasán.

—¿Disculpad? —farfulló Sherezade.

Él continuó:

—En realidad, es lógico. Llamó «ramera» a mi madre sin tapujos. Y todo el mundo cuestiona mi linaje. Además, es capaz de recabar apoyos y entrar en guerra por el califato. Sólo le faltan la fuerza y los apoyos necesarios para tomar posiciones, y yo intento evitar todo eso.

—¿Él... llamó «ramera» a vuestra madre?

—No debería extrañaros. Mi padre me dijo lo mismo. Muchas veces.

Sherezade cogió aire con cuidado.

—¿Vuestro padre también cuestionó que fuerais su hijo?

El califa se llevó la copa de vino a los labios y dio un largo sorbo.

—De nuevo, no debería extrañaros.

Casi deseó haber malentendido sus palabras.

«¡Qué infancia más desamparada debe de haber tenido!».

—¿Y os parece normal?

Él dejó la copa en la mesa.

—Supongo que tengo una visión sesgada de la palabra.

—¿Queréis que sienta lástima por vos, *sayidi*?

—¿Queréis sentir lástima por mí, Sherezade?

—No.

—Entonces, no lo hagáis.

Frustrada, cogió la copa y se bebió el resto del contenido.

Él esbozó una minúscula sonrisa.

El vino quemaba; se aclaró la garganta y volvió a dejar la copa en la mesa.

—Por cierto, ya he decidido cómo podéis resarcirme. Si aún lo deseáis, claro.

Él se recostó en los cojines, a la espera.

Ella dio un hondo suspiro, preparándose para lanzarle el anzuelo.

—¿Os acordáis de la última noche, cuando Aladino vio a la princesa disfrazada vagando por las calles de la ciudad?

El califa asintió.

—Me dijisteis que envidiabais la libertad que la princesa había experimentado en la ciudad, sin el manto de la realeza sobre los hombros. Pues quiero hacer eso. Con vos —remató.

Él se quedó quieto, escrutándola.

—¿Queréis que vaya a Rey sin la guardia?

—Sí.

—¿Sólo con vos?

—Ajá.

Hizo una pausa.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—¿Por qué?

«De entrada, no se ha negado».

—Por el placer de la aventura —lo tentó. Él la miró de hito en hito. Calculando—. Y porque estáis en deuda conmigo —insistió.

«Por favor, no me neguéis esta oportunidad».

—De acuerdo. Estoy en deuda con vos. Acepto.

La joven sonrió satisfecha.

El califa abrió desmesuradamente los ojos ante la luminosidad de su sonrisa.

Y, para su sorpresa, la correspondió.

Su sonrisa parecía extraña en aquella cara fría y angulosa.

Extraña pero impresionante.

Sherezade tendría que ignorar... el vuelco de su corazón.

A toda costa.

Se encontraban en un pequeño callejón junto a la entrada del zoco. El cielo estaba teñido de púrpura por el crepúsculo y la mezcla de especias, sudor y ganado colmaba el aire primaveral del embriagador aroma.

Sherezade se ciñó la capa gris oscuro. El terrón de azúcar envenenado que había robado le quemaba en el bolsillo y parecía que fuera a salir ardiendo de un momento a otro.

Los penetrantes ojos ocres del califa examinaron el panorama a su alrededor. Llevaba atado a la frente su negro *rida'* con una fina diadema de cuero a juego.

—¿Habéis estado alguna vez en el zoco de Rey? —susurró ella.

—No.

—Pues no os separéis de mí. Es un laberinto. Cada año se extiende más y sus callejuelas serpentean sin ton ni son.

—Por eso pretendo dejaros atrás para explorarlo a mis anchas —murmuró.

—¿Pretendéis tener gracia, *sayidi*?

Él arrugó la frente.

—Aquí no podéis llamarme así, Sherezade.

Era cierto. Sobre todo, por las revueltas que se desataban contra él en las calles de la ciudad.

—Lleváis razón..., Jalid.

Él soltó un rápido suspiro.

—¿Y yo cómo debo llamaros?

—¿Perdón?

—¿Cómo os llaman vuestros amigos?

Sherezade vaciló.

«¿Por qué intento proteger un estúpido apodo que Rahim me puso cuando tenía diez años?».

—Shezi.

La sombra de una sonrisa se perfiló en los labios del califa.

—Shezi. Os queda bien.

Ella puso los ojos en blanco.

—Venid conmigo.

Y, con esas, Sherezade abandonó la seguridad que le otorgaban las sombras y se mezcló con las bulliciosas multitudes del mercado más activo de Rey. El califa de Jorasán la siguió de cerca cuando pasaron bajo la arcada y se adentraron en el sofocante laberinto de gente y mercancías.

A su derecha había vendedores que pregonaban sus manjares —dátiles azucarados y otros frutos secos, nueces surtidas en barriles de madera con manchas de agua, montañas de especias de vivos colores— y, a su izquierda,

comerciantes de tela hilada o teñida y madejas de hilo que se mecían con la tenue brisa y cuyos colores formaban una bandera multicolor. Muchos de los vendedores asaltaban a la pareja para intentar engatusarlos con un pistacho o un delicioso orejón. Al principio, Jalid se ponía tenso cada vez que alguien se les acercaba, pero pronto se entregó a ese paso despreocupado propio de cualquier cliente ordinario que pasara por el zoco una cálida noche de primavera.

Hasta que un joven saltó desde detrás de un puesto para envolver a Sherezade en una vistosa seda naranja.

—¡Qué hermosura! —suspiró—. Debéis comprarla. Os sienta de maravilla.

—Creo que no. —Negó con la cabeza e intentó apartarse.

Pero él la atrajo hacia sí.

—¿Os he visto antes, señorita? No olvidaría una belleza como la vuestra.

—No, no la has visto —dijo Jalid por lo bajo.

El joven le lanzó una sonrisa de suficiencia.

—No estoy hablando con vos. Estoy hablando con la joven más bonita que he visto en mucho tiempo.

—No, estás hablando con mi esposa. Y puede que esta sea la última conversación que tengas en tu vida. —Su voz se había enfriado tanto que cortaba como una daga.

Sherezade fulminó al joven con la mirada.

—Y si queréis venderme tela, no os comportéis como un cerdo libidinoso.

—Le dio un fuerte empujón para apartarse de su pecho.

—Hija de puta —murmuró el joven.

Jalid se detuvo en seco y sus nudillos se empezaron a teñir de un blanco peligroso.

Sherezade lo agarró del brazo y se lo llevó de allí. Vio cómo le palpitaban

los músculos de la mandíbula.

—¿Sabéis que tenéis mucho genio? —comentó cuando se hubieron alejado lo suficiente.

Él no respondió.

—¿Jalid?

—¿Esa falta de respeto es... normal?

Sherezade encogió uno de los hombros.

—No es normal, pero tampoco es que me pille por sorpresa. Es lo que tiene ser una mujer —se burló con aire taciturno.

—Es obsceno. Se merece que le azoten.

«Dice el rey que asesina a una esposa cada amanecer».

Continuaron deambulando por el zoco y a Sherezade le extrañó que Jalid caminase ahora tras ella con tanta diligencia, rozándole la parte baja de la espalda con la mano. Sus ojos, ya de por sí cautelosos, estaban incluso más atentos que antes.

Suspiró para sí.

«Se da cuenta de todo. Esto va a ser todavía más difícil de lo que pensaba».

Lo guió por un dédalo de callejuelas, pasando junto a vendedores de aceite y de vinagre importado, de alfombras y de bellas lámparas, de perfumes y otros cosméticos..., hasta que llegaron a una calle repleta de proveedores de comida y bebida. Lo llevó a un pequeño y atestado establecimiento con asientos en la puerta.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Jalid en voz baja cuando lo acomodó en una silla al lado de una mesa libre cerca de la entrada.

—Vuelvo enseguida. —Sonrió ante su irritación mientras se abría paso entre la multitud.

Cuando poco después regresó con dos copas y una jarra de vino, él



entornó los ojos.

—Son famosos por su vino dulce —explicó.

El califa se cruzó de brazos.

Ella le sonrió intencionadamente.

—¿No confiáis en mí? —Rellenó una de las copas y bebió un poco antes de ofrecérsela.

—¿De dónde has sacado el dinero? —Cogió la copa.

Sherezade puso los ojos en blanco.

—Lo robé. Al pérfido sultán de Partia. —Cuando él se llevó la copa a los labios, vio que sonreía—. ¿Os gusta?

Élladeó la cabeza, sopesándolo.

—Es diferente. —Se echó hacia delante y le sirvió otra copa.

Se quedaron un rato sumidos en un confortable silencio, empapándose de las imágenes y los sonidos del zoco, bebiendo vino y disfrutando de las escandalosas conversaciones de los que se encontraban a su alrededor en diversos estados de embriaguez.

—Y bien —rompió el hielo Sherezade en tono casual—, ¿por qué os cuesta tanto dormir?

Su pregunta lo cogió con la guardia baja.

La miró por encima del borde de la copa.

—¿Tenéis pesadillas? —lo tanteó.

Él inhaló con prudencia.

—No.

—¿Cuál fue vuestro último sueño?

—No me acuerdo.

—¿Cómo podéis no acordaros?

—¿Tú te acuerdas de tu último sueño?

Sherezade frunció los labios a un lado, pensativa.

—Sí.

—Cuéntamelo.

—Es un tanto extraño.

—La mayoría de los sueños lo son.

—Estaba en un campo de hierba con... mi mejor amiga. Dábamos vueltas y yo la cogía de las manos. Al principio girábamos despacio y luego cada vez más rápido. Tan rápido que parecía que volásemos, pero no era peligroso. Ahora es raro que no pareciera peligroso, pero supongo que los sueños son así. Me acuerdo de oírla reír; tiene la risa más bonita del mundo. Como el canto de una alondra en una mañana fresca. —Sonrió para sí al rememorarlo.

Jalid permaneció en silencio un instante.

—Tú tienes una risa preciosa. Como la promesa del mañana. —Lo dijo con delicadeza, con el aplomo de una ocurrencia tardía.

En respuesta, el corazón de Sherezade se sobresaltó, clamando atención.

«Shiva, te juro que ignoraré a esta pequeña bestia caprichosa».

Mientras bebía, se negó a mirarlo y se enorgulleció por este alarde de fortaleza, hasta que notó que todo el cuerpo del califa se ponía rígido al otro lado de la mesa.

Alguien plantó un pie calzado con una sandalia en el asiento contiguo.

—Pero si es la bonita joven de lengua afilada... —masculló una voz por encima de su cabeza.

Cuando alzó la mirada, sus ojos se achicaron, asqueados.

—Parece que este es un sitio muy popular... —dijo Jalid al tiempo que su cara se tensaba.

—Sí, tanto para cerdos libidinosos como para antiguos reyes —murmuró Sherezade.

—¿Qué? —preguntó el joven con voz cansina; era obvio que el vino afectaba a su comprensión.

—Da igual. ¿Qué queréis? —le espetó, molesta.

El joven la miró con lascivia.

—A lo mejor antes he sido un poco arrogante, pero me gustaría compartir una reciente observación. Este de aquí —señaló a Jalid con el pulgar— parece demasiado gruñón para una chica como vos. Os conviene más un hombre con encanto. Como yo.

Ante esto, el califa hizo ademán de levantarse, pero ella le puso la mano en el pecho sin despegar los ojos de la mirada vidriosa del joven.

—Parece que os habéis olvidado, y muy pronto, he de añadir, de que habéis llamado «puta» a mi madre. ¿En qué mundo creéis que os preferiría a vos antes que a cualquier hombre, gruñón o no?

Él le sonrió y sus amigos rieron ante la osadía de Sherezade.

—No os lo toméis a pecho, bonita. ¿Y si os dijera que mi madre sí que era puta? ¿Lo arreglaría? En cualquier caso, resulta que tengo mucha estima por las mujeres de esa clase. —Le guiñó el ojo.

Las risas se intensificaron a su espalda.

De nuevo, Sherezade sintió crecer la furia bajo la palma que presionaba el pecho de Jalid, manteniéndolo en su asiento sólo con la fuerza de su voluntad.

Asintió.

—No puedo decir que me sorprenda. Y, en cuanto a mí, creo que dejaré este género en el estante. No me gustan los... pepinillos.

Ante esto, Jalid giró la cabeza hacia ella; sus ojos denotaban sorpresa y las comisuras de su boca parecían haberse crispado.

Durante un doloroso momento, se hizo un silencio atronador.

Luego, un coro salvaje de diversión colmó el aire.

Los amigos del joven se palmearon las rodillas y las espaldas unos a otros y se carcajearon de él. La cara del joven adoptó todas las tonalidades de rojo

cuando por fin comprendió el alcance del insulto de Sherezade.

—Vos... —Se fue a por ella.

Sherezade se apartó de un salto.

Entonces Jalid lo agarró del *qamis* y lo arrojó contra su grupo de amigos.

—¡Jalid! —gritó.

Cuando el joven se las arregló para ponerse en pie, el califa volvió a arremeter contra él y le golpeó con tal fuerza en la mandíbula que lo lanzó sobre una mesa de hombres de aspecto peligroso que estaban inmersos en su partida de dados con las apuestas en alza. Las monedas y las tabas cayeron al suelo mientras la mesa se sacudía bajo el peso del joven.

Los jugadores montaron en cólera y se levantaron en mitad de aquel desastre.

Y de su preciada partida, que se había ido al garete.

Todas las miradas recayeron en Jalid.

—¡Bendita Hera! —gimió Sherezade.

Con triste resignación, Jalid se dispuso a sacar su *shamshir*.

—¡No, imbécil! —jadeó ella—. ¡Corre! —Lo cogió de la mano y tiró de él en dirección contraria; la sangre le bullía—. ¡Quitaos de en medio! —gritó al esquivar el carro de un vendedor; sus pies casi no pisaban el suelo. El sonido de sus perseguidores la animaba a correr más rápido, sobre todo gracias a las largas zancadas de Jalid, que los impulsaban por las estrechas callejuelas del zoco.

Cuando la metió de un tirón en un pequeño callejón lateral, ella lo frenó.

—¿Acaso sabes adónde vas? —inquirió.

—Por una vez en tu vida, deja de hablar y escucha.

—¿Cómo te atreves?

Él la envolvió con el brazo derecho y la apretó contra su cuerpo, ocultándose en un hueco ensombrecido. Después le llevó el dedo índice a los

labios.

Sherezade oyó que sus perseguidores se saltaban el callejón y continuaban su camino jaleando, aturcidos por el alcohol. Cuando sus voces se desvanecieron, él le quitó el dedo de los labios.

Pero ya era demasiado tarde.

Porque Sherezade notó cómo el corazón se le había acelerado.

Igual que a ella.

—¿Qué decías? —Estaba tan cerca que sus palabras eran apenas un susurro.

—Que cómo..., que cómo te atreves a hablarme así —musitó ella a su vez.

A él le brillaron los ojos con algo parecido a la diversión.

—¿Que cómo me atrevo a insinuar que has causado todo este lío?

—¿Yo? ¡No es culpa mía! ¡Es tuya!

—¿Mía?

—¡Tuya y de tu genio, Jalid!

—¡No, tuya y de tu boca, Shezi!

—¡No, miserable patán!

—¿Lo ves? ¡Mira qué boca! —Le pasó el pulgar por los labios—. Qué boca... más maravillosa.

El traidor corazón de Sherezade tamborileó contra el suyo y, cuando ella levantó la vista, su mano la atrajo aún más hacia sí, hasta que casi no hubo separación entre ellos.

«No me beses, Jalid. Por favor, no...».

—¡Están aquí! ¡Los he encontrado!

Jalid la tomó de la mano y salieron disparados por el callejón.

—No podemos seguir corriendo —le dijo él por encima del hombro—. Al final tendremos que plantarles cara.

—Lo sé —resopló ella.

«Necesito un arma. Un arco».

Empezó a estudiar todo cuanto tenía a la vista por si atisbaba alguno que se hubieran dejado apoyado en el lateral de un edificio, pero sólo acertó a distinguir el brillo de alguna que otra espada. A lo lejos, se fijó en un hombre fornido que portaba un enorme arco atravesado, pero sabía que tenía muy pocas posibilidades de hacerse con él a la desesperada. Y aún menos de disparar una flecha en un instrumento tan grande.

Parecía un esfuerzo vano.

Hasta que por fin divisó a un crío que jugaba con sus amigos en una callejuela.

Con un arco rudimentario y una aljaba con tres flechas amarrada al hombro.

Tiró del brazo a Jalid y lo adentró en el callejón. Se agachó delante del niño y se quitó la capucha.

—¿Me das tu arco y tus flechas? —le preguntó sin aliento.

—¿Qué? —replicó este, sorprendido.

—Toma. —Sherezade le ofreció los cinco dinares de oro que llevaba en la capa. Una verdadera fortuna a los ojos del crío.

—¿Estáis loca, señora? —se sorprendió, boquiabierto.

—¿Me los das? —le rogó.

El niño le entregó las armas sin rechistar. Ella le plantó el dinero en sus sucias manitas y se colgó la aljaba al hombro.

Jalid observó aquel trueque con los ojos tensos y la boca fruncida.

—¿Los conocéis, señorita? —El chico lanzó una ojeada por detrás de Sherezade.

El califa se dio la vuelta en el acto, desenfundando su *shamshir* con un único chirrido metálico y retirándose el negro *rida* de la frente.

—¡Largo de aquí! —les ordenó Sherezade al crío y a sus amigos.

El chico asintió y se escabulló a toda prisa con sus amigos detrás.

El grupo de hombres a los que habían conseguido ofender eran siete. De esos siete, a tres se los veía muy enfadados, mientras que los otros cuatro parecía que simplemente habían perdido el orgullo. Por no decir el dinero, claro.

Y el dinero contaba mucho.

Al contemplar a Jalid con el sable en ristre, algunos desenvainaron sus propias armas.

Sin mediar palabra, el califa avanzó.

—¡Caballeros! —intervino Sherezade—. Esto es un poquito... precipitado. Creo que todo se debe a un malentendido. Por favor, aceptad mis más sinceras disculpas por la parte que nos toca. En realidad, esto es entre el... caballero de modales cuestionables de antes y yo.

—¿De modales cuestionables? ¿Yo? ¡Maldita zorra! —El joven dio un paso al frente.

—¡Ya basta! —Jalid elevó su *shamshir* a la luz de la luna y su hoja plateada destelló amenazadora.

Lista para matar.

—¡Para! —El tono de Sherezade estaba al borde de la desesperación.

—He dicho que ya basta, Shezi. Ya he oído suficiente —repuso él con voz implacable.

—Sí. Dejad que haga lo que quiera, *Shezi*. ¿Siete contra uno? Confío en nuestras posibilidades —continuó el imbécil.

«No tenéis ni idea de lo que decís. El segundo mejor espadachín de Rey os cortará en pedazos uno a uno. Sin que le tiemble el pulso».

El imbécil desenvainó su herrumbrosa cimitarra.

Ante eso, ella colocó una flecha en el tendón y la soltó con un raudó

movimiento. La flecha voló en una perfecta espiral, a pesar de sus plumas embarradas y de los humildes orígenes del arco.

Y se clavó limpiamente en la muñeca del imbécil.

El joven aulló de agonía y soltó su arma, que cayó al suelo con un sonoro clang.

Antes de que a nadie le diera tiempo a reaccionar, ya había cargado otra flecha en la cuerda. Al tensarla, sintió que algo cedía.

«Oh, Dios».

Sin embargo, adelantó a Jalid, con la flecha en posición contra el lateral de su cuello.

—Ahí es donde todos os equivocabais. Nunca fuisteis siete contra uno. Y os recomiendo fervientemente que pongáis pies en polvorosa y regreséis a casa, porque el próximo que empuñe su arma, el próximo que dé un solo paso al frente, recibirá una flecha en el ojo. Y os aseguro que mi amigo es todavía menos compasivo.

Al percibir un movimiento a su izquierda, Sherezade giró sobre sus talones con el arco bien aferrado. De nuevo, el tendón cedió junto a su oreja.

—No me pongáis a prueba. No significáis nada para mí.

Las rodillas le temblaban, pero su voz era fría como el hielo.

—No merece la pena —murmuró uno de los jugadores, que enfundó su arma y se marchó del callejón.

Otros no tardaron en imitarle, hasta que sólo quedaron el alborotador inicial y sus tres secuaces.

—Creo que ya habéis tenido bastante, señor. —Los dedos de Sherezade seguían ciñendo el arco y las flechas.

El joven se agarró la muñeca herida mientras sus amigos abandonaban el lugar. Tenía la cara contorsionada por la furia y la angustia propias de un hombre al que han vencido en todos los aspectos. Lágrimas de dolor le



corrían por las mejillas y un rastro carmesí le manchaba el antebrazo.

Apretando los dientes por la quemazón, masculló:

—Prestad cuidado, gruñón, antes de que vos también salgáis mal parado.

—Y, dicho esto, se marchó con la cara desencajada.

Sherezade no bajó el arco hasta que el callejón estuvo despejado por completo.

Cuando se dio la vuelta, Jalid estaba allí, con el *shamshir* a un lado.

Su rostro estaba desprovisto de emoción.

—Aquel día en el patio —empezó— no erraste el objetivo.

Ella dio un profundo suspiro.

—No.

Él asintió.

Y envainó el sable.

«Hazlo ahora. Está desarmado, es perfecto. Mejor incluso que tu plan original de emborracharlo de vino y envenenarlo».

—Shezi.

«Hazlo. Hazle justicia a Shiva, a todas esas chicas que murieron por nada, sin motivo ni explicación».

—¿Sí?

«Suelta la flecha».

Él dio un paso hacia ella. Su mirada le recorría el cuerpo, abrasándola allí donde se posaba.

«Acaba con esto. Acaba con esto y vuelve con *baba*. Con Irsa.

Con Tariq».

Sherezade ciñó con más fuerza el arma, que seguía cargada a junto a ella. Inhaló, preparándose para disparar..., y el raído tendón cedió por uno de los extremos.

«Valiente cobarde estoy hecha».

—Eres... increíble. Cada día creo que voy a sorprenderme por lo increíble que eres, pero en realidad no me extraña, porque eso es lo que significa ser tú. Significa no conocer límites. No conocer límites en nada de lo que haces.

Con cada palabra iba derribando muros, barreras. La voluntad de Sherezade luchaba por impedirlo, gritando en silencio, mientras su corazón recibía de buen grado aquella intrusión igual que el ruiseñor recibe con su canto al alba.

Igual que el moribundo encuentra la gracia divina en una plegaria atendida.

Cerró los ojos y apretó el inservible arco.

«Shiva».

Cuando los abrió, él estaba justo delante.

—No me gustó que me llamaras *tu amigo* —dijo con un brillo en sus ojos ambarinos. Levantó las palmas y se las colocó a ambos lados de la cara, alzándole la barbilla.

—¿Prefieres «mi rey» o «sayidi»? —resolló, molesta.

Él se inclinó hacia delante y su frente casi acarició la suya.

—Prefiero Jalid.

Sherezade tragó saliva.

—¿Qué me estás haciendo, pequeña calamidad? —susurró él.

—Si soy una calamidad, deberías guardar las distancias, a menos que quieras que te destruya. —Sin soltar el arma, le dio un empujón en el pecho.

—No. —Las manos de él bajaron a su cintura—. Destruyeme.

El arco y la flecha cayeron al suelo cuando posó su boca sobre la suya.

Y ya no hubo vuelta atrás.

Se inundó de sándalo y de sol. Perdió la noción del tiempo. Sus labios dejaron de ser suyos. El sabor de él en su lengua era como el de la miel derretida. Como el del agua fría deslizándose por su sedienta garganta. Como

la promesa de todas sus mañanas en un único suspiro. Cuando ella le hundió los dedos en el pelo para apretarse contra su cuerpo, él se detuvo para coger aliento y ella supo, los dos supieron, que estaban perdidos. Perdidos para siempre.

En aquel beso.

Aquel beso que lo cambiaría todo.



## JURAMENTOS DESCABELLADOS

Quería librarse de su mano, pero no lo hizo.

Su tacto le quemaba la piel.

La vergüenza. La traición.

El deseo.

«¿Cómo he podido desaprovechar una oportunidad tan perfecta? ¿Por qué he dudado?».

Sabía que no tenía la culpa de que el arco fuese inservible. Sin embargo, era incapaz de acallar las recriminaciones que se hacía a sí misma.

En cuanto pusieron un pie en el patio del palacio, intentó soltarse.

Jalid se limitó a agarrarla más fuerte.

Un contingente de guardias estaba listo, preparado para recibir al califa a su llegada. El *shahrban* de Rey reparó en sus dedos entrelazados y desvió la mirada hacia Sherezade con dolorosa acusación.

Ella no le devolvió más que un gesto desafiante.

—*Sayidi*. —Le hizo a Jalid una remilgada reverencia.

—General Al Juri. Es tarde, no esperaba veros hasta por la mañana.

El *shahrban* frunció el ceño.

—El paradero de mi rey era incierto. No podía quedarme sin hacer nada, a la espera del alba.

A Sherezade casi se le escapa una carcajada.

—Se agradece vuestra vigilancia —contestó Jalid.

Él gruñó como respuesta mientras su mirada volvía a posarse en Sherezade.

—Seguro que ha sido una noche agotadora, *sayidi*. Estaría encantado de escoltar a la reina a sus aposentos.

—No es necesario, lo haré yo mismo. Luego me gustaría hablar con vos en la antecámara.

El *shahrbán* asintió.

—Esperaré vuestra llegada, *sayidi*.

Jalid continuó caminando por los oscuros pasillos con Sherezade, ambos rodeados por su séquito de guardias. Allí, en los pasajes fríamente premonitorios de mármol y piedra del palacio, la joven presenció cómo las facciones del rey se retiraban a un lugar lejano. A un lugar al que a nadie le estaba permitido seguirlo.

El único indicio que tenía —la única pista de que ella continuaba formando parte de su realidad— era que su mano estaba entrelazada con la suya.

Y no le molestaba en absoluto.

«No debería importar. Él no debería importarme».

De nuevo, aflojó la mano. Y una vez más, él se limitó a apretar la suya.

El *rajput* aguardaba en la puerta de la alcoba de Sherezade. Le dedicó al califa un gesto de asentimiento con la confianza propia de un amigo cuando uno de los guardias les abrió las puertas.

En cuanto las cerraron, Jalid le soltó la mano.

Sherezade se giró hacia él, insegura.

—¿Por qué no le gusto al general Al Juri? —le preguntó sin rodeos.

Jalid niveló la mirada con la suya.

—Ve una amenaza.

—¿Por qué ve una amenaza?

—Porque no te comprende.

—¿Necesita comprenderme? Porque yo a él no lo comprendo.

El califa aspiró por la nariz.

—¿Estás lista para contestar mis preguntas?

«Muy bien. Yo también tengo preguntas».

—¿Qué preguntas?

—Contestaré las tuyas cuando tú estés dispuesta a contestar las mías.

—Jalid...

Él se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente.

—Que duermas bien, Shezi. —Su mano le rozó la cintura, como pidiéndole permiso.

Ella soltó un rápido suspiro.

«Esto es una locura. Me hace débil. Me hace olvidar.

Debería apartarlo de mí».

En cambio, deseaba curvarse contra él. Perderse en la miel y en la luz del sol y olvidarlo todo, excepto cómo era sentirse presa de una trampa tan tentadora y tendida por ella misma.

—Gracias... por la aventura —le dijo.

—De nada.

Él jugueteó con una sonrisa. Una invitación.

Pero el yugo de la traición pendía sobre ella, pesando sobre cada uno de sus actos. Avergonzándola por imaginarse un momento en sus brazos e insistiendo en que no sucumbiera de nuevo a los deseos de un corazón caprichoso.

«¿Cómo puedo desearlo después de que matase a Shiva? ¿Después de que matase a tantas chicas sin explicación alguna?

Pero ¿qué me pasa?».

Cuando alzó la vista hasta él con obvia deliberación, Jalid dejó pasar la oportunidad tan rápido como la había ofrecido.

—Buenas noches, Sherezade.

Ella exhaló con el peor de los alivios.

—Buenas noches, Jalid. —Se quedó observando las puertas cuando estas se cerraron tras él.

«Si se me presenta otra oportunidad, ¿la aprovecharé? ¿Podré hacer lo que es necesario? —Cerró los puños a los costados—. Tal vez no sea capaz de matarlo, pero debo hacer lo que es necesario.

Me enteraré de por qué mató a todas sus prometidas.

Y lo castigaré por ello».

Él se quedó justo al otro lado de las puertas.

Indeciso.

Últimamente esa era una actitud familiar.

Y la despreciaba.

Jalid ignoró la sonrisa cómplice del *rajput* cuando empezó a recorrer el camino hasta su alcoba. Como de costumbre, el sentido del humor del escolta era inoportuno y grosero.

Cada paso que daba resonaba en los pasillos de sombras y piedra. El duro granito y el ágata con vetas azules de su palacio sólo habían proporcionado refugio a los gritos de los fantasmas.

Habían sido una guarida para las pesadillas...

Hasta la llegada de Sherezade.

Una auténtica calamidad de chica. Y, aun así, una reina con todas las letras.

Su reina.

Dejó a los soldados fuera de la antecámara que conducía a sus aposentos privados.

El general Al Juri lo estaba esperando, sentado ante una mesa de ébano en la que dos lámparas de bronce proyectaban halos de oro y una tetera de plata relucía encima de una pequeña llama.

El *shahrban* se levantó cuando entró en la habitación.

—*Sayidi*.

—Sentaos, por favor. —Jalid tomó posiciones en los cojines, justo enfrente—. Me disculpo por la hora, pero tengo un asunto importante que discutir con vos, así que dejaré a un lado las formalidades.

—Por supuesto, *sayidi*.

—La orden vigente en relación con la reina... ¿No fui lo bastante claro antes de marcharme la semana pasada?

Los rasgos preocupados del *shahrban* se acentuaron aún más.

—*Sayidi*...

—No se producirán más atentados contra su vida.

—Pero, *sayidi*...

—No. No más turbias estratagemas. No más azúcar envenenado. A partir de ahora, consideraré cualquier tentativa por subvertir esta orden como un atentado directo contra mi propia vida. ¿Lo entendéis, general?

—¡*Sayidi*!

—Os he hecho una pregunta, general Al Juri.

—Y yo no puedo contestarla —repuso este, indignado.

—¡Tío Aref! —Aquel arrebató impropio de Jalid pendió en el aire, colmándolo con la tensión de muchas cosas inexpresadas.

—Será vuestra perdición.

—Es mi decisión.

—Entonces, ¿vais a minar todo lo que se ha hecho hasta ahora? No importa lo inadmisibles que hayan sido nuestras acciones, ya estamos llegando al final. Por favor, os lo imploro: reconsideradlo. Sólo es una chica. ¿Qué es para vos? No podemos confiar en ella, Jalid-*jan*. ¿Os ha dicho por qué se ofreció voluntaria? ¿Ha confesado sus motivos? ¿Quién es esta niña? Os lo suplico, no podréis soportarlo. No permitáis que esa desvergonzada se



convierta en el principio de vuestra ruina.

Jalid le lanzó una mirada a su tío desde el otro lado de la mesa.

—He tomado mi decisión.

La cara del *shahrbán* vaciló.

—Por favor. Si vos... ¿la amáis? Decidme que no amáis a esa cría, Jalid-*jan*.

—No se trata de amor.

—Entonces, ¿de qué? No tenéis por qué intervenir en este asunto. Limitaos a quedaros al margen. Abandonad todo contacto con ella, como hicisteis aquella noche, y yo me encargaré de todo al amanecer.

—No. Lo he intentado, tío Aref. Aquella mañana... —Se encogió al recordarlo.

El *shahrbán* entrecerró los ojos.

—Sin embargo, ¿no la amáis?

—Ya estáis al corriente de mis pensamientos sobre el tema.

—Entonces, ¿qué queréis de esa muchacha insolente, Jalid-*jan*?

—Algo más.

—¿Y si las lluvias vuelven a cesar?

Jalid hizo una pausa.

—Haré lo correcto para la gente de Rey.

El *shahrbán* dio un suspiro hastiado.

—No seréis capaz de soportarlo. Incluso ahora, veo su carga en vos.

—Lo repito: es mi decisión.

—Y vuestros enemigos lo celebrarán cuando os destruya desde dentro, así como desde fuera.

Jalid se inclinó hacia delante y descansó la frente en las palmas de las manos.

—Confío en que vos encontraréis la manera de que nunca lo descubran.

—Hablaba mirando al suelo y la fe en su tío quedaba implícita.

El *shahrban* asintió antes de colocar las manos en el mármol y ponerse en pie. Cuando volvió la vista atrás, hacia la figura exhausta de su rey, sus rasgos se entristecieron una vez más.

—¿*Sayidi*? Por favor, perdonad esta última pregunta, pero debo saberlo. ¿Merece tanto la pena como para que corráis ese riesgo?

Jalid levantó la cabeza. Sus ojos reflejaban un intenso naranja a la temblorosa luz de la lámpara.

—¿La verdad? No lo sé...

Los hombros del *shahrban* se hundieron.

—Pero lo que sí sé es que no recuerdo la última vez que deseé algo con tantas ganas —concluyó en voz baja.

Fue la cuidadosa sonrisa que Jalid ofreció a su tío lo que al final le convenció: la primera sonrisa verdadera que había visto en el rostro de su sobrino desde hacía años.

—Jalid-*jan*, protegeré a vuestra reina. Tanto como pueda.

—Gracias.

—*Sayidi*. —El *shahrban* empezó a hacer una reverencia.

—¿General Al Juri?

—¿Sí?

—Por favor, haced venir al faquir cuando os marchéis.

—Sí, *sayidi*.

—Y si puedo pedir una última cosa...

—Por supuesto.

—¿Habéis hecho algún progreso para determinar el paradero de la familia de la reina?

—No, *sayidi*, aún continuamos buscando.

Jalid se pasó los dedos por el pelo negro, alborotando su lisa superficie.

—Continuad la búsqueda. No cejéis en vuestro empeño.

—Sí, *sayidi*. —Con una mano en la frente, abandonó la antecámara.

Jalid se quitó el oscuro *rida*’ de los hombros y lo dejó en su regazo. Sabía que era probable que Sherezade hubiera enviado a su familia lejos o que ellos hubiesen huido de manera voluntaria, dejando atrás un sinfín de preguntas sin respuesta. Y se dio cuenta de que la coincidencia en el tiempo era demasiado exacta para no estar relacionada con su matrimonio.

Si encontrase a su familia, tal vez pudiera obtener las respuestas que tanto deseaba.

Pero ¿querría conocer esas respuestas una vez que estuvieran a su alcance? Ya le acosaban demasiadas preocupaciones.

Podía preguntarle a ella.

Preguntarle adónde había enviado a su familia. Qué le estaba ocultando.

Por qué insistía en atormentarlo.

Pero la idea de que pudiera mentirle..., de que aquellos ojos, con su impredecible embate de colores, que pasaban en un instante del azul al verde sólo para pintar su mundo de oro con el brillante sonido de su sonrisa..., de que aquellos ojos tratasen de ocultar la verdad, le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Porque él sólo le había mentido una vez.

Agarró el extremo de su polvoriento manto y lo lanzó a un rincón. Sentía los párpados pesados y la vista empezaba a enturbiársele. Cuanto más miraba las cosas, más difícil le resultaba enfocarlas. El martilleo de la frente empeoraba.

Una llamada a la puerta lo sacó de sus cavilaciones.

—Pasad.

Una figura fantasmal, ataviada de blanco en su totalidad, atravesó la oscuridad hasta la luz que arrojaba la lámpara. Una larga barba le caía por el

pecho.

—*Sayidi*.

Jalid suspiró.

—¿Ha empeorado? —le preguntó el faquir cuando observó su semblante demacrado.

—Sigue igual.

—Parece peor, *sayidi*.

—Entonces, me alegro de que estéis aquí. —Los ojos de Jalid destellaron a modo de advertencia.

El faquir exhaló despacio.

—Os lo dije. No puedo mantener a raya los efectos de manera indefinida, sólo puedo asegurar que no os maten. Al final, se instalará la locura, *sayidi*. No podéis combatirla.

—Lo entiendo.

—*Sayidi*, debo imploraros. No importa lo repugnante que sea, mantened el rumbo. Esta opción... no acabará bien.

—Tomo nota de vuestro consejo. Y os lo agradezco —dijo el califa en tono serio.

El santón asintió.

Jalid inclinó la cabeza. El faquir llevó ambas manos a las sienes del califa, dejando el espacio justo para que pasara una banda de seda, y cerró los ojos. El aire de la antecámara se inmovilizó. Las llamas de las lámparas se estilizaron. Cuando los ojos del faquir volvieron a abrirse, brillaban con la luz de una luna llena. Entre sus manos, una bola caliente de un rojo anaranjado se extendió por la frente de Jalid. El círculo palpitó en amarillo y luego en blanco, subiendo en espirales todo el tiempo, antes de replegarse en las manos en forma de garra del faquir.

Una vez que la magia se hubo retraído al reino de sus orígenes, el hombre

dejó caer las manos.

Jalid levantó la cabeza. Las palpitaciones eran menos profundas, casi inexistentes, y los párpados ya no le pesaban tanto como antes.

—Gracias.

—Pronto llegará el momento en que no seré merecedor de tal palabra, *sayidi*.

—Siempre la mereceréis, no importa lo que ocurra.

La frustración del faquir se reflejó en su rostro.

—Ojalá todo Jorasán pudiera ver al rey que yo veo, *sayidi*.

—No les causaría demasiada impresión, pues yo mismo he cargado esto sobre mis hombros, ¿no es así? Y, como consecuencia, ellos han debido soportar lo inimaginable.

El santón hizo una reverencia, se llevó la punta de los dedos a la frente y se dirigió como flotando a la puerta.

Antes de salir, se giró.

—¿Durante cuánto tiempo debería pagar un hombre por sus errores, *sayidi*?

Jalid no vaciló:

—Hasta que todas las deudas sean perdonadas.



## EL HONOR DE LA TRAICIÓN

Cuando Sherezade se despertó a la mañana siguiente, el sol se colaba por las celosías abiertas que daban a la terraza. Un fresco ramo de azahar yacía en un taburete al lado de la plataforma.

Al ver las flores blancas junto a la cama, su primer pensamiento fue para Jalid. Se desperezó, intentando ignorar la punzada de culpa que le sobrevino.

—¿Os gustan? —preguntó Despina—. Supuse que lo harían.

Sherezade levantó la cabeza de la almohada.

—¿Qué?

—Tenéis una extraña obsesión con las flores, así que pedí que os trajeran unas cuantas a la alcoba.

—Oh, gracias.

Despina resopló.

—No parecéis agradecida, sino decepcionada.

Sherezade rodó, se levantó de la cama y se deslizó en su *shamla*.

«Odio que se dé cuenta de todo. Casi tanto como que siempre lleve razón».

Cuando bajó de la plataforma, Despina destapó la sopera.

Y Sherezade la oyó reprimir un grito.

—¿Qué ocurre? —Se sentó en los cojines ante la mesa baja.

—Nada —trinó la doncella.

Sherezade la miró y el corazón le dio un vuelco.

Despina tenía la frente empapada en sudor. Su impecable maquillaje de delicado marfil y sonrojado coral se había vuelto verde y cetrino. La tensión

le oscurecía cada línea de expresión y sus gráciles dedos temblaban a los lados de su vestido de lino lila perfectamente enrollado.

Tenía la misma pinta que el día en que a Sherezade le habían envenenado el té.

—¿Dónde está la criada que prueba mi comida? —La voz de Sherezade vaciló al final de la pregunta.

—Acaba de marcharse. —Fue una respuesta brusca, empujada por unos labios reticentes.

Sherezade asintió.

—Bien. Te lo preguntaré una vez más, Despina: ¿qué ocurre?

Esta meneó la cabeza y se apartó de la mesa.

—Nada. No ocurre nada, Sherezade.

La joven se levantó, haciendo tintinear el borde de la bandeja.

—¡No me obligues a hacer esto!

—¿A hacer qué?

—¿Por qué estás tan asustada?

—¡No estoy asustada!

—Ven aquí.

Despina dudó antes de regresar a la mesa. Cuando se colocó a su lado, su temblor se intensificó y apretó la boca, convirtiéndola en una única línea fucsia.

Sherezade volvió a angustiarse.

—Siéntate.

—¿Qué? —La palabra atravesó sus dientes apretados.

—¡Siéntate, Despina!

—Eh..., no.

—¿No?

—No... ¡No puedo, Sherezade! —Se escabulló de la mesa, tapándose la

boca con la mano.

—¿Cómo has podido? —susurró Sherezade.

—¿Qué? —Despina tragó con dificultad.

—¡Deja de mentirme! —La cogió por la muñeca y la acercó a rastras—.

¿Por qué?

Despina no se destapó la boca mientras contemplaba la bandeja de comida.

—¡Contéstame! —exigió Sherezade—. ¿Cómo has podido hacerlo?

La joven negó con la cabeza; el sudor le goteaba por la frente.

—¡Despina!

Entonces, entre arcadas, la doncella abrió la sopera y vomitó dentro.

Sherezade observó petrificada cómo se desmoronaba y se hacía un ovillo en el suelo, agarrando la tapa del recipiente con ambas manos.

Una vez que el sufrimiento de Despina se hubo reducido a unas meras náuseas, miró a Sherezade con los ojos llenos de lágrimas.

—Sois una malcriada, Sherezade al Jayzurán —balbució.

A esta le costó formular una respuesta coherente:

—Eh..., Despina, ¿estás...? —Se le fue la voz. Carraspeó—. ¿Estás bien?

La doncella se puso de rodillas y se enjugó la frente con el brazo. Suspiró, derrotada.

—Ahora sí que os desprecio.

—Me da igual que me desprecies o no, pero responde a mi pregunta.

Despina exhaló dolorosamente.

—Sí.

Sherezade se recostó en los cojines con incredulidad.

—¡Bendita Hera!

Despina rió con voz ronca.

—Debo decir que me conmueve que tratéis de aparentar que sois mi



amiga, teniendo en cuenta que creíais que intentaba envenenaros.

—Bueno, ¿y qué esperabas? En especial tras lo del té. Supongo que aquel día también estabas mala.

La doncella volvió a suspirar.

—¿Quién es el padre? —preguntó Sherezade.

—No voy a responder a esa pregunta.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque compartís cama con el califa de Jorasán.

—¡Ah, la telaraña de secretos se hace más gruesa cada día! —replicó Sherezade—. ¿Es que él es el padre?

—¡No!

—Entonces, ¿qué importa?

Despina volvió a sentarse sobre los talones.

—No confío en que no se lo digáis.

—¿Qué? Si no le cuento nada.

—Porque no lo necesitáis. Lo buscáis con la mirada en cuanto salís de esta habitación.

—¡Desde luego que no! —protestó Sherezade.

—¡Por Zeus, mis oídos! —Se agarró el lateral de la cabeza—. No chilléis, os lo ruego.

—No se lo diré a Jalid. Te lo juro.

—¿Jalid? —Los labios de Despina se curvaron hacia arriba—. Sé que sois perseverante, reina malcriada, pero conmigo no tenéis nada que hacer. Os decepcionará comprobar que vuestros intentos de persuasión no surten efecto en mí...

Sherezade frunció el ceño.

—Al fin y al cabo, yo no soy el Rey de Reyes.

—¡Basta! —La esposa del califa se sonrojó—. Dime quién es.

—Lo siento mucho, Sherezade, pero no pienso decíroslo. Sencillamente, no puedo.

—¿Cómo que no puedes? —La joven meditó sobre las dos últimas palabras—. Entonces, debe de ser alguien importante...

—No insistáis. —Su voz se tensó.

—A ver... —Sherezade eludió la mirada de advertencia y se tamborileó con los dedos en la barbilla—. No puede ser el *rajput* ni ninguno de los otros guardias de palacio. Alguien tan descarado como tú no se callaría una cosa así...

—Sherezade...

—Así que... —continuó— tiene que ser o el *shahrban* de Rey, lo cual es ridículo, o... —Su expresión se suavizó al comprenderlo de pronto—. Jalal.

Despina estalló en una carcajada.

—¿El capitán de la guardia? No soy tan descarada. ¿Qué os hace pen...?

—Claro que eres tan descarada. —Empujó la bandeja de comida y apoyó los codos en el borde biselado de la mesita—. Y eso explica tu extraño comportamiento cada vez que él anda cerca.

—No seáis ridícula. —Volvió a reír; su risa sonó aún más estridente y sus ojos ardieron con una luz azul.

Sherezade sonrió despacio.

—Sé que tengo razón.

Despina, enfurruñada, la miró en completo silencio.

—No te preocupes. —Sherezade apoyó la barbilla en el pulpejo de la mano—. Tu secreto está a salvo conmigo. Puedes confiar en mí.

—¿Confiar en vos? —farfulló Despina—. Antes confiaría en una alcahueta.

—Eso es... muy injusto.

—¿Ah, sí? Pues vos no confiáis en mí.

—Claro que no confío en ti. Tú misma has admitido que eres una espía y he estado a punto de morir en dos ocasiones bajo tu tutela. —La miró fijamente.

La doncella pestañeó.

—No os pongáis dramática.

—¿Dramática? ¿Necesitas que te recuerde lo del té?

—¿Seguís pensando que fui yo?

—Y si no, ¿quién? —preguntó Sherezade—. Si quieres que confíe en ti, dime quién fue el responsable.

—No fue el califa, si es eso lo que preguntáis. Se puso... hecho una furia cuando se enteró de lo que había pasado.

—Entonces, ¿el *shahrban*?

Despina no respondió, pero no pudo ocultar un pequeño gesto de afirmación.

—No me sorprende —prosiguió—. Ya lo sospechaba.

—¿Sí? A lo mejor vos deberíais ser la espía y yo, la reina.

—Tal vez, pero creo que el hecho de que estés embarazada de otro hombre complica un poco las cosas —dijo Sherezade en tono jocos—. ¿Jalal sabe lo del bebé? Si es así, debería casarse contigo o se las verá conmigo. Allá él.

—No lo sabe. Y no tengo intención de contárselo. —La muchacha se levantó y se alisó el vestido—. No creo que necesite saberlo.

—Eso es ridículo.

Despina se pasó un mechón castaño dorado por detrás de la oreja.

—Tal vez, pero, por ahora, creo que no lo es.

Sherezade observó en afligido silencio cómo su doncella empezaba a recogerlo todo como si nada hubiera ocurrido. Como si no se hubiera desatado el caos hacía apenas unos minutos.

Despina revoloteó por la sala como un canario en una jaula de oro, enérgica y deslumbrante.

Atrapada.

—Deberías descansar —le aconsejó Sherezade.

La joven se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Estás embarazada, ya no tienes que ocultármelo. Siéntate. Descansa.

Los ojos de Despina se tornaron cristalinos durante un instante antes de volver al azul.

—No necesito descansar.

—Insisto.

—De verdad, no es...

—Tómate la mañana libre. Iré a practicar el tiro con el *rajput* a los jardines. Ven a buscarme cuando te encuentres mejor. —Sherezade empezó a preparar una taza de té—. ¿Crees que un poco de té te asentará el estómago?

—Puedo hacerlo yo —susurró.

—Y yo también.

Despina se calló y contempló a la pequeña figura recién levantada con el pelo aún enmarañado.

—¿Sherezade?

—¿Sí?

—No sois como pensaba.

—¿Se supone que eso es un cumplido? —Le sonrió por encima del hombro.

—Por supuesto. Creo que eso es lo que os ha mantenido con vida.

—Entonces, lo agradezco profundamente.

—Yo también —contestó, sonriendo—. Profundamente.

Una clamorosa ovación se desató desde ambos márgenes cuando la flecha se clavó en el alero del lado contrario del patio con un ruido sordo. Los gritos de los soldados se convirtieron en un coro de risas que se elevó en el cielo nublado.

Un cielo que acarreaba el olor de la lluvia inminente.

Sherezade sonrió a Jalal.

Este se regocijó en silencio. Se pasó la mano libre por el rizado pelo castaño y se encogió de hombros ante sus hombros.

—No me digáis que eso admite discusión, capitán Al Juri —le advirtió Sherezade.

—Por supuesto que no, mi señora. —Hizo una reverencia y se llevó los dedos a la frente—. Vuestra flecha ha dado en el objetivo. Y la mía... no. Poned el precio.

Sherezade reflexionó unos instantes. Tenía que hacer una buena pregunta. Debía sacarle partido al hecho de no disimular sus habilidades con el arco y, además, tenía que formularla de la manera adecuada. Él era ducho en desviar las respuestas e irse por las ramas.

—¿Por qué se os permite que llaméis al califa por su nombre de pila?

Jalal se cambió el arco de tejo de palma a palma. Con cuidado. Calculando.

—Jalid es mi primo. Mi padre se casó con la hermana de su padre.

Sherezade no pudo esconder su reacción; aquella era la máxima información que había obtenido en toda la mañana.

Jalal sonrió con un peligroso resplandor en sus ojos trigueños.

—Elegid el siguiente objetivo, Sherezade.

Ella escudriñó el patio.

—La rama más alta del árbol de la derecha, pasada la línea del tejado.

Él arrugó las cejas, evaluando el objetivo, y luego sacó una flecha de la

aljabá y la colocó en la cuerda. Cuando tiró de ella, los bordes de su inflexible arco apenas se movieron.

Jalal era un arquero excelente. No tan bueno como Tariq, pero preciso y certero en sus movimientos. Soltó la flecha, que voló dibujando una espiral por encima de la línea del tejado y se clavó en la rama más alta, haciendo que todo el árbol se sacudiera por la fuerza de su impacto.

Los hombres lo vitorearon.

Sherezade colocó una flecha en su arco recurvo y cerró los ojos mientras la sujetaba con fuerza contra el tendón. Luego tiró de ella con una exhalación.

En cuanto abrió los ojos, soltó la cuerda. La flecha se elevó en el aire y pasó silbando más allá de las ramas...

Hasta clavarse justo debajo de su objetivo.

Sherezade puso cara de extrañeza.

Los soldados lanzaron otro grito de triunfo y Jalal hizo otra reverencia, esta vez con las manos extendidas a los lados.

—Oh, no os regocijéis —lo reprendió ella—. Es bastante indecoroso.

—Nunca me he regocijado. Ni un solo día en mi vida.

—Me cuesta creerlo.

—Sólo los hombres débiles se regocijan.

—Entonces dejad de sonreír como un tonto.

Jalal se echó a reír y levantó las manos al cielo.

—Pero va a llover, Sherezade. Y soy un tonto de la lluvia.

—Pues cobraos vuestro premio, capitán Al Juri —se quejó la joven, que se cruzó de brazos y dejó que el arco colgara a sus pies.

—No os exasperéis. He sido bastante justo con mis preguntas.

Ella puso los ojos en blanco.

—De hecho —continuó—, esta será mi primera pregunta verdaderamente injusta del día.

Ante aquellas palabras, Sherezade cambió de postura antes de que lo hiciera su cara.

Jalal dio un paso adelante, equilibrando el peso de su largo arco sobre los hombros.

—¿Dónde está vuestra familia, mi señora? —inquirió en voz baja.

«Están buscando a mi familia..., como suponía».

Ella le sonrió.

—A salvo.

—Esa no es una respuesta.

—En un lugar de arena y piedra.

—Esa no es una respuesta. Todo está hecho de arena y piedra.

—No me sacaréis una respuesta mejor, Jalal. Esas son mis respuestas. Si no os gustan, dejemos el juego.

Los ojos del capitán examinaron su cara con una extraña mezcla de vivo discernimiento y diversión juguetona. Sin embargo, en ese fugaz instante, Sherezade vio más de su padre en él de lo que había visto hasta entonces. Y lo comprendió.

Aquella no era sólo su ocupación, Jalal al Juri estaba protegiendo a su familia. Para él, la familia era lo primero.

Y ella no formaba parte de ese grupo.

—No —replicó—, pero me gustaría haceros otra pregunta para compensar la anterior. Vuestra respuesta no ha sido satisfactoria y creo que lo adecuado sería que se me permitiera haceros otra.

—¿Disculpad?

—Prometo haceros la misma concesión, llegado el caso.

—Jalal...

—¿Por qué siempre cerráis los ojos antes de apuntar?

—Porque... —Sherezade vaciló—. Eh...

«¿Qué puedes perder?».

—Aprendí a disparar en un lugar donde el sol jugaba malas pasadas. No podías fiarte de él si querías apuntar bien, de modo que tenías que practicar hasta que fueras tan buena que sólo necesitaras su luz durante un pestañeo.

Jalal ciñó las manos al arco de tejo. Una lenta sonrisa se desplegó en su cara inundada de sol.

Aquello desconcertó a Sherezade. Y le dieron ganas de provocarlo.

—Eso está mucho mejor —dijo él en voz alta—. ¿Veis como las cosas no tienen que ser tan difíciles, Sherezade?

—¿De qué habláis?

—De lo que acabo de decir. La próxima vez, limitaos a responder a la pregunta.

—Ya veremos. Elegid vuestro próximo objetivo, Jalal.

Su sonrisa se hizo todavía más amplia.

—Sí, mi señora. —Examinó el patio y señaló una delgada columna con un hacha *tabarzin* clavada en uno de los laterales—. El ganador será el arquero cuya flecha impacte más cerca de la hoja del hacha.

Sin duda, se trataba del disparo más difícil. El mango de madera del *tabarzin* se estrechaba bastante conforme se acercaba a la hoja y estaba incrustado en la columna formando un extraño ángulo que lo ocultaba de la vista. Para colmo, a la inminente tormenta se unía ahora el factor del viento, capaz de poner en jaque incluso al más diestro de los arqueros.

Como ganador de la ronda anterior, Jalal dispararía primero. Esperó a que el viento se calmara todo lo posible antes de colocar la flecha en la cuerda y dejarla volar. La flecha salió disparada hacia el *tabarzin* y se clavó en el astil.

Un tiro soberbio.

Sherezade se sacó una flecha de la aljaba, la colocó en el tendón y cargó. Cerró los ojos y dejó que la brisa le soplara en la cara mientras calculaba la



trayectoria. Sus dedos se curvaron alrededor de las plumas blancas.

Abrió los ojos y apuntó con precisión a la estrecha porción del astil pegada a la reluciente hoja del hacha.

Y, a continuación, soltó la flecha.

Esta voló contra el viento por encima de la arena... e impactó en el mango a un pelo del metal.

Los soldados gritaron en colectivo descrédito.

Jalal se empezó a reír.

—Por Dios. Tal vez debería intentar no apuntar.

Sherezade imitó su anterior reverencia, con los brazos extendidos a los lados.

El capitán se rió con más fuerza.

—Bueno, os habéis ganado la próxima pregunta, mi señora. Podéis cebaros conmigo.

«Sí, creedme que lo haré.

Ya va siendo hora de saber la verdad».

Se adelantó.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que todas las esposas de Jalid deben morir?

Lo dijo en apenas un susurro para que sólo lo oyera Jalal.

Pero parecía que lo hubiera gritado desde los tejados.

La diversión de este se desvaneció, apagada por una gravedad urgente que nunca había visto en su rostro.

—El juego ha terminado.

Sherezade arrugó los labios.

—¿Por qué siempre sois vos quien pone las reglas?

—Ha terminado, Sherezade —repitió, confiscándole el arco.

—Al menos, concededme el derecho a hacer otra pregunta.

—No.

—¡Me lo prometisteis!

—Lo siento, pero no puedo cumplir esa promesa.

—¿Perdonad?

—Lo siento. —Se dirigió al armero con paso airado y dejó el arco largo y el recurvo en sus respectivos lugares.

—¡Jalal! —Sherezade corrió tras él—. No podéis...

Él asintió con la cabeza al *rajput* y este se fue hacia ella.

Indignada, agarró una cimitarra de otro armero cercano.

—¡Jalal al Juri!

Como él seguía sin hacerle caso, blandió la espada a la luz con ambas manos. El *rajput* se acercó.

—¿Cómo os atrevéis a ignorarme, estúpido? —chilló.

Ante eso, Jalal se dio la vuelta, perdiendo un poco el equilibrio. Sherezade trazó un arco como pudo con la pesada hoja para indicarle que la tomara en serio.

Él la esquivó y buscó de manera instintiva la cimitarra de su cadera.

—¿Qué demonios hacéis, Sherezade?

—¿Creéis que podéis iros sin más tratándome de esa manera?

—Bajad la espada —le ordenó él en un tono inusualmente severo.

—No.

—No tenéis nada que hacer blandiéndola así. Bajadla.

—¡No!

Cuando volvió a lanzar otra estocada al tuntún, Jalal se vio obligado a desviarla con su propia espada. El *rajput* gruñó con fuerza y desenfundó su *talwar*, apartando a Jalal de Sherezade con la mano.

—¡Deteneos! —le espetó Sherezade—. No necesito vuestra ayuda.

El *rajput* la miró con evidente desdén.

—¿Os estáis...? ¿Se está riendo de mí? —preguntó la muchacha con incredulidad.

—Me temo que sí —replicó Jalal.

—Increíble. ¿Y qué le hace tanta gracia?

—Supongo que el hecho de veros blandir la espada con tan poca maestría y la presunción de que no necesitáis su ayuda para hacerlo.

Sherezade se encaró con el *rajput*.

—¡Pues si de verdad pretendéis ayudarme, señor, dejad de reiros de mi ineptitud y haced algo al respecto!

El *rajput* continuó mirándola con desprecio.

—No va a ayudaros, Sherezade —dijo Jalal, volviendo a adoptar sin problemas su fachada engreída—. Me atrevería a decir que ninguno de los soldados, salvo yo mismo, asumiría el riesgo de acercarse a un brazo de distancia de vos.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, porque todos los soldados de Rey saben lo que le ocurrió al último guardia que tuvo la osadía de ponerle la mano encima a la reina. Así que, si yo fuera vos, dejaría de intentar engatusar al *rajput* para que os enseñe a manejar la espada. No lo hará, aunque se lo pidáis con tanta delicadeza —se burló.

—¿Qué...? ¿Qué le ocurrió al guardia? —preguntó, extrañada.

Jalal se encogió de hombros.

—Un manojo de huesos rotos. Vuestro marido no es de los que perdonan.

«Estupendo. Otro atributo notable».

—Así que, por favor, bajad la espada y volved a palacio, mi señora —concluyó con firmeza.

—No os atreváis a despacharme, Jalal al... —Pero la reprimenda murió en sus labios antes siquiera de que hubiese empezado.

Sintió el impulso de darse la vuelta.

Porque sabía que él estaba allí. No había una explicación lógica, pero sentía su presencia tras ella, como el sutil cambio de las estaciones, como un ligero cambio en el viento. No quería decir que fuese positivo. No se llevó a engaño. Todavía no.

Pero incluso en el momento en que las ramas se despojan de sus hojas..., incluso en ese momento, hay belleza. Una gloria propia.

Y aquel cambio... Aquel cambio hizo que sus hombros se tensaran y se le revolviere el estómago.

Era real... y aterrador.

—El momento no puede ser más oportuno —murmuró Jalal, mirando a su izquierda.

Sherezade siguió sin volverse. Aferraba la cimitarra con ambas manos mientras el *rajput* se le acercaba con el *talwar*, que arrojaba un brillo silencioso y amenazador.

—¡Por Zeus, Sherezade! —gritó Despina—. ¿Esto es lo que ocurre cuando os dejo sola? ¿Os enfrascáis en un duelo de espadas con el capitán de la guardia?

Al oírla, la joven giró la cabeza a la derecha.

Despina permanecía de pie junto a Jalid con su hermosa cara colmada de preocupación.

La de este, en cambio, era tan inescrutable como siempre.

Tan fría como siempre.

A Sherezade le entraron ganas de acabar con todo allí mismo de una estocada. De agarrar al califa por los hombros y sacudirlo hasta asestar un soplo de vida a aquel semblante congelado.

Pero, en lugar de eso, continuó con la farsa, la que le ofrecía al mundo y la que se ofrecía a sí misma.

—¿Y bien? —insistió la muchacha.

Los ojos de Jalid se posaron en la doncella.

—Lo siento, *sayidi*. No pretendía dirigirme a la reina con tan poca formalidad. —Se apresuró a hacer una reverencia.

—No tienes por qué disculparte, Despina. No me he enfrascado en ningún duelo de espadas con Jalal. Sólo estábamos dando unas... clases. Al parecer, no soy muy diestra con la espada. Se ve que mi grandeza tiene limitaciones —ironizó Sherezade.

—Gracias a los dioses —masculló Despina.

—Todos tenemos limitaciones, Sherezade. —El capitán sonrió, aprovechando la ocasión para aligerar el ambiente—. No os lo toméis demasiado en serio.

Ella arrugó la nariz y dejó caer la cimitarra al suelo.

—¿Qué limitaciones? —inquirió Jalid con calma.

El sonido de su voz se deslizó por su espalda y le recordó al agua fría y a la miel derretida. Apretó los dientes.

—Para empezar, no sé manejar la espada y esa parece ser una premisa básica en un buen espadachín.

El califa se la quedó mirando.

—Recogedla —le indicó.

Ella le devolvió la mirada. Él pestañeó y su semblante se suavizó.

Sherezade levantó la cimitarra con las dos manos y, para su sorpresa, Jalid retrocedió y desenvainó su *shamshir*.

—Intentad darme —le dijo.

—¿Habláis en serio?

Él esperó en paciente silencio.

Ella blandió la espada con torpeza.

Jalid contrarrestó la estocada con facilidad y la agarró por la muñeca.

—Fatal —sentenció, atrayéndola hacia sí—. Otra vez.

—¿No podéis darme alguna indicación? —le pidió.

—Ensanchad la postura. No os lancéis con todo el cuerpo, sólo con la parte superior.

Se agachó un poco y frunció el ceño, irritada. De nuevo, curvó el arma sobre él y este bloqueó el golpe, la agarró de la cintura y le colocó la hoja plana del *shamshir* en la garganta.

Entonces le susurró al oído:

—Puedes hacerlo mejor, Shezi. Mi reina no tiene limitaciones. No conoce límites en nada de lo que hace. Demuéstraselo.

El pulso se le aceleró al sentir su calor. Sus palabras y actos. Su cercanía.

Se separó de él y levantó la cimitarra.

—Movimientos más pequeños. Más rápidos. Más ligeros —le explicó—. Que no adivine vuestras intenciones.

Sherezade cargó con la espada. Jalid esquivó el golpe.

El *rajput* gruñó y cruzó sus enormes brazos.

Tras unas cuantas estocadas más, Sherezade se quedó atónita cuando el *rajput* se adelantó y le dio una patadita en el pie que tenía más retrasado para alineárselo. Luego alzó su barbuda barbilla con ímpetu.

«¿Quiere... que mantenga la cabeza erguida?».

Jalid permaneció a la espera, observando.

—¿Así? —preguntó la muchacha.

El *rajput* se aclaró la garganta y retrocedió.

Cuando Sherezade volvió a mirarle, los ojos de Jalid ardían con una emoción que reconoció en el acto.

Orgullo.

Y el momento le pareció tan terriblemente real que el mero pensamiento de algo que lo destruyera le exprimió todo el aire del cuerpo...

Como un cordón de seda alrededor del cuello.



## OSCURA HERIDA

Sherezade cogió el vial de agua de rosas perfumada y le quitó el tapón. El perfume era dulce y mareante, como un ramo de flores caduco al lado de una tina de azúcar que se derritiera despacio. Embriagador y misterioso.

Tal vez demasiado.

No olía como ella.

Suspiró y dejó el vial a un lado.

Tras su improvisada lección de esgrima, ella y Despina habían regresado a su alcoba para cenar. Luego la doncella se había retirado a su pequeño cuarto anexo, olvidándose por descuido unos cuantos cosméticos cerca del espejo del rincón. Sherezade había pasado varias veces junto a aquel despliegue en el transcurso de las últimas horas.

Cavilando.

Situado junto al vial había un tarrito diminuto de marfil pulido. Desenroscó el tapón y descubrió una mezcla de carmín y cera de abeja. Introdujo el dedo índice en la brillante pasta y se embadurnó el labio inferior. Experimentó una sensación pegajosa y extraña en la piel cuando intentó imitar el seductor mohín que admiraba en su doncella. Se quedó mirando su reflejo.

«Estoy ridícula. —Se restregó la viscosa película con la palma de la mano y esta se le tiñó de rosa—. ¿Qué estoy haciendo?».

Se dirigió hacia la plataforma elevada de su cama.

Nada de aquello estaba bien.

No estaba allí para pasar el tiempo preocupándose por su aspecto, estaba



por encima de semejante chiquillería. Había ido al palacio con un único propósito: descubrir la debilidad de su enemigo y destruirlo con ella.

¿Cómo podía perder la perspectiva de todo con un solo beso? ¿Con un solo momento en un callejón oscuro del zoco?

Un momento que reproducía en su mente con asombrosa frecuencia.

Inspiró y se ajustó los lazos plateados de su *shamla*. No podía —no quería— desviarse de su objetivo.

¿Cómo había llegado a pasar?

«Porque no es el monstruo que creía que era».

Había mucho más bajo la superficie y tenía que averiguar qué subyacía en la raíz de todo aquello.

¿Por qué el general Al Juri había intentado envenenarla?

¿Y por qué Shiva había tenido que morir?

Ya no creía en los cuentos que circulaban por las calles de Rey. Jalid ben al Rashid no era un loco descendiente de una línea de dementes asesinos, empecinado en una brutalidad sin sentido.

Era un chico con secretos.

Secretos que Sherezade debía conocer. Ya no le bastaba con permanecer a su lado y seguirle la corriente en una danza de hielo y piedra. Con verlo desvanecerse en la distancia, atrincherado en una habitación a la que a nadie le estaba permitido entrar.

Ella iba a echar abajo aquella puerta y a robarle todos sus secretos.

Se dirigió a la pila de almohadones de encima de su cama y se enroscó en el centro.

Lo menos que podía hacer era fingir que no lo estaba esperando.

Que se merecía algo mejor.

¿De verdad le importaba? Aquel pensamiento significaba ponerle cara a la idea más peligrosa de todas:

Que le importara significaba que ejercía un poder real sobre ella, que influía en su corazón.

Suspiró y su odio por su débil corazón se incrementó con cada respiración. Si había de fracasar de manera tan estrepitosa en el zoco, al menos su corazón no debería haber sido tan cómplice de su fracaso. ¿Dónde estaba el firme y acorazado recinto que había construido no tanto tiempo atrás?

Su mente regresó a la noche anterior a que los soldados fueran a por Shiva.

Habían permanecido despiertas toda la noche, sólo ellas dos, apiñadas en la oscuridad azul con una única vela. En lugar de llorar por lo que nunca sería o lamentarse a las estrellas por lo que iba a suceder, su amiga había insistido en que rieran por lo que aún tenían. Así que se habían sentado en el patio bajo una tajada de luna y habían reído por años de recuerdos compartidos.

Aquello era lo que Sherezade había hecho por Shiva.

Lo que Shiva había hecho por Sherezade.

Aquella mañana, cuando se marchó para que pudiera pasar su último día con su familia, Shiva le había sonreído y le había dicho, con un simple abrazo:

—Algún día te veré, querida mía, y volveremos a reír.

Qué fuerza.

Para semejante traición.

Agarró una almohada y enroscó los puños en la seda.

«Shiva, ¿qué hago? Ya..., ya no encuentro el odio. Ayúdame a encontrarlo. Cuando veo su cara..., cuando oigo su voz. ¿Cómo puedo hacerte esto? ¿Cómo puedo quererte tanto y...?».

Las puertas de la alcoba se abrieron con un crujido. Sherezade se incorporó, esperando ver a los sirvientes de costumbre con sus bártulos de cada noche.

Pero era Jalid quien se hallaba en el umbral.

Solo.

—¿Estabas dormida? —le preguntó.

—No.

Dio un paso y cerró a su espalda.

—¿Estás cansada?

—No. —Los dedos de Sherezade se tensaron en la seda.

Él permaneció junto a las puertas.

Se levantó de los cojines y se arregló la *shamla*, que giró a su alrededor cuando dejó atrás el fino velo a los pies de su cama.

—¿Quieres que termine el cuento de Aladino?

—No. —Jalid se le acercó dando grandes zancadas hasta situarse frente a ella.

Parecía... exhausto.

—¿No duermes? —le preguntó Sherezade—. Deberías dormir.

—Debería.

El aire entre ellos se arremolinó con la intensidad de lo inexpresado.

—Jalid...

—Hoy ha llovido.

—Sí, durante un rato.

Él asintió y sus ojos ámbar se encendieron con el fuego de un pensamiento.

Ella pestañeó.

—¿Tú también eres un tonto de la lluvia, como Jalal?

—No. Sólo soy... un tonto.

«¿Por qué? Dime por qué».

Despacio, Sherezade levantó la mano derecha hacia su cara.

Él cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, colocó sus manos a cada lado del cuello de Sherezade.

¿Cómo podía un chico con incontables secretos tras unas murallas de hielo y piedra quemarle con el simple tacto de sus manos?

Él le pasó la derecha por el pelo y por el hombro, y luego se la bajó por la espalda. El pulgar izquierdo se rezagó en su cuello, rozando el hoyuelo en su base.

«No..., no dejaré de luchar, Shiva. Descubriré la verdad y te haré justicia».

Alzó la vista hacia Jalid. A la espera.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

—Controlándome.

—¿Por qué?

—Porque no logré hacerlo en el zoco.

—¿Importa eso?

—Sí, importa —dijo en voz baja—. ¿Quieres hacerlo?

Sherezade hizo una pausa.

—Ya lo hemos hecho antes.

—No es lo mismo. No será lo mismo.

La sangre le corría desbocada por las venas, encendida por sus palabras.

Él presionó los labios bajo el lóbulo de su oreja. Su lengua se demoró durante un instante en su piel.

—¿Quieres hacerlo? —le repitió al oído.

La joven se armó de valor y luchó contra un ataque de temblorosos miembros.

—¿Por qué crees que estoy aquí plantada, so idiota?

Entonces le agarró la barbilla con las manos y le plantó la boca en la suya.

Lo que empezó como un beso juguetón pronto se convirtió en algo más,

continuando con los pensamientos lujuriosos que habían llenado el espacio unos momentos antes.

Los dedos de Sherezade se enredaron en el suave pelo de Jalid cuando los labios de este se curvaron sobre los suyos. Él la envolvió en un abrazo que le levantó los pies descalzos del mármol. El velo se desgarró de su anclaje cuando cayeron de espaldas en los cojines con total desconsideración por semejantes adornos delicados.

Las manos de Sherezade tiraron del dobladillo del *qamis* de Jalid y se lo sacaron por la cabeza. Los músculos de su torso se contorsionaron al sentir su tacto y el aire de la habitación se volvió cada vez más sofocante, cada vez más tangible. Cuando los labios del califa siguieron por su cuello y sus palmas resbalaron por su estómago hasta los lazos de su *shamla*, supo que él tenía razón.

No sería lo mismo.

Pues aquello era necesidad sin límites; aquello era un cuerpo de agua y un alma de ceniza.

Los lazos de su *shamla* estaban sueltos. Si aquello avanzaba mucho más, los pensamientos se diluirían. Debía preguntarle ya, antes de que las llamas la consumieran.

—Dime —musitó con voz entrecortada y con los dedos enganchados a sus hombros.

—Lo que quieras.

El corazón se le disparó y la culpa se aferró a él.

—¿Por qué debían morir?

Él se tensó en sus brazos durante un interminable segundo.

Entonces se despegó de ella y la miró con el rostro congelado de horror.

Reconoció el conflicto en sus ojos.

Y ella vio el terror en los suyos.

Sin mediar palabra, se levantó de la cama y se dirigió a las puertas.

Cuando sus dedos agarraron el picaporte, hizo una pausa.

—Nunca vuelvas a hacerme eso. —Su voz era baja y áspera.

Llena de un dolor inconsolable.

Dio un portazo al salir.

Su ausencia era palpable. Una parte de Sherezade casi se deleitaba en ella: el recuerdo de que aquello era resultado del enorme sufrimiento que sus manos habían causado. La otra parte anhelaba ir tras él, pues sabía que era posible conquistarlo si lo hacía.

Enterró la cara en los cojines y empezó a llorar.

Al fin había descubierto una debilidad real.

Ella.

«Y la usaré; descubriré por qué Shiva tuvo que morir.

Aunque me mate».

Los pasillos de Taleqan permanecían tan silenciosos como una tumba.

Tan oscuros como la más siniestra de las intenciones.

Jahandar subió las escaleras, con el fardo aferrado en el brazo izquierdo. La antorcha de su mano derecha vacilaba con cada paso cauteloso, arrojando sombras por las irregulares paredes de piedra.

Con el corazón desbocado, entreabrió la puerta de madera que daba a su dormitorio y se apoyó en ella hasta que esta dio una sacudida al cerrarse de golpe.

Cuando estuvo seguro de que nadie lo había oído merodear por allí, lanzó un suspiro de alivio, colocó el fardo encima de su escritorio y bloqueó la puerta.

Entonces se sacó el puñal de debajo de la capa.

Era una daga sencilla. Insignificante a primera vista. Un mango de madera

con labrados corrientes. Un poco curvada y forjada en hierro oscuro.

Bastante común, en realidad.

Cerró los ojos y agarró el puñal con fuerza.

Había llegado la hora. Tras más de dos semanas de concienzudo estudio y tediosa traducción, le había llegado el momento.

Esa noche sabría si el libro lo había elegido.

Esa noche descubriría si era merecedor de su poder.

De nuevo, se encaminó al fardo sobre su escritorio. Lo desató.

Anidada en el centro había una liebre dormida de pelaje suave y oscuro.

Su primera prueba.

Jahandar tragó saliva.

No quería que la criatura sufriera. Parecía injusto arrebatarle la vida a un ser así de indefenso de un modo tan horripilante.

Pero no podía evitarlo.

Debía hacer cuanto fuera necesario. Por sus hijas. Por él mismo.

Alzó el puñal con la mano derecha y se lo clavó en la palma de la izquierda con un único movimiento rápido. Un hilillo de sangre apareció justo después. Dejó gotear el líquido carmesí en la oscura espada.

En cuanto su sangre cubrió la hoja, el metal empezó a emitir un brillo azul candente.

Sus ojos se iluminaron.

Ahora el ciclo debía completarse.

Inhaló por la nariz, rogando en silencio que la durmiente liebre le perdonase. Entonces le pasó la hoja luminosa por la garganta.

Jahandar observó cómo la brillante sangre de la pequeña criatura se derramaba en el puñal y el metal pasó de un azul resplandeciente a un rojo abrasador.

La magia se elevó hasta el aire, llenando la alcoba de una luz fantasmal y

rubicunda.

Por fin, se llevó la daga a la mano.

El poder se derramó por la herida abierta, descarnada y espantosa. Esta se cauterizó mientras la energía continuaba fluyéndole por todo el cuerpo, calentándole hasta los mismísimos huesos. Sus ojos destellaron una vez y el oscuro puñal cayó al suelo.

Cuando la vista se le aclaró, todo a su alrededor pareció más nítido que antes. La fatiga que había sentido hacía tan sólo un momento no era más que un recuerdo lejano. Se sentía más enhiesto. Respiraba mejor.

Se sentía invencible.

Se agachó, recuperó la daga y limpió su superficie en el fardo de lino que había al lado del cuerpo sin vida de la diminuta liebre.

Se detuvo, pensativo.

Luego pasó la mano sobre el ensangrentado cadáver.

Y este desapareció en medio de un estallido de luz fría.





## UNA CRUEL VERDAD

Sherezade no durmió bien aquella noche.

Sus sueños se vieron colmados por visiones del sonriente rostro de Shiva y por el sonido de portazos en un negro vacío. Unas voces llenas de dolor y traición resonaban en sus oídos.

Cuando abrió los ojos a la luz de la mañana, se dio la vuelta y enterró la cara en un cojín, sintiendo que el amargo cansancio se alojaba entre sus hombros.

La alegre risa de Despina canturreaba a su alrededor, clara como una campana e igual de molesta.

Sherezade gruñó.

—¿Deseáis dormir más?

—No —le respondió a la almohada—. No serviría de nada.

—¿Seguro? Porque parece que habéis pasado una... noche desenfrenada.

—¿Qué? —Levantó la cabeza de la seda, confusa.

La mirada divertida de Despina estaba fija en el velo de gasa que se había desprendido de su amarre y que yacía olvidado, formando una montaña junto a la tarima.

Sherezade se sonrojó.

—Bien hecho —bromeó Despina.

—No es lo que parece.

—¿Estáis segura? Porque si el *qamis* de vuestra cama pertenece a otro hombre, sois aún más interesante de lo que ya erais.

—Ya basta, Despina —le advirtió.

Esta permaneció con los brazos en jarras, arqueando mucho sus perfectas cejas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada.

—Lo siento, pero esa respuesta no cuadra con la situación. —Se recogió los pliegues de la falda, se dirigió a la plataforma y se dejó caer en el borde de la cama—. ¿Qué ha pasado? Decidme.

Ante la fastidiosa insistencia de su doncella, Sherezade suspiró.

—De todo.

—¿Podría ser más concreta? Al fin y al cabo, los secretos son infinitamente más útiles cuando se comparten —dijo Despina en tono jocosos.

—Eso díselo a Jalid —refunfuñó—. Como su supuesta espía que eres, seguro que te escucha.

La expresión de Despina se suavizó.

—El califa de Jorasán lleva mucho tiempo sin escuchar a nadie.

—Pues después de lo de anoche, aún transcurrirá mucho más, créeme.

Despina se quitó las sandalias de un puntapié y se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

—Ay, las mujeres somos lamentables, ¿no os parece?

—¿Qué quieres decir?

—Que somos lo bastante fuertes para conquistar el mundo con las manos desnudas y luego permitimos que llegue algún chico ridículo y nos haga sentir estúpidas.

—Yo no soy ninguna estúpida.

—No, todavía no. —Despina esbozó una sonrisa—. Pero lo seréis. Cuando encontréis a alguien que os haga sonreír o llorar como nunca lo habíais hecho..., entonces sucumbiréis.

—Yo... —Se mordió el labio inferior.

—Podéis hablar con libertad, Sherezade. Lo que digáis no saldrá de estas paredes.

Continuó callada.

La doncella se le acercó.

—Cuando era niña, en Tebas, recuerdo que le pregunté a mi madre qué era el cielo y ella me contestó: «Un corazón donde habita el amor». Y luego, como es lógico, le pregunté en qué consistía el infierno. Ella me miró a los ojos y me dijo: «En un corazón carente de amor».

Escudriñaba a Sherezade mientras hablaba y esta le devolvió el escrutinio mientras jugueteaba con los lazos plateados de su *shamla*.

—Tu madre parece muy sensata.

—Lo era.

Sherezade escogió sus siguientes palabras con cuidado.

—¿Puedo preguntarte qué le pasó?

—Se enamoró del hombre equivocado. Él le prometió el mundo y la abandonó con una hija en camino.

—Lo siento mucho, Despina.

—Yo no. Murió joven, pero feliz, y un hombre de tal calaña es incapaz de hacer feliz a una mujer. Los hombres ricos no saben sacrificarse por amor porque nunca han tenido que hacerlo. —Recalcó esta última frase con dureza.

—¿Es eso? —le preguntó Sherezade con delicadeza—. ¿Temes que Jalal te haga lo mismo?

—No lo sé. Es muy leal a su familia, pero aún no lo he visto demostrar tal lealtad a las muchas jóvenes que han suspirado por él. —Las comisuras de sus ojos azules se tensaron—. Siempre he creído que un hombre se define por lo que hace, no por lo que dicen de él, pero Jalal al Juri hace muy poco por refutar lo que dicen de él.

—Parece que le viene de familia.

—Así es.

—Yo no... —Sherezade se contuvo antes de lanzarle una mirada suplicante—. Despina, ¿tú lo sabes? Si lo sabes, por favor, dímelo. ¿Por qué Jalid mata a todas sus esposas?

La doncella bajó la vista a la maraña de seda que yacía junto a la cama.

—No lo sé.

—Entonces, ¿qué sabes? Por favor, dímelo.

—Llevo seis años viviendo en palacio y Jalid ben al Rashid siempre me ha parecido distante, aunque honorable de un modo extraño. Hasta los acontecimientos de los últimos meses, nunca me había dado motivos para cuestionar su carácter.

—Pero ¿cómo puedes continuar sirviendo a un rey que mata a muchachas?

—Llegué a este reino como esclava; no puedo permitirme el lujo de elegir a quién sirvo —replicó con sequedad—. Puede que el califa de Jorasán sea un monstruo, pero para mí siempre ha sido un rey preocupado con buenas intenciones.

—¿Buenas intenciones? —escupió Sherezade—. Eso díselo a las familias de las jóvenes a las que ha asesinado. A sus seres queridos.

Despina se encogió; Sherezade desvió la mirada y se levantó a toda prisa para esconder su dolor.

—Sherezade...

—Déjame sola.

La doncella la agarró por la muñeca.

—Si sentís algo por él...

—No lo hago.

—Dejad de mentir, chiquilla malcriada.

Sherezade se zafó, fulminándola con la mirada, y se giró para marcharse,

convertida en una espiral de lustrosos brocados.

—Sentís algo por él —insistió Despina—. Y ya que os gustan tanto los secretos, os revelaré uno.

Sherezade se detuvo en seco.

—Estáis a salvo, Sherezade al Jayzurán. No os ocurrirá nada, pues sé de buena tinta que cualquier intento de atentar contra vos será considerado un atentado directo contra la vida de nuestro rey.

A Sherezade se le contrajo el estómago.

—¿Lo entendéis, reina malcriada? —continuó.

Sherezade la miró por encima del hombro en inquebrantable silencio.

Despina suspiró.

—Bajo pena de muerte... Le importáis tanto como su propia vida.



# LILAS Y UNA VIOLENTA TORMENTA DE ARENA

Jalal deslizó el informe por la mesa y tamborileó con los dedos en el borde de la madera manchada.

—¿Necesitáis ir a algún sitio, capitán Al Juri? —Jalid no levantó la vista de su trabajo.

—No. No de momento.

Jalal continuó golpeteando con la mano derecha en la madera de caoba tallada, con la vista clavada en su rostro.

—Parece...

—Me gustaría que confiaras en mí, Jalid.

La mirada de este revoloteó hasta la del capitán, revelando menos que nada.

—¿Y qué ha despertado este repentino deseo de intimidad?

—Ayer llovió. Debes de tener la mente abarrotada de pensamientos.

Jalid estudió a su primo con deliberada compostura.

—Por lo general, mi mente siempre está abarrotada de pensamientos.

—¿Y qué pasa con la lluvia?

Soltó el pergamino que tenía en la mano.

—La lluvia es un mero elemento de una tormenta: normalmente, un indicio de cosas que están por venir.

—Como siempre, eres la viva imagen de la desolación.

—Como siempre, tú eres la viva imagen de la nada.

Jalal esbozó una lenta sonrisa.

—En cuanto a Sherezade...

—No voy a hablar de ella contigo. —Los ojos de tigre se encendieron un instante en un semblante por lo demás frío.

—Anoche debió de ponerte bastante nervioso. Bien hecho, mi señora.

—Ya basta, Jalal.

—No te irrites tanto, primo, ayer llovió. Ya no necesitas sentirte culpable, para colmo de males. Las gentes de Rey no sufren de forma innecesaria por tu culpa. O por la de Sherezade, ya que estamos.

—¡Basta!

Al instante, toda la petulancia de Jalal se esfumó sin dejar rastro. Unas líneas de consternación afloraron en su frente.

—¿Ves? Ojalá confiases en mí. Se te ve preocupado, tal vez incluso asustado. No vivas con miedo, *Jalid-jan*, pues eso no es vida.

—No tengo miedo. Estoy cansado y tú eres un insolente. Hay mucha diferencia. —Se giró hacia la pila de pergaminos que tenía delante—. Parece ser que las revueltas en la plaza de la ciudad han cesado por completo, ¿no es así?

—Por supuesto que han cesado, ya no estamos ejecutando a sus hijas sin explicación alguna —murmuró el capitán sin pensar.

Como el califa no fue capaz de responder, Jalal levantó la vista y vio que su primo le lanzaba una feroz mirada mientras mantenía la mano izquierda cerrada en un puño de nudillos blancos.

—¿Es que siempre debes comportarte como un bastardo sin remordimientos? —le reprochó con un susurro sepulcral.

—Sé justo, sólo me comporto así cuando persigo un propósito. Sé disculparme cuando la situación lo requiere.

—Dudo que entiendas ese concepto.

—No eres el único que sufre con esto. Cierto es que te llevas la peor parte, pero no estás solo y asumes más de lo necesario. Déjame ayudar. Aceptaría gustoso parte de tu carga, eso es lo que trataba de decirte.

Jalid echó a un lado los pergaminos y se dirigió a la ventana que quedaba a su derecha. Un arco de mármol enmarcaba el cielo de mediodía. En el jardín de abajo, las lilas estaban en plena floración; su perfume fresco y limpio se mezclaba con la brisa y entraba en la alcoba, que agitaba las páginas esparcidas por su escritorio.

Burlándose de él.

El califa cerró los ojos. La visión de unos tirabuzones negros y lustrosos sobre seda tornasolada y unos ojos avellana entornados le vino a la cabeza en forma de destello. Echó el pestillo a los postigos, pero el aroma de las lilas persistió, muy a su pesar.

Jalal tomó nota de la irritación de Jalid.

—¿Ahora tienes aversión a la luz del sol y a las flores?

—Sólo a una flor en particular.

—¿Y qué te ha hecho esa flor?

Permaneció en el más absoluto silencio y los ojos de Jalal se agrandaron al comprenderlo.

—Ordena a los jardineros que la quiten —sugirió tras un momento, recostándose en los cojines.

—No.

Sonriendo para sus adentros, el capitán entrelazó los dedos sobre el estómago y contempló el techo de la alcoba llena de mosaicos.

—¿Jalid?

—¿Aún sigues ahí?

—Estoy esperando a que confíes en mí.

El califa giró la cabeza hacia su primo y exhaló un suspiro de frustración.



—Puedo esperar todo el día. Como tan alegremente has notado, las revueltas en la ciudad han cesado... por el momento. —El capitán cruzó los pies a la altura de los tobillos.

—Muy bien. Voy a salir. —Se dirigió a las puertas y las abrió de un empujón.

Jalal lo siguió pegado a sus talones, como una sombra con dudosas intenciones. Cuando empezó a silbar hacia el techo abovedado de ágata con vetas azules, los músculos de la mandíbula de Jalid se tensaron.

—Somos de la misma sangre, *sayidi*; soy tan terco como tú. Te vendría bien confiar en mí porque, tarde o temprano, te sentirás obligado a librarte de mi persistente molestia.

Tras dar unos cuantos pasos más por los pulidos pasillos, lo miró.

—Salim... desea visitar Rey en su camino de regreso a Amarda dentro de dos semanas.

Jalal se quedó petrificado.

—¿Ese... *jahkesh*? —blasfemó—. ¿Por qué?

—Debería resultar obvio.

—Para ti. ¿Te importaría desarrollarlo?

—Sherezade.

Jalal se detuvo y soltó una carcajada con palpable desprecio.

—Por supuesto. El *jahkesh* de Partia quiere conocer a la nueva esposa del califa de Jorasán.

—Y sin duda traerá a Yasmina.

—*Marg-bahr* Salim Alí al Sharif. —Jalal se pasó el dedo índice de un lado al otro de la garganta como una advertencia a su inminente invitado—. ¿Qué vas a hacer?

—Tu padre cree que debería mandar fuera a Sherezade mientras Salim esté aquí.

Su primo resopló.

—¿No estás de acuerdo? —le preguntó el califa.

—No, en absoluto.

Jalid dejó de andar.

—¿Por qué?

Jalal se giró para quedar frente a él.

—Porque, si el *jahkesh* quiere ver el futuro de Jorasán, no se me ocurre nada mejor que contemplarte a ti con Sherezade al Jayzurán. La fuerza que te instila. La completa idoneidad de todo ello.

Jalid examinó la encendida expresión del capitán.

—Pareces convencido.

—Lo estoy. Como deberías estarlo tú, *sayidi*. Confía en mí. Y confía en esto.

—¿En la idoneidad de todo ello? —Una mirada de diversión acre se instaló en su rostro.

—Sí. En ella y en ti.

—Dos personas muy poco fiables, Jalal.

—No estoy de acuerdo. Sherezade es una muchacha fiable. Es descarada e impredecible, sí, pero resuelta en sus convicciones. Es cierto que tú eres difícil y muy sombrío, pero siempre lo has sido de manera fiable. —Sonrió.

—Entonces, ¿quieres que eche a Shezi a los lobos?

—¿A Shezi? —Su sonrisa se agrandó—. Francamente, pena me dan los lobos.

—Por una vez, compórtate con seriedad.

—Eso hago. De hecho, llevaría la empresa un paso más allá. Invita a todos tus aliados a Rey, a cada uno de los emires. Déjales ver que no eres como tu padre, que no son ciertos los rumores que te han estado acosando últimamente, que eres un rey digno de su lealtad... con una reina rebotante

de fuego y esperanza.

Jalid elevó un poco las comisuras de la boca.

—Dios mío, ¿estás sonriendo, Jalid-*jan*? —se burló Jalal con voz incrédula.

—Tal vez.

Los dos jóvenes continuaron atravesando los vestíbulos hasta que entraron en el corredor principal, donde se les unió la guardia habitual de Jalid. Cuando pasaron a la galería descubierta, el califa se detuvo en seco y su semblante se ensombreció ante la perspectiva que tenía delante.

Sherezade estaba cruzando en dirección a las puertas dobles que daban a los jardines, con Despina al lado y el *rajput* a la zaga.

Cuando vio a Jalid, se detuvo, giró sobre sus talones y fue hacia él.

Lo cautivó como siempre: con belleza natural y gracia sin pretensiones. Su pelo, que ondeaba tras ella, formaba resplandecientes ondas de ébano y su afilada barbilla apuntaba orgullosa a lo alto en medio de los rayos de sol que la bañaban desde arriba. El ligero dorado de su manto ocultaba el fuerte color esmeralda de la seda de debajo. Tejida en la miríada de colores de sus ojos, Jalid vio la misma mezcla de reticencia y desafío de siempre.

Pero ahora había algo más, una nueva emoción que no alcanzaba a identificar.

Sherezade arrugó la nariz hacia la presencia acechante del *rajput*, y el poder de ese simple gesto atrajo a Jalid a su lado, como vino dulce y el sonido de una risa luminosa.

Cuando se le acercó aún más, el recuerdo de la noche anterior lo inundó.

La sensación de tenerla en sus brazos. La fragancia a lilas de su pelo.

La futilidad de todo lo demás, salvo de sus labios en los de ella.

De su voluntad... que se quebraba.

«Dime algo.

Lo que sea».

Sherezade abrió la boca para hablar, con una expresión incierta que estropeaba sus preciosos rasgos...

Pero Jalid pasó por su lado como una exhalación, sin mirarla siquiera.

Jalal lo siguió sin mediar palabra. Una vez que se aseguró de que no los oían, agarró a su primo del hombro.

—¿Qué estás haciendo?

Jalid le apartó la mano.

—¡Jalid!

El califa continuó recorriendo el pasillo con gesto huraño.

—¿Estás loco? —insistió Jalal—. ¿No has visto su cara? ¡La has herido!

Jalid se revolvió y le cogió la pechera del *qamis*.

—Ya te lo he dicho, capitán Al Juri: no hablaré de Sherezade contigo.

—¡Al infierno con eso, *sayidi*! Si sigues por ese camino, no habrá mucho de qué hablar. ¿Aún no has aprendido la lección, primo? —Jalal se inclinó hacia él; sus ojos marrones albergaban una fría furia—. ¿Ava no fue suficiente? —susurró en tono cruel.

Al oír aquello, Jalid lo empujó y le dio un puñetazo en la mandíbula. Sus escoltas acudieron a su lado en desbandada mientras Jalal resbalaba por el suelo de mármol y se limpiaba el labio inferior ensangrentado antes de mirar con desprecio a su rey.

—Fuera de mi vista, Jalal —espetó furioso Jalid.

—Un anciano marchito en tantos sentidos y un crío en tantos otros.

—No sabes nada de mí.

—Sé muy poco y, con todo, sé más que tú, Jalid-*jan*. Sé que el amor es frágil. Y amar a alguien como tú resulta casi imposible. Es como sujetar algo hecho añicos en medio de una violenta tormenta de arena. Si quieres que te ame, protégela de esa tormenta... —Se puso en pie y se enderezó la insignia

de la Guardia Real que llevaba en el hombro—. Y asegúrate de que esa tormenta no seas tú.



## MEHRDAD BARBA AZUL

Aquella noche, Sherezade se paseaba delante de su cama, trazando un sendero en la fría y blanca piedra bajo sus pies. Cada paso era una guerra entre la ira y el resentimiento, entre el dolor y la petulancia.

Entre el daño no mitigado de que la hubieran ignorado y la pura furia de que le importase tanto.

«¿Cómo se atreve a hacerme esto?».

Sus zancadas se alargaron mientras se retorció el pelo sobre uno de los hombros. Ni siquiera se había molestado en cambiarse de ropa. Su manto estaba tirado en el suelo formando una montaña adamascada. Los pantalones *sirwal* esmeralda y la parte superior a juego no eran tan cómodos como su ropa de dormir y su *shamla*, pero ahora no podía prestar atención a esas cosas. Se arrancó la tira de brillantes gemas verdes de la frente y la lanzó al otro lado de la estacia. Se le soltaron algunos mechones y maldijo su propia estupidez antes de dejarse caer en el mármol hecha un iracundo ovillo.

«¿Por qué me ha tratado así? No tenía por qué herirme.

Yo... no pretendía hacerle daño».

Durante todo el día, le había ocultado aquellos sentimientos a Despina. Le había ocultado aquellas preocupaciones al mundo. Pero ahora, en medio de los grises solitarios de su estancia, no podía ocultárselos a sí misma. Al margen de que le consternaba la frialdad con la que la había despreciado delante de todo el mundo, la inquietante verdad era que lo había hecho porque se sentía traicionado. Porque se había sentido herido por sus actos de la noche anterior.

Y no sabía cómo arreglarlo y congraciarse con él.

Lo había intentado aquel día. Había intentado disculparse. Había intentado decirle que no pretendió aprovecharse de la situación. *A posteriori*, las cosas parecían aún peores.

Él debió de pensar que ella controlaba la situación.

Se echó a reír con amargura mientras apoyaba la frente en la seda verde de su rodilla.

«¿Control?».

El mero pensamiento era ridículo. ¿Es que no tenía ni idea de nada? Y encima la castigaba por ello, como un niño enfadado al que le quitasen su juguete.

«¿Cómo se atreve?».

Delante de Despina. Delante de Jalal. La había avergonzado.

La había ninguneado.

La había tratado como si mereciera un cordón de seda al amanecer.

Se le hizo un nudo en la garganta al recordarlo.

«Shiva».

—¡Cómo te atreves! —gritó en mitad de la oscuridad.

Para jugar a aquel juego hacían falta dos. Ella también podía enfurecerse con él como una cría a la que privan de dulces. Tal vez entonces no se sintiera tan triste y sola como se había sentido aquel día. Tan hecha polvo.

Tan lejos de él.

Se puso en pie y se ajustó la fina cadena de oro a la cintura. De su centro colgaba una serie de esmeraldas y diamantes a juego con la gargantilla y con las pulseras de la muñeca izquierda. Se soltó el pelo y se dirigió a la mesa baja del rincón.

Destapó la bandeja y empezó a comer arroz tres delicias y pollo al azafrán. Entre bocados de hierbas frescas con yogur frío, bebió té y picoteó pastelitos

de pistacho con miel. Todo estaba frío y se lo comió más por hábito que por placer, pero sabía que se arrepentiría si se iba a la cama hambrienta además de enfadada.

En mitad de aquella cena desgana, se abrieron las puertas de la habitación.

Hizo una pausa, pero no se giró, sino que siguió comiendo. Se sirvió otra taza de té tibio con la mano firme de una aparente indiferencia.

De nuevo notó aquella presencia a su espalda, el mismo cambio en el viento.

La misma gloria irritante.

Partió un trocito de pan de pita con destreza.

—¿Sherezade?

Lo ignoró, a pesar del repentino clamor de su corazón.

El califa se colocó al otro lado de la mesa y se sentó en los cojines con silenciosa maña.

Ella continuó sin levantar la vista de la bandeja. Estaba desmenuzando el pan y amontonando las migajas ante ella.

—Shezi.

—No.

Él se quedó quieto, a la espera de una aclaración.

—No finjas conmigo.

—No estoy fingiendo —repuso Jalid en voz baja.

Sherezade tiró el resto del pan y se enfrentó a su mirada con punzante cautela: sus ojos estaban bordeados de profundas líneas de cansancio, tenía la mandíbula apretada y su postura era rígida.

«No se le ve arrepentido por haberme hecho daño. —Algo se le clavó en el pecho como un cuchillo, detrás del corazón—. Pero se arrepentirá».

—Sherezade...



—Una vez te quejaste de que los personajes de mis historias valoraban en exceso el amor.

Jalid le devolvió su penetrante mirada sin mediar palabra.

—¿Por qué? —continuó—. ¿Por qué sientes aversión hacia ese sentimiento?

Los ojos de él revolotearon por su rostro antes de responder.

—No es aversión, es sólo una observación. La palabra se usa demasiado para mi gusto, así que se la atribuyo más a las cosas que a las personas.

—¿Perdón?

Jalid exhaló con cuidado.

—La gente se enamora y se desenamora entre la salida y la puesta de sol, como un chiquillo al que un día le gusta el color verde y al día siguiente, el azul.

Sherezade se echó a reír, y su risa fue como limón para su propia herida.

—¿Así que pretendes dejar pasar la vida sin amar a nadie? ¿Sólo... cosas?

—No, busco algo más.

—¿Más que el amor?

—Sí.

—¿Y no es arrogante creer que mereces más, Jalid ben al Rashid?

—¿Tan arrogante es desear algo que no cambie con el viento? ¿Que no se desmorone al primer signo de adversidad?

—Quieres algo que no existe, que es producto de tu imaginación.

—No. Quiero a alguien que sepa ver más allá de la superficie..., alguien que equilibre la balanza. Un igual.

—¿Y cómo sabrás que has encontrado a ese alguien esquivo? —replicó ella.

—Sospecho que será como el aire. Como saber respirar. —Al decir esas palabras, la miró con la quietud de un halcón y a Sherezade se le secó la

garganta.

—Poesía —susurró—. No realidad.

—Mi madre decía que el hombre que no sabe apreciar la poesía carece de alma.

—Me atrevería a decir que, a ese respecto, llevaba razón.

—Se refería a mi padre —replicó con frialdad—. Un hombre sin alma donde los haya. Dicen que me parezco mucho a él.

Sherezade contempló la montañita de pan ante ella.

«No sentiré lástima por ti. No mereces mi compasión».

Sofocando una creciente oleada de emociones, levantó la vista de nuevo, decidida a dar el siguiente paso.

—Yo...

—Hoy te he hecho daño. —Lo dijo con suavidad, y su voz fue como agua refrescante sobre acero chamuscado.

—No importa. —Sus mejillas se sonrojaron.

—A mí sí me importa.

Sherezade dejó escapar un bufido de burla.

—Entonces, no deberías haberlo hecho.

—Lo sé.

La joven observó los acentuados ángulos de su perfil. Incluso en aquellos momentos, su hermosa cara no dejaba traslucir ninguna señal de que su dolor le afectara.

Muchacho de hielo y piedra...

Que arrojaba su corazón contra una costa escarpada y se marchaba sin mirar atrás.

«No permitiré que gane. Por Shiva.

Por mí.

Averiguaré la verdad. Aunque para ello tenga que destruirle».

—¿Has acabado? —preguntó en un susurro.

Él hizo una pausa.

—Sí.

—Tengo una historia para ti.

—¿Una nueva?

Ella asintió.

—¿Te gustaría oírla?

Jalid inspiró poco a poco y apoyó el codo en los cojines.

Sherezade dio otro sorbito al té de cardamomo y se recostó en la montaña de seda vibrante que tenía al lado.

—Había una vez una joven llamada Tala. Era la hija de un hombre rico que lo había perdido todo a causa de varias malas decisiones en los negocios, a las que había seguido la trágica muerte de su amada esposa. Sumido en la pena, el padre de Tala encontró consuelo en la música y las artes, y a menudo se pasaba las horas con un pincel en una mano y su santur favorito en la otra.

Se apartó un rizo moreno de la cara.

—Al principio, Tala intentó entender aquella necesidad de distraerse del dolor de las pérdidas, pero cada vez era más difícil ignorar lo que todo aquello significaba para su familia. Lo que significaba para ella. Porque, aunque quería a su padre con locura y creía en su bondad con cada fibra de su ser, sabía que no podía mantenerlos, que no podía confiar en que les proporcionara un sustento a ella y a su hermano pequeño.

Jalid arrugó la frente ante su expresión sombría.

—De modo que empezó a buscar marido. Sabía que no debía esperar un buen casamiento, dadas las desafortunadas circunstancias de su familia, pero no tardó en oír de un rico comerciante que buscaba esposa. Era mayor que ella y había estado casado varias veces, pero nadie sabía con seguridad qué les había ocurrido a sus anteriores esposas, de ahí que las jóvenes recelaran

de emparejarse con él. Además, tenía una larga barba negra..., tan negra que, a la luz, adquiriría un inquietante matiz azulado. Aquello le había granjeado un mote bastante lamentable: era conocido como Mehrdad Barba Azul.

Sherezade se irguió, se quitó el collar de esmeraldas y lo dejó junto a la tetera de plata. El califa la observó en silencio.

—A pesar de sus reservas, Tala se dispuso a planear el casamiento con Mehrdad. Tenía dieciséis años y era muy bonita. Inteligente y vivaz. El comerciante se mostró encantado, aunque ella tenía poco que ofrecer además de a sí misma. Lo único que le pidió fue que cuidara de su familia, a lo que él accedió sin vacilar. Pronto se casaron. Ella dejó su hogar y se mudó con él a su impresionante residencia amurallada en la otra punta de la ciudad. Al principio, todo aparentaba ser normal, incluso perfecto. Mehrdad era un marido respetuoso y feliz y parecía muy contento con Tala. Le dio acceso a las muchas estancias de su mansión y la colmó de regalos: ropa, joyas, perfumes y obras de arte... Cosas bonitas que Tala sólo había acertado a imaginar en sueños y que nunca había pensado que pudiera llegar a poseer.

Sherezade cruzó una mirada con Jalid y agarró la fina seda de sus pantalones.

—Al cabo de un tiempo, Mehrdad planeó viajar por trabajo. Le dio a Tala un manojito de llaves y le ordenó que cuidara de la casa en su ausencia. Le confió las tareas diarias y le proporcionó libre acceso a todo lo que era suyo, salvo a una cosa, una sola cosa. Seleccionó la llave más pequeña del manojito y se la enseñó. Le dijo que pertenecía a una habitación cerrada de la bodega y le prohibió tajantemente que entrara. Le hizo jurar por su vida que lo obedecería. Tala prometió que no se acercaría a la estancia y, cuando dejó claro que entendía la gravedad de la situación, él le tendió las llaves y se marchó, asegurando que regresaría al cabo de un mes.

Sherezade apuró el té frío de la taza de cristal grabado. Los posos,

mezclados con los restos de azúcar roca, estaban empalagosos. Le dio vueltas en la boca, infundiéndose el valor del cardamomo amargo y del azúcar cristalizado.

La mano le tembló por los nervios y dejó la diminuta taza.

—Durante un tiempo, Tala aprovechó la oportunidad para campar a sus anchas por aquella majestuosa casa. Los sirvientes la trataban con deferencia e invitaba a amigos y familiares a succulentas comidas preparadas con delicadeza y servidas bajo un cielo estrellado. Todas las habitaciones la tenían encandilada. En sus viajes, su marido había ido atesorando cosas bellísimas que desataban su imaginación y la hacían soñar con otros mundos. Sin embargo, a medida que pasaban los días, empezó a pensar cada vez más en aquel cuartito de la bodega. No podía quitárselo de la cabeza. Parecía que la llamara.

Jalid se echó hacia delante en su asiento y sus rasgos se tensaron.

—Un día, haciendo caso omiso a su buen juicio, se dirigió allí. Una voz la llamaba a gritos en su interior. Intentó ignorarla, pero la voz gritó de nuevo: «¡Tala!». El corazón se le aceleró. Buscó la llave, asustada, pero entonces se acordó de las instrucciones de Mehrdad y subió corriendo las escaleras. Aquella noche no pudo dormir. Al día siguiente, volvió a la bodega. De nuevo oyó una voz que le imploraba desde el otro lado de la puerta: «¡Tala! ¡Por favor!». Esta vez no dudó de que se tratara de la voz de una muchacha. No podía ignorarla. Tanteó el manojito de llaves que llevaba a la cintura y este cayó a sus pies. Cuando al fin consiguió seleccionar la llave correcta, le temblaban tanto los dedos que le costó introducirla en la cerradura.

Sherezade tragó saliva; tenía la garganta seca. Jalid la observaba minuciosamente, con todos los músculos en tensión.

«Vuestro marido no es de los que perdonan».

El pulso se le disparó, pero siguió adelante. Inquebrantable.

«No permitiré que me trates así. No volverás a arrojar mi corazón contra una costa escarpada.

Y a marcharte sin mirar atrás».

—El seguro cedió con un sonido que le provocó un sobresalto... y luego se adentró en la oscuridad. Lo primero que notó fue el olor: a hierro y metal viejo, como una espada oxidada. La bodega era cálida y húmeda. Entonces su pie resbaló con algo y le llegó una oleada a podredumbre y descomposición.

—Sherezade —le advirtió el califa en voz baja.

Pero ella lo ignoró y siguió adelante:

—Cuando los ojos de Tala se acostumbraron a la oscuridad y miró abajo, advirtió que tenía el pie bañado en sangre y que colgando a su alrededor... había cadáveres. Cadáveres de mujeres jóvenes. Las espo...

—¡Sherezade!

Los latidos de su corazón resonaron en sus oídos cuando Jalid se puso en pie con la cara convertida en una máscara de furia contenida. Se cernió sobre ella, resollando, y a continuación se giró hacia la puerta.

«¡No!».

Sherezade corrió tras él, luchando por mantenerse a la par de sus potentes zancadas. Cuando fue a coger el picaporte, se lanzó en su dirección y lo agarró por la cintura.

—¡Por favor! —gritó.

Él no respondió.

Ella le apretó la cara contra la espalda y las lágrimas empezaron a aflorar, sin permiso y avergonzándola.

—Dame la llave —jadeó—. Déjame ver detrás de la puerta. No eres Mehrdad. Demuéstramelo. —Cuando él la asió por las muñecas para zafarse, ella se abrazó más fuerte, negándose a soltarse—. Dame la llave, Jalid-*jan* — le suplicó con voz quebrada.

Sintió que el cuerpo del califa se tensaba ante aquella palabra cariñosa. Entonces, tras un interminable momento de tormentoso silencio, él exhaló y sus hombros se desplomaron.

Sherezade entrelazó los dedos en torno a su pecho.

—Anoche me hiciste daño, Sherezade —anunció con calma.

—Lo sé.

—Mucho.

Ella asintió contra el lino de su *qamis*.

—Y, sin embargo, no has dicho nada al respecto —continuó.

—Quería hacerlo. Pretendía hacerlo. Pero te portaste tan mal...

—Hay una gran diferencia entre pretender hacer algo y hacerlo de verdad.

Ella volvió a asentir.

Él suspiró y la giró para mirarla de frente.

—Tienes razón. Me he portado mal contigo.

Le posó las palmas en la cara y le enjugó las lágrimas.

—Siento haberte hecho daño —se disculpó Sherezade con ojos luminosos.

Jalid le colocó una mano en la nuca y le apoyó la barbilla en la coronilla.

—Yo también, *joonam* —susurró—. Lo siento muchísimo.



## LA SUERTE ESTÁ ECHADA

Jahandar se quedó bajo la sombra del vestíbulo de mármol en Taleqan, con los pulgares enganchados en su fajín tikka arrugado. Observó a Rahim al Din Walad desmontar de su lustroso ajal-teké y hacer un gesto con la cabeza hacia varios jornaleros que acarreaban sacos de grano a las cocinas. Los trabajadores le devolvieron sonrisas e intercambiaron comentarios amables con el joven noble antes de marcharse.

En cuanto el muchacho se giró para caminar en su dirección, salió a su encuentro en desbandada de detrás del pilar de piedra pulida.

—¡Rahim-*jan*! —Carraspeó para aclararse la garganta.

Este dio un paso atrás, sorprendido.

—Jahandar *efendi*. Qué alegría veros.

—¿De verdad? —Le brindó un torpe intento de sonrisa—. Gracias por no decir lo que estarás pensando de mí.

Rahim obligó a su boca a dibujar una media sonrisa paciente.

—Esto no debe de ser fácil para vos.

—No lo es, pero ya voy mucho mejor.

El muchacho asintió.

—Me alegro de oírlo y estoy seguro de que Irsa se alegrará también.

Jahandar volvió a aclararse la garganta y apartó la vista.

Los ojos de Rahim revelaron una repentina frialdad sentenciosa.

—Desde que llegasteis de Rey, Irsa ha pasado la mayor parte de los días en el rincón más apartado junto a la fuente, pintando o leyendo un libro. Creo que es uno que vos le regalasteis.



—Por supuesto, el libro sobre el té —comentó como ausente.

Rahim inclinó la cabeza con un gesto brusco. Cuando empezó a recorrer el vestíbulo una vez más, el hombre alzó las palmas de sus manos para detenerlo.

—¿Por qué tenéis las manos quemadas? —le preguntó alarmado, y le miró los dedos llenos de ampollas.

El anciano meneó la cabeza, desdeñando su aflicción como si de un jején molesto se tratara.

—Manipulé mal una lámpara mientras traducía un texto. No te preocupes, Rahim-*jan*, ya he preparado un ungüento en mi habitación.

Rahim arrugó el entrecejo.

—Por favor, tened cuidado, Jahandar *efendi*. Si os sucede algo mientras estáis en Taleqan, Shezi me lo recriminará. Y si Sherezade no está contenta, Tariq se pondrá furioso. Tratar con vándalos de semejante calaña queda muy abajo en mi lista de cosas que disfrutar. Como los escorpiones y las arenas movedizas.

Jahandar suspiró de manera lastimera, rasguñando el suelo con los pies.

—Debes de encontrarme muy patético como padre, ¿no es así?

—Amáis a vuestras hijas, eso es obvio. Pero no puedo hablar de lo que significa ser un buen padre.

—Siempre has sido muy bueno, Rahim-*jan*. Un amigo fabuloso para Tariq y para mi Sherezade. —Estudió al muchacho de un modo inusualmente intenso.

Los rasgos de este se tensaron y el desasosiego se instaló entre sus arrugas.

—Gracias.

Entre los dos hombres se hizo un silencio incómodo.

Y Jahandar supo que era hora de pasar a la acción, pues tenía ante sí una

nueva prueba, de esas que siempre le habían aterrorizado, incluso de niño. De modo que contuvo la parte acuciante de él que quería escurrirse a la seguridad de las sombras. Aquellos últimos vestigios que balbuceaban desde rincones elevados... le recordaban que no era un luchador.

Sólo un viejo con un libro.

Su mandíbula se endureció bajo su barba rala.

—Sé que tengo poco derecho a pedir nada a nadie, Rahim al Din Walad, pero, como padre, no tengo elección. —Rahim aguardaba mientras inspiraba de forma cautelosa—. Sé que Tariq se marchó de Taleqan por Sherezade —continuó—. No tengo forma de saber lo que ha planeado, pero no me quedaré sentado en una sombría habitación mientras otros se encargan de rescatar a mi hija. No hice lo que un padre debería haber hecho desde el principio; no se lo impedí. Pero, sea lo que sea que haya que hacer ahora, confiad en que lo haré. No puedo luchar como vosotros, no soy intrépido ni fuerte. No soy Tariq, pero soy el padre de Sherezade y haría cualquier cosa por ella. Por favor, no me dejéis de lado. Por favor, permitidme formar parte de vuestros planes. Encontradme un sitio en ellos.

Rahim le escuchó con silenciosa atención.

—Lo siento, pero no soy yo quien toma las decisiones, Jahandar *efendi*.

—Lo..., lo entiendo.

—Pero os llevaré a ver a Tariq cuando llegue el momento.

El anciano asintió y sus ojos se tiñeron de una peculiar y marcial luz.

—Gracias. Gracias, Rahim-*jan*.

Este dibujó una genuina sonrisa y le puso una mano en el hombro. Luego inclinó la cabeza y se llevó los dedos a la frente.

Jahandar permaneció en la arcada del vestíbulo, satisfecho por su éxito, por haber superado la prueba.

Se miró las palmas de las manos. Las ampollas nuevas se habían formado

sobre las cicatrices de las últimas y escocían con el más leve roce. Ardían con la promesa de un dolor venidero. Tenía la piel encallecida y costrosa por debajo de las uñas y ya no le quedaban mangas que sacrificar.

Había llegado la hora.

Atravesó el patio con la mirada hasta la entrada de las cocinas.

Una simple liebre no bastaría. Esta vez no.

Necesitaba más.

Cada vez más.



## EL HALCÓN Y EL TIGRE

Sherezade permanecía asomada a la barandilla de mármol de su balcón, contemplando los estanques de abajo. Un sol de mediodía se reflejaba en sus superficies espejadas, que se estremecían con cada racha de brisa.

Aunque aquello no le interesaba demasiado.

La llegada de los invitados era mucho más fascinante.

Todo había sido una auténtica sucesión de absurdos.

Un joven de aspecto nervioso entró en el patio con un grupo de ayudantes, cada uno preparado para quitarle una prenda concreta. Primero una mangala de cuero. Luego otra. Luego su *rida*'. Luego sus botas, que no tardaron en ser reemplazadas por un par de sandalias impolutas. Cada sirviente guardó las prendas en un orden metódico antes de que el joven se aventurara a dar un solo paso desde su corcel.

Otro hombre, del tamaño de otros tres, se bamboleaba a lomos de un elefante con colmillos ganchudos y cuya trompa gris barría las baldosas de granito arenoso del suelo. Lucía un bigote repulido cuyos extremos se crispaban al menor movimiento, y sus dedos ostentaban unos anillos inmensos con diferentes piedras preciosas que destellaban sin tregua con los rayos del sol.

Sherezade apoyó la barbilla en la mano y reprimió una risita.

Otro caballero atravesó la entrada galopando sobre una criatura que ella no había visto jamás. Parecía un caballo en tamaño y hechura, pero exhibía un pelaje extrañísimo de rayas blancas y negras. El animal estampó los cascos y bufó, moviendo el cuello a un lado y a otro. En cuanto lo vio, ahogó un grito

y llamó a Despina.

Esta meneó la cabeza cuando se situó a su lado.

—No deberíais estar aquí.

—¿Por qué no? —Sherezade hizo un gesto frívolo con la mano—. No hay ningún peligro, han entregado todas las armas a las puertas de palacio.

—Ojalá pudiera haceros comprender. No estáis aquí por capricho para contemplar un desfile divertido. Sois la reina.

—Han venido por ese horrible sultán de Partia, no por mí. —Se asomó aún más por la barandilla—. Despina, ¿has visto a ese imbécil del camello? ¿El de las campanillas de latón y el dedo en la nariz?

A la doncella se le nublaron los ojos.

Y Sherezade ignoró las arruguitas que se le formaron en la frente.

Las ignoró porque necesitaba un respiro. Necesitaba que todo pareciera liviano durante un instante para no tener que enfrentarse a la realidad de su vida en aquel palacio de mármol pulido, con aquellas gemas deslumbrantes alrededor de su garganta y aquel estanque espejado a sus pies.

En aquel matrimonio cada vez más tenso...

Con un marido que no la tocaba ni se atrevía a acercarse a ella y mucho menos a revelar sus secretos.

Apretó los dientes.

Desde aquella velada hacía dos semanas en que le había contado el cuento de Tala y Mehrdad, Jalid había acudido a cenar con ella todas las noches y a escuchar una nueva historia. La escuchaba desde la distancia, mantenían una conversación forzada y compartían breves observaciones acerca de lo que él había hecho durante el día.

Luego se marchaba y no volvía a verlo hasta la noche siguiente.

«Vuestro marido no es de los que perdonan».

Se aferró a la barandilla de piedra con ambas manos y las puntas de los

dedos se le pusieron blancas.

—En cualquier caso, ¿quiénes son estos? —Intentó sonreír a Despina.

Los labios de esta dibujaron una mueca.

—La mayoría son aliados del califa. La invitación se extendió a todos los emires de Jorasán.

A Sherezade se le agarrotó la garganta. Se apartó del antepecho y miró a su doncella.

—¿Qué? —susurró.

Despina ladeó la cabeza.

—Os lo dije, nunca me escucháis. Esta reunión no es sólo por el sultán de Partia. El califa desea presentaros como su reina y ha invitado a todos los nobles del reino a presenciar el espectáculo. Han venido a conoceros.

A Sherezade se le formó un nudo de pánico en la boca del estómago.

«Tariq no vendrá. Puede que sea un noble, pero no es un emir. Todavía no.

No se atreverá».

Las explicaciones de la doncella se disolvieron en un mudo alboroto en sus oídos.

Hasta que un chillido familiar reverberó en las alturas.

Sherezade apretó los puños y volvió a la barandilla, rezando al cielo para que...

«No».

Repiqueteando sobre las baldosas de granito a lomos de un oscuro alazán al jamsa estaba su primer amor.

Tariq Imrán al Ziyad.

—Vaya, vaya —musitó Despina.

Aunque Tariq no hubiera refrenado a su caballo en ese momento y silbado a los cielos, habría llamado la atención. A pesar del polvo y la mugre, tenía

una imponente figura. Ancho de hombros, con la piel curtida del desierto y los ojos plateados como la ceniza, era el tipo de joven que hacía girar cabezas y que nunca pasaba desapercibido. La tenue sombra de vello que le oscurecía la mandíbula sólo acentuaba unos rasgos esculpidos por la mano de un experto.

Cuando *Zoraya* bajó en picado desde las nubes para aterrizar en su mangala extendida, levantó la vista.

Y vio a Sherezade.

Su mirada fue un roce.

El corazón le empezó a martillar y el miedo amenazó con apoderarse de ella.

Pero no era nada comparado con el pánico que la atenazaba, que gritaba en silencio ante la escena que se desarrollaba ante sus ojos:

Jalid entraba en el patio a lomos de un caballo árabe negro...

A un tiro de piedra de su primer amor.

Sherezade había desaparecido del balcón.

Mejor así.

Pues, por mucho que Tariq deseara empaparse de su visión, no era momento para distracciones, ni siquiera para una tan bienvenida como ella.

Su objetivo había llegado.

Jalid ben al Rashid.

Asesino de Shiva. Marido de Sherezade.

Tariq sujetó las riendas con su mano libre.

El monstruo lo adelantó en un majestuoso caballo negro, con su oscuro *rida* ondeando al viento. Un odio visceral se desató en su pecho. Cuando el monstruo se detuvo en mitad del patio y se quitó la capucha, la ira circuló hasta sus puños.

Y se los imaginó golpeando la fría realeza del monstruo hasta que no quedara nada salvo sangre y astillas de hueso.

A la derecha del monstruo había un joven de sonrisa arrogante, pelo castaño rizado y una coraza con el estandarte de la Guardia Real labrado en el peto. A su izquierda, un hombre mayor con un grifo dorado cosido en la capa, símbolo de su estatus de *shahrban* de Rey.

Cuando el sonido del patio se disipó, el monstruo tomó la palabra:

—Bienvenidos a Rey. —Su voz sonó sorprendentemente modesta—. Confío en que vuestro viaje haya sido seguro y sin incidentes. Es un honor para mí recibirlos y os agradezco que siempre (en el pasado, presente y futuro) os esforcéis por encarnar la grandeza de Jorasán ante todo aquel que quiera apreciarla.

En los extremos del patio se oyeron unos vítores corteses.

—De nuevo os doy la bienvenida a mi casa. Abrigo la ferviente esperanza de que, al marcharos, lo hagáis estimándola tanto como yo mismo. Es la ciudad de mi infancia —el monstruo hizo una pausa— y la ciudad de mi reina.

Ante aquello, el coro de aprobación aumentó y se mezcló con un claro tono de curiosidad. El muchacho arrogante situado a su derecha esbozó una sonrisilla de satisfacción, mientras que el *shahrban* suspiró, resignado.

Tariq tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para desviar la mirada y no llamar la atención en exceso: el odio era demasiado palpable. Le manaba en oleadas asesinas.

La muerte era demasiado sencilla para aquel sujeto.

¿Se atrevía a alardear de Sherezade como si fuera un premio que había ganado?

*Zoraya* batió las alas desde su mangala, consciente de la furia de su dueño. Tariq levantó una mano para calmarla mientras observaba cómo la bestia



salía del patio, seguida por el clamor de su séquito vestido de oro.

No se dejó impresionar por aquel espectáculo.

Rahim era mucho mejor jinete. El califa de Jorasán sólo estaba por encima de la media. A pesar de su expresión arisca, severa y sombría, y de los rumores que corrían sobre su espada trucada y su impasible crueldad, no parecía digno de suscitar miedo. Más bien parecía aburrido de la vida. Aburrido y necesitado de una siesta.

Se mofó para sí; su odio se vio mezclado con una repulsión recién descubierta.

¿Un monstruo? A duras penas. Sencillamente, un niño-rey.

Que tenía los días contados.



## DOS ESPADAS CRUZADAS

Un segundo más así y Sherezade gritaría.

Allí sentada de brazos cruzados en su habitación, mientras en algún lugar del palacio un temerario muchacho con un halcón y un rey iracundo con dos espadas...

—¡Estaos quieta! —le ordenó Despina. Le agarró la barbilla con la mano izquierda y levantó una vez más el diminuto cepillo de tres cerdas hasta el párpado de Sherezade.

Esta rechinó los dientes.

—Sois una absoluta pesadilla —refunfuñó la doncella. Cuando hubo terminado, se echó hacia atrás y asintió satisfecha ante su obra.

—¿Puedo marcharme ya? —Se apartó un tirabuzón negro y lustroso de la cara de un soplido.

—Niña malcriada. ¿Tendríais al menos la cortesía de fingir una pizca de agradecimiento por todos mis esfuerzos? —La agarró de la muñeca y la arrastró hasta el espejo del rincón más alejado de la alcoba.

—Despina, voy a llegar tarde a...

—Sólo echad un vistazo, Sherezade al Jayzurán.

Cuando esta miró la plata pulida, sus ojos avellana casi doblaron su tamaño.

Nada en su aspecto parecía normal.

Su doncella había dado una vuelta de tuerca a la tradición. La había vestido con unos pantalones *sirwal* de brillante seda negra y un corpiño a juego, y había elegido evitar el típico manto de oro o plata mate. Esa noche,

el manto sin mangas de Sherezade era del mismo azul cerúleo de los ojos de Despina y conjuntaba con los resplandecientes zafiros que pendían de los lóbulos de sus orejas. En lugar de colocarle una banda de piedras preciosas en la frente, le había tejido diminutas hebras de cuentas de obsidiana por el pelo que captaban los caprichosos rayos de luz, haciendo que cada rizo destellara como una sombra encarnada.

Como toque final, le había trazado una gruesa línea de kohl negro en el párpado superior. Había alargado las líneas más allá del rabillo, dando la impresión de unos ojos de gata.

El efecto completo era... impresionante como poco.

—¿Sin... collar? —tartamudeó Sherezade.

—Sí, no os gustan. O fingís muy bien que no os gustan.

—Llevo los brazos desnudos.

—Sí.

Sherezade recorrió la brillante tela azul de su manto con los dedos. Unas pulseras de diamantes negros tintineaban en su muñeca izquierda.

—Esta es una noche para deslumbrar. Haced que os recuerden, aseguraos de que nunca os olviden. Sois la reina de Jorasán y tenéis el favor de un rey. —Despina le puso una mano en el hombro y sonrió ante su reflejo conjunto—. Y lo más importante: tenéis su corazón. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—: Y más importante aún: sois algo imponente que contemplar por derecho propio.

Sherezade sonrió, pero aquella sonrisa procedía de un lugar de inesperado abatimiento.

«Por una vez, te equivocas en varias cosas».

Levantó la mano y agarró la de la doncella.

—Gracias. Siento haber estado tan distraída antes en el balcón. No me da cuenta de..., de la importancia de la fiesta hasta ese momento. No es ninguna

excusa por haber estado tan triste toda la tarde, pero...

La risa de Despina fue un bálsamo para sus nervios.

—Estoy acostumbrada. Limitaos a comportaros con aplomo esta noche y todo quedará perdonado.

Sherezade asintió y se dirigió a la puerta de su alcoba. El *rajput* estaba esperando al otro lado del umbral para escoltarla por los abovedados corredores de mármol. Cuando la miró, sus ojos sin luna se estrecharon por un instante y creyó ver algo parecido a la cordialidad en sus profundidades. Luego la condujo por los laberínticos pasillos.

Cuando torcieron la última esquina, ella se detuvo a medio camino.

Jalid estaba plantado ante unas enormes puertas dobles enmarcadas en oro tres veces más altas que él. Las custodiaban a cada lado unas criaturas labradas en piedra con el cuerpo de un toro, las alas de un águila y la cabeza de un hombre.

Él se giró cuando oyó sus pasos y a Sherezade se le cortó la respiración antes de que pudiera evitarlo.

El lino de su *qamis* blanco crudo estaba tejido con tal delicadeza que reflejaba el débil brillo de las antorchas que flanqueaban el pasillo. El fuego que proyectaban daba vida a las hondonadas talladas de sus rasgos. La empuñadura de su espada estaba enganchada al fajín *tikka* carmesí que llevaba enrollado a la altura de las caderas. Su manto era de un marrón intenso que resaltaba el ámbar de sus ojos, haciéndolos parecer todavía más penetrantes, más fluidos. Más ilusorios.

Y aquellos ojos eran suyos. Desde el momento en que él se giró y la vio.

Sherezade ralentizó el paso al acercarse y su miedo se difuminó hasta convertirse en una extraña suerte de calma.

Esbozó una leve sonrisa.

Él le tendió la mano.

Cuando ella la agarró, reparó en una gruesa alianza de oro mate en el dedo anular de su mano derecha. Labradas en la superficie había dos espadas cruzadas. La muchacha le pasó el pulgar por encima.

—Es mi emblema —le explicó Jalid—. Son...

—Dos shamshires.

—Sí.

Alzó la vista, preocupada por la posibilidad de que él se preguntara cómo lo sabía.

Pero permanecía impávido.

—¿El general te contó que vi el torneo? —inquirió sin más.

—Por supuesto. —Una de las comisuras de su boca se crispó.

Sherezade exhaló un resoplido.

—Por supuesto.

Él entrelazó sus dedos en los de ella.

—Estás preciosa.

—Tú también vas muy apuesto.

—¿Estás lista?

—¿Lo estás tú?

En ese momento, Jalid sonrió. Acercó la mano a sus labios y se la besó.

—Gracias, Shezi. Por estar a mi lado.

Ella asintió, sin saber qué decir.

Entonces el califa echó a andar y el *rajput* abrió de un empujón una de las enormes puertas. El calor de la mano de Jalid la condujo hasta el rellano superior de una inmensa escalera doble con forma de brazos abiertos. Durante un instante, vaciló al suponer que iban a bajar cada uno por un lado, pero Jalid le apretó fuerte la mano y empezó a descender con ella. Por encima del hombro captó un fogonazo de damasco azul que le iba a la zaga, como unas olas que rodaran por un mar de mármol tallado.

Cuando se detuvieron a los pies de la escalera, se quedó sin respiración al maravillarse por segunda vez aquella noche.

El salón de la audiencia real del palacio de Rey era sin lugar a dudas la sala más grande que había visto en su vida. El suelo era inmenso y alternaba baldosas negras y blancas dispuestas en diagonal hasta donde alcanzaba la vista. Hermosos relieves que representaban toros humanos cargando en la batalla y mujeres aladas con largas trenzas flotando al viento adornaban las paredes, que se alzaban al cielo; tan alto que Sherezade tuvo que estirar el cuello para ver el final de las columnas labradas que soportaban el descomunal peso del techo. Moldeados cerca de la base de cada una de aquellas columnas había leones de dos cabezas de cuyas fauces rugientes sobresalían antorchas de hierro.

En el centro de aquel vasto espacio había un estrado elevado de tres lados con una serie de mesas bajas situadas en la superficie. Unas suntuosas telas y unos cojines ricamente adornados lo llenaban de vivos colores y lujosas texturas. Por la seda y el damasco con flecos había esparcidos unos pétalos de rosas frescas y jazmines secos, que perfumaban el aire con una fragancia embriagadora que atraía a cualquiera que pasara por su lado.

Los invitados deambulaban de acá para allá, a la espera de su llegada.

«Tariq».

El miedo regresó de inmediato.

Sentía que Jalid la observaba. Él le apretó la mano, ofreciéndole su amable seguridad con un simple gesto.

Se giró para mirarlo con una trémula sonrisa.

—Si a nuestros estimados invitados les complace... —anunció una voz resonante desde arriba. Todas las cabezas de la sala se volvieron hacia ellos—. El califa de Jorasán, Jalid ben al Rashid... y su esposa, Sherezade al Jayzurán.

Todas las miradas se desviaron hacia ella, los cuerpos se giraron y los cuellos se estiraron para obtener un ángulo mejor. Por el rabillo del ojo, Sherezade avistó un par de ojos plateados que destellaron hacia su cara, recorrieron su resplandeciente figura... y se detuvieron en su mano, que seguía entrelazada en el calor constante de Jalid.

Hasta que se desvanecieron entre la multitud.

Dejando sólo pánico.

«Por favor. Aquí no. No hagas nada. No digas nada».

Recordó brevemente la escaramuza en el zoco de hacía unas semanas. Aquellos borrachos desenvainando sus armas...

Y el califa con su manto y su *shamshir* letal.

«Si amenazas a Jalid, te matará, Tariq. Sin pensárselo dos veces».

Jalid se dirigió al estrado y tomó asiento ante la hilera de mesas del centro. Sherezade soltó su mano y se sentó a su derecha con la mente frenética.

«No puedo buscar a Tariq. No puedo hacer nada. Sólo empeorará las cosas.

¿Qué estará tramando?».

—¿Está disponible este asiento? —preguntó Jalal, y le sonrió.

Ella levantó la vista y parpadeó varias veces.

—Eso depende. ¿Es para vos?

El capitán se sentó a su lado.

—No os he dado per...

—Buenas noches, *sayidi* —dijo Jalal en voz alta.

Ella le arrugó la nariz.

—No hagáis eso, mi señora. Estropeáis vuestro rostro al hacerlo —se burló.

—Buenas noches, Jalal. Y no estoy de acuerdo —susurró Jalid.

Su primo se rió con ganas.

—Mis disculpas, entonces. Si me permitís esta indulgencia en su lugar, *sayidi*: creo que, ahora mismo, cada uno de los hombres de esta sala se está replanteando su noción de belleza.

«Despina tenía razón, es un conquistador nato».

—Basta. —Sherezade se sonrojó al contemplar el rostro arrogante del capitán.

—Vaya, *eso...* sí que no estropea nada —dijo Jalal.

—Al fin estamos de acuerdo en algo —le replicó Jalid, aunque sus ojos se demoraron en Sherezade.

Y Jalal se recostó en los cojines con una sonrisa satisfecha y las manos entrecruzadas sobre el estómago.

—Si a nuestros estimados invitados les complace... —volvió a entonar el anunciador. De nuevo, todas las cabezas se giraron hacia las escaleras de brazos abiertos—. El sultán de Partia, Salim Alí al Sharif.

Cuando Jalal se puso en pie maldiciendo por lo bajo, Sherezade colocó las palmas de las manos en el estrado para seguirlo.

Pero Jalid estiró la suya para detenerla.

Se encontró con su mirada y él negó muy ligeramente con la cabeza y estrechó los ojos. Luego le recorrió la parte inferior del brazo con el pulgar y Sherezade sintió que el nudo del estómago se le apretaba. Después la dejó estar, con las facciones tan inescrutables como siempre.

Cuando el mar de caras se abrió ante ellos, Sherezade contempló por primera vez al hombre que deseaba arrebatarse el trono al califa con acusaciones de ilegitimidad. El tío que había tratado a la madre de Jalid con tanto desprecio.

El sultán que haría cualquier cosa por la oportunidad de ganar un reino.

Salim Alí al Sharif era un hombre atractivo con una prominente mandíbula, un bonito pelo plateado y un bigote meticuloso. Era esbelto,



parecía gozar de buena salud y tenía unos ojos marrón oscuro confusamente cálidos. Su manto del color del carbón estaba bordado de un modo exquisito por el cuello y el dobladillo, y la cimitarra que llevaba a la cadera tenía una empuñadura bruñida de oro macizo con una esmeralda del tamaño del puño de un niño incrustada en su base.

El sultán se acercó al estrado con la confianza de un hombre sin preocupaciones y se acomodó en el asiento disponible que había junto a Jalid.

Tras la llegada de Salim, el resto de invitados empezó a dirigirse a las mesas. Por fin, Sherezade se atrevió a recorrer la sala con la mirada y se angustió al descubrir que Tariq estaba sentado muy cerca, a una distancia que le permitía oírlo todo. Cuando sus miradas se encontraron, la apuesta cara del muchacho se relajó con peligrosa familiaridad —inundada por el recuerdo de los abrazos robados— y Sherezade se apresuró a girar la cabeza.

«¡Basta! Por favor, no hagas eso, Tariq. Si Jalid te ve mirándome... No lo entiendes.

Se da cuenta de todo.

Y estás arriesgando la vida».

—¡Jalid-*jan*! —exclamó el sultán de Partia con una falsa nota de amabilidad en la voz, mostrando sus lobunos dientes blancos—. ¿No vais a presentarme a vuestra nueva esposa?

Mientras Salim hablaba, el *shahrban* se sentó a su lado, escudado por su habitual armadura de circunspección.

El califa desvió su penetrante mirada hacia Salim. Entonces sonrió despacio, con una falsedad tan patente que su frialdad los envolvió como un vendaval en la cumbre de una montaña.

—Por supuesto, tío Salim. Será un honor presentaros. —Jalid se movió a un lado—. Sherezade, este es mi tío político, Salim Alí al Sharif. Tío Salim, esta es mi esposa, Sherezade.

El sultán la miró con una cordialidad entusiasta que ella encontró encantadora y le sonrió con altas dosis de carisma.

—Es un placer conoceros, mi señor. —Le ofreció una sonrisa rápida. Inclino la cabeza y se llevó los dedos a la frente.

—Por lo más sagrado, *Jalid-jan*: es una auténtica maravilla. —Aunque la miraba a ella, se dirigía a Jalid, tratándola poco más que como un tapiz colgado en la pared de su sobrino. Aquello la exasperó.

La sonrisa de Sherezade permaneció firme.

—Una maravilla con ojos y oídos, mi señor.

Jalid continuaba con la vista al frente, pero el hielo que se había extendido por sus rasgos se derritió con aquella réplica.

Los ojos de Salim se abrieron como platos y algo resplandeció por un instante en aquellos charcos de forzada calidez. En aquel instante, soltó una carcajada cuyo sonido fue tan encantador como su voz. Igual de exagerado.

—Deslumbrante y elocuente. ¡Qué combinación más interesante! Veo que tardaré mucho tiempo en conoceros, mi señora Sherezade.

—Mucho tiempo —coincidió ella—. Estoy deseándolo, mi señor.

Aunque la sonrisa del sultán vaciló durante menos de un segundo, no hubo lugar a dudas: lo estaba irritando.

—Y yo también —respondió él. Cada palabra era como un arpón clavado en agua dulce.

—Si a nuestros estimados invitados les complace... —tronó desde arriba el anunciador—, ¡la cena está servida!

Dos filas de sirvientes descendieron por las escaleras dobles con bandejas humeantes sobre sus cabezas. Marcharon al unísono hasta que llegaron ante el estrado y, una vez allí, las colocaron delante de cada invitado: arroz aromatizado con eneldo fresco y habas partidas, cordero cocinado en una salsa de cúrcuma y cebollas caramelizadas, brochetas de pollo y tomates

asados, verduras frescas aderezadas con menta y perejil, olivas marinadas en aceite refinado, pan *lavash* con medallones de queso de cabra y lo que parecía un sinfín de conservas dulces...

Sherezade nunca había visto tanta comida.

El aire se colmó con el aroma de las especias y el clamor de la conversación. Empezó con un poco de pan *lavash* y *chutney* de membrillo, que se había convertido en uno de sus platos favoritos desde su llegada a palacio. Mientras comía, se arriesgó a escrutar de nuevo la sala. Tariq estaba hablando con un anciano caballero sentado a su izquierda. Cuando sintió sus ojos clavados en él, volvió la cabeza y Sherezade se vio obligada, de nuevo, a apartar la vista.

El califa se sirvió una copa de vino y se recostó en los cojines, dejando su plato intacto.

—¿No tenéis apetito, sobrino? —Salim enarcó una ceja—. Quizás haya desaparecido misteriosamente. Suele ocurrir cuando uno está... afligido.

Jalid ignoró la provocación de su tío y se decantó por darle un sorbo al vino.

—O... tal vez os preocupe que vuestra comida pretenda atacaros en respuesta a alguna ofensa inexplicable. —Se rió de su propia broma guiñándole un ojo a Sherezade.

«¡Qué hombre más odioso!».

La joven se estiró y cogió una aceituna del plato de Jalid. Mientras sostenía la mirada de Salim, se la metió en la boca y se la comió.

—Su comida me parece bien, mi señor. No estoy segura de a qué inexplicable ofensa se refiere, pero quédese tranquilo: sus alimentos están a salvo —respondió, y guiñó a su vez—. ¿Queréis que pruebe también los vuestros, tío?

En ese momento, Jalal estalló en carcajadas e incluso el *shahrban* se vio

obligado a bajar su canosa barbilla.

Un asomo de sonrisa estiró los labios de Jalid.

Más allá del estrado, alguien dejó una copa en la mesa con injustificada vehemencia.

«Por favor, Tariq, no montes una escena. No hagas nada».

El sultán le sonrió.

—Muy elocuente, mi señora Sherezade. Os preguntaría dónde la habéis encontrado, Jalid-*jan*, pero...

Jalid cerró la mano derecha en un puño y la muchacha reprimió el deseo de clavarle un cubierto a Salim en el ojo.

—¿Por qué tenéis curiosidad por saber dónde me encontró, mi señor? ¿Acaso estáis en el mercado? —le preguntó ella con total desenfado.

Los ojos marrones del sultán resplandecieron.

—Tal vez debería estarlo. ¿Tenéis algún pariente, mi señora? ¿Tal vez una hermana?

«Sabe que tengo una hermana. ¿Está... amenazando a mi familia?».

Sherezadeladeó la cabeza, apagando una chispa de preocupación.

—Tengo una hermana, mi señor.

Salim apoyó los codos en la mesa y la estudió con una sonrisa divertida a la par que predatoria.

Jalid concentraba toda su atención en el sultán de Partia y en su antebrazo apareció una tensa banda de músculos. Su mano se desvió hacia Sherezade. La conversación en derredor había cesado por completo a la vista de la creciente tensión que se respiraba en el ambiente.

—¿No soy lo bastante peligroso, Sherezade? —le preguntó Salim en un tono escalofriantemente cortés—. ¿Tal vez me muestro demasiado indulgente con las mujeres de mi pasado? ¿Demasiado dispuesto a dejarlas vivir?

Varios gritos ahogados emanaron a su alrededor y se propagaron por la

sala como un rumor que se difunde en una plaza. Jalal soltó un suspiro contenido, seguido de una palabrota en voz baja que se ganó una mirada de advertencia de su padre.

Sherezade se tragó su furia y luego sonrió con el resplandor del sol.

—No, tío Salim. Simplemente sois demasiado viejo.

La sala se sumió en un silencio sepulcral.

Y entonces el hombretón con aquella colección de anillos en los dedos empezó a reír sin que su bigote repulido dejara de crisparse, seguido por el noble que había llegado en el corcel de rayas blancas y negras. Pronto se les unieron otros, hasta que un coro de risas resonó por todo el salón.

La fuerte risa del sultán destacaba por encima del resto. Sólo los que se hallaban más cerca de él vieron la venenosa mirada que le dedicó a la joven reina de Jorasán. Sólo aquellos que lo conocían bien comprendieron que estaba más que colérico por el reciente giro de los acontecimientos.

Y sólo aquellos que lo observaron con detenimiento vieron que el califa de Jorasán se recostaba en los cojines y jugueteaba con las pulseras del brazo de su esposa.

El chico de los ojos plateados fue uno de ellos.



## UN BAILE EN EL BALCÓN

Cuando la comida acabó, un grupo de músicos se reunió en un rincón junto al estrado. Un hombre de tupida barba con un kamanché deslizaba el arco por el instrumento y comprobaba si estaba afinado tensando las clavijas de marfil, mientras una joven ajustaba la lengüeta de su ney por última vez. Un anciano se acomodaba la base de su tombak en la cadera izquierda y golpeaba la tirante superficie del tambor..., primero despacio y luego dos veces rápido. Empezó a marcar el ritmo y se le unió la melodía del santur, similar al dulcemele, antes de que los cuatro intérpretes se abstraieran en su música. En el ritmo.

Entonces, por el lado contrario al estrado, apareció una chica.

Se levantó un murmullo en las mesas, un suspiro común de descrédito.

Jalal gruñó. Jalid apartó la vista.

Pues sin duda se trataba de la joven más bella que Sherezade había contemplado jamás.

Iba vestida con una ajustada blusa de seda roja escarlata que dejaba poco a la imaginación y una falda de vuelo a juego con intrincados bordados en el dobladillo. El pelo le sobrepasaba la cintura en una cascada de rizos caoba con matices rojizos que refulgían a la luz de las antorchas. Su cara habría hecho arrodillarse a cualquier pintor: pómulos altos, piel inmaculada, cejas arqueadas y una hilera de pestañas negras que abanicaban desde unos ojos escandalosamente grandes.

Por supuesto, la chica empezó a bailar.

Se movía como una serpiente, retorciéndose por las baldosas blancas y

negras al creciente compás de la música. Las curvas de su cuerpo parecían inspiradas por la propia luna. Sus manos y caderas hacían señas, imploraban..., aturdían. Giraba y se bamboleaba de una manera sobrenatural.

Improcedente.

Cuando la joven se dirigió con su hipnótico baile al centro de las mesas, Sherezade se puso tensa.

«Está... bailando para Jalid».

Era obvio. Los ojos de la muchacha estaban fijos en el califa de Jorasán; sus oscuros iris eran una invitación a lo prohibido. Con cada giro lento, su espesa melena se le enroscaba en los hombros y las gemas de su estómago deslumbraban sin tregua.

Cuando sonrió a Jalid como si ambos compartieran una vida de secretos, a Sherezade se le pasaron por la mente todo tipo de imágenes horribles, la mayoría de las cuales empezaban y acababan con unos rizos caoba arrancados de raíz de su bonita cabeza.

«¿Cómo puedo ser tan infantil? Sólo está bailando.

No importa. Nada de esto importa».

Inspiró hondo y desvió la mirada. Al ver que Jalal se echaba a reír, se lo quedó mirando con el cuello ardiendo.

La descarada acabó su baile a un tiro de piedra del estrado, con las manos por encima de la cabeza y sus rizos infinitos recogidos de forma seductora sobre uno de los hombros.

«Estupendo. Ahora vete a casa».

En vez de eso, la joven zigzagueó hacia ellos contoneando las caderas, aunque ya hubiera cesado la música, y se detuvo delante de Sherezade.

A continuación sonrió.

—Hola, Jalid —saludó con una voz aterciopelada.

Este exhaló despacio antes de levantar sus ojos atigrados.

—Hola, Yasmina.

La palabra *irritada* se quedaba corta.

¿Angustiada?

No. Aquella tampoco encajaba.

¿Furiosa?

Sherezade meneó la cabeza y sonrió al noble que parlotaba ante ella, intentando aclarar su mente para poder centrarse en la conversación.

«Yasmina al Sharif. La hija de aquel hombre odioso».

En cuanto descubrió la identidad de la hermosa joven —por boca de Jalal, cómo no—, sonrió con paciencia mientras las presentaban formalmente. Mientras asimilaba con pesar que Jalid y la sobrenatural princesa de Partia se conocían de toda la vida. Luego se levantó de la mesa con gesto inexpresivo y empezó a saludar a los caballeros.

Sin Jalid.

Estaba decidida a continuar un rato sin el califa de Jorasán a su lado.

Sin el supuesto Rey de Reyes y sus muchísimos secretos.

Y en verdad lo estaba, sólo que también estaba... zozobrando.

«Debería haberme hablado de Yasmina, he quedado como una estúpida».

—Hola, Sherezade. ¿Puedo llamaros así?

—¿Qué? —preguntó, saliendo del trance.

Yasmina sonrió y su sonrisa era tan perfecta que le entraron ganas de untarle hollín en los dientes.

—Por supuesto —respondió, maldiciendo su mezquindad interior.

El noble cuyo nombre ya había olvidado sonrió a Yasmina con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¿Os importa si os robo a la reina un momento? —La muchacha le dedicó un primoroso movimiento de pestañas que Sherezade ni siquiera soñó



con imitar.

El hombre asintió con vehemencia, con la baba asomándole por los labios en lugar de una auténtica respuesta.

Yasmina la cogió de la mano y la adentró en las sombras, conduciéndola tras una inmensa columna de piedra.

—Parecía que necesitabais que os salvaran.

—Gracias. —Escondió su recelo bajo una cálida sonrisa.

La joven la examinó a la luz del cercano león rugiente.

—Sois desalentadoramente guapa —dijo.

—¿Cómo? —El comentario hizo que se le juntaran las cejas.

—No esperaba que fueseis tan hermosa.

Sherezade mantuvo la sonrisa.

—Bueno, yo no os esperaba a vos en absoluto.

Yasmina rió sin tapujos y se apoyó en el mármol pulido con las manos en la espalda.

—Sois sincera. Ahora lo entiendo. A él le encanta la sinceridad.

—Perdonadme, pero estoy un poco espesa. Tendréis que ser más precisa.

—Ahora entiendo por qué os escogió. —Sus seductores ojos la estudiaron. «¿Está intentando ser graciosa?».

—Estoy segura de que sabéis que él no me escogió.

—Os equivocáis, claro que lo hizo. Y esas decisiones no las toma a la ligera. —Se apartó de la columna y se le acercó—. Sobre todo cuando podría haber elegido a una muchacha que se contentara con amarlo.

Los instintos más bajos de Sherezade quisieron responder a aquel desaire, pero se negó a discutir con la hermosa joven por un chico voluble.

Por un chico que prefería guardarse sus secretos antes que compartir confidencias.

—Aunque aprecio que me hayáis salvado de una conversación de lo más

tediosa, creo que es hora de que vuelva junto a mis invitados. —Empezó a girarse.

—¿Lo amáis?

La pregunta hizo que se detuviera en seco.

—Creo que eso no os incumbe.

—Claro que sí. Veréis, amo a Jalid desde que éramos niños y se merece ser amado por alguien que lo entienda. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Aunque no sea yo.

Sherezade habría esperado que dijera cualquier cosa menos eso. Esperaba que la chica la amenazara o le lanzara alguna otra mezquindad, pero aquella admisión demostraba que no era sólo una princesa malcriada y despechada.

«De verdad siente algo por él».

Aunque él la había recibido con la misma frialdad que a su padre.

Una extraña compasión amenazó con eclipsar su enfado.

—¿Y vos entendéis a Jalid? —Rió en un esfuerzo por enmascarar su creciente malestar—. Si es así, por favor, iluminadme. Os estaré eternamente agradecida.

Yasmina sonrió casi con la misma simpatía afectada.

—Eso depende; ¿cuánto deseáis ayudar a vuestra enemiga, Sherezade?

—Oh, vuestro gran fracaso de la noche es que yo no veo a ninguna enemiga, princesa de Partia. —Inclinó la cabeza en una rápida reverencia—. Si me disculpáis.

—¿Y qué veis, entonces? —Se interpuso en su camino con ojos chispeantes y traviosos.

—Veo a una hermosa manipuladora. A una tejedora de palabras.

Yasmina asintió y su media sonrisa se tornó en un arco perezoso.

—Debe de ser como mirarse al espejo.

«Es rápida. Y descarada».

—Qué afortunada. —Sherezade le devolvió el gesto—. Todos deberíamos tener la suerte de compartir vuestro reflejo.

Yasmina rió y, por primera vez, su risa sonó sincera.

—Qué lástima, Sherezade al Jayzurán. Una parte de mí está convencida de que podríais llegar a agradarme, de habernos conocido bajo un cielo distinto y en otras circunstancias.

—Aunque os sorprenda, soy de la misma opinión, Yasmina al Sharif. —Hizo una profunda reverencia y se llevó los dedos a la frente en un gesto rimbombante. Luego giró sobre sus talones para rodear la columna...

Y se dio de bruces con el ancho torso de un hombre.

Se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo, pero una mano firme la asió y la salvó de la humillación. Cuando se encaró con su caballero andante, un par de ojos familiares, plateados como la ceniza, se la quedaron mirando, brillando con una fiera luz.

Con un amor incomparable.

«Tariq. No. No puedes...».

Intentó retirar la mano, pero él aprovechó para entregarle algo.

Un trozo de pergamino.

Sherezade lo envolvió en su palma y se dispuso a marcharse.

—Gracias —le dijo.

—De nada, mi señora. —Sonrió, cortés.

Consciente de que alguien podría estar presenciando aquel extraño intercambio, Sherezade retrocedió y se alisó el manto, escondiendo el trozo de pergamino bajo el pulgar.

—No creo que nos hayan presentado —dijo ella con indiferencia, aunque el corazón le tamborileaba por la inquietud.

Él negó con la cabeza, siguiéndole la corriente.

—Soy Tariq Imrán al Ziyad de Taleqan, mi señora. —Hizo una

reverencia.

El *rajput* emergió de las sombras detrás de Tariq, frunciendo el ceño por la impresionante altura del joven noble.

—¿Esta es vuestra primera visita a Rey? —continuó, dispuesta a parecer cómoda.

—No, mi señora. Tenía parientes en la ciudad.

—¿Teníais?

Tariq sonrió con fingido encanto, aunque sus ojos seguían traicionando la profundidad de sus sentimientos.

—Sí, pero espero que eso cambie pronto. —Bajó la voz—. Cuando me case.

El sentimiento que se escondía detrás de sus palabras era obvio. Sherezade sintió la calidez de su mirada y, por un momento, se permitió contemplarlo de verdad. Contemplar el rostro perfecto de aquel intrépido muchacho del que se había enamorado y recordar...

A la chica esquelética cuyos ojos seguían todos sus movimientos.

Y al chico alto que iba tras ella con fervor.

—Sherezade.

Al oír la voz de Jalid, Tariq dio un paso protector en su dirección. Los ojos avellana de Sherezade chispearon en señal de advertencia mientras se protegía de una súbita corriente de miedo.

«Jalid se dará cuenta porque Tariq... no sabe ocultar nada».

El califa fue hacia ella haciendo caso omiso al joven.

—Sherezade —repitió.

—¿Sí?

—Te he estado buscando —dijo en tono monocorde.

Se volvió hacia él sin molestarse en ocultar su enfado.

—Os pido mil disculpas, *sayidi*. Estaba hablando con Yasmina y he

perdido la noción del tiempo. —Sus palabras fueron un golpe calculado.

Jalid lo encajó sin pestañear; sus ojos ámbar permanecieron fríos.

—Ya veo.

«¿Ah, sí?».

Ella le sostuvo la mirada; su mente era un hervidero de pensamientos y emociones.

Pero no era el momento ni el lugar para compartirlos.

Después de todo, él tenía sus secretos.

No se merecía conocer los suyos.

«Baba e Irsa.

Tariq».

Debía mantener a salvo a sus seres queridos. A salvo de aquel muchacho de cruel pasado e indefendible futuro.

A salvo del dominio que ejercía sobre su corazón.

—¿Conocéis a Tariq Imrán al Ziyad, *sayidi*? —le preguntó, resuelta a asumir el control de la situación.

Jalid pestañeó una vez y por fin se giró para fijarse en Tariq.

Este se puso rígido. Su boca se convirtió en una línea.

«Oh, Dios, puedes hacerlo mejor...».

Luego se relajó y sonrió al califa.

—*Sayidi*. —Hizo una reverencia—. Soy Tariq Imrán al Ziyad, hijo de Nasir al Ziyad, emir de Taleqan.

Jalid lo correspondió con un escueto asentimiento.

—Espero que disfrutéis de vuestra estancia en la ciudad.

La sonrisa de Tariq se intensificó.

—Con semejante hospitalidad, *sayidi*, estoy seguro de que lo haré.

«¿Se ha vuelto loco?».

Sherezade deambulaba entre las sombras de su balcón mientras el corazón le martilleaba al compás de sus pasos.

El trocito de pergamino se mezclaba ahora con el sudor de su mano. La tinta se había corrido y pegado a su piel, formando una maraña de negros y azules. Lo desenrolló una vez más para leer la descabellada misiva garabateada con la enérgica letra de Tariq:

*Tu balcón. Cuando la luna esté  
en su punto álgido.  
Te esperaré hasta el amanecer  
si es preciso.  
No me pongas a prueba.*

Al menos había tenido la cordura de no firmarlo.

«¡Loco de remate!».

Lo arrugó en su puño por quinta vez.

Tariq lo estaba arriesgando todo con su temeridad. Con su arrogancia. Con su...

—¿Shezi? —Una forma se materializó en la oscuridad en uno de los extremos del balcón.

—Ven aquí —le ordenó, furiosa.

Se acercó, agachado. Ella lo cogió por la capucha de su rida' y lo arrastró hasta el lado más oscuro de la pared.

—¿Te has vuelto loco? —lo reprendió—. ¿Te das cuenta de lo peligroso que...?

Tariq la atrajo hacia sí.

—Dios, te he echado de menos.

Cuando intentó hablar de nuevo, él le apretó la cara contra su pecho,

riendo ante sus protestas.

—Para. Deja que te abrace un momento.

—Estás loco, Tariq Imrán al Ziyad. Loco de remate —farfulló, y le dio un golpe en el hombro—. ¿Cómo has conseguido que te invitaran?

Él se encogió.

—Intercepté la invitación de mi padre. O, para ser más precisos, Rahim lo hizo.

—¡Idiota! Venir hasta aquí ha sido más que una locura y...

—Por muy locura que sea, estoy aquí para terminar lo que tú empezaste.

—Le acarició el pelo—. Dime cómo planeas matar al niño-rey.

Sherezade guardó un extraño silencio.

—¿Shezi?

—Mmm...

—¿Todavía no lo has planeado?

Sherezade se apartó de su pecho, reticente a dar voz a su incertidumbre.

—Bueno. ¿De qué te has enterado? —insistió él.

Ella frunció el ceño y miró desde las sombras a la barandilla de piedra.

—Sherezade, llevas aquí semanas. ¿De qué te has enterado? ¿Cuáles son los hábitos del niño-rey? ¿Sus puntos débiles?

«Dile lo que sabes».

—No..., no lo sé. Es difícil calarlo.

«¿Por qué no puedo decírselo?».

—¿Difícil? Si tiene la personalidad de un camello viejo: tan hosco como inútil.

Aquella valoración le provocó una curiosa punzada.

—¿Qué quieres decir?

—Come con desgana, se tumba en un triste silencio y deja que su esposa batalle por él.

—¿Qué? No. Has malinterpretado la situación.

—Por favor, no me digas que lo defiendes. Si apenas te ha prestado atención en toda la noche, salvo para exhibirte como un trofeo... y, para colmo, se pone a jugar con tus joyas. Se lo podría haber ahorrado.

—No lo estoy defendiendo, sólo digo que es... complicado. —A pesar de la densa oscuridad, vio que las gruesas cejas de Tariq se unían en el puente de la nariz.

—¿Complicado? No hay nada de complicado en esto. En lo que a mí respecta, sólo necesito un arma y un disparo certero.

«¡No!».

Sherezade oyó un ruido en la alcoba.

El corazón se le detuvo. Le puso una mano a Tariq en los labios y lo empujó hacia las sombras. Luego entró en su habitación y suspiró aliviada al comprobar que estaba vacía.

Tariq estaba apoyado en la pared cuando regresó.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó con frialdad.

—Tienes que marcharte.

—¿Por qué? —Había una nota de advertencia en su voz.

—Tariq, por favor.

Los ojos del joven se convirtieron en dos rendijas plateadas.

—¿Va a venir a verte esta noche?

—Tienes que irte. Ya. —Lo cogió por la muñeca, pero él se negó a apartarse de la pared.

—Muy bien. Déjale que venga, así acabaremos con esto de una vez por todas.

—¿Quieres que te mate? —susurró desesperada.

Tariq se echó a reír con una risa cargada de despreocupada arrogancia.

—¿Quién? ¿El niño-rey? ¿Ese camello viejo?



—¡Imbécil! ¡Te matará!

—¿Estás segura? ¿No le pediré a su madre que lo haga por él?

Sherezade respiró hondo y, sin poder frenarse, le largó un sermón.

—No lo conoces en absoluto y tu ignorancia será tu perdición. Vete de aquí, Tariq, porque, como Jalid entre por esa puerta, te cortará en pedazos antes de que te dé tiempo a abrir la boca, y eso me destruirá. Más allá de las palabras. Más allá del tiempo. Si me quieres, no me obligues a presenciar semejante espectáculo. —Sherezade se aferró a la pechera de su rida' mientras hablaba. Sus rasgos se torcieron en un gesto de profunda amargura.

La sorpresa inicial de Tariq se disipó al contemplar su sufrimiento.

—Shezi..., lo siento.

—No lo sientas. Sólo... vete.

El muchacho dio un cauto paso al frente. Luego se giró para agarrarla por la cintura y apoyarla contra la pared y le deslizó las manos por los brazos.

—Te quiero, Sherezade al Jayzurán. No hay nada que no haría por ti. Nada que no consideraría para mantenerte a salvo. Que el propio mundo tiemble si se interpone entre nosotros.

—Yo..., yo también te quiero, Tariq.

Él sonrió y, de improviso, le plantó los labios en los suyos. La mandíbula de Sherezade se aflojó, sorprendida, y Tariq la besó con más ímpetu, alzándole la barbilla con una delicada caricia del pulgar.

La boca de Sherezade respondió de manera automática. Sus labios se curvaron sobre los de él como tantas otras veces. Pero... ¿por qué le parecía mal esta vez? ¿Dónde estaba aquella ingravidez, aquel desasosiego? ¿Aquel inconsciente momento de incandescencia?

¿Dónde estaba aquella sensación de desmayo?

«Está aquí. Sé que está aquí. Puedo recuperarla.

Tengo que recuperarla».



# COMPRESIÓN TRAS LAS EXPLICACIONES

La verdad era que un día de caza por diversión podría resultar interesante.

Tariq recorrió a grandes zancadas otro corredor interminable acompañado por un guardia. Mientras caminaba, echó un vistazo a su alrededor para admirar el esplendor del palacio de Rey. Las paredes y los techos abovedados estaban pulidos al máximo y cada pórtico estaba definido en el centro por un dibujo dorado del sol y soportado por vigas que caían en picado y arquerías de ágata vetada de azul.

Era hermoso, sin lugar a dudas. Si acaso, un tanto frío e imponente.

Pronto se reunió con un grupo de nobles que participaban en la excursión de aquel día. A decir verdad, se alegraba por la distracción y por la oportunidad de pasar tiempo en compañía de su objetivo; su encuentro con Sherezade de la noche anterior le había preocupado mucho.

No era propio de ella ser tan reservada y distante ni estar tan inquieta por la seguridad. Por lo general, era la primera en lanzarse a una refriega, sin pensar en las consecuencias.

Cuando eran más jóvenes, ella había querido aprender a trepar a los árboles. Tras aburrirse rápidamente con la perspectiva, había insistido en traspasar los muros de Taleqan. Tanto él como Rahim le habían rogado que renunciase a semejante insensatez, pero lo único que consiguieron fue espolearla aún más. Mientras la observaba trepar una tarde, con la cascada de pelo negro hecha una maraña, vio que el mortero se desmoronaba formando

una nube de polvo blanco a sus pies y supo que el ladrillo estaba a punto de soltarse. Le gritó para advertirle, pero fue demasiado tarde. Oyó el grito de Shiva a su espalda cuando Sherezade cayó. El corazón dejó de latirle en el pecho cuando su cuerpecito se desplomó en la arena. Él fue el que llegó primero hasta ella, quien se acercó para ver si reaccionaba. Y el que maldijo en alto cuando ella se rió en su cara, alegando que estaba bien, aunque le doliera un poco la cabeza.

Aquel fue el día en que le dijo por primera vez que la amaba.

Tariq inhaló por la nariz.

Tampoco era propio de Sherezade vacilar. Sobre nada.

Y la noche anterior había vacilado.

Cuando él le dijo que la amaba en el balcón, ella titubeó en su respuesta. Luego, cuando la besó, algo fue mal. Sintió cómo pensaba. Cómo dudaba. Cómo deseaba... otra cosa.

O a otra persona.

Se estaba volviendo loco.

—No creo que nos hayan presentado; soy el capitán Al Juri.

Junto a él estaba el chico arrogante de pelo rizado y omnipresente sonrisa de suficiencia.

Le devolvió una amable sonrisa.

—Tariq Imrán al Ziyad.

—Sí, lo sé.

—¿Mi reputación me precede?

—Si fuera vos, esperaría que no —se mofó el chico—. Habéis traído vuestro propio halcón, ¿no es así? Qué casualidad, teniendo en cuenta la actividad de hoy.

—¿Estáis tan bien informado sobre todos los asuntos?

—Gajes del oficio. Por cierto, me sorprendió enterarme de que habíais

llegado con la invitación de vuestro padre en la mano; estaba deseando verlo.

Tariq se cruzó de brazos para ocultar su repentina incomodidad.

—Estaba enfermo y me pidió que viniera a Rey en su lugar.

—Una pena. Por favor, transmitidle mis deseos de una pronta recuperación. —La mirada del capitán Al Juri se desvió hacia una arcada en la esquina y sus rasgos se apaciguaron, aunque conservaron indicios de su anterior divertimento.

El niño-rey había llegado. Esta vez, Tariq puso cuidado en fijarse en la espada de la cadera izquierda del califa. Era inusual, eso quedaba claro: era más larga y más fina que una cimitarra y contaba con un borde muy afilado.

—Se llama *shamshir* —le informó el capitán, que observaba a Tariq con descarada curiosidad.

—No estoy familiarizado con esa arma en particular.

Al Juri asintió.

—Es inusual. Como Jalid.

—¿Jalid?

—Es mi primo.

Los labios de Tariq se estrecharon.

—Ya veo.

El capitán Al Juri soltó una risotada.

—No os preocupéis, tenemos muy poco en común, aparte de la sangre.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que no voy a romper cada uno de los huesos de vuestro cuerpo por un simple tropiezo. —Aunque continuaba sonriendo, su tono rayó la amenaza y él decidió ignorarla.

—Eso suena excesivamente duro. —Y muy apropiado.

El capitán volvió a mostrar una sonrisa, esta vez un poco más amplia.

—Os lo he dicho, Jalid es inusual.

Tariq se giró hacia el niño-rey y una serie de líneas surcaron su frente bañada por el sol.

—Parece muy callado.

—Lo es. Pero un hombre mucho más sabio que yo dijo una vez que los hombres más inteligentes son los callados...

Tariq esperó, ocultando a duras penas su creciente desprecio.

Su acompañante se le acercó más.

—Porque lo oyen todo.

—Es una noción interesante —rumió—. ¿Quién lo dijo?

Al Juri sonrió con serena lentitud.

—Jalid.

Entonces se dirigió al lado del niño-rey.

Cuando el sultán de Partia llegó, el grupo de hombres emprendió la marcha por los corredores que conducían a una galería al aire libre diez veces mayor que cualquiera que hubiese en Taleqan. En un extremo de la galería había una serie de puertas dobles arqueadas que daban a un frondoso jardín bordeado de árboles.

Cuando los hombres atravesaban aquella pista, se cruzaron con Sherezade, que pasaba por otras puertas con una atractiva doncella y el mismo guardia bruto y amenazador de la noche anterior.

Al verla, se le abrió un vacío en el pecho.

Su hermosura crecía a cada momento, como si la vida en aquel palacio de fría y pulida piedra le sentara bien. Ese día, sus vestimentas plateadas y rosadas hacían que sus cabellos negros y su piel bronceada parecieran aún más deslumbrantes de lo habitual. Prefería mucho más aquello que el atuendo ostentoso de la noche anterior, aunque hubiera encandilado a todos los hombres de la sala con sus zafiros azules y su seda negra.

Pero, claro, ella siempre lo encandilaba.

La congregación de hombres se detuvo a saludar a la reina y el bastardo de Partia dio un paso al frente para realizar su particular esfuerzo.

Reprimió la necesidad de reaccionar, de agredirlo.

Por suerte, el capitán Al Juri se desvió en la dirección de Sherezade y a Tariq le desagradó un poco menos por ello.

Hasta que el niño-rey detuvo a su primo con un único gesto de la mano.

Furioso, Tariq desvió la mirada hacia su objetivo.

Un indicio de emoción se reflejó en el rostro del niño-rey.

¿Orgullo?

El sultán de Partia se deslizó ante ella, rezumando encanto como una enfermedad ponzoñosa.

—¡Buenos días, mi señora! Confío en que hayáis pasado una noche agradable.

Sherezade hizo una reverencia.

—Así ha sido, mi señor. ¿Y vos?

El sultán asintió.

—Una noche muy agradable. Mi hija dice que tuvo una encantadora conversación con vos y que se alegra de haberos conocido.

—Disfruté de mi conversación con Yasmina, mi señor. Fue... reveladora.

—Creo que ella utilizó la misma palabra, mi señora.

—Lo considero bastante apropiado, mi señor, dada la naturaleza de nuestro encuentro.

—Tan elocuente como una víbora. —Rió—. Decidme, mi señora, ¿alguna vez perdéis la ocasión de morder?

Ella sonrió, y fue una sonrisa luminosa y mordaz al mismo tiempo.

—Me temo que eso sería insensato, mi señor. Sobre todo en un nido de víboras.

Salim negó con la cabeza: su diversión duraba demasiado para ser real.

—Debéis visitarnos en Partia, pues nuestras víboras tienen muchas menos oportunidades de morder. Yasmina y yo insistimos. La próxima vez que Jalid vaya a Amarda, debéis acompañarlo para que podamos devolveros vuestra hospitalidad.

—Sería un honor, mi señor. —Inclinó la cabeza y las puntas de sus dedos le rozaron la frente.

El sultán se giró hacia el niño-rey con un brillo desconcertante en los ojos.

—De verdad, sobrino, es un tesoro. Procurad mantenerla a salvo. —Sólo un necio habría pasado por alto la amenaza implícita que destilaba cada una de sus palabras.

Sin embargo, el califa no dijo nada, no hizo nada, aunque Tariq ansiaba atacar al bastardo de Partia con ambos puños. Y un hacha.

¿Que los hombres callados eran los más sabios?

Se guardó su furia y se cruzó de brazos.

El niño-rey dirigió sus pasos hacia Sherezade. Se detuvo a un brazo de distancia de ella, pero siguió sin decir nada. La miró en silencio con sus extraños ojos de color oro anaranjado. Tras un instante, empezó a sonreír y ella asintió una vez, casi de manera indiscernible.

El vacío en el pecho de Tariq se agrandó todavía más.

Sherezade y el niño-rey se entendían sin necesidad de palabras.

El califa hizo una gran reverencia ante su reina, llevándose una mano a la frente. Cuando se enderezó, posó la palma en su corazón y se fue caminando. El grupo lo siguió a la zaga, mostrando sus respetos a Sherezade al pasar. Cuando Tariq se detuvo ante ella, la muchacha evitó mirarlo; tenía las mejillas sonrosadas y los puños apretados en los pliegues de su capa plateada.

Fue en ese instante cuando recordó las palabras de su tío la primera noche que Rahim y él llegaron a Rey, cubiertos de polvo y exhaustos tras dos días de duro viaje:

«En la ciudad proliferan los rumores, sobre todo el de que el califa se ha enamorado de su nueva esposa».

Aligeró el paso cuando la concurrencia se congregó en el primer tramo de un jardín con terrazas lleno de árboles en flor y un elaborado aviario de coloridos pájaros cantores.

El niño-rey seguía mirando por encima del hombro a su palacio mientras descendían terraza tras terraza.

Por fin, el capitán Al Juri anunció con una voz mucho más alta de lo normal para una conversación:

—*Sayidi*, creo que os habéis dejado algo bastante importante en el Gran Pórtico. —Este entrecerró sus extraños ojos ante su primo—. Tal vez deberíais ocuparos de ello y alcanzarnos luego para la cacería. —La odiosa sonrisa del capitán se agrandó todavía más.

El califa volvió a mirar por encima del hombro. Entonces hizo un giro impecable y ofreció excusas murmuradas mientras se abría paso entre la muchedumbre.

Tariq sabía, sin la menor duda, que iba en busca de Sherezade. Como todos los nobles que quedaban. Apenas había desaparecido de la vista cuando la conversación se volvió estridente. Los menos escrupulosos empezaron a hacer apuestas sobre cuánto tardaría Jorasán en tener un heredero al trono.

El sultán de Partia escuchaba con oído atento... y mirada desdeñosa.

Tariq sonreía entre oleadas de rabia y tormento. Tras unos minutos, ya no pudo soportarlo más. Se dio media vuelta.

—¿Adónde vais? —le preguntó el capitán Al Juri.

Pensó una respuesta rápida.

—Me he dejado la mangala en mi alcoba.

—Creo que podemos buscaros una.

Meneó la cabeza con una sonrisa de disculpa.



—*Zoraya* es un ave temperamental, una criatura de costumbres. Decidme dónde encontraros y el guardia me mostrará el camino.

Al Juri le clavó la mirada.

—Los caballos estarán ensillados y esperando en el paseo que hay junto a los establos reales.

Tariq asintió y le hizo señas a un guardia que había a un lado.

—¿Tariq Imrán al Ziyad?

—¿Sí, capitán Al Juri?

—¿Tanta importancia tiene esa mangala en especial?

Tariq sonrió con los ojos plateados resplandecientes.

—Sí, si pretendo ganar.

Sherezade se detuvo ante la caligrafía, estudiando los intrincados trazos y delicadas florituras en cada una de las pinceladas del artista. La multitud de colores de la tinta se arremolinaban por el pergamino, dando vida a las palabras de la página.

Por encima de ella, raudales de luz diáfana se derramaban a través de la cúpula del Gran Pórtico desde unas ventanas situadas alrededor de una representación del sol de plata y oro. Los rayos dorados se esparcían por toda la cúpula hasta llegar a nueve cornisas que formaban un halo de estantes que conectaban las columnas de mármol de color siena desde el techo hasta el suelo.

—Esta de aquí es completamente ilegible —se quejó Despina, mirando por encima del hombro de Sherezade.

—Creo que es otro poema de amor —dijo ella con una sonrisa.

—¿Cuál es el propósito de aprender a escribir tan bien si nadie puede descifrar vuestras palabras?

—Es una expresión de sentimiento. Supongo que es el modo en que el

poema hacía sentir al artista.

—Entonces, ¿este poema lo retrataba como un analfabeto?

Sherezade rió y el lírico sonido ascendió hasta la cúpula, rebotó en las cornisas y cayó de nuevo al suelo de piedra a sus pies.

—Os reís muy alto, como si fueseis la única persona en el mundo —le comentó la doncella.

Ella arrugó la nariz.

—Tiene gracia, mi hermana dice algo muy parecido.

—Supongo que os da igual.

—¿Por qué? ¿Preferirías que parara? —se burló.

—No —dijo Jalid al entrar en el Gran Pórtico—. Eso nunca.

—*Sayidi*. —Despina hizo una reverencia.

Él asintió en su dirección.

—No puedo hablar por Despina, pero es verdad que reís demasiado fuerte.

Y espero que nunca paréis.

La doncella pegó la barbilla al pecho y sonrió mientras salía a toda prisa del Gran Pórtico sin mediar palabra.

Sherezade levantó la vista hasta el califa, luchando contra un resurgimiento de emociones. La garganta se le tensó y la rabia amenazó con salir desbocada como una tormenta de palabras que él no merecía oír.

Porque no merecía conocer sus pensamientos más profundos. Sus verdaderos deseos.

Lo mucho que le importaba y lo poco que eso debería importar.

«Que vuestros secretos os proporcionen consuelo, Jalid ben al Rashid.

Pues yo no lo haré».

Sherezade levantó la barbilla y se giró para marcharse.

Él la cogió del codo al pasar.

—Anoche llamé a tu puerta —empezó a decir.

Su corazón se detuvo de una sacudida.

—Estaba cansada. —Se negó a mirar en su dirección.

—Y enfadada conmigo —murmuró él. Lo miró por encima del hombro y él estudió sus rasgos—. No. Furiosa.

—Suéltame.

Le liberó el brazo.

—Entiendo el motivo, fui descuidado al no hablarte de Yasmina. Lo siento, no volverá a ocurrir.

—¿Descuidado? —Se le encaró con una risa cáustica—. ¿Descuidado?

—Yo...

—¿Sabes lo estúpida que me hiciste parecer? ¿Lo estúpida que me sentí? Jalid suspiró.

—Ella quería herirte y me preocupa ver lo bien que lo hizo.

—¿Lo bien que lo hizo? ¡Miserable, necio insensible! ¿Crees que estoy enfadada por lo que ella hizo? ¿Porque bailó para ti? Por Dios, Jalid, ¿cómo puedes ser tan inteligente y tan inexcusablemente estúpido al mismo tiempo?

Él se encogió.

—Sherezade...

—Esto no tiene nada que ver con ella. *Tú* me hiciste daño, Jalid ben al Rashid. Los secretos, las puertas cerradas de las que nunca me darás la llave me hieren —gritó—. ¡Una y otra vez me hieres y te marchas sin más!

Su dolor siguió el mismo curso que su risa: estalló contra las cornisas de arriba y rebotó en el mármol del suelo.

Jalid escuchó su eco y cerró los ojos mientras hacía una mueca. Cuando volvió a abrirlos, le tendió la mano.

Ella dio un paso atrás.

«No voy a llorar. No por ti».

Él, decidido, la agarró por las muñecas y llevó sus manos hasta su propia

cara.

—Pégame si es lo que deseas, Shezi. Haz lo que quieras, pero no me inflijas el mismo castigo; no te marches.

Le colocó las manos a cada lado de su mandíbula, rozándole los brazos con las puntas de los dedos mientras esperaba su sentencia.

Sherezade permaneció fría, con una máscara de hielo y piedra entre las manos.

Como no hacía nada, Jalid le apartó el pelo de la cara con un tacto que calmaba y quemaba a la vez.

—Lo siento, *joonam*. Por los secretos. Por las puertas cerradas. Por todo. Prometo contártelos un día, pero aún no. Confía en que algunos están más seguros tras un candado y una llave —dijo con calma.

«*Joonam*. —Ya antes la había llamado así—. Mi todo».

Al igual que la noche que le había contado el cuento de Tala y Mehrdad, ¿por qué parecía tan real?

—Yo... —Se mordió el labio inferior en un intento por mantener la calma. Por detener el río de palabras que ansiaba brotar.

Que ansiaba confesar los anhelos de un corazón caprichoso.

—Perdóname, una y mil veces, por hacerte daño. —Jalid se inclinó y le dio un beso en la frente.

«Estoy perdida. No puedo ignorarlo más tiempo».

Cerró los ojos, derrotada, y deslizó las manos hasta su pecho. Luego lo abarcó en un abrazo de sándalo y sol. Jalid la envolvió entre los brazos y permanecieron juntos bajo la cúpula del Gran Pórtico mientras el arte indescifrable de los poemas de amor daba silencioso testimonio.

El vacío en su pecho ya no era nada.

Volvería a sentirlo encantado si eso significara no tener que presenciar

aquella escena de nuevo.

Cuando Tariq entró en el vestíbulo que daba al Gran Pórtico, creyó que se encontraba en el lugar equivocado. Estaba muy silencioso. No era posible que Sherezade estuviera allí.

Pero, al doblar la esquina, se percató del motivo de aquel silencio.

Que lo detuvo como un puñal lanzado por el aire.

El niño-rey sostenía a Sherezade en sus brazos y le daba un dulce beso en la frente. Y ella se fundía en su abrazo.

Contempló cómo llevaba sus finos dedos a la espalda del rey para acercárselo más y descansaba la mejilla en su pecho como un viajero agotado en el tronco de un árbol.

Pero lo peor de todo —lo que le arrebató el aliento— fue la imprudente expresión de paz en su rostro.

Como si aquello estuviera bien. Como si no deseara nada más.

Sherezade se había enamorado del asesino de Shiva.

El guardia que llevaba detrás hizo un ruido deliberado. Al parecer, a Tariq no le importaba conocer las consecuencias de escuchar a escondidas al califa de Jorasán.

Desde las distantes sombras a su derecha, el gigantesco escolta de Sherezade apareció ante sus ojos, blandiendo una espada de plata cual promesa de castigo.

Pero lo que de verdad le dio que pensar a Tariq fue la reacción del niño-rey.

El supuesto camello viejo.

A la primera señal de una amenaza inesperada, empujó a Sherezade detrás de él. La escudó con una pose intimidadora aumentada por el chirrido metálico de su *shamshir*, que blandió firme en su mano derecha apuntando al suelo con la hoja...

Listo para atacar.

Su rostro, inexpresivo en circunstancias normales, estaba demacrado y tenso, y signos de furia apenas contenida se propagaban por su mandíbula. Sus ojos brillaban como roca fundida, lívidos y decididos.

Sherezade lo agarró del hombro.

—¡Jalid! —gritó—. ¿Qué estás haciendo?

Él no flaqueó.

Entonces entendió la súplica de Sherezade de la noche anterior.

Aquel no era un rey aburrido y desapasionado que dejaba que su esposa batallase por él.

Estaba claro que había algo más.

Algo que Tariq necesitaba asimilar con más tiempo.

Con más tiempo... para arrancarse el corazón.

Sonrió, pasándose los dedos por el pelo.

—¿No es aquí la reunión para la cacería? —preguntó.

Jalid observó al hijo de Nasir al Ziyad con creciente irritación.

La explicación que el chico había dado a su intrusión en el Gran Pórtico era absurda. Su estupidez había estado a punto de costarle la vida.

En circunstancias normales, no habría reaccionado de ese modo, pero Salim Alí al Sharif estaba en Rey. Justo aquella mañana había estado en la galería descubierta del palacio y había lanzado veladas amenazas contra Sherezade. Jalid ya se esperaba algo así, pero no le afectaba menos ser testigo de ello.

Ignorar cualquier amenaza del sultán de Partia, por muy intrascendente que fuera, siempre había demostrado ser una insensatez.

No sabía quién era aquel estúpido ni hacia qué lado se inclinaban sus lealtades. El día anterior, semejantes asuntos no eran apremiantes. El día

anterior, aquel muchacho no había sido más que una molestia sin importancia. La única razón por la que aquel día había despertado su interés era por el modo en que había mirado a Sherezade. No como la mayoría de los hombres admiran a una mujer hermosa. Gran parte apreciaban la belleza haciendo énfasis en la forma.

La gran mayoría de los invitados eran conscientes de semejante comportamiento. Los que no, eran dignos de mención, pero tenían una reputación que casaba con ellos: hombres moralmente censurables con ojos lascivos que se prendían de cualquier cosa que estuviera a su alcance.

Tariq Imrán al Ziyad no se recreaba en Sherezade con la mirada de un hombre que apreciara la forma.

Le importaba lo que ella tuviera que decir. Al igual que los pensamientos que se ocultaban detrás de sus palabras.

De camino a los establos, Jalid bajó las escaleras junto al hijo de Nasir al Ziyad hasta la siguiente terraza del jardín. Sus guardias los seguían muy de cerca.

—Por favor, aceptad de nuevo mis disculpas, *sayidi*. —El chico se ajustó la mangala con otra sonrisa avergonzada. Jalid continuó por el jardín mientras lo escrutaba de reojo—. Quedaos tranquilo, ya sé la diferencia entre un pórtico y un paseo, *sayidi*.

—Más os hubiera servido saberlo hoy —murmuró.

El chico rió, y el sonido fue intenso. Una risa fácil que inspiraba a otros a compartirla.

—Gracias por no cortarme en tiras, *sayidi*.

—Dad las gracias a la reina. De haber estado solo, las cosas habrían sido diferentes.

Los pasos resueltos del joven perdieron pie.

—¿Puedo felicitaros, *sayidi*? La reina... Parecéis hechos el uno para el

otro.

Una molestia que iba en aumento. Se detuvo y se encaró con el chico.

Este era medio palmo más alto que él y ancho de hombros. Le fastidió tener que levantar la vista hacia aquel necio.

—Sherezade es una chica difícil y yo soy un monstruo. Supongo que eso nos convierte en una buena pareja. —Los pálidos ojos del chico destellaron ante sus palabras—. Os sentís ofendido. —El califa observó sus rasgos con atención—. ¿Por qué parte?

—Por... todo, *sayidi*.

El joven no sabía mentir. La leve molestia era ahora una preocupación en toda regla.

Cuando intentó romper el incómodo silencio con otra encantadora sonrisa, él continuó su camino.

—¿Estáis casado, Tariq Imrán al Ziyad?

—No, *sayidi*, pero espero casarme pronto.

—Entonces, estáis comprometido.

—Sí, *sayidi*, con una muchacha a la que amo desde hace muchos años.

Parecía que el chico decía la verdad.

—Ese es el motivo por el que os felicité antes. Es un gran regalo encontrar un amor duradero, uno que dé por cada parte que tome —afirmó con inusual convicción.

Era la primera cosa interesante que había aportado a la conversación. Y aquello no le sentó bien a Jalid.

Al cabo de un rato, se aproximaron a los establos y Jalal se les acercó para recibirlos. Inclino la cabeza, desconcertado, cuando vio al chico necio y luego asintió para darle la bienvenida. El muchacho le dedicó una sonrisa.

—De nuevo, *sayidi*, me disculpo por lo de antes. Por favor, dadle las gracias a la reina de mi parte. Al parecer, le debo la vida. —El joven hizo una



profunda reverencia ante Jalid y se dirigió a paso tranquilo hacia los establos mientras su blanco *rida* ondeaba tras él.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó su primo una vez que se aseguró de que no les oía.

Jalid no respondió.

—¿Todo va bien entre Shezi y tú? —lo presionó Jalal.

El califa continuó mirando al hijo de Nasir al Ziyad.

—¿Jalid?

—Investiga todo sobre Tariq Imrán al Ziyad. Su familia. Sus asociaciones. Todo.

Jalal se echó a reír.

—¿Qué te resulta tan divertido? —le preguntó Jalid.

—Llevamos en la sangre un sexto sentido. Algo en ese chico lleva todo el día perturbándome.



# UNA ALFOMBRA VOLADORA Y UNA MAREA CRECIENTE

Sherezade se hallaba de pie en la pequeña habitación que almacenaba su ropa viendo cómo Despina apartaba paquetes de seda de diferentes colores, uno tras otro.

—Por Zeus, ¿no puedes elegir una? —gruñó, recogándose las ondas morenas a un lado.

—Tened paciencia, estoy buscando algo concreto.

—Pues concreta de una vez. Yo te ayudo.

La doncella se levantó y estiró los brazos por encima de su cabeza. Hizo una mueca de dolor al masajearse el hombro izquierdo.

Sherezade puso cara de preocupación.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Anoche dormí regular.

—No me refería a eso.

Despina se echó a reír, quitándole importancia.

—Aún me quedan muchos meses antes de que se convierta en un problema, Sherezade.

—¿Todavía no se lo has dicho a Jalal?

—No.

—¿Y cuándo lo harás?

—Cuando reúna el valor o cuando no me quede otra..., lo que ocurra primero. Y no pienso seguir hablando de esto. —Se giró hacia la esquina

trasera de la estancia y se agachó para seguir trasteando entre los paquetes de seda.

Sherezade la miró con el ceño fruncido y se preguntó si habría descansado de verdad alguna noche con todas las preocupaciones que la acechaban.

«¿Por qué no se lo dice?».

Cuando reapareció, sus rasgos delataban una pizca de enfado.

—Hay que llevarla a mi cuarto para arreglarla. Venid conmigo.

Las dos jóvenes dejaron atrás las montañas de seda y damasco para cruzar la alcoba de Sherezade. Se detuvieron ante una única puerta de madera pulida cerca de la entrada. Despina la abrió y se adentró en un estrecho pasillo antes de accionar la manija plateada que conducía a otra habitación al fondo.

Sherezade nunca había estado en el cuarto de la doncella, aunque se encontrara tan cerca del suyo. La alcoba era pequeña y estaba ordenada, con una pulcra disposición de cojines a un lado y una mesa baja al otro. El armario del rincón era del mismo color miel que la mesa y todo el espacio estaba algo perfumado con un aroma a jazmín.

Despina se dirigió al armario y abrió una de las puertas para empezar a buscar.

Los ojos de Sherezade vagaron más allá de este y se fijaron en algo apoyado en la pared y atado en un fardo con un cordel de cáñamo.

Era la alfombra que Musa Zaragoza le había regalado.

—¿Qué hace esto aquí? —Señaló el fardo con la cabeza.

Despina miró por encima del hombro y suspiró.

—Quería preguntaros si podía tirarla.

—¡Si fue un regalo!

—Está vieja y raída, y seguro que atrae a los bichos. No la quiero entre vuestras ropas.

Sherezade puso los ojos en blanco.

—Dámela.

Su compañera se encogió de hombros y le pasó el fardo.

—No entiendo por qué alguien le regalaría una alfombrilla cochambrosa a la reina de Jorasán.

La cogió con ambas manos mientras recordaba el día que Musa *efendi* había visitado el palacio.

«Es una alfombra especial. Cuando os extraviéis, os ayudará a encontrar el camino».

—No creo que sea una alfombra ordinaria.

—Y entonces, ¿qué es?

—Podría tratarse de algún tipo de mapa —aventuró.

—Si es un mapa, estará anticuado y no servirá para nada.

Sherezade salió de la habitación y recorrió el estrecho pasillo hasta su alcoba. Una vez allí, se arrodilló, dejó el fardo en el suelo e intentó desatar el cordel de cáñamo. Cuando sus esfuerzos resultaron inútiles, se acordó de por qué su curiosidad no se había impuesto al recibir el regalo.

—Este nudo procede del mismísimo infierno —gruñó cuando Despina se asomó por encima de su hombro.

—Dejadme intentarlo. —La doncella se agachó a su lado y empezó a tirar de las cuerdas. Al obtener los mismos resultados, levantó el nudo y lo examinó durante un rato. Luego se quitó una horquilla de plata del recogido de la coronilla y una cascada de rizos castaños le cayó sobre los hombros. Probó a insertar la horquilla en el centro del nudo—. No te saldrás con la tuya, pequeño nudo del demonio —susurró, escudriñando el fardo con sus ojos azules.

Al cabo de unos segundos, la atadura cedió y las dos jóvenes gritaron, triunfantes.

Sherezade desató la alfombrilla y la extendió en el suelo.

Estaba tan vieja y raída como aparentaba en un principio: era de un color herrumbroso, tenía el borde azul marino y, en el centro, un medallón con volutas en blanco y negro. Casi todo el ribete de flecos se había deshilachado. Los pocos que quedaban estaban sucios y amarillentos por el paso del tiempo y aún se aferraban a una descabellada esperanza. Dos de las esquinas ostentaban agujeros que parecían quemaduras.

Al deslizar las palmas por ella, una extraña y escalofriante sensación se materializó en su pecho. Retrocedió, alarmada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Despina.

La sensación se esfumó.

Se miró las manos y se pasó los pulgares por los dedos.

—Nada.

Ambas se pusieron a inspeccionar la alfombra.

—Bueno..., es fea —declaró la doncella.

Sherezade se echó a reír.

—¿Puedo tirarla, por favor? —insistió.

—Creía que podía ser un mapa. Musa *efendi* me aseguró que me ayudaría a encontrar el camino. —Arrugó el entrecejo.

—¿Os referís al mago del Templo de Fuego?

—¿Eso es lo que es Musa *efendi*?

Despina apretó los labios y desvió la vista.

—Se supone que no tenías que decirme eso, ¿verdad? —Esbozó una sonrisilla de satisfacción. La doncella la fulminó con la mirada—. Interesante —continuó—. Aunque no me sorprende, Jalal no parece ser muy hablador. Me pregunto qué dirá en los momentos...

—¡Sherezade!

Esta rió al esquivar el empujón de advertencia de Despina. Su talón desnudo rozó el tapete y volvió a sentir aquel extraño escalofrío en el pecho.

Cada vez más confundida, se arrodilló delante de la alfombra y colocó la palma encima.

Notó un cálido hormigueo alrededor del corazón, como cuando se te duerme un pie tras estar mucho tiempo sentado. El calor pronto se le extendió a los hombros y le bajó por el brazo. Y, cuando deslizó los dedos por el filo de la alfombrilla...

Esta se le enroscó en la mano como si tuviera vida propia.

Ahogó un grito, sobresaltada, y con un respingo cayó de costado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la doncella, y se arrodilló a su lado.

—La alfombra... ¡se ha movido!

—¿Qué?

Sherezade se irguió a duras penas mientras el corazón le latía sin tregua.

—¡Mira! —Apoyó la mano en la alfombra hasta que volvió a sentir aquel cosquilleo en la palma... y una de las esquinas del tapete se elevó del suelo.

Despina lanzó una maldición y saltó hacia atrás.

—Pero ¿qué le pasa?

—¡Yo qué sé! —exclamó Sherezade.

—Hacedlo..., hacedlo otra vez.

Repitió el proceso y otra de las esquinas de la alfombra se levantó del suelo con la liviandad de una nube.

Despina la miró con circunspección.

—¿Alguna vez habíais hecho algo parecido?

—¡No! Es la alfombra, no yo.

La otra joven volvió a ponerse de rodillas y colocó sus propias palmas en la superficie desgastada de color óxido. Esperó un instante. No pasó nada.

—No es sólo la alfombra, Sherezade. Sois vos.

Esta se mordió el interior de la mejilla.

«No os habéis dado cuenta. Está latente en vuestra sangre».

Despina exhaló con un bufido exasperado y acercó la mano de Sherezade al tapete. Cuando sus bordes se curvaron y se levantaron del suelo e intentó zafarse, su doncella no la dejó.

La alfombra no tardó en flotar en el aire a la altura de sus hombros, ligera, como salida de un sueño. Cuando dejaron de tocarla, aterrizó en el mármol con la delicadeza de un pétalo.

—Vaya —susurró Despina, impresionada—, eso ha sido un truco en toda regla.

En el desierto, Tariq desmontó de su caballo delante de la enorme tienda de retazos de Omar al Sadiq. Cogió al animal por la brida y lo condujo a un abrevadero cercano. Cuando hundió el morro en el agua, la superficie se onduló, dibujando una serie de círculos concéntricos. Tariq acarició el cuello del espléndido animal.

El viaje de regreso no había sido fácil.

A pesar de que ella lo había tranquilizado sobre su seguridad, dejar la ciudad de Rey —dejar a Sherezade— le había resultado durísimo. Había accedido a sus deseos, pero con un sentimiento de pesada amargura. Durante los últimos cinco días, había cabalgado por las dunas bajo un sol abrasador, en constante guerra con sus pensamientos.

¿Cómo había llegado a esto?

Nada tenía sentido. La joven a la que conocía no era capaz de semejante inconstancia. La joven a la que amaba era demasiado inteligente, demasiado ingeniosa..., demasiado *leal* para caer en manos de un monstruo. En especial de uno que había asesinado a su mejor amiga.

Mientras aquella tempestad azotaba su mente, Tariq regresó al punto de partida: nada de aquello tenía sentido.

Había que buscarle una explicación.

Recordaba haber oído cuentos de cautivas que perdían la voluntad en favor de sus captores. De prisioneras que se enamoraban de sus vencedores. Y, aunque nunca se había planteado aquella posibilidad, tenía que admitir que era la única que explicaba el comportamiento de Sherezade.

No era la misma. Aquel palacio, aquel mundo, aquel monstruo... le habían arrebatado a la chica que amaba y la habían llevado a olvidar lo que más quería.

Tenía que sacarla de allí y pronto.

El agudo chillido de *Zoraya* lo apartó de sus pensamientos. La llamó con un silbido y el ave aterrizó en su mangala extendida, impaciente por disfrutar de su cena. A pesar de sus preocupaciones, se esforzó en sonreír al halcón cuando le ofreció una tira de carne seca.

—¡Nuestro *sahib* anónimo ha vuelto! —exclamó una voz familiar a su espalda—. Aunque, si hemos de hacer caso a los rumores, ya no es anónimo.

Tariq se volvió hacia el curtido rostro de Omar al Sadiq.

—¿Rumores?

Omar le ofreció una amplia sonrisa que dejaba ver el hueco entre sus dientes.

—Así son los rumores. A menudo somos los últimos en enterarnos de los que circulan en nuestro honor.

Cerró los ojos un instante. El excéntrico jeque estaba acabando con su última gota de paciencia.

—¿Circulan rumores en mi honor?

—Sobre el Halcón Blanco. El salvador de Jorasán.

—¿De qué habláis? —Dejó escapar un suspiro de cansancio.

—¿No habéis oído hablar de él? Dicen que cabalga bajo el estandarte de un halcón blanco. Que pretende asaltar la ciudad de Rey y derrocar a su malvado califa. —A Omar le chispearon los ojos—. Y, según tengo



entendido, vos estáis muy familiarizado con el Halcón Blanco. Sus amigos lo llaman Tariq.

—Lo siento —replicó este con brusquedad, y se echó atrás la capucha de su polvoriento *rida*—, pero no estoy de humor para vuestros jueguecitos.

—¿Jueguecitos? La guerra no es ningún juego, amigo mío. Los juegos son para los niños y los viejos como yo. La guerra es el regocijo truncado de los jóvenes.

—¡Ya basta de juegos de palabras, Omar! No lo sopor...

—¿Qué me decís, entonces, de vuestro estandarte? —El anciano pestañeó—. Es muy...

—¡Por favor! —Las palabras resonaron en el cielo del desierto, colmándolo de frustración y de una duradera nota de dolor.

Los ojos penetrantes del jeque se concentraron en el rostro resentido de Tariq.

—¿Qué ha pasado mientras estabais en Rey, amigo mío?

Tariq liberó a *Zoraya* hacia las nubes y se apoyó en el abrevadero.

—Decidme qué es lo que tanto os preocupa —insistió con voz amable.

—Ten..., tengo que sacar a Shezi de allí. Alejarla de ese lugar. De ese monstruo.

—Os preocupa su seguridad. —Omar asintió despacio—. Si es así, ¿por qué habéis regresado? —Su inquietud eclipsó su falta de delicadeza.

Tariq se encogió, incapaz de responder.

—¿No podéis decirme qué ha pasado, amigo mío?

El muchacho contempló el inminente ocaso en el horizonte, que aún albergaba los últimos coletazos de calidez solar en una franja de azules que se iba oscureciendo hasta llegar al negro.

—Supongo que se preocupa por ella. Después de todo, la ha dejado vivir, mientras que a tantas otras... —Sus ojos plateados se enfriaron mientras

pensaba—. Pero no me esperaba esto.

Omar se rascó la barba.

—Ya veo.

—¿Qué? ¿Qué veis? —Se giró hacia él.

—Creéis que el joven califa... —apoyó una mano nudosa en el hombro de Tariq— está enamorado de vuestra Sherezade.

Tariq fijó la mirada en el áspero lino de la manga del anciano.

—¿Y qué os ha llevado a pensar eso? —continuó Omar en el mismo tono amable.

—El... el modo en que la mira —susurró—. Es en lo único que empiezo a entenderlo.

El jeque badawi le apretó el hombro.

—Tal vez... sea mejor así. He oído que el joven califa ha sufrido muchas pérdidas en su vida, si Sherezade puede...

—¡No dejaré a Shezi en manos de un demente asesino!

Omar parpadeó con fuerza. Las pronunciadas arrugas de sus párpados se elevaron y cayeron con pesada determinación.

—Tariq, ¿por qué hacéis esto? ¿Por qué libráis esta batalla?

—Porque la amo —respondió él sin vacilar.

—Pero... ¿por qué la amáis?

—¿Qué clase de pregunta ridícula es...?

—No es una pregunta ridícula, sino una muy simple. La dificultad radica en la respuesta. ¿Por qué la amáis?

—Porque... —Se rascó la nuca—. Todos mis recuerdos más preciados son de ella. He sufrido a su lado y... hemos reído juntos por nada.

La mano de Omar se desplomó de su hombro.

—Un pasado compartido no os da derecho a un futuro, amigo mío.

—¿Cómo iba a esperar que lo comprendierais? —dijo Tariq—. Nadie ha

intentado nunca arrebatáros a Aisha. Nadie...

—No tengo que perder a mi esposa para comprender el significado de la pérdida, Tariq. Un niño con un juguete roto lo entiende perfectamente.

La rabia se desató en el pecho del joven.

—¿Comparáis mi sufrimiento con el de un niño?

El anciano meneó la cabeza con una sonrisa de perplejidad.

—La pérdida es la pérdida. Y la lección es siempre la misma.

—No estoy de humor para lecciones.

—Yo tampoco. —Rió—. Así que, en vez de eso, os contaré una historia.

—Por favor, no...

—Una noche clara, hace muchos años, vi caer del cielo miles de estrellas. Yo era sólo un crío, pero de naturaleza curiosa, por lo que decidí buscarlas en el desierto, más allá del horizonte. Como veis, quería saber adónde iban las estrellas cuando caían. Corrí y corrí hasta que no pude más y nunca llegué a verlas.

—Vuestra historia es una lección, Omar —repuso Tariq en tono monocorde—. No soy tan idiota.

El jeque esbozó una amplia sonrisa.

—¿Os he dicho alguna vez que todavía hoy sigo combatiendo la urgencia de salir a buscarlas?

—Lo comprendo, como yo mismo combato ahora la urgencia de huir.

Omar echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡No hasta que nuestra lección concluya, amigo mío! No podéis privar de ese deseo a un anciano.

—No, es cierto. —Pese al abatimiento que sentía en el corazón, no pudo reprimir una sonrisa—. Concluid vuestra lección, mi estimado *efendi*.

—Algunas cosas existen en nuestras vidas sólo durante un breve momento y debemos dejarlas ir para que iluminen otro cielo.

Tariq observó la oscuridad más allá del enclave de tiendas.

—Queréis que deje las cosas como están, pero no puedo. No pienso hacerlo.

—Y yo siempre respetaré vuestra decisión, Tariq-*jan*. Aunque no estemos de acuerdo, intentaré ofreceros toda mi ayuda. Venid conmigo, vuestro tío os espera.

—¿El tío Reza está aquí? —Miró por encima del hombro de Omar.

—Llegó hace dos días con vuestro amigo Rahim y os esperaba con anhelo. —Condujo a Tariq a la entrada de la tienda más grande. Apartó la solapa y entraron—. ¡Nuestro héroe pródigo ha vuelto! —anunció el jeque. Se dirigió al fondo y tomó asiento junto a Reza con un gracioso gesto triunfal.

Tariq se quitó los zapatos y la capa antes de adentrarse en la penumbra. Las alfombras a sus pies estaban suaves y gastadas y hacían juego con la amalgama de tejidos que forraban las paredes a su alrededor. Una nubecilla de humo colmaba el aire por encima de su cabeza. Olía a tabaco y a melaza.

—Venid a tomar té —le ofreció Omar muy sonriente—. Lo he pasado muy bien con vuestro tío estos últimos días, pues también es aficionado a las historias de amor.

El muchacho se sentó en los cojines de lana que había dispuestos en torno a una nudosa mesa de madera donde reposaban una tetera de plata, varios vasos de cristal grabado y un *galyan* altísimo. Este último era de vidrio verde oscuro y tenía una larga pipa revestida de seda cobriza que serpenteaba alrededor de la mesa hasta la palma extendida de Reza ben Latief. El carbón de lo alto se volvía de un naranja incandescente cuando aspiraba por la boquilla labrada y el agua del depósito burbujeaba con una lenta agitación. El dulce humo se elevaba en el aire, desplegaba volutas azules grisáceas y se mezclaba con la neblina.

—Tío. —Tariq le tendió la mano a Reza y este se la estrechó.

—Has estado muy ocupado, Tariq-jan —respondió su tío con calma.

Tariq inspiró por la nariz.

—Sé que me dijisteis que esperara vuestra misiva en Taleqan. —Su tío continuó dando caladas al *galyan* en silencio—. Pero no podía permitir que hicierais todo el trabajo —concluyó.

—¿Lo veis? Os lo dije. Ya es todo un héroe. —Omar se carcajeó.

—Ser un héroe también consiste en saber cuándo quedarse quieto —apuntó Reza. Tariq no dijo nada y el jeque volvió a reír—. ¿Y qué has aprendido de esa imprudente excursión a Rey? —preguntó.

—He aprendido que tengo mucho que aprender.

Reza le pasó la pipa a Omar.

—¿Y qué más?

—Que el califa de Jorasán es peligroso, además de un loco.

—¿Y eso?

—Para estar loco, es muy listo. Me ha... sorprendido.

—Muy propio de los locos. —Los ojos de Omar chispearon en las sombras mientras dos torrentes de humo le salían por la nariz.

—¿Y qué más? —insistió Reza.

Tariq se recostó en los cojines.

—Es arrogante. Y tiene mucho genio.

—¿Alguna debilidad?

El joven vaciló.

—¿Tariq?

Antes de que le diera tiempo a responder, la solapa de la tienda se abrió y apareció Rahim, seguido de Jahandar al Jayzurán. Los tres hombres sentados en torno al *galyan* se giraron en su dirección. Su amigo le lanzó a Tariq una mirada de disculpa y Jahandar carraspeó.

—¿Puedo..., puedo unirme a la reunión? —preguntó el hombre.

Omar sonrió alegremente.

—¡Por supuesto! Sois más que bienvenido.

Tariq se levantó e intentó disimular su enfado mientras el padre de Sherezade cruzaba las alfombras. Incluyó la cabeza y se llevó la mano a la frente.

—Jahandar *efendi*.

—Tariq-jan. —Jahandar lo miró a los ojos, esperanzado y ansioso. Cuando se encontró con su mirada de acero, su cara se tiñó de una muda vergüenza.

Una vez que todos se hubieron sentado de nuevo, Reza retomó el hilo de su interrogatorio:

—Estabas hablando de las debilidades del niño-rey.

Respiró hondo.

—Sí, tío.

Reza arrugó la frente ante la obvia incomodidad de su sobrino.

—Tariq-jan, ¿qué...?

—Sherezade —confesó por fin—. Se preocupa por Sherezade.

Reza ni se inmutó.

—¿Mucho?

—No lo sé. Sólo sé que le importa. Y que me gustaría sacarla de allí.

Cuanto antes.

Su tío enarcó las cejas.

—¿Ocurrió algo mientras estabas allí?

—Cada día que pasa en palacio es un riesgo. No puedo soportarlo más.

—Un héroe. —Omar soltó una risita.

Reza se llevó el vaso de té a los labios y le dio un pequeño sorbo.

—Entiendo tu preocupación, pero...

—Por favor, tío. Dejadme hacer esto. Ayudadme.

Reza observó a su sobrino, evaluándolo con paciencia.

—Lo siento, Tariq-*jan*, pero estamos empezando a reunir nuestras fuerzas; nos queda mucho para asediar una ciudad como Rey. El emir de Karaj ha prometido setecientos soldados, así como una enorme provisión de armas; no tardarán en llegar. Su amigo del norte va a enviar a otros doscientos y yo estoy en contacto con otros camaradas (hombres de negocios y posibles) que están hartos de ser gobernados por un tirano, por un niño-rey que mata sin motivo. Están deseando unirse bajo la bandera del Halcón Blanco. Están deseando luchar para ti.

—Entonces, si me proporcionarais a unos cuantos...

—No. Si todos esos hombres están deseando luchar, debe ser por algo más que por tu amor, Tariq. No puedes asaltar la mayor ciudad de Jorasán con un ejército en ciernes sólo para salvar a una chica. Conviértete en un auténtico líder. Tranquilízate. Espera. Cuando llegue el momento, tu paciencia se verá recompensada. Confía en mí.

El muchacho cerró los ojos y apretó los puños, esforzándose por controlar la creciente oleada de emociones.

—Omar...

Este suspiró.

—Ay, amigo mío. No apeléis a mi gusto por las historias de amor. Soy un anciano sin hermanos ni hijos..., el último de mi estirpe. No lucharé. Es demasiado duro limpiar la sangre de una vieja espada. Sabed que de buen grado arriesgaría mi humilde vida por amor, pero ¿las vidas de mi pueblo y de los que cabalgan en mi nombre? No puedo arriesgar semejante tesoro. Lo siento mucho, amigo mío.

Tariq se bebió su té en silencio mientras Omar y su tío cambiaban de derrotero. Las palabras pululaban a su alrededor, reverberaban en sus oídos,

se filtraban en el humo... sin sentido. Cuando el té se enfrió, aprovechó para marcharse. La rabia continuaba bulléndole por dentro como el agua del *galyan* y, cada vez que pensaba en el niño-rey, veía unos ojos que refulgían como el carbón en la alta cazoleta.

Un loco con carácter y afición por la muerte.

Y la cara de Sherezade entre sus brazos, en paz.

—¿Tariq-*jan*? —Una vocecilla tímida lo llamó por detrás.

—¿Qué? —espetó, dándose la vuelta.

Jahandar retrocedió, boquiabierto; la punta de su barba rala se erizaba con la balsámica brisa de la noche.

El joven soltó una lánguida exhalación.

—Lo siento, Jahandar *efendi*. Perdonadme.

Este sacudió la cabeza.

—No, no. Discúlpame tú a mí por perturbar tus pensamientos.

—No pasa nada. —Apretó los dientes—. Debería aprender a controlarlos mejor.

El anciano asintió. Juntó las manos y jugueteó con la parte delantera de su fajín *tikka*.

—¿Queríais decirme algo? —le preguntó Tariq.

—Sí. —Tragó saliva—. Sí, así es. —Enderezó los hombros y entrelazó las manos—. ¿Estás..., estás dispuesto a hacer lo que sea necesario para salvar a mi hija?

El muchacho abrió los ojos como platos y dio un paso adelante.

—Sabéis que sí.

Los ojos de Jahandar brillaron a la luz de las antorchas.

—Entonces, deja que te ayude.





## ALGUIEN QUE SABE

Fue el chirrido apagado de la puerta lo que la despertó. Era capaz de reconocerlo incluso dormida.

Pero esta vez era diferente.

Había algo en su alcoba. Algo impulsivo y temerario.

Unos ojos la observaban. Unos ojos indeseados. Sintió que unos ligeros pinchazos le recorrían la nuca y la sangre se le aceleró, encendida de miedo.

La quietud de unas pisadas cercanas la obligó a tomar una rápida decisión.

Abrió los ojos y gritó, llenando la oscuridad de sonido y sobresalto. Las pisadas se abalanzaron hacia ella, que gateó por los cojines en un intento por escapar. Tiró de la gasa mientras maldecía su inútil existencia.

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando vio que la puerta de Despina se abría al otro lado de la alcoba.

—¿Sherezade?

Unas sombras enormes empezaron a moverse por su habitación, sombras ocultas en algo más que la noche.

«¡Oh, Dios! ¡Despina!».

Agarró el taburete que había junto a su cama y volvió a gritar, tratando de apartarlas de su doncella. Si Despina lograba salir por la puerta de la alcoba...

Cuando una mano intentó atrapar a Sherezade, ella blandió el taburete en su dirección.

—¡Sherezade! —chilló la doncella.

—¡Vete!

La muchacha se dirigió a toda prisa hacia las puertas dobles mientras dos sombras convergían en ella. Consiguió abrir una de un tirón y corrió por los pasillos de mármol del palacio. Una sola palabra avivada por el terror resonaba en su estela:

—¡Jalal!

Las sombras se cernieron sobre Sherezade y una la agarró por detrás. Cuando la atrajo hacia sí, un par de furiosos ojos masculinos relucieron bajo una máscara negra. Ella le lanzó el taburete a la cabeza, pero él lo interceptó mientras susurraba una palabrota y le dio una bofetada en la mejilla con el dorso de la mano.

Rodó por el mármol y sus ojos se empañaron de lágrimas por el creciente escozor. Cuando otra sombra trató de tirar de ella para que se pusiera en pie, alargó la mano y le arrancó la tela que le cubría la cara. Él la agarró por la garganta, la levantó y la empujó contra la pared.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? —Sherezade pataleaba y le arañaba.

Más pisadas resonaron por los pasillos exteriores.

Ambas puertas se abrieron de par en par con pesarosa protesta, revelando una solitaria figura y la silueta de una espada.

«Jalid».

Su captor empezó a reír, con una risa grave y cruel, mientras aumentaba la presión en su cuello.

El califa no hizo preguntas. No intentó negociar. Su *shamshir* destelló en la oscuridad y una sombra cercana a la puerta cayó acompañada de un gorjeo y una serie de golpes secos y nauseabundos. Un momento después, Jalal apareció en el umbral seguido del *rajput*.

—¡Sacad a Jalid de aquí! —le gritó a este último.

El *rajput* lo adelantó de un empujón desdeñoso y levantó su *talwar*.

Jalid blandió su espada y avanzó; las sombras se congregaban a su paso.

Había al menos ocho, incluida la que retenía a Sherezade clavada a la pared.

El sonido de las espadas al desenfundarse se propagó por la alcoba y el hombre que la sujetaba por la garganta se la acercó aún más y le envolvió el cuello con un antebrazo de músculos fibrosos.

El *rajput* se enfrentó a la vanguardia de sombras y Jalid y Jalal lo flanquearon a cada lado. Las armas entrechocaban, metal contra metal, y la muerte surcaba el aire, dejando un rastro de sangre e ira vengativa.

Las sombras estaban perdiendo.

El apresador de Sherezade empezó a arrastrarla hacia las celosías abiertas que daban a la terraza. Al aflojar la llave que la oprimía, ella consiguió retorcer un brazo hasta liberarlo. Probó a asestarle un puñetazo al azar en la cara, pero le dio en la mandíbula y se revolvió para echar a correr. El hombre arremetió contra ella, enganchándole un hombro con una mano y la nuca con la otra.

—Os mataré por eso —le espetó al oído.

—Dice un hombre muerto —rugió ella.

—Todavía no. —Le deslizó la mano desde el cuello hasta el pelo y le enredó los dedos en la raíz, colocándola como un escudo. La muchacha reprimió un grito y sus ojos comenzaron a empañarse—. ¡Jalid ben al Rashid! —vociferó su captor.

Cuando la vista se le aclaró, vio que Jalal y el *rajput* estaban a un cuerpo de distancia con sus armas en ristre.

Jalid dio un último tajo con su espada y la sangre de su oponente le salpicó en el torso desnudo y en la cara, formando líneas de un rojo oscuro. Luego atravesó la habitación con los ojos rebosantes de rabia mientras su espada plateada goteaba carmesí.

Las sombras depredadoras se habían quedado quietas y en silencio.

Cuando el califa se aproximó, la mano en el pelo de Sherezade apretó a su

presa. El hombre le dio un fuerte tirón que le arrancó un grito de los labios.

Jalal blasfemó y la hoja de su cimitarra destelló con un rayo de luz de luna.

Jalid detuvo sus pasos.

El hombre rió y su risa sonó como piedra contra metal. Con su otra mano le puso un pequeño puñal en la garganta.

—¿Ni una sola súplica? —le susurró a Sherezade al oído.

—Yo no imploro —replicó ella—. Y mucho menos a hombres muertos.

—¿Y el poderoso califa de Jorasán? —dijo a la noche—. ¿Va a formular el Rey de Reyes alguna súplica?

Jalid volvió a aproximarse a las sombras en un silencio brutal, alzando su *shamshir* en diagonal.

—¡No os mováis, bastardo hijo de perra! —explotó el captor—. O le atravesaré la garganta. Podéis contemplar cómo muere, igual que vuestra madre.

El califa se quedó petrificado. Sherezade vio cómo se le transformaba la cara.

Los ojos de ámbar fundido se perdieron en recuerdos borrosos. Se perdieron en la derrota. Su angustia descarnada abrasó el alma de Sherezade y la dejó sin aliento. El *shamshir* manchado de sangre cayó a su lado.

—Os mataré por eso —juró ella con voz entrecortada por encima de su hombro.

La risa de quien la retenía era un retumbo despiadado contra su espalda.

—¿Qué queréis? —preguntó Jalid con calma.

—Soltad el arma.

El *shamshir* golpeó el mármol con un agudo clang. Sin la menor vacilación.

La sombra sonrió, triunfante.

—Decidles que tiren las armas.

—¡Basta! —gritó la muchacha.

«Mírame, Jalid. ¡Por favor! No escuches a este animal».

El captor le retiró la mano de la nuca y le cogió la barbilla, elevándole la mandíbula. Apretándole el puñal.

—Jalal, Vikram, haced lo que dice. —La voz del califa sonaba rotunda. Resignada.

—¡Jalid! —gritó Sherezade desesperada—. No lo hagas. Jalal, no lo escuches. No podéis...

—Decid una palabra más y me aseguraré de que sea la última. —Cambió la mano de la barbilla a la boca.

Ella la mordió tan fuerte como pudo; el sabor a sal y a sudor le inundó la lengua. El hombre dio un alarido y aflojó el puño. Sherezade le asestó un fuerte golpe con el codo en el vientre y el puñal resbaló por su garganta, dejando atrás un reguero candente. Acto seguido, un par de brazos fuertes la apartaron de un tirón y la atrajeron a un pecho manchado de sangre.

El corazón de Jalid martilleaba a su alrededor, alto y rápido. Latía a toda prisa contra su mejilla y cada latido era una promesa tácita.

Durante un suspiro, eso fue suficiente.

El *rajput* derribó al captor. Jalal le plantó una rodilla en el torso y le golpeó en la mandíbula con una empuñadura adornada con piedras preciosas.

—¿En qué mundo creísteis que podríais salir airoso de esta? —le preguntó el capitán furioso—. ¿A mi primo? ¿A mi familia? —Su empuñadura destellante continuaba su ataque violento.

—¡Basta! —El califa pronunció la palabra con tanta fuerza, con tanta furia, que mitigó todo sonido de la alcoba. Se agachó para alcanzar su *shamshir* y la espada se arrastró por el mármol con un chirrido amenazador.

Por iniciativa propia, Jalal se retiró del hombre dando un paso atrás y se

colocó al lado de Sherezade. El *rajput* se fundió en las sombras cercanas arrojando con sus manos la empuñadura de su *talwar*, con sus rasgos barbudos fríamente montaraces a la luz de la luna.

Jalid avanzó.

El hombre estaba tirado en el suelo y sangraba por la nariz y por la boca. Cuando vio que Jalid se cernía sobre él, empezó a reír en forma de carraspeo entrecortado.

El califa le colocó la punta de la espada en la garganta.

—Ella tenía razón. Sois hombre muerto, pero estoy dispuesto a negociar los grados de dolor.

La risa ruidosa del hombre ganó volumen.

—¿Quién os ha enviado? —continuó en un susurro violento.

—Alguien que quiere veros sufrir.

—Decidme quién es y os ahorraré buena parte del dolor que sin duda merecéis.

El sujeto tosió y hebras carmesíes colgaron de su boca hinchada.

—¿Creéis que os temo, muchacho?

—Preguntaré por última vez, luego la respuesta se os arrancará de los labios.

—¿Creéis que podéis frustrar las manos del destino? No importa cuánto tiempo intentéis combatirlo, pagaréis el precio, Jalid ben al Rashid. —El hombre desvió la mirada hacia Sherezade con intención irrefutable.

—Se acabaron las palabras. —Jalid apretó la espada en su cuello, abriendo un fino hilo de sangre—. En esto, desde luego, soy hijo de mi padre.

La risa del hombre se volvió maníaca.

—¿Deseáis saber quién me envió, poderoso Rey de Reyes? Os lo diré —resolló, y empezó a asfixiarse—: «Alguien que sabe».

Y, tras decir esto, él mismo se atravesó la garganta con la punta de la

espada.

Jalal agarró a Sherezade y le escondió la cara en su hombro. Sentía cómo le temblaban las manos y le posó la suya en la mejilla en un intento por tranquilizarla.

El *rajput* se acuclilló junto al cadáver. Recorrió la silueta inmóvil con sus ojos negros e insondables. Luego le levantó la manga oscura que le cubría el antebrazo derecho. A la pálida luz de la luna que se derramaba desde la terraza, Sherezade distinguió una débil marca cauterizada en su piel: el contorno de un escarabajo.

—Un perro *fida`i* —refunfuñó el *rajput* como un trueno lejano.

Jalid contempló la marca en silencio antes de dar media vuelta. Tras maldecir en voz baja, lanzó su *shamshir* al otro extremo de la habitación.

—¿Qué pasa? —le preguntó la muchacha a Jalal.

—*Fida`i*. Mercenarios a sueldo. Asesinos.

Ella inhaló profundamente; las preguntas se le atoraban en la garganta.

El capitán le vio el cuello.

—Dios mío, estáis sangrando. —Le apartó el cabello.

Antes de que tuviera oportunidad de reaccionar, la auparon del suelo. Jalid hizo caso omiso de sus protestas y la alejó de la carnicería, seguido muy de cerca por Jalal y el *rajput*. Cuando cruzaron el umbral, los cuerpos sin vida de los dos guardias reales apostados en la puerta la miraron con ojos vidriosos. Tenían la garganta abierta. Reprimió un grito.

—Están todos muertos —anunció el califa sin mirarla—. Todos los guardias de este pasillo lo están.

Ella se agarró aún más fuerte a su cuello mientras recorrían el corredor. Tan pronto como dieron media vuelta a la esquina, unos soldados aparecieron por las puertas, liderados por el general Al Juri.

—¿Está herida? —preguntó el *shahrban* con voz apremiante.

—Estoy bien —respondió, por un instante desconcertada por su preocupación—. De verdad.

—Está herida —aclaró Jalal.

—No es nada —argumentó ella—. Bájame, puedo andar.

Jalid la ignoró.

—Puedo andar, Jalid.

De nuevo se negó a mirarla, y mucho menos a responderle.

Recorrían los pasillos mientras los guardias les alumbraban el camino, rodeándolos en forma de un bastión resplandeciente de acero y antorchas. Sherezade decidió ceder en aquella batalla en particular y se recostó en Jalid. Cerró los ojos ante el resplandor por un instante y el califa la apretó con más fuerza.

Salieron a otro corredor más pequeño que nunca había visto. Estaba revestido de piedra y tenía un techo arqueado de suave alabastro. De repente se detuvieron ante unas puertas dobles de ébano pulido, con bisagras de bronce y hierro.

—Que los guardias se aposten aquí y en las puertas que conducen a mi alcoba hasta próximo aviso —ordenó Jalid—. Os lo advierto: si se produce la más ligera brecha en cualquiera de estas entradas, responderéis ante mí.

Un guardia asintió con energía antes de tirar de uno de los picaportes de bronce. El califa atravesó las enormes puertas de ébano con Sherezade en brazos. No la soltó, sino que cruzó una antecámara negra como boca de lobo hasta otras puertas idénticas a las primeras. Una vez que traspasaron aquel umbral, entraron en una vasta habitación con el techo abovedado en cuyo centro había una única lámpara encendida de oro enrejado. Jalid posó a Sherezade en el borde de una cama situada en una plataforma y cubierta de seda mate. Luego se dirigió hacia un inmenso armario de ébano que había en la pared trasera y sacó tiras de lino y un recipiente pequeño y redondo antes



de coger un jarro de encima de su mesa.

Entonces se arrodilló ante Sherezade y le apartó el pelo por el hombro para examinarle la herida.

—Ya te lo he dicho —insistió ella—. No es nada. No puede ser peor que un arañazo.

Él vertió agua del jarro en una tira de lino. Se la acercó al cuello y empezó a limpiar la herida.

Sherezade examinó su cara mientras lo hacía. Sus oscuras ojeras se habían vuelto más pronunciadas. Unas líneas de sangre seca le atravesaban la mejilla y la frente y manchaban su piel bronceada por el sol. Tenía los rasgos tensos y evitaba su mirada. Los ángulos de su perfil seguían siendo duros. Inflexibles. Como los bordes de un pergamino arrugado que pidieran que los alisaran... o los desecharan de una vez por todas.

Cuando empañó otro trozo de lino, ella colocó una mano sobre la suya y se lo quitó. Llevó la tira a su cara y le limpió la oscura sangre de su enemigo.

Al final, los ojos de tigre de Jalid se posaron en los suyos. Se quedaron clavados en ella en un silencio conmovedor mientras le retiraba los restos de la muerte con dedos firmes y gráciles. Entonces se inclinó hacia delante, apoyó su frente en la de Sherezade y agarró sus manos entre las suyas, deteniéndolas.

—Quiero enviarte lejos. A un lugar donde nada de esto pueda afectarte —empezó.

A ella se le estremeció el corazón y se echó hacia atrás.

—¿Enviarme lejos? ¿Como si fuera una cosa?

—No. No es eso lo que quería decir.

—Entonces, ¿qué has querido decir?

—Quiero decir que no puedo mantenerte a salvo. De nada.

—¿Y tu respuesta a eso es enviarme lejos? —repitió en un susurro

peligroso.

—Mi respuesta no es una respuesta, es una voluntad de hacer lo que haga falta..., incluso algo tan odioso como apartarte de mi lado.

—¿Y esperas que obedezca? ¿Que vaya adonde ordenes?

—Espero que confíes en mí.

Sherezade entornó los ojos.

—Deberías saber que no veo con buenos ojos que me trates como una posesión.

—Yo nunca te he tratado como una posesión, Sherezade.

—Hasta que has hablado de enviarme lejos.

Jalid le puso las manos en los costados.

—Eres mi esposa. Te están atacando por mi culpa.

—¿Quiénes? ¿Te refieres a los *fida'i*? —Vaciló—. ¿Quiénes son? ¿A quién juran lealtad?

—A quienquiera que pague su precio. La lealtad va y viene con la marea; el oro, no. Los hombres que los contrataron tienen poco que ofrecer, aparte de eso.

—¿Y crees que ayudará en algo que cedas ante esos hombres?

—No me importa lo que piensen mientras estés a salvo.

—Pues debería. Ya va siendo hora de que empiece a preocuparte. No puedes continuar gobernando este reino de manera tan insensible.

Él sonrió, resentido y molesto.

—Hablas como si comprendieras. Como si supieras.

—Tienes razón. No entiendo nada. No sé nada. ¿Y de quién es la culpa?

—Sherezade se apartó de su torso desnudo y se levantó de la cama, dejándolo atrás.

—Ya te he explicado el porqué. —Jalid se puso en pie—. No es seguro que conozcas ciertas cosas. Que conozcas...

—¿Que conozca el qué? —Se dio la vuelta para quedar frente a él—. ¿A ti? Como si pudiera aspirar a conseguir semejante cosa. Sin embargo, como una tonta, he querido aprender, comprender lo que te aflige, lo que te proporciona dicha. Pero sigo sin saber ni lo más trivial. No sé cuál es tu color favorito, qué comidas detestas, qué olor te trae a la memoria un recuerdo imborrable. No sé nada porque tú me pones trabas a cada paso del camino.

Él la contemplaba mientras hablaba con gesto cauto y compostura reflexiva, aunque sus ojos revelaban un conflicto más profundo que ya no luchaba por ocultar.

—No sé qué es lo que quieres de mí, Sherezade. Sólo sé que no puedo dártelo. No por ahora.

—No puede ser tan difícil, *Jalid-jan*. Mi color favorito es el violeta. El perfume de las rosas me hace sentir en casa esté donde esté. No me entusiasma el pescado, pero me lo como para contentar a un ser querido y sonreiré aunque sufra por dentro.

Jalid permaneció como una efigie; el conflicto en sus ojos continuaba.

Con un suspiro atormentado, Sherezade dio media vuelta y se dirigió a la entrada.

—Buenas noches.

Jalid se puso a su lado en unas cuantas zancadas y presionó la puerta de ébano con la mano para evitar que se marchara.

—¿Qué quieres que haga? —le dijo en voz baja.

Ella no levantó la vista, aunque el corazón le tamborileaba en la garganta.

—Demuéstrame que un hombre de verdad no alardea de lo que es suyo. Lo es y punto.

—¿Ah, sí? ¿Eres mía? —le preguntó él con calmada solemnidad.

La convicción de Sherezade flaqueó aún más.

—Te lo he advertido: no trates de apropiarte de mí.

—Yo no quiero apropiarme de ti.

Ella giró el cuello para mirarlo a los ojos.

—Entonces, no vuelvas a decir que me envías lejos. No soy tuya para cumplir tu voluntad.

Los rasgos de Jalid se suavizaron adrede.

—Tienes toda la razón. No eres mía. —Dejó caer la mano de la puerta—. Yo soy tuyo.

Sherezade apretó fuerte los puños y se obligó a recordar un tiempo en el que ella no significaba nada para él. Un tiempo en el que él significaba menos que nada para ella y lo único que importaba era el ojo por ojo.

Por desgracia, ya no veía al mismo chico ante sí. Sólo luz en medio de un mar de oscuridad y la infalible promesa de algo más. Pero no vio todo lo que debería haber visto: el dolor, la rabia, la traición. Aquellas cosas siempre se diluían, y se despreciaba por ello.

Antes de que pudiera detener sus manos, estas se alargaron hasta él, como si no existieran por otro motivo que para tocarlo. Sus dedos le acariciaron la mandíbula como una pluma antes de apartarse y él cerró los ojos inhalando con suavidad. Como el veneno que juguetea con su antídoto, las manos de Sherezade la ignoraron y asumieron el control: una simple muestra de su piel no era ni mucho menos suficiente. Nunca lo había sido. Empezaron por su frente y continuaron por sus sienes antes de resbalar hasta su pelo, suave como la seda y negro como la noche. Sherezade vio que abría los ojos y que estos pasaban del líquido al fuego bajo sus dedos. Le bajó las manos por el cuello, donde se detuvo.

—¿Por qué no me tocas? —susurró.

Tardó unos instantes en responder.

—Porque si empiezo, no podré parar.

—¿Quién te ha pedido que pares? —Sus dedos descendieron hasta su

pecho.

—¿Y si no puedo darte las respuestas que quieres?

De nuevo, ella no respondió.

Sin embargo, allí, en la calidez de sus ojos, estaba todo.

—Entonces, dame esto. —Se puso de puntillas y posó sus labios en los del califa.

Como él no respondía, curvó la lengua contra su labio inferior y él le rodeó la cintura como una lenta quemadura. Creyó que iba a rechazarla, pero lo que hizo fue atraerla hacia sí. Jalid la besó, uniéndola con el todo. Sherezade le rodeó el cuello con los brazos y él la hizo retroceder hasta que estuvo apoyada en la puerta de ébano y sus respiraciones se acompañaron, lenta y rítmicamente.

—Jalid. —Ella le agarró los hombros cuando sus labios le rozaron la delicada piel bajo la barbilla. El corazón le latía tan fuerte que al principio no percibió el toque en la puerta.

—*Sayidi*.

—Jalid —repitió, agarrándole las muñecas.

Él maldijo en voz baja y alcanzó el picaporte de bronce.

—Sí. —Su respuesta fue grave e irascible.

El guardia hizo una reverencia por la ranura de la puerta.

—El *shahrbán* desea hablar con vos. El capitán Al Juri puede haber determinado cómo entraron los intrusos en palacio.

Jalid asintió con brusquedad y cerró. Se pasó la mano por el lateral de la mandíbula antes de girarse hacia Sherezade una vez más.

Ella estaba apoyada en la puerta de ébano con las manos juntas detrás de la espalda.

—Ve —dijo en voz baja.

Él se detuvo en reflexivo escrutinio.

—Yo...

—No te preocupes. Me quedaré aquí.

—Gracias. —Cuando volvió a alcanzar el picaporte, se demoró y sonrió para sí mismo.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué ocurre?

—Es un castigo apropiado para un monstruo. Ansiar algo, tenerlo en los brazos y saber más allá de toda duda que nunca lo mereceré. —Abrió de un tirón y atravesó el umbral sin esperar una respuesta.

Sherezade resbaló hasta el suelo. Las manos que se habían mostrado firmes contra él ahora temblaban ante su cara. La prueba de que estaba siendo también castigada por sus propias transgresiones. Castigada por desear a un monstruo.

Agradeció en silencio a las estrellas aquel pacto con el destino, pues su monstruo no parecía saber que toda razón la había abandonado por espacio de un suspiro.

Que la culpa se desplomaba a su alrededor.

Y que las preguntas atosigaban su alma.

«Alguien que sabe».



# UNA SOMBRA DE LO QUE SIENTO

Sherezade permaneció sumida en la tierra baldía de sus pensamientos mientras examinaba los prismas de luz de la lámpara de oro enrejado. Cuando dejó de sentir las plantas de los pies, se levantó. Sus ojos vagaron por la habitación y contemplaron cuanto la rodeaba con el cuidadoso escrutinio de un depredador a su presa.

El suelo era de ónice negro y las paredes estaban talladas en el mismo alabastro liso del pasillo que daba a la entrada de la antecámara. El mobiliario era de ébano y trazaba líneas abruptas. Todas las superficies estaban desnudas y despejadas. La cama carecía del surtido de cojines del que Sherezade disfrutaba en la suya, de aquel brillo familiar y exuberante que invitaba a tumbarse.

Como su ocupante, la estancia parecía fría y desangelada..., reticente a ofrecer la menor claridad.

«Esta habitación es como una cárcel, o incluso peor».

Suspiró para sí y el sonido reverberó desde el alto techo abovedado. Recorrió el perímetro de la alcoba; sus pies descalzos dejaban huellas en el brillante ónice negro que, como si de susurros se tratara, se desvanecían en pocos segundos.

La única lámpara del centro de la estancia parecía triste e inquietante. No proporcionaba suficiente luz y sus sombras titilantes se veían más siniestras que hermosas en el frío alabastro blanco.

Era un lugar demasiado lúgubre para llamarlo refugio, con un aspecto tan inquebrantable como su dueño.

Cuanto más lo observaba Sherezade, más consciente era y menos lo entendía. Cada cosa ocupaba un sitio concreto, tenía un orden asignado. Lo único que estaba fuera de lugar era ella y las tiras de lino manchadas de sangre en el borde de la plataforma. No había ninguna evidencia de vida, ningún rastro de emociones.

Se dirigió a la cama y quitó las tiras. Luego recogió las que no se habían usado y el pequeño recipiente de bálsamo que Jalid había sacado del armario de ébano a su llegada. La inmensa puerta del armario estaba todavía entornada. Se dirigió hacia él, acarreando las vendas limpias y el bálsamo. Asió una de las anillas de bronce y examinó el interior. Como ocurría con la habitación, los estantes estaban meticulosamente contruidos y organizados. En dos de ellos había libros ordenados por altura en orden descendente y otro estaba atestado de pergaminos sellados. La balda que se hallaba situada a la altura de sus ojos contenía un surtido de tarros de diferentes formas y tamaños. El hueco del recipiente de bálsamo era evidente y lo dejó en su sitio junto con las vendas.

Cuando se disponía a cerrar la puerta, se fijó por casualidad en un estuche de cuero lleno de pergaminos sueltos que parecía que hubieran colocado a última hora entre dos volúmenes enormes en uno de los estantes superiores.

Parecía fuera de lugar, igual que ella.

En parte, sabía que debía dejarlo donde estaba. No era su habitación ni sus cosas.

Pero... la llamaba. Aquella colección de hojas susurraba su nombre como desde detrás de una puerta cerrada con una llave prohibida. Contempló el estuche.

Como le había pasado a Tala con el manajo de llaves de su esposo Barba



Azul, el conjunto de pergaminos reclamaba su atención.

Y, como Tala, no podía ignorarlo.

Tenía que saber.

Se puso de puntillas y tiró del estuche con ambas manos. Este se deslizó por entre los tomos y Sherezade lo sostuvo en su pecho durante un momento de incertidumbre antes de arrodillarse en el ónice negro. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando lo levantó. El fajo de pergaminos estaba invertido y era ilegible, de modo que lo agarró y lo enderezó con cuidado.

Lo primero que descubrió al final fue la firma formal de Jalid, garabateada con una letra clara y pulcra. Cuando sus ojos escudriñaron el resto de la página, se dio cuenta enseguida de que se trataba de una carta...

De una carta de disculpa dirigida a una familia de Rey.

Sherezade pasó al siguiente pergamino.

Era otra carta de disculpa. Dirigida a otra familia.

A medida que pasaba las páginas, se fue dando cuenta. Asumiéndolo.

Se trataba de cartas de disculpa dirigidas a las familias de las muchachas asesinadas al amanecer por una mano despiadada y un cordón de seda.

Todas estaban fechadas. Todas reconocían la única responsabilidad de Jalid. Ninguna ofrecía una justificación para las muertes, una excusa.

En ellas, Jalid se limitaba a disculparse de una manera tan abierta y cargada de sentimiento que hizo que se le secara la garganta y le doliera el pecho.

Estaba claro que habían sido escritas sin intención de que se entregaran. Las palabras de califa eran demasiado personales e introspectivas para ser contempladas por unos ojos distintos de los suyos. Pero su obvio autodesprecio atravesó a Sherezade con la efectividad de un cuchillo recién afilado.

Hablaba de cómo había contemplado sus caras asustadas y sus ojos

llorosos con la deplorable noción de que estaba arrebatándoles a sus familias la alegría de vivir. Robándoles la sangre de sus corazones, como si tuviera derecho. Como si alguien tuviera derecho.

*Vuestra hija no es un antojo ni un capricho. Vuestra hija es vuestro mayor tesoro y nunca deberíais perdonarme por lo que he hecho. Como yo nunca me perdonaré a mí mismo.*

*Sabed que nunca tuvo miedo. Cuando miró a la cara al monstruo que la sentenció a morir, no flaqueó. Ojalá tuviera yo la mitad de su valor y un cuarto de su espíritu.*

*Anoche Roya pidió un santur. Sus notas atrajeron a su puerta a todos los guardias del pasillo, mientras que yo permanecí en el jardín escuchándola, como el frío e insensible bastardo que soy. Fue la melodía más bonita que he oído en toda mi vida. Una melodía que, al recordarla, lo vuelve todo triste y gris.*

Las lágrimas empezaron a correrle por la cara. Pasó las páginas más rápido.

Hasta que encontró la dirigida a la familia de Reza ben Latief.

*¿Cómo empieza alguien a disculparse por arrebatárle al mundo su luz? No bastan las palabras en tal caso y, sin embargo, me rindo a su inutilidad en mi propia incompetencia. Por favor, sabed que nunca olvidaré a Shiva. Durante el breve instante que contempló la cara de un monstruo, se dignó a sonreír y perdonar. En esa sonrisa percibí una fuerza y una profundidad de entendimiento que nunca esperé comprender. Me partió el alma. Lo siento, lo siento, lo siento. Más de mil veces. Me arrodillo ante vosotros y no me cansaré de hacerlo.*

Sherezade sollozó, y el sonido de su llanto se expandió por la habitación. El pergamino tembló en sus manos.

Jalid era el responsable. Fuera cual fuese la excusa, fuera cual fuese la razón..., lo era. Había matado a Shiva.

Le había arrebatado la luz a Sherezade.

Ella lo había sabido todo ese tiempo, pero, ahora que tenía la innegable verdad entre los dedos, se dio cuenta de lo mucho que había deseado que fuera mentira. De lo mucho que había querido que hubiera algún tipo de aclaración; que él no hubiera sido más que una especie de cabeza de turco; que, de algún modo, no hubiera sido culpa suya.

Aunque sabía lo ridículo que sonaba.

Aquello la estaba matando... lentamente. Las paredes de su corazón se estaban derrumbando, dejando atrás brasas quemadas y heridas abiertas. Su llanto se intensificó. Le entraron ganas de lanzar el estuche de cuero a la otra punta de la habitación, de hacer trizas su contenido y negar sus perniciosas verdades, pero, en vez de eso, pasó la página. Y la siguiente.

Muchas.

Y no halló ni una sola explicación.

Continuó examinando los pergaminos, buscando algún propósito que diera sentido a aquellas muertes. Aferrándose a un hilo de esperanza.

Hasta que, por fin, llegó a la última carta y el corazón le flaqueó.

Iba dirigida a ella y estaba fechada aquel fatídico amanecer del cordón de seda.

*Sherezade:*

*Te he fallado varias veces, pero hubo una en que te fallé por encima de todas: fue el día que nos conocimos, cuando cogí tu mano y tú me miraste con aquel brillo de odio en tus ojos. En ese momento debí*

*haberte enviado a casa con tu familia, pero no lo hice. Había sinceridad en tu odio. Audacia en tu dolor. En aquella sinceridad me vi reflejado a mí mismo o, más bien, al hombre que me gustaría ser. Por eso te fallé. No me quedé al margen. Más tarde, creí que me bastaría con obtener respuestas. Dejaría de preocuparme. Dejarías de importarme. Y seguí fallándote. Seguí queriendo más. Y ahora no soy capaz de encontrar las palabras para decir lo que debo decirte. Para expresarte una mínima parte de lo que debo. Cuando pienso en ti, me falta aire para...*

La carta se interrumpía de golpe.

Sherezade le dio vueltas durante apenas un segundo.

Hasta que una conversación pasada la asaltó como un recuerdo distante:

«¿Y cómo sabrás que has encontrado a ese alguien esquivo?».

«Sospecho que será como el aire. Como saber respirar».

La carta cayó al suelo, de vuelta con sus hermanas. Todo su entorno se había tornado umbrío y silencioso. Había adquirido la amargura del conocimiento y la luminosidad de la comprensión.

De súbito, se vio transportada a aquel horrible amanecer y a la sensación del cordón de seda alrededor de su cuello. Se obligó a rememorar cada detalle: la luz plateada que trepaba por las azulinas briznas de hierba, la bruma que envolvía al sol de la mañana, el arrepentido soldado de brazos fornidos, la anciana con la mortaja ondeante... El miedo. La angustia. El vacío. Pero ahora, al cerrar los ojos, evocó un mundo paralelo de dolor: un niño-rey sentado a su mesa de ébano escribiéndole una carta a una chica moribunda con el sol ascendente a la altura del hombro; o ese mismo muchacho sobresaltándose al comprender, con la mano puesta en el pergamino; o corriendo por los pasillos con su primo a la zaga, irrumpiendo en un patio gris y plateado, salpicado de tinta negra y ardiente agonía...

Preguntándose si sería demasiado tarde.

Reprimiendo un grito atormentado, Sherezade tiró el estuche y su contenido al brillante ónice.

Su propia consciencia se elevaba como el alba a su espalda. Como un plomizo amanecer velado por un remolino de nubes de tormenta. Ya no le bastaba con obtener respuestas por Shiva. De hecho, sus intenciones de venganza se habían esfumado en cuanto los labios de Jalid se posaron sobre los suyos en el callejón del zoco. Había intentado hallar una razón para semejante locura, una razón para estar con él. Para estar a su lado y hacerle sonreír mientras ella reía, urdía cuentos a la luz de una lámpara y ambos compartían secretos en la oscuridad. Para quedarse dormida en sus brazos y despertar en un esplendoroso mañana.

Pero era demasiado tarde.

Él era el Mehrdad de sus pesadillas. Había abierto la puerta. Había visto los cadáveres colgando de las paredes, sin explicación. Sin justificación.

Y, sin ella, Sherezade sabía lo que tenía que hacer.

Jalid tenía que pagar por aquellas vilezas. Por aquel desenfreno de muertes.

Por mucho que fuera su aire.

Por mucho que lo amara más allá de las palabras.

Los guardias del califa estaban tensos y demasiado cerca.

Sus brillantes antorchas y sus pasos repiqueteantes le hacían un flaco favor a su intenso dolor de cabeza y al fuego que luchaba por apoderarse de sus ojos.

Cuando uno de los centinelas dejó caer la espada con un ruido atronador, Jalid tuvo que armarse de toda su voluntad para no arrancarle de cuajo el brazo.

En lugar de eso, se detuvo en mitad del tenebroso pasillo y se llevó las palmas a la frente.

—Marchaos —refunfuñó.

—*Sayidi...*

—¡Marchaos! —Las sienas le palpitaron cuando la palabra reverberó por los pasillos.

Los guardias se miraron antes de hacer una reverencia y obedecer.

Jalal permaneció apoyado en la pared, sombrío y vigilante.

—Eso ha sido muy infantil —lo reprendió una vez que los soldados doblaron la esquina.

—Tú también eres libre de marcharte si quieres. —Jalid emprendió la caminata hasta su alcoba.

Pero su primo se interpuso.

—Tienes un aspecto horrible. —Le brillaban los ojos y su frente estaba surcada de arrugas de preocupación.

El califa se lo quedó mirando, tranquilo y distante.

—Supongo que esperas que me desahogue, a juzgar por tu sincero dictamen de algo que salta a la vista. Perdóname, pero he tenido una noche dura, capitán Al Juri.

—Estoy realmente preocupado.

Jalid fingió incredulidad.

—Pues no te preocupes.

—Si te niegas a hablar de lo que ocurrió anoche, habré de seguir insistiendo.

—Y cada vez que lo intentes te llevarás una decepción.

—No. —Se cruzó de brazos—. Estás hecho un desastre. Te estremeces al menor ruido y casi le arrancas la cabeza a ese pobre chico porque se le ha caído la espada.

—No dejaba de dar traspies blandiendo una espada desenvainada. Suerte ha tenido de no tropezar y acabar ensartado en el frío acero de su propia estupidez.

—Tu sarcasmo se vuelve más cruel con la edad. Y con la arrogancia. Ya casi no hace gracia.

Jalid miró a su primo con el ceño fruncido. La sangre le zumbaba en el cuello y en las sienes. A cada latido se le emborronaba más la vista.

Adelantó a Jalal de un empujón.

—¿Qué has hecho esta noche, *sayidi*? —le gritó el capitán—. ¿Te das cuenta de que has puesto en peligro a todo tu reino cuando has depuesto la espada a petición de ese perro mercenario? Podría haberte matado y habrías dejado a Jorasán sin gobernante. Habrías permitido que los mercenarios de Salim nos dejaran sin líder al borde de una guerra potencial con Partia. —Hizo una pausa cargada de intención—. Y todo por una chica... como otra cualquiera.

Ante eso, la ya crispada compostura del califa se quebró y este dirigió toda su furia contra Jalal, girando sobre sus talones y desenvainando el *shamshir* en un único y diestro movimiento. Alzó la hoja curva hasta colocarla a escasa distancia del corazón de su primo.

Este se quedó quieto, con una serenidad impropia de la situación.

—Debes de quererla mucho, Jalid-*jan*.

Al cabo de unos instantes, este bajó la espada y arrugó la frente en un gesto de dolor y consternación.

—El amor es... una sombra de lo que siento.

Jalal sonrió, pero sus ojos no se inmutaron.

—Como primo tuyo que soy, me alegra oír eso, pero, como capitán de tu guardia, mentiría si te dijera que no me han alarmado los acontecimientos de esta noche. No eres responsable de una única joven.

—Ya lo sé. —Jalid envainó la espada.

—Yo no estoy tan seguro. Si vas a seguir comportándote con tanta imprudencia, creo que es hora de contarle la verdad a Sherezade.

—No estoy de acuerdo, y esta discusión se ha terminado. —Echó a andar de nuevo y el capitán se puso a su altura.

—Ahora es de la familia. Si estás dispuesto a morir por ella, ha llegado el momento de que le confiemos nuestro secreto —insistió Jalal en voz baja.

—No.

Lo cogió del hombro.

—Cuéntaselo, Jalid-*jan*. Tiene derecho a saberlo.

—¿Y cómo reaccionarías tú? —El califa se zafó—. ¿Cómo reaccionarías al saber que tu vida pende de un precipicio, que está sujeta a una caprichosa maldición?

—Yo arriesgo mi vida cada día, igual que tú. Algo me dice que Shezi no vive en un mundo ajeno a estas circunstancias.

Las cejas de Jalid se aplanaron.

—Da igual. No estoy preparado para contárselo.

—Y nunca lo estarás, porque la amas y luchamos por proteger a aquellos que amamos. —Jalal se detuvo junto al pasillo que conducía a la alcoba de su primo y este continuó por el mármol y la piedra sin mirar en su dirección—. *Sayidi*—le dijo desde atrás—, asegúrate de llamar al faquir esta noche. Pareces la cuerda de un arco a punto de romperse.

Jalid franqueó las puertas de la antecámara y después se dirigió hacia la entrada de su habitación. Se detuvo y asintió con la cabeza a uno de los guardias, que giró uno de los picaportes de bronce y empujó la puerta de madera pulida.

Cuando cruzó el umbral, halló la estancia completamente en silencio. Completamente inmóvil. Lo único que desentonaba eran las tiras de lino



ensangrentadas y el jarro de agua al lado de la tarima...

Y la joven dormida en su cama.

Sherezade estaba tumbada de costado, con la negra melena desplegada como opaca seda y las rodillas encogidas contra el único cojín de su cama. Una hilera de pestañas azabaches se curvaban bajo sus ojos y su orgullosa y prominente barbilla anidaba en la seda junto a su mano.

Se sentó con cuidado y procuró no mirarla demasiado. Tocarla no era una opción.

Era una joven peligrosa, muy peligrosa. Una calamidad. Una montaña de imán que, sin el menor estremecimiento, hacía naufragar los barcos y los hundía en sus tumbas acuáticas. Con una simple sonrisa y un leve encogimiento de su naricilla.

Sin embargo, pese a ser consciente de esto, se rindió a su influjo. Sucumbió a la simple necesidad de estar junto a ella. Con una lenta exhalación, dejó el *shamshir* en el suelo y se acomodó a su lado. Miró al techo, a la única llama que titilaba en la lámpara dorada sobre su cabeza. Hasta esa tenue luz le hacía daño en los ojos. Los cerró con fuerza, intentando liberarse del cansancio y del persistente tormento de aquella bestia encadenada que no dejaba de bramar dentro de su cabeza.

Sherezade se movió y se giró hacia él, como impelida por un inexplicable impulso. Su mano cayó sobre su pecho y su frente se ajustó a su hombro con un amortiguado suspiro.

Sin poder evitarlo, Jalid abrió sus ojos ardientes para mirarla una vez más.

Aquella peligrosa joven. Aquella belleza cautivadora.

Aquella destructora de mundos y creadora de maravillas.

La urgencia de tocarla se hizo más apremiante y su brazo se movió para abrazarla. Enterró la nariz en su pelo, en el mismo aroma a lilas que se burlaba de él desde el otro lado de la ventana. La pequeña y grácil mano de

su pecho se elevó hasta situarse junto a su corazón.

Fuera cual fuese el tormento que tuviera que soportar. Fuera cual fuese el mal al que tuviera que enfrentarse...

No había nada que le importase más.

Entonces oyó un ruido en el rincón más alejado de la alcoba.

Pestañeó varias veces en un intento por enfocar la vista. Sus músculos se tensaron, alerta, cuando notó un movimiento borroso. Apretó los ojos con fuerza para aclarar la imagen, luchando por distinguir algo entre las capas de niebla y sombras. El dolor del entrecejo aumentó cuando el pulso se le aceleró para acometer aquel desafío imprevisto.

Captó otro movimiento borroso al otro extremo de la estancia, esta vez en el rincón opuesto.

Le quitó el brazo de encima a Sherezade y buscó el jarro de agua.

Cuando percibió un nuevo destello junto a su mesa, tiró el recipiente en su dirección y se levantó con el *shamshir* en la mano.

El sonido del jarro al estrellarse contra el ébano despertó a Sherezade, que se incorporó con un grito de sobresalto.

—¿Jalid? ¿Qué pasa?

Este no dijo nada mientras contemplaba la quietud en torno a su mesa. Volvió a pestañear con fuerza. Sus ojos centelleaban con el fuego de mil soles. Se presionó con la palma entre las cejas y apretó los dientes.

Sherezade se levantó de la cama y acudió a su lado.

—¿Estás... herido?

—No. Vuelve a dormir. —Sus palabras sonaron crueles incluso a sus oídos.

—Me estás mintiendo. —Levantó la mano y le envolvió la muñeca con sus suaves dedos—. ¿Qué ocurre?

—Nada. —De nuevo, el dolor atravesó la palabra como una lanza,

haciéndola sonar más brusca de lo que pretendía.

Ella le tiró del brazo.

—Mentira.

—Sherezade...

—No. O me dices la verdad o me marcho de tu alcoba.

Jalid permaneció callado mientras la bestia de su cabeza seguía rugiendo con indecible vigor.

Sherezade reprimió un sollozo.

—Otra vez. Y otra. —Dio media vuelta y se encaminó hacia las puertas de ébano.

—¡Espera! —Jalid intentó ir tras ella, pero la cabeza estaba a punto de explotarle y tenía la vista tan distorsionada que le resultó imposible. Farfullando, soltó el *shamshir* y cayó de rodillas mientras se aferraba las sienes.

—¡Jalid! —Ahogó un grito y corrió a su lado—. ¿Qué te pasa?

Fue incapaz de responder.

La oyó correr hacia las puertas y abrir una.

—¿Mi señora? —le preguntó un guardia.

—Buscad al capitán... No, al general Al Juri —le ordenó—. ¡Corred!

Esperó junto a la entrada hasta que, poco más tarde, oyó que llamaban con suavidad.

—Mi señora Sherezade —empezó a decir el tío de Jalid—. ¿Qué...?

—Su cabeza. Por favor, le... duele mucho. —El sonido del miedo en su voz desconcertó al califa. Más de lo que quiso admitir.

—Quedaos con él, volveré enseguida.

La puerta se cerró de nuevo.

Sherezade regresó a su lado. Jalid se apoyó en el filo de la cama y se hizo un ovillo, apretándose la frente con tanta fuerza que llegó a ver chiribitas.

Cuando la puerta se abrió otra vez, Sherezade se puso rígida y el califa notó que se acercaba para protegerlo.

—*Sayidi*. —La voz del faquir resonó por encima de él.

Jalid suspiró con los ojos bien cerrados.

—Mi señora —la llamó el general—, por favor, venid conmigo.

Su cuerpo se tensó aún más, preparándose para resistirse.

—Eh...

—*Sherezade-jan* —la interrumpió con delicadeza—, por favor.

—No —espetó Jalid con voz ronca, y le tendió la mano—. Ella se queda.

—*Jalid-jan*...

Se obligó a abrir sus doloridos ojos y a mirar a su tío.

—Mi esposa se queda.



## AVA

Sherezade no sabía qué hacer con la escena que estaba teniendo lugar ante sus ojos.

El extraño anciano vestido de blanco no caminaba con los andares de una persona normal. No pestañeaba. Parecía no respirar.

Y la escrutaba con tal intensidad que le revolvió el estómago en una espiral de nudos.

—*Sayidi* —repitió el extraño, y se acercó a Jalid.

Sin mediar palabra, Jalid inclinó la cabeza. El hombre alzó las palmas de las manos y las colocó en las sienes del califa. Entonces cerró los ojos. Sherezade sintió que el aire de la estancia se detenía. Una sensación extraña le rondó el corazón y un escalofrío le recorrió la espalda.

Cuando el desconocido volvió a abrir los ojos, estos brillaban blancos, como el centro cegador de una llama. Entre sus manos, una bola de fuego caliente y de un rojo anaranjado se desplegó por toda la frente de Jalid.

La peculiar sensación del pecho de Sherezade se dilató y la joven reprimió un grito. Le recordó a aquella tarde de la semana anterior... con la alfombra flotante.

El círculo de luz que rodeaba la cabeza del califa emitió palpitations amarillas y destelló aún más antes de subir trazando espirales en la oscuridad y replegarse a las manos en forma de garra del anciano.

Y la sensación que atenazaba el corazón de Sherezade desapareció.

Jalid exhaló con cuidado. Los hombros le rodaron hacia delante y la tensión empezó a abandonar su cuerpo.

—Gracias —le susurró al hombre con una voz reseca y descarnada.

Ella alzó la vista a aquel extraño manipulador de la magia. El hombre la miraba con una peculiar expresión perspicaz otra vez.

—Gracias —reiteró desconcertada.

El anciano frunció el ceño con los ojos imperturbables inundados de malestar.

—*Sayidi*...

—Vuestro consejo es siempre bienvenido. Soy consciente de vuestras preocupaciones —le interrumpió Jalid con tono sereno.

El anciano hizo una pausa.

—Está empeorando y continuará agravándose.

—De nuevo, lo entiendo.

—Perdonad mi insolencia, *sayidi*, pero no es así. Ya os lo advertí antes y mis peores miedos se están cumpliendo. No podéis mantener esta farsa durante mucho más tiempo. Si no descubrís un modo de dormir...

—Por favor. —Jalid se puso en pie.

El anciano dio un paso atrás y se inclinó con una insólita reverencia.

—De nuevo, gracias. —El califa le devolvió el saludo y se llevó la mano a la frente en señal de respeto.

—No me lo agradezcáis, *sayidi* —replicó el hombre cuando se dirigía como flotando hacia las puertas de ébano—. Presto mis servicios a un gran rey, no defraudéis mis esperanzas. Demostrad que estoy en lo cierto. —Agarró el picaporte de bronce y se detuvo a mirar una vez más a la muchacha antes de desaparecer en la oscuridad, dejándolos a solas.

Jalid se sentó al borde de la cama con los ojos irritados y los rasgos presos aún de la tensión.

Sherezade se sentó a su lado. No dijo nada durante un rato y el aire se volvió denso, cargado con los mudos pensamientos de ambos.

Entonces él giró la cabeza hacia ella.

—Antes...

—¿No puedes dormir? —lo interrumpió ella en voz baja.

Él inhaló por la nariz.

—No.

—¿Por qué?

Jalid se inclinó hacia delante y el pelo negro le rozó la frente.

Ella le alcanzó la mano.

—Cuéntamelo.

La miró de soslayo y su expresión de tristeza le robó el aliento.

Sherezade le envolvió la mano con las suyas.

—Por favor, Jalid.

Él asintió una vez.

—Antes de empezar, has de saber lo mucho que lo siento.

A Sherezade le tembló el pulso.

—¿Por qué?

—Por todo, pero, sobre todo, por lo que estoy a punto de contarte.

—Yo no...

—Es una carga, Shezi —aseguró con un suspiro bronco—. Este secreto es un lastre que nunca he querido para ti. Una vez que lo sepas, ya no habrá vuelta atrás. Pase lo que pase, su fría certeza permanecerá contigo. El miedo, la preocupación, la culpa... te pertenecerán.

Sherezade inspiró con cuidado.

—No diré que lo entiendo, porque no es así, pero si es tu carga, si te causa sufrimiento, quiero saberlo.

Jalid estudió la franja de ónice negro que tenía ante sí.

—Se llamaba Ava.

—¿Ava?

—Mi primera esposa. Me casé con ella poco después de cumplir diecisiete años; fue un matrimonio concertado. Uno que acordé para evitar lo que consideraba un destino mucho peor. Qué equivocado estaba. —Entrelazó los dedos en los de Sherezade—. Nunca estuvo previsto que gobernara Jorasán. Mi hermano, Hasán, estaba llamado a hacerse con el trono. Cuando murió en la batalla, era demasiado tarde para que mi padre rectificara los años que había pasado castigándome por lo que percibía que eran las transgresiones de mi madre. No había relación entre nosotros, nada aparte de recuerdos de sangre y sueños de castigo. Tras su muerte, estaba tan poco preparado para gobernar como cualquier otro crío lleno de odio. Como bien dijiste una vez..., era predecible. Predeciblemente furioso. Predeciblemente insensible.

Sherezade vio que los ojos agotados de Jalid se perdían en los recuerdos.

—También estaba decidido a convertirme en todo lo que mi padre despreciaba en un rey. Antes de morir, quiso que me casara con Yasmina para unir los reinos de Jorasán y Partia. Tras su muerte, sus consejeros continuaron forzando el enlace. Incluso el tío Aref creía que era una decisión sabia, si bien desafortunada. Fui firme en mi negativa... hasta el punto de destituir a los consejeros que quedaban de mi padre y buscarme a mi propio consejero.

Las facciones de Sherezade se tensaron.

—¿Tanto desprecias a Yasmina?

Jalid negó con la cabeza.

—A Yasmina no le faltan méritos, pero nunca he sentido verdadero afecto por ella. Es más, aunque quisiera, no podría unir mi familia a la de Salim Alí al Sharif. Cuando mi madre vivía, él la trató como la fulana de un rico y nunca desaprovechó la oportunidad de hablar mal de ella tras su muerte. Incluso de niño, recuerdo haber deseado que llegase el día en que fuera lo bastante poderoso para castigarlo por las cosas que dijo. —Una de las



comisuras de sus labios se enarcó con amarga diversión.

—La venganza no es lo que esperabas, ¿no es cierto? —le preguntó con calma.

—No, no lo es. Y nunca lo será. La venganza no me devolverá lo que he perdido.

Sherezade tragó saliva y miró para otro lado.

—Salim debió de enfadarse mucho por tu negativa a casarte con su hija.

—Nunca me negué, nunca llegué tan lejos. Cuando la presión para desposar a Yasmina creció para estrechar los lazos entre nuestros reinos y solidificar mi débil posición como califa joven, decidí que el mejor modo de evitar el insulto de una negativa directa era casarme con otra persona. Ava procedía de una buena familia de Rey y era amable e inteligente. Cuando nos casamos, intenté ser atento, pero me resultaba difícil. Aún me quedaban muchas cosas que aprender para ser un buen rey y no supe ser un buen marido. Como yo, Ava no era el tipo de persona dispuesta a revelar sus pensamientos y sentimientos, y los momentos que compartimos a menudo acababan en silencio. Ella empezó a distanciarse... y a sentirse cada vez más triste. Aun así, no invertí el tiempo necesario en conocer los motivos. Tras unos meses de matrimonio, se había alejado mucho y nuestro trato era más bien limitado. En realidad, la incomodidad me hacía todavía menos propenso a buscarla. En las raras ocasiones en que intenté hablar con ella, siempre parecía en otro lugar, perdida en un mundo que nunca traté de comprender.

Su rostro se volvía más exhausto y demacrado a medida que hablaba.

—Todo cambió cuando Ava descubrió que estaba embarazada. Su comportamiento se transformó por completo: empezó a sonreír de nuevo, empezó a planificar un futuro. Creí que todo saldría bien y, como un necio, me alegré.

Jalid cerró los ojos un momento antes de continuar:

—Perdimos al bebé unas semanas después. Ella no encontraba consuelo. Permanecía en su habitación durante días y días, comiendo lo justo para sobrevivir. Yo la visitaba y ella se negaba a hablar conmigo, pero nunca se mostró enfadada. Sólo triste, con unos ojos que me desgarraban el alma. Una noche fui a verla, y ella se sentó en la cama y mantuvimos una conversación. Me preguntó si la amaba; yo asentí porque era incapaz de mentirle a la cara. Entonces me pidió que se lo dijera. Sólo una vez, porque nunca se lo había dicho. Sus ojos me estaban destrozando, eran oscuros pozos de tristeza, así que mentí. Le dije las palabras... y ella me sonrió.

Jalid se encogió de hombros y se llevó las manos entrelazadas a la frente.

—Fue lo último que le dije, una mentira. La peor mentira de todas, la que va disfrazada de buenas intenciones. La que usan los cobardes para justificar su debilidad. Aquella noche no dormí bien, algo en nuestra conversación me desconcertaba. A la mañana siguiente fui a su alcoba. Como nadie abría la puerta, le pegué un empujón. La cama estaba vacía. La llamé a voces, pero no respondió.

Hizo una pausa, con las facciones envueltas en una tormenta de recuerdos.

—La encontré en su balcón con un cordón de seda alrededor de la garganta. Estaba fría y sola. Se había ido. No recuerdo mucho más de esa mañana. Lo único en lo que podía pensar era en que había muerto sola, sin nadie que le ofreciera consuelo, sin nadie que le infundiera aliento. Nadie a quien le importara. Ni siquiera a su marido.

A Sherezade le quemaban los ojos de contener las lágrimas.

—En cuanto le dimos reposo, recibí una invitación de su padre para que me reuniera con él en su casa. Presa de la culpa y de un deseo de mostrar a su familia algo de respeto, fui a verlo, contraviniendo el consejo de los que me rodeaban. No sabían lo que su padre podía querer discutir conmigo en privado, pero yo ignoré a sus inquietudes. —Dio un hondo suspiro—.

Aunque estaban en lo cierto. —Entonces retiró su mano de las de Sherezade y se sumió en el silencio.

—Jalid...

—«Cien vidas por la que tomasteis. Una vida por cada amanecer. Si falláis una sola vez, os arrebataré vuestros sueños, os arrebataré vuestra ciudad y os arrebataré estas vidas multiplicadas por mil».

Sherezade lo escuchó recitar aquellas palabras de memoria con los ojos perdidos en su significado.

Y, de pronto, lo entendió todo y fue como si un relámpago hubiese impactado en la cumbre de una montaña.

—¿Una maldición? —susurró—. ¿El padre de Ava... te maldijo?

—Dio su vida por esta maldición. Se atravesó el corazón con un puñal ante mis ojos para pagar por la magia con su propia sangre. Para castigarme por lo que le había hecho a su hija. Por mi absoluta indiferencia hacia su mayor tesoro. Quería asegurarse de que los demás conocieran su dolor. De que los demás me despreciaran como él. Me ordenó que destruyera las vidas de cien familias de Rey. Que me casara con sus hijas y se las ofreciera al amanecer, como Ava. Que les arrebatara la promesa de un futuro y las dejase sin respuestas. Sin esperanza. Sin nada más que odio para mantenerlas vivas.

Sherezade se enjugó las lágrimas calientes que le corrían por las mejillas.

«Shiva».

—Al principio me negué a obedecer. Incluso después de percatarnos de que había vendido su alma a la magia más negra para hacer realidad la maldición, incluso después de unas noches en vela, no podía hacerlo. No podía empezar semejante ciclo de muerte y destrucción. Pero entonces las lluvias cesaron, los pozos se secaron y los lechos de los ríos se vaciaron. La gente de Rey caía enferma y tenía hambre. Empezó a morir. Y yo empecé a comprender.

—«Os arrebataré vuestra ciudad» —murmuró Sherezade, recordando la devastadora sequía que había destruido las últimas cosechas.

Él asintió.

—«Y os arrebataré estas vidas multiplicadas por mil».

Allí estaba. Al fin. Una explicación.

Una razón para tantas muertes sin sentido.

«¿Por qué no me siento mejor?».

Sherezade escudriñó el perfil de Jalid a la pálida luz de la lámpara del techo mientras él continuaba mirando el suelo.

—¿Cuántos amaneceres quedan? —preguntó.

—No muchos.

—¿Y si..., y si no obedecemos?

—No lo sé. —Su postura indicaba un peso invisible y su inevitable conclusión.

—Pero... ha llovido. Ha llovido varias veces en los dos meses que llevo en palacio. Tal vez la maldición se haya debilitado.

Él se giró hacia ella con una media sonrisa triste.

—Si ese es el caso, poco más puedo pedirle al cielo.

Una insistente sensación de certeza empezó a tirarle de lo más profundo de su ser.

—Jalid, ¿y si...?

—No. No preguntes lo que estás a punto de preguntar. —Su voz sonaba severa y estaba teñida de advertencia.

El corazón le trastabilló en el pecho marcando el paso con su miedo recién descubierto.

—Entonces, ¿ni siquiera te has planteado...?

—No. Y no lo haré. —Estiró ambas manos hacia ella y le enmarcó la barbilla—. No hay situación posible en que me lo plantee.

Ella negó con la cabeza, aunque sus hombros temblaban y tenía las uñas clavadas en las palmas de las manos.

—Eres ridículo, Jalid ben al Rashid. Sólo soy una chica. Tú eres el califa de Jorasán y eres responsable de un reino.

—Si sólo eres una chica, yo soy sólo un chico.

Sherezade cerró los ojos, incapaz de sostener la luz feroz de su mirada.

—¿Has oído lo que he dicho, Sherezade al Jayzurán?

Como se negaba a responder, sintió que sus labios le rozaban la frente.

—Mírame —dijo Jalid en voz tan baja y tan cerca que le bañó la piel de cálida confianza y fría desesperación.

Ella abrió los ojos.

Jalid apoyó la frente en la suya.

—Sólo un chico y una chica.

Sherezade forzó una dolorosa sonrisa.

—Si ese es el caso, poco más puedo pedirle al cielo.

La echó contra el cojín y la rodeó con los brazos. Ella le posó la mejilla en el pecho.

Y se quedaron abrazados en silencio hasta que el plateado amanecer quebró el horizonte.



# OLVIDO

Jalid examinó los planos desplegados en la mesa.

El nuevo sistema de acueductos que conduciría agua dulce de un lago cercano a las cisternas subterráneas de la ciudad sería una empresa lenta y costosa. Sus asesores le habían aconsejado que no la llevara a cabo por esta y por muchas otras razones.

Era comprensible.

Pues a ellos no les preocupaba la inminente sequía.

Pasó la mano por el pergamino al escudriñar las líneas elaboradas con esmero y las minuciosas anotaciones de los mejores expertos e ingenieros de Rey.

Aquellas mentes tan brillantes a su disposición. Aquella vasta inteligencia al alcance de su mano.

Era el califa de Jorasán. El supuesto Rey de Reyes. Comandaba una nueva fuerza de soldados y, durante doce años, había entrenado con algunos de los mejores guerreros del reino. Doce años durante los cuales había pulido sus habilidades para convertirse en uno de los mejores espadachines de Rey. Muchos lo consideraban, además, un excelente estratega.

Y, sin embargo, a pesar de todos estos atributos, era incapaz de proteger lo que más le importaba...

A su pueblo.

A su reina.

No podía reconciliarlos a ambos. No sin aquel sacrificio que escapaba a toda consideración.

Meditó sobre las consecuencias de aquel comportamiento egoísta. Sobre cómo se interpretaría, cómo se juzgaría, su renuencia a equiparar la vida de una sola joven con la de tantas otras.

Muchas otras jóvenes habían entregado su vida por aquella maldición. Habían muerto porque Jalid no había sabido darse cuenta del profundo sufrimiento de su primera esposa. No había sabido preocuparse.

¿Qué derecho tenía él a otorgar más valor a unas vidas que a otras? ¿Quién era él, al fin y al cabo?

Un niño-rey de dieciocho años. Un bastardo frío e insensible.

Un monstruo.

Cerró los ojos y apretó los puños por encima del pergamino.

No permitiría que los caprichos de un loco desconsolado siguieran dictando sus actos.

Tomaría sus propias decisiones. Aunque las tildaran de egoístas. Aunque fuera juzgado y castigado para toda la eternidad.

No volvería a hacer caso omiso. Lucharía por proteger lo que le importaba, costase lo que costase.

Por salvar lo único que atesoraba de verdad.

Firmó el decreto para empezar la construcción del nuevo sistema de acueductos. Dio por concluido el asunto y pasó al siguiente punto del día. Mientras revisaba el documento, las puertas de la alcoba se abrieron de improviso y apareció su primo.

Enarcó las cejas ante aquella impetuosa interrupción, pero cuando su tío lo siguió apenas un momento después, más serio de lo normal, cogió aire y se recostó en los cojines.

La cara de Jalal estaba... desencajada.

—Doy por hecho que es importante. —Jalid se concentró en su primo. Al ver que no decía nada, se irguió en su asiento.

—*Sayidi...* —empezó su tío.

—Debe de haber una explicación. —A Jalal se le quebró la voz al tiempo que sus nudillos se volvían blancos alrededor del rollo maltrecho que portaba en la mano izquierda.

—Jalal-*jan...*

—Por favor, padre —espetó este por encima del hombro—. ¡Dejadme hablar!

Jalid se levantó.

—¿A qué te refieres?

—Prométeme que le darás la oportunidad de explicarse. Sé que no romperás una promesa. Prométemelo.

—Dale el informe. —Su tío se acercó a su hijo con un hastiado pero firme movimiento de mandíbula.

—No hasta que lo prometa. —La insistencia de Jalal rayaba la obsesión.

Jalid salió de detrás de la mesa con porte rígido.

—No pienso prometerte nada hasta que me digas de qué va todo esto.

Jalal vaciló.

—¿Capitán Al Juri?

—Shezi... y ese joven. —Las palabras salieron en un susurro roto.

Un puño de hielo le apretó la garganta, pero se las arregló para tender la mano sin titubear.

—Dame el informe.

—Prométemelo, Jalid.

—No acierto a comprender por qué crees que te debo una promesa en su nombre. —Su voz era inflexible, a pesar del frío puño que le oprimía la garganta.

—Entonces, prométeselo a ella.

—Lo que yo le prometa a Sherezade no es asunto tuyo. Dame el informe.



Jalal respiró hondo antes de tenderle el pergamino. Cuando el califa lo desenrolló, sintió que un oscuro peso se asentaba en su pecho, como un mal augurio que buscara refugio.

Examinó la misiva. Las palabras se le grabaron en algún rincón remoto de la mente. Sus ojos volvieron al principio.

Y después otra vez.

—Lo siento, Jalid-*jan*. —Su tío trató de consolarlo—. Lo siento mucho. Ahora que empezaba a creer, que quería creer que era algo más...

Su hijo negó con la cabeza y se acercó a Jalid.

—Y lo es. Por favor, dale la oportunidad de explicarse.

—Marchaos —ordenó Jalid con calma.

—No dejes que tu miedo y tu desconfianza lo echen todo a perder.

Su tío agarró a Jalal del hombro.

—¡Ella te ama! —continuó este sin desfallecer—. Esto no es lo que parece. Tal vez empezara como otra cosa, pero apostaría mi vida por lo que es ahora. Te ama. Por favor, no te dejes llevar por el odio. No eres tu padre, eres mucho más. Ella es mucho más.

Jalid le dio la espalda a su primo y arrugó el pergamino.

Y el mal augurio se desató sobre su cuerpo, oscureciéndolo todo a su paso...

Destruyendo aquella alma ya condenada.

Sherezade se encontraba en la barandilla de su balcón, contemplando un mar de estrellas titilantes en un tenue cielo añil.

No era capaz de estar sola en su dormitorio. Aunque ya no quedaba ningún rastro de la masacre, era demasiado pronto para pasar el rato en sus confines poco iluminados, rodeada de sombras acechantes.

Soltó un suspiro cuando una estrella fugaz cruzó una esquina de azul más

oscuro.

Se había pasado el día deambulando por los jardines; había renunciado a la compañía de Despina para pensar en las muchas revelaciones de la noche anterior sin que nada la distrajera.

Pero la verdad no era tan reveladora como esperaba.

Al contrario, era fea y sombría, y estaba envuelta en una crueldad mayor de la que había imaginado.

Su mejor amiga había sido asesinada por venganza, una venganza horrible y retorcida infligida por un loco que había perdido a su hija en un desafortunado giro de los acontecimientos. Y él, a cambio, había decidido castigar a otros por su dolor.

Había castigado a Jalid por ello.

Y Jalid había castigado al pueblo de Rey.

Sherezade dio un hondo suspiro.

Todo se había sumido en una infinita espiral negra a causa del tormento de un hombre.

Se examinó las manos, apoyadas en la fría barandilla de piedra.

Aquel mismo deseo de venganza era el que la había llevado a ella a ese palacio. El que la había llevado a odiar a aquel niño-rey al que culpaba de tanto sufrimiento.

Y ahí estaba ahora, al borde de un abismo.

Jalid seguía siendo responsable de la muerte de Shiva. Él era quien había dado la orden. Quien se había sentado a su mesa y había escrito una carta a la familia de su amiga mientras un soldado le exprimía el aire del cuerpo con un cordón de seda. Quien no los había detenido, como sí había hecho en su caso. Quien había permitido que ocurriera.

Nada había cambiado. Los hechos seguían siendo los mismos.

Sin embargo, las cosas pintaban diferentes.

Porque ahora conocía el motivo. Aunque era espantoso y quimérico, una parte de ella entendía que Jalid no había tenido muchas opciones.

Y que tal vez algún día se viera obligado a tomar la misma decisión respecto a ella.

El crujido de las puertas de su alcoba captó su atención. Se apretó los lazos de su *shamla*, se dio la vuelta y se dirigió al centro de la estancia. Cirios de fragante ámbar gris brillaban en una esquina.

Jalid se hallaba junto a la entrada, con el perfil semioculto en las sombras.

Ella le sonrió vacilante.

Él permaneció quieto como una estatua.

Lo miró, extrañada.

—¿Hola? —Su voz le sonó rara incluso a ella en lo que era más una pregunta que una bienvenida.

—Hola. —El tono era severo e intimidante y le recordó a aquellos momentos en los que sólo compartían historias a la luz de una lámpara. En los que aquello era lo único que esperaba compartir.

Sherezade se estrelló contra un muro de hielo.

—¿Ocurre algo?

Él salió de la oscuridad y fue a su encuentro.

Estaba claro que ocurría algo.

Pero, aunque sus rasgos eran fríos y distantes, sus ojos atigrados vibraban de pura emoción.

—¿Jalid? —Se le detuvo el pulso un instante.

Él soltó una larga y cuidadosa exhalación.

—¿Desde cuándo?

—¿Qué?

Dio otro paso en su dirección.

—¿Desde cuándo estás enamorada de Tariq Imrán al Ziyad?

Se le escapó un grito ahogado antes de que pudiera reprimirlo. El corazón se le escoró en el pecho y notó que le flaqueaban las rodillas.

«Miente. Miéntele».

Los ojos atigrados la acechaban..., observaban, expectantes.

Sabedores.

¿Temerosos?

—Desde el verano que cumplí doce años. —La voz se le quebró.

Él apretó los puños y se dispuso a sumirse de nuevo en la oscuridad.

—¡Puedo explicarlo! —Trató de retenerlo—. ¡Puedo...!

Sin embargo, cuando él se giró, las palabras murieron en sus labios.

Jalid portaba un puñal en la mano derecha.

Sherezade se apartó, horrorizada.

La mirada del califa estaba fija en el mármol a sus pies.

—Detrás del armario de ébano de mi alcoba hay una puerta con una enorme anilla de latón. No es una anilla común y corriente; tienes que girarla tres veces a la derecha, dos a la izquierda y otras tres a la derecha para que abra. Las escaleras conducen a un pasadizo subterráneo que te conducirá a los establos. Coge mi caballo, se llama *Ardeshir*.

La confusión de Sherezade anuló su pánico.

—No...

—Toma. —Desenfundó el puñal y se lo tendió.

Ella negó con la cabeza y continuó alejándose.

—Cógelo. —Le puso la empuñadura en la palma.

—No lo entiendo.

—Vikram está esperando fuera, te llevará a mi habitación. Nadie te detendrá. Coge a *Ardeshir*... y vete. —La voz de Jalid era apenas un susurro.

Sherezade asió el puñal con desconcierto y el corazón martilleándole el pecho...

Y entonces el califa se arrodilló ante ella.

—¿Qué..., qué estás haciendo? —titubeó extrañada—. Yo...

—Shiva ben Latief. —Pronunció el nombre con la reverencia de una oración, la cabeza inclinada y los ojos cerrados en señal de deferencia.

Al comprender, Sherezade expulsó todo el aire del cuerpo en un único soplo. Perdió el equilibrio y cayó al suelo con el puñal aferrado.

—Levántate —le ordenó él con voz queda. Ella jadeaba—. Levántate, Sherezade al Jayzurán. Tú no te arrodillas ante nadie, y mucho menos ante mí.

—Jalid...

—Haz lo que viniste a hacer. No me debes ninguna explicación. No me la merezco.

Sherezade soltó un sollozo entrecortado y Jalid la agarró por los brazos.

—Levántate. —Su tono era amable aunque firme.

—No puedo.

—Sí puedes. Por Shiva. No tienes límites, no hay nada que no puedas hacer.

—No puedo hacer esto.

—Sí que puedes.

—No. —Meneó la cabeza para mantener las lágrimas a raya.

—Hazlo. No me debes nada. No soy nada.

«¿Cómo puedes decir eso? Tú eres...».

Sherezade sacudió la cabeza con más rotundidad. Aflojó los dedos en torno al puñal.

—¡Sherezade al Jayzurán! —Los músculos de la mandíbula se le contrajeron—. No eres débil. No eres indecisa. Eres fuerte. Temible. Capaz de todo.

Ella tragó saliva y trató de recomponerse, de buscar un resquicio de odio,

un resto de rabia..., algo.

«Shiva».

Jalid continuó inflexible:

—Te la arrebaté. Nada de lo que haga, nada de lo que diga podrá reparar el daño que te he hecho. No tenemos elección, *joonam*. Yo no la tengo.

«Mi todo».

Sherezade se puso de rodillas y se aferró a su pecho.

—¿Y esperas que sea yo quien elija? —preguntó, y él asintió con los ojos centelleantes. Le cogió la pechera de su *qamis* de un puñado—. ¿De verdad esperas que respire en un mundo sin aire?

Jalid inhaló con brusquedad al ceñirle los brazos con las manos.

—Espero que seas más fuerte que eso.

A ella se le suavizó el semblante.

—Pero... no hay nada más fuerte que esto. —Soltó el puñal, que cayó al suelo con un repiqueteo, y le apoyó las manos en el pecho—. Odio. Juicio. Castigo. Como has dicho, la venganza no me devolverá lo que he perdido. Lo que has perdido. Lo que nos queda es el ahora y nuestra promesa de hacerlo mejor. —Le hundió los dedos en el pelo.

—No hay nadie con quien preferiría ver el amanecer más que contigo.

Jalid cerró los ojos y Sherezade notó cómo se le aceleraba el corazón. Cuando fue capaz de mirarla de nuevo, le deslizó los dedos por la cara y le acarició la mejilla con el pulgar transmitiéndole la calidez de una brisa estival.

Permanecieron de rodillas el uno frente al otro en silencio. Examinándose. Viéndose tal y como eran: sin artificios, sin máscaras, sin intenciones ocultas. Por primera vez, Sherezade dejó que sus ojos se demoraran en cada una de sus peculiaridades sin miedo a que la aguda mente del califa rasgara velos de gasa y oro...

Y vislumbrara la verdad.

En la cicatriz casi invisible junto a su ojo izquierdo. En sus cejas hostiles. En los estanques ámbar de debajo. En el perfecto surco de sus labios.

Cuando la pilló mirándole la boca, Jalid exhaló con suavidad.

—Shezi...

—Quédate conmigo esta noche —dijo ella—. Sin reparos. Sé mío.

Los ojos de él se encendieron.

—Siempre he sido tuyo. —Le sujetó la barbilla—. Como tú siempre has sido mía.

Sherezade se sobresaltó y empezó a protestar.

—No. —Él le devolvió una mirada mordaz.

—Ese afán de posesión... puede ser un problema. —Arrugó el entrecejo.

Las comisuras de los labios de Jalid se curvaron un poco hacia arriba.

Sherezade lo tomó de la mano y lo condujo a la cama. Aunque cada parte de su cuerpo permanecía consciente de la alta y robusta presencia a su espalda, no se sintió nerviosa, sino en calma. Sabía que estaba haciendo lo correcto.

Jalid se sentó en el borde de la cama y ella se quedó de pie ante él.

El joven apoyó la frente en su estómago.

—No te pediré que me perdones, pero lo siento mucho —dijo con esa sencilla brevedad a la que empezaba a acostumbrarse.

Ella presionó los labios contra su suave pelo negro.

—Lo sé.

Él levantó la vista y la muchacha se dejó caer en su regazo, plantándole una rodilla a cada lado de la cintura. Jalid se sacó el *qamis* por la cabeza y Sherezade acarició la esbelta planicie de su pecho. Se detuvo en una débil línea blanca a lo largo de su clavícula.

—Vikram —le explicó él.

Sus ojos se estrecharon.

—¿El *rajput*? ¿Te cortó?

—¿Por qué? —Sonó casi burlón—. ¿Te molesta?

Ella arrugó la nariz.

Jalid la atrajo hacia sí.

—A veces ocurre, es mejor que yo.

—No me importa, no dejes que te hiera de nuevo.

—Lo intentaré. —Le alzó la barbilla—. ¿Y esto? —Deslizó el pulgar por una vieja marca bajo su mandíbula, lo que le provocó un escalofrío en la espalda.

—Me caí de un muro cuando tenía trece años.

—¿Y qué hacías tú en lo alto de un muro?

—Demostrar que podía escalarlo.

—¿A quién?

Como ella no respondía, se puso tenso.

—Ya veo —murmuró—. ¿Y el muy estúpido se limitó a verte caer?

—No le di otra opción.

Una sonrisa cruzó los labios del joven.

—Contra todo pronóstico, siento una gota de compasión... entre un mar de odio.

—Jalid. —Le dio un empujón en el pecho.

—Sherezade. —Le cogió la mano y sus rasgos se cargaron de intensidad—. ¿De verdad quieres hacerlo?

Ella lo miró, sorprendida de ver una pizca de vulnerabilidad en su rostro.

El poderoso califa de Jorasán. El Rey de Reyes.

Su hermoso monstruo.

Sherezade se inclinó hacia delante y le besó el labio inferior. Luego le agarró la mandíbula y hundió su lengua en aquella miel bañada por el sol.



Como él había dicho, no tenían elección.

Jalid le deslizó la mano por la parte baja de la espalda y ella se arqueó contra él, acoplándose a su forma. Los lazos de su *shamla* se liberaron y el aire frío recorrió su cuerpo, seguido por el calor de su roce, por el tacto de su piel contra la suya.

Cuando los labios de Jalid le recorrieron la garganta y descansaron con cuidado junto a la herida que le había causado la daga de los *fida'i*, Sherezade tomó una decisión.

—Te quiero —confesó. El joven levantó la cabeza. Ella le colocó una mano en la mejilla—. Tanto que no lo puedo expresar con palabras.

Los ojos de él continuaban fijos en su rostro. La acomodó en los cojines, le tomó la mano y le besó la parte interior de la muñeca.

—Mi alma ve a su igual en ti.

Todo lo que tenía delante se fundió en ámbar y verdad.

Y, con un beso, se dejó llevar.

Por aquel chico que encarnaba tantas contradicciones imposibles. Por aquel chico que había reducido su vida a cenizas para hacer con ella un mundo distinto de todos los que había conocido.

Al día siguiente se preocuparía por cosas como la lealtad. Al día siguiente se preocuparía por el precio de aquella traición.

Pero esa noche aquello era lo único que importaba.

Las manos de ambos entrelazadas sobre su cabeza. Los leves susurros de su boca en su oído.

Sólo un chico y una chica.

Aquello.

El olvido.

Sherezade se despertó con un aroma a rosas.

Un aroma a hogar.

Un sol dorado se colaba por las lamas de madera labrada de las celosías que daban a su balcón. Entornó los ojos, deslumbrada, y se dio la vuelta.

En el cojín de seda junto a su cabeza había una rosa lila y un trocito de pergamino doblado. Sonrió. Luego cogió la rosa y se la acercó.

Era perfecta. El sinuoso círculo de pétalos no tenía ningún defecto y el color no era ni muy estridente ni muy apagado. Inhaló su embriagadora fragancia, cogió el pergamino y se tumbó bocabajo.

*Shezi:*

*Mi color favorito es el azul. El aroma a lilas de tu pelo es una constante tortura. Odio los higos. Y, por último, nunca olvidaré, ni un solo día de mi vida, los recuerdos de anoche...*

*Pues nada, ni el sol ni la lluvia ni la estrella más brillante en el cielo más oscuro, podría compararse jamás con la maravilla que eres.*

*Jalid*

Sherezade leyó la nota cuatro veces y trató de aprendérsela de memoria. Con cada relectura, su sonrisa se ensanchaba, hasta el punto de causarle dolor. Luego rió como una tonta y se reprendió por ello. Dejó la flor y el pergamino en el taburete junto a su cama y buscó su *shamla* en el suelo.

«¿Dónde está Despina?».

Se ató los lazos, enfiló el pasillo hasta el cuarto de su doncella y golpeó la puerta. Como nadie respondió, giró el picaporte y echó un vistazo al interior. La habitación estaba oscura y vacía. Extrañada, volvió a su alcoba.

Con aún más extrañeza, se bañó y se enfundó un *qamis* de lino sin mangas rojo escarlata y unos pantalones a juego, con diminutas perlas y adornos de cobre y oro bordados en el dobladillo y en los puños.

Cuando terminó de atusarse el pelo con el peine de marfil, una de las puertas se abrió y se cerró con un portazo.

Sherezade se sobresaltó y lanzó un grito estrangulado.

—¿Me habéis echado de menos? —se mofó Despina.

—¿Dónde te has metido toda la mañana? —La escudriñó mientras se retorció el pelo, todavía húmedo, sobre uno de los hombros.

La doncella ladeó la cabeza.

—Debéis de estar de broma, reina malcriada. Preferiría comerme mis propios excrementos que volver a esta alcoba demasiado pronto, sobre todo a riesgo de provocar la ira del rey.

—¿De qué hablas?

—Dejad la falsa modestia, todo el palacio lo sabe.

Un repentino calor le subió por el cuello.

—¿Qué es lo que sabe?

Despina sonrió de oreja a oreja.

—El califa de Jorasán ha ido solo a los jardines al amanecer y ha vuelto con una sola rosa. —Señaló la que reposaba en el taburete detrás de Sherezade—. Creo que está claro.

El calor se le extendió a la cara.

La doncella gruñó.

—¿Acaso vais a negarlo? Qué hastío.

Sherezade hizo una pausa.

—No, no voy a negarlo. —Alzó la barbilla.

—Gracias a los dioses. Creí que tendría que soportar otra odiosa evasiva.

—Mira quién fue a hablar.

—¿Perdón?

Puso los brazos en jarras y enarcó una ceja en una perfecta imitación de su doncella.

—¿Has pasado una buena noche, Despina-*jan*?

—Por supuesto que sí —repuso esta por encima del hombro—. He dormido muy bien.

—Me alegra oír eso. ¿Has reunido por fin el valor necesario para contarle la verdad al hombre que amas?

—¿Al hombre que amo? Creo que os habéis dado un golpe en la cabeza. Tanto desenfreno...

—¿Quién es ahora la de las evasivas? La verdad, me molesta ver cómo los dos seguís jugando a esos juegucitos e ignoráis vuestros sentimientos. Él tiene que saber lo que sientes por él y, sobre todo, debe saber lo de su hijo. A lo mejor yo puedo...

—¡Sherezade! —Despina se dio la vuelta horrorizada—. ¡No podéis! ¡No debéis!

—Despina...

—¡No lo entendéis! No puede saber... nada. —Las manos de la doncella temblaban cuando las dejó descansar sobre su estómago.

Sherezade le lanzó una mirada de perplejidad.

—Tienes razón; no lo entiendo. Es un buen hombre, tiene que... quererte. ¿O no?

—No... lo sé. —Por primera vez, el porte orgulloso y altanero de la joven se vino abajo. Sus hombros se encorvaron y la chica se desplazó hasta el pie de la cama para apoyarse en la plataforma. Sin mediar palabra, Sherezade se sentó en el mármol blanco a su lado—. De todas formas, no puede casarse conmigo —continuó en tono suave y derrotado—. Soy... una doncella. Y él es el primo del califa. Algún día se convertirá en el próximo *shahrban*. Su padre se casó con una princesa de Jorasán y él debe casarse con alguien de buena familia, no con una doncella de Tebas.

—¿Aunque la ame?

Despina cerró sus cerúleos ojos.

—Aunque la ame.

—Eso es absurdo. ¿Lo has hablado con él?

Ella negó con la cabeza.

—Él cree que no lo quiero, así se lo he dicho.

—¡Despina! —Sherezade la fulminó con la mirada.

—Es mejor así. Si piensa que esto no es más que un capricho pasajero, será más fácil para ambos continuar con nuestras vidas.

—¿Por qué vas a hacerte eso a ti misma? ¿Y por qué mentirle a él?

—Creo que, cuando de verdad amamos a alguien, queremos lo mejor para él.

—Además de absurdo, eso me parece arrogante.

—Y a mí gracioso, viniendo de alguien tan arrogante como vos.

—¿Que yo soy arrogante? —espetó—. Yo no soy la que presume de saber qué es lo mejor para un hombre adulto sin consultarle primero.

Despina sonrió con tristeza.

Sherezade le dio un empujoncito con el hombro.

—Entiendo que sea difícil poner tu corazón en manos de otra persona, pero, si no lo haces, ¿cómo vas a conocerla de verdad?

La doncella se llevó las rodillas al pecho.

—Su padre me despreciará. Todo el mundo pensará que quiero casarme con él a toda costa, que soy una zorra manipuladora.

—Yo cargaré contra el primero que hable mal de ti.

Despina enarcó una ceja, dubitativa.

—No te burles de mí. Puede que sea pequeña, pero golpeo con fuerza. —Sherezade resopló—. Si no me crees, pregúntale a Jalal.

—¿Le habéis golpeado? —La joven puso cara de incredulidad.

Sherezade negó con la cabeza y una sonrisa se desplegó en sus labios.

—A Jalid.

—¿Qué? —Ahogó un grito—. ¿Habéis golpeado... al califa?

—En toda la cara.

La doncella se tapó la boca con la mano y estalló en una carcajada.

Las dos jóvenes permanecieron sentadas en el suelo charlando y riendo hasta que una llamada a la puerta las hizo levantarse. Las dobles puertas se abrieron y Jalid atravesó el umbral acompañado de Jalal. Un contingente de guardias se quedó en el pasillo. El *shahrban* esperaba pacientemente entre ellos.

Como siempre, Jalid se movía con un aire de arrogante elegancia. Llevaba su oscuro *rida'* sobre una elaborada coraza de oro y plata, y el puño de su *shamshir* asomaba por un negro fajín *tikka*, asegurado a sus estrechas caderas. Parecía amenazador y distante: a miles de años, miles de vidas, miles de cuentos de distancia.

Pero Sherezade lo conocía bien.

Se reunió con él en el centro de la estancia.

Sus ojos eran cálidos y el corazón se le disparó al verlos.

Despina se inclinó ante el califa y se dirigió a toda prisa a su pequeño cuarto junto a la entrada..., donde Jalal aguardaba apoyado en la pared con actitud despreocupada.

Ambos intentaron mostrarse indiferentes en vano.

Pero la reina fue un testigo silencioso de la verdad. Duró sólo un instante y ni siquiera llegaron a mirarse, pero aquel movimiento sutil de los hombros del capitán y la delatora inclinación de cabeza de la doncella no le pasaron desapercibidos.

Sonrió a sabiendas.

Jalid esperó hasta que se cerró la puerta de la alcoba de Despina.

—¿Has dormido bien? —Su voz grave le trajo a la memoria otras palabras

susurradas en la oscuridad.

—Sí.

—Me alegro.

—Gracias por los regalos, son perfectos.

—Eran apropiados, entonces.

Ella alzó una de sus finas cejas y él esbozó una sonrisa torcida.

—Tengo otra cosa para ti —le dijo.

—¿Qué?

—Dame la mano.

—¿Cualquiera de las dos?

Él sacudió la cabeza.

Le tendió la mano derecha y Jalid le deslizó una alianza de oro mate en el dedo anular.

Compañera de la suya.

Sherezade pasó el pulgar izquierdo por el relieve de las dos espadas cruzadas, el emblema del reino Al Rashid.

Su emblema.

Como reina de Jorasán.

—¿Quieres llevarlo? Es...

—El mejor regalo de todos. —Levantó la vista para mirarlo a los ojos.

Él esbozó una sonrisa que eclipsó al mismísimo sol.

A su espalda, los guardias se movieron.

—¿*Sayidi*? —lo interrumpió Jalal, lanzándole una mirada de disculpa a Sherezade—. Deberíais marcharos pronto.

Jalid asintió una vez.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Se está reuniendo una pequeña fuerza bajo un nuevo estandarte en la frontera entre Jorasán y Partia. Los emires de esa región están nerviosos y

quieren discutir la estrategia en caso de que se desate algún altercado.

—¡Oh! ¿Y cuánto tiempo estarás fuera?

—Dos o tres semanas.

—Ya veo. —Sherezade se mordió el interior de la mejilla e intentó guardar silencio.

Jalid volvió a sonreír.

—Bueno, dos semanas.

—¿No tres?

—No tres.

—Bien.

La miró, divertido.

—De nuevo, me alegro.

—Pues no te alegres tanto y ten cuidado. Y vuelve sano y salvo. —Bajó la voz—. O te recibiré con una bandeja de higos.

A Jalid se le iluminaron los ojos.

—Mi reina. —Hizo una reverencia y se llevó la mano al corazón.

Respeto. Y cariño.

Cuando se dirigía a la entrada, el desencanto se abrió hueco en el ánimo de Sherezade.

Aquella no era la despedida que esperaba.

—¿Jalid?

Él se giró para mirarla.

Corrió hacia él, lo agarró de la pechera y tiró de ella para plantarle un beso.

Él se quedó quieto un momento y luego le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí.

Los guardias del pasillo arrastraban los pies, nerviosos, haciendo tintinear sus espadas y armaduras. La suave risa de Jalal reverberó junto a las puertas



dobles.

A Sherezade no le importó.

Pues aquel era un beso de definición. Un beso de comprensión.

De un matrimonio libre de fingimientos y de un amor no planificado.

La palma de Jalid le apretó la espalda.

—Diez días.

Ella le tiró más de la capa.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.



## UN ELEMENTO DE UNA TORMENTA

Jahandar condujo a la yegua moteada a la cima de una colina que ofrecía unas vistas de Rey.

Arriba, el cielo estaba negro y sin estrellas.

Perfecto.

Aspiró con fuerza y se bajó de la montura. Luego metió la mano en el zurrón de cuero y sacó el viejo y maltrecho tomo de sus profundidades.

Este latió al tocarlo.

Con prudente reverencia, se arrodilló ante una pequeña agrupación de rocas y colocó el volumen en una superficie plana. Luego cogió la llave negra que llevaba colgada del cuello y la insertó en la herrumbrosa cerradura que había en el centro del libro. En cuanto abrió la cubierta, una luz plateada emanó de sus páginas y se expandió poco a poco.

Agradeció que estas ya no le quemaran las manos.

Pasó las desgastadas hojas de vitela hasta que llegó al hechizo. Ya se sabía las palabras de memoria, pero la magia del libro lo ayudaba a canalizar el poder para una tarea tan sobrecogedora. Cerró los ojos y dejó que la luz plateada le bañara el rostro y las manos, imbuyéndolo de una fuerza silenciosa. Entonces sacó la daga de su funda y se pasó la punta por la nueva cicatriz de su palma izquierda. En cuanto su sangre goteó en el cuchillo, el metal empezó a brillar con un azul candente.

El anciano se incorporó y se giró hacia la yegua moteada. Esta se sacudió las crines y resopló con los ojos marrones bien abiertos. Inquieta. Jahandar vaciló un segundo.

Pero la gente esperaba grandes cosas de él.

Y se negó a defraudarlos de nuevo.

Mientras rechinaba los dientes, se adelantó y le pasó la daga a la yegua por la garganta con un movimiento rápido y preciso. La sangre caliente le chorreó por las manos en un torrente carmesí. El animal se tambaleó, cayó de rodillas y se debatió contra lo inevitable. Poco después desfalleció: al principio, su respiración se volvió superficial; luego, inexistente.

El filo del puñal era de un rojo fuego y su centro quemaba con más fulgor que nunca.

Aterrador en su grandeza.

Dio un paso atrás para retirarse del cadáver y respiró profundamente. Luego se llevó la daga a la herida de la mano.

El poder se propagó deprisa por su interior, grabándose a fuego en sus huesos. Desde lo alto de su trono de piedras moteadas, la luz plateada del libro palpitaba más brillante que una estrella.

Jahandar reprimió un grito y dejó caer el puñal cuando el poder se le acumuló en el pecho con una magnificencia visceral. El suelo tembló bajo sus pies.

Se echó a reír.

Levantó los brazos ensangrentados al cielo, murmuró las palabras antiguas y observó cómo las nubes se arremolinaban a petición suya. Dichosas de plegarse a sus deseos.

Las páginas del libro revolotearon. La barba, azotada por el viento, se le enredaba en la garganta.

Nunca habría motivos para volver a defraudar a nadie.

Esa noche demostraría su valía de una vez por todas.

Rescataría a su hija y salvaría un reino.

Pues él era Jahandar el Grande.

Jahandar el Todopoderoso.

Jahandar..., el Rey de Reyes.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer.

Y Tariq ignoró su creciente sensación de desasosiego.

Permanecía cubierto de sombras, con la espalda apoyada en una pared de mortero y piedra descolorida. La puerta del palacio quedaba lejos por encima de su hombro. Se alzaba alta, construida de madera sólida y ribeteada de hierro negro. Centinelas armados estaban apostados tanto arriba como abajo y montaban guardia desde almenas iluminadas.

Exhaló para tratar de liberar la tensión de su cuerpo.

Para tratar de acallar la duda.

—¿De verdad que no te contó cómo piensa abrir una brecha en la puerta?

—Rahim se tiró de la capucha de su *rida*’ marrón para calársela aún más.

—Por última vez, me dijo que crearía una distracción.

—¿Y confías en él?

—No —admitió Tariq—; pero, si falla, no estaré peor que antes.

—Pues me da a mí que sí. Te acusarán de sedición por asociación.

—Jahandar *efendi* no nos traicionaría. En eso confío en él a pies juntillas.

—Ojalá tuviera tu particular marca de optimismo —refunfuñó su amigo.

—¿Y qué marca es esa?

—La del estúpido.

—Mejor estúpido que inútil.

—Mejor vivo que muerto.

—Vete a casa, Rahim-*jan* —lo instó—. Tu madre te está llamando.

—Tonto insufrible.

Tariq sonrió, pero tenía un nudo en el pecho.

Los soldados contratados, agazapados en las sombras detrás de Rahim,

permanecían en silencio y esperaban órdenes de Tariq.

Ojalá él mismo las supiera.

Suspiró. Lo más probable era que aquello demostrara ser una misión imposible. Después de todo, Jahandar al Jayzurán no era lo que se dice fiable. Sumido en su pena, les había fallado como padre a sus hijas tras la muerte de su madre. Luego le había fallado a su rey en su puesto como consejero y había sido degradado por ello. Y le había fallado a Sherezade al permitirle que arriesgara su vida por venganza.

Con todo, Tariq tenía que intentarlo.

La lluvia arreció. Empezaban a gotear flujos continuos desde el alero bajo que tenían encima, empapándole la capa y calándole hasta la piel.

Rahim se retiró del hilillo de agua que le quedaba más cerca.

—¿Tú...?

Un haz de luz atravesó el cielo, seguido del estallido de un trueno.

—Una cosa es segura: esta tormenta no ayuda en nada —dijo Rahim.

Tariq se apoyó en la pared y cerró los ojos.

Rahim maldijo al oír el siguiente estruendo. Fue tan fuerte que a su compañero le traquetearon los dientes.

La gente empezaba a correr por las calles. Se encendían lámparas en las ventanas al otro lado del camino.

—¡Tariq! —le advirtió con brusquedad.

Este giró la cabeza en dirección al palacio y, horrorizado, vio cómo un rayo impactaba en una de las torretas de mármol. Partió la piedra en llameantes trozos que cayeron al suelo con unos golpetazos descomunales.

Los guardias de las puertas gritaron alarmados.

—¡Dios misericordioso! —exhaló Rahim.

Otro destello de luz blanca cayó cerca y prendió un edificio en llamas. El estruendo reverberante del trueno sacudió al joven hasta la médula.

Ahora la lluvia caía a cántaros del cielo a modo de cortina ladeada.

El primero de los gritos comenzó cuando el siguiente rayo atravesó el tejado de una casa y elevó al cielo restos carbonizados y pedazos de escombros en llamas.

La casa se incendió enseguida.

Y los gritos de pánico aumentaron.

Otro violento destello cayó en el palacio y arrancó más mármol del lateral. Tariq se despegó de la pared.

Rahim lo cogió del hombro.

—¿Qué haces?

—No voy a quedarme mirando mientras el palacio se viene abajo; Sherezade está dentro.

Su amigo tiró de él.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Pedir humildemente que te dejen entrar?

—No —replicó en tono bajo y feroz—. Mi plan es...

Un rayo impactó en el centro de la puerta, cegándolo y arrebatándole el aire de los pulmones al mismo tiempo. Madera, hierro y cenizas se mezclaron en el aguacero.

El caos se apoderó de ellos cuando los gritos de la gente que huía aterrorizada se combinaron con la cacofonía de la tormenta. Los soldados invadieron la ciudad por las puertas diezmadas para tratar de contener el miedo y mantener el orden.

—¿Esta es la idea de distracción que tenía Jahandar *efendi*? —gritó Rahim, consternado.

Tariq se echó hacia atrás la capucha de su *rida*'.

—Eso es imposible, Jahandar no es capaz de esto. Le cuesta horrores hacer que una flor se abra.

—Entonces, en nombre de Dios, ¿qué está pasando? —El muchacho se

encogió cuando otro rayo acuchilló el cielo y cayó en el corazón de la ciudad.

Se estaban produciendo incendios por todas partes.

Tariq arrugó el entrecejo y se tragó sus crecientes premoniciones.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que no voy a dejar aquí a Sherezade.

Volvió a echarse la capucha por la cabeza y se quitó el arco recurvo de la espalda.

Sherezade se despertó sobresaltada con el primer trueno. El corazón se le agitó violentamente en el pecho cuando se dirigió a las celosías de madera y echó un vistazo entre los labrados listones.

«Sólo es una tormenta».

Regresó a la cama y se sentó en el borde. Entonces empezó a jugar con el anillo de oro de su dedo.

«Sólo una tormenta».

Un estallido ensordecedor y el sonido de la piedra arrancada la puso en pie de un salto.

Algo había impactado en el palacio.

Cuando unos pasos agitados se congregaron a la puerta de su alcoba, agarró el puñal que tenía junto a su cama y se acurrucó al lado de la plataforma.

Las puertas se abrieron de par en par sin mayor preámbulo.

—¿Sherezade? —La voz familiar de Jalal rompió el silencio.

Ella suspiró aliviada.

—Estoy aquí.

Colocó el puñal al lado de la rosa seca en el taburete y salió de su escondite. El capitán estaba en el centro de su habitación, flanqueado por el *rajput* y dos guardias más.

—¿Estás herida? —le preguntó Jalal que, con el pelo rizado revuelto,

desviaba sus ojos marrones claros en todas direcciones.

—No. —Vaciló—. ¿Por qué?

—Un rayo ha alcanzado el palacio. Una torreta y parte de los jardines están en llamas.

El corazón le martilleaba en los oídos.

Apretó los puños.

—Jalal, ¿tú...?

—Sólo es una tormenta, Shezi. —Se le acercó, henchido de confianza.

—Yo no estaría...

Esta vez, las propias paredes se estremecieron por el impacto. Su cama se movió y un arcón de madera cayó al suelo. El consiguiente tronido se propagó por su cuerpo, lo que hizo que se preocupase aún más.

Salió corriendo hacia el corto pasillo que conducía a la puerta de su doncella y la abrió de un tirón.

El cuarto estaba vacío.

—¿Dónde está Despina? —le preguntó en cuanto volvió a su alcoba.

Jalal se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¡Basta! —exclamó—. ¿Dónde está?

Las cejas del capitán se enarcaron ligeramente. Con demasiada ligereza.

—Estoy seguro de que está bien. Seguro que...

Lo aferró del brazo y se lo acercó.

—Ya basta de juegucitos. Por favor, ve y búscala. Estoy muy preocupada y sospecho que tú también.

Jalal se irguió con el rostro tenso mientras su mirada revoloteaba por la cara de Sherezade.

—Te repito que estoy seguro...

Otro trueno restalló en el cielo, haciendo que el mármol temblara a sus



pies y las celosías de madera se desgoznaran.

—Te ordeno que vayas a buscarla.

—Y lo haría, mi señora, pero tus órdenes desacatan las del rey. Prefiero no explicarle a Jalid por qué...

—¡Está embarazada!

Entonces se puso rígido y la agarró por los hombros.

—¿Qué has dicho?

«Lo siento, Despina».

—Está embarazada. Por favor, ve a buscarla antes de que ocurra algo.

Jalal pestañeó varias veces antes de emitir toda una retahíla de blasfemias, muchas de ellas dirigidas a Sherezade.

—Enfádate conmigo después —insistió ella—. Pero ve a buscarla. Yo me quedaré aquí.

Con una mirada fiera, el joven procedió a lanzar órdenes por encima del hombro mientras se dirigía a la entrada.

Se detuvo justo antes de llegar al umbral.

—¿Shezi?

—¿Sí?

—Gracias. —Y desapareció por el corredor sin esperar respuesta.

Ella volvió a los pies de su cama mientras el *rajput* y los dos soldados que quedaban montaban guardia. De nuevo, jugueteó con el anillo de su mano derecha mientras los retumbos y los destellos se sucedían fuera, haciendo que sintiera la piel caliente y fría a la vez.

«Está lloviendo, la maldición se ha debilitado. Sólo es una terrible tormenta, nada más».

Al siguiente trueno ensordecedor, las celosías desgoznadas que daban a la terraza salieron volando, dejando la alcoba expuesta a los elementos. Desesperada por hacer algo, fue a cerrar los pestillos, pero el *rajput* interpuso

su brazo para detenerla. Con un gesto seco de cabeza, mandó a uno de los guardias a la terraza.

Antes de que este tuviera oportunidad de cerrar los postigos, fue alcanzado en el pecho por una flecha. Se tambaleó y cayó al suelo de rodillas.

El *rajput* cogió a Sherezade por la muñeca y tiró de ella para esconderla tras él. Acto seguido, desenfundó su *talwar* con un estridente rechinar metálico.

Dos siluetas encapuchadas se materializaron en la terraza.

A Sherezade le bastó un instante para reconocer a la que aferraba un arco recurvo.

—¡No! —gritó cuando Tariq colocó otra flecha y la disparó en dirección al *rajput*. Sherezade le empujó y la flecha se clavó en el hombro del guardia, justo por encima del blanco. El *rajput* ni se inmutó.

El otro soldado desenfundó su cimitarra y Tariq lo abatió de un solo disparo. Luego ajustó una flecha en el tendón y la levantó a la altura de su oreja al son de su lento balanceo hacia delante.

Vikram gruñó con rabia y blandió su espada.

—Haceos a un lado —le pidió Tariq con voz dura.

Su oponente hizo caso omiso y se agachó para adoptar una postura de lucha.

—¡Basta! —El pecho de Sherezade se alzaba y se hundía de pánico.

Otro trueno hizo vibrar las paredes del palacio.

—Esta es vuestra última oportunidad. —Los ojos plateados del muchacho destellaron en la oscuridad.

El *rajput* soltó una triste carcajada. Levantó su espada en perpendicular y avanzó hacia Tariq.

—¡Vikram! —le suplicó Sherezade—. ¡No lo hagas!

Este la ignoró y apuntó con el *talwar* a su contrincante, preparado para

atacar.

Tariq soltó la flecha sin vacilar. Esta le dio al *rajput* en el centro del pecho.

—¡Tariq! —gritó Sherezade—. ¡Por favor!

Vikram empezó a dar bandazos con las facciones contraídas por la incredulidad.

Entonces Tariq le asestó un buen golpe en la nuca con la madera de su arco y el guardia cayó a plomo al suelo.

Sherezade reprimió un sollozo.

Tariq la miró con ceñuda cautela.

—Sherezade...

—¿Cómo has podido? —Fue un susurro entrecortado.

Las cejas del joven se aplanaron.

—Me habría matado.

Tenía razón, pero ella no sabía qué decirle a su pasado por destruir toda esperanza de futuro.

—¿Shezi? —intervino Rahim en tono sereno y con la cabeza ladeada.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —La muchacha tenía la vista clavada en su primer amor.

—He venido para llevarte a casa —le contestó él.

—No tenías por qué venir. Yo...

La expresión de este se endureció.

—No voy a irme sin ti.

Un rayo cayó cerca y una oscura fisura se abrió en el techo, agravada por el trueno que siguió.

—El palacio entero está a punto de desmoronarse sobre nuestras cabezas —anunció Rahim—. Debemos salir de aquí y encontrar a Jahandar *efendi*.

—¿A *baba*? —A Sherezade se le arrugó la frente—. ¿Por qué está mi

padre aquí?

Rahim se pasó la mano por la nuca.

—Es una larga historia.

Un tropel de pasos resonó en el corredor fuera de su alcoba y Tariq cogió otra flecha de su aljaba antes de tomar posiciones entre Sherezade y la entrada. Permaneció preparado hasta que los sonidos se disiparon.

—Vámonos —le ordenó Rahim.

Sherezade dio un gran suspiro.

—Tariq...

—¡No voy a irme sin ti! —Se dio la vuelta y la atrajo hacia sí—. ¡Esta no es tu lucha! ¡Nunca debería haber sido tu lucha!

Al siguiente estallido, un trozo de techo cayó al suelo a pocos pasos de Rahim.

—Nos vamos. —La sujetó fuerte—. Ya.

Ella asintió. Una vez que estuvieran a salvo lejos de las paredes del palacio, reuniría el valor para decirle por qué no podía marcharse.

Por qué no quería marcharse.

Él le estrechó la mano y empezó a caminar hacia las puertas.

—¡Espera! —Se liberó y corrió hacia su armario para coger su manto y la alfombra de Musa *efendi*, pues no quería que fuera pasto de las llamas. Se echó el manto por los hombros y se giró hacia el taburete que había junto a su cama para recuperar la nota de Jalid y su puñal.

Al ver la rosa ahora sin vida y de un púrpura pálido, un recuerdo repentino le vino a la mente: el de otra rosa de su pasado no tan lejano condenada a un trágico fin; el de un regalo bienintencionado que se caía a pedazos y se marchitaba en un suelo de mármol.

La tormenta silbaba y restallaba a su espalda.

«No es posible. *Baba*... sería incapaz».

Cerró los ojos con todas sus fuerzas un momento. Luego se metió la nota y el puñal en los pliegues de su manto y se apresuró hacia las puertas.

Cuando Tariq alcanzó el picaporte, ella le posó una mano en el antebrazo.

—¿Cómo pretendíais salir sin ser vistos?

—Con cuidado.

Sherezade resopló. Lo apartó de un codazo y echó un vistazo por una ranura abierta en la puerta.

—Callaos y seguidme. —Acto seguido, salió al oscuro pasillo.

Con la cabeza gacha, recorrió los corredores del palacio con la esperanza de que nadie se fijara en sus nuevos escoltas.

Con la esperanza de que no se tropezaran con Jalal.

Atravesaron otra serie de pasillos antes de torcer de manera abrupta hacia uno más pequeño con un techo abovedado de mármol blanco.

Su corazón se detuvo.

Ante las puertas de la cámara de Jalid había un único guardia. Se enderezó cuando ella se aproximó, pero sus ojos se desviaron hacia sus supuestos escoltas y se entrecerraron.

—Mi señora —empezó a decir mientras hacía una reverencia—. ¿Puedo ayudaros?

Ella le sonrió con dulzura.

—Sólo quiero devolver este paquete a la alcoba del califa. —Y le tendió el bulto que contenía la alfombra mágica.

—Me complacerá ayudaros. Si me dejáis el paquete...

Negó con la cabeza.

—Prefiero devolverlo yo misma.

—Por supuesto. —El guardia asintió y se echó a un lado.

Cuando Tariq y Rahim avanzaron para acompañarla, él levantó la mano.

—Lo siento, mi señora, pero a ellos no puedo dejarlos pasar.

—Podéis si yo lo digo. —Su sonrisa se tornó mordaz.

—Vuelvo a pedir os disculpas, mi señora, pero sólo se os permite la entrada a la alcoba del califa al capitán Al Juri y a vos en su ausencia.

—Creo que esta noche podemos hacer una excepción. —Sherezade agarró el picaporte de bronce.

—¡Mi señora! —Hizo amago de alcanzarle el brazo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Vais a detenerme? Porque tendréis que utilizar la fuerza. Creo que sabéis lo que le ocurrió al último soldado que me tocó en contra de mi voluntad. Pero, por supuesto, podéis intentarlo. Estoy segura de que a mi esposo le encantará saber de este encuentro. ¿Cómo decís que os llamáis?

El guardia empalideció.

—¡Mi señora Sherezade!

—Ese no es vuestro nombre —se burló ella—. Ahora, si valoráis vuestra vida, nos dejaréis pasar.

Con el corazón desbocado, agarró el picaporte una vez más y abrió la puerta.

Su pulso continuó acelerado cuando Tariq y Rahim accedieron a la antecámara de Jalid. Atravesaron sin detenerse la entrada que conducía a su habitación. No fue hasta que las puertas se cerraron con un golpe seco cuando se permitió dar un suspiro de alivio.

La risa de Rahim fue tan seca como la arena.

—Te veo muy cómoda en tu papel de reina. —El muchacho apoyó un brazo larguirucho en una pared de alabastro.

Ella lo ignoró y se dirigió al armario negro.

—Debo decir que el demente asesino posee una alcoba impresionante. —Rahim recorrió el ónice y el mármol con sus ojos añiles—. Para ser un monstruo sin alma.

Sherezade hizo un gran esfuerzo por tragarse una respuesta. Sentía cómo la observaba Tariq.

—Ayudadme a echar este armario a un lado —les apremió, y colocó las manos en la madera oscura.

—¿Por qué? —quiso saber Tariq.

—¡No hay tiempo para explicaciones! —Frunció los labios—. ¿Queréis que el guardia avise a Jalal?

Los ojos del joven destellaron, pero soltó un gruñido y se dirigió hacia ella para apartar el armario.

La puerta secreta que Jalid había mencionado menos de dos semanas antes era ahora visible. Agarró la anilla de latón y la giró tres veces a la derecha, dos a la izquierda y otras tres a la derecha antes de emplear todo su peso para abrirla de un empujón.

—¡Dios mío! —exclamó Rahim—. ¿Cómo sabías esto?

—Jalid me lo dijo. —Sherezade intentó ignorar la mirada que le lanzó—. Está oscuro, así que id con cuidado. —Ocultando su inquietud, empezó a bajar las escaleras que conducían al pasadizo.

El trío se pegaba a las paredes de tierra y piedra para avanzar a toda prisa como sabandijas que corretearan por debajo del suelo. Al final del túnel había una pequeña escalera que conducía a una trampilla de madera. Sherezade intentó abrirla, pero no hubo forma de moverla hasta que Rahim plantó ambas manos en la áspera superficie y la trampilla cedió hacia un lado con un chirrido.

Fueron a parar a un oscuro rincón de los establos del palacio.

Y un trueno agitó la tierra a sus pies. Los caballos relinchaban y daban vueltas en sus caballerizas.

—Elegid uno —ordenó Sherezade.

Rahim silbó.

—¿De verdad? Porque me han contado que el demente tiene un al jansa negro de los primeros cinco. Ese caballo es un premio en sí mismo.

Sherezade se giró hacia él.

—*Ardeshir* no. Puedes tomar cualquier caballo de este establo menos ese.

—¿Por qué no?

—¿Porque no vamos a llevarnos su caballo! —Su compostura pendía de un hilo.

El chico levantó ambas manos en un gesto de rendición.

—¿Y a ti qué te pasa, Shezi? —La preocupación se reflejaba en sus facciones.

—Ni siquiera está aquí —comentó Tariq en voz baja desde las sombras—. El caballo no está aquí. Ni su amo.

—¿Qué? —Rahim se giró hacia Tariq.

—¿Dónde está, Sherezade? —le preguntó este último, dirigiéndose hacia ella.

—De camino a casa, Tariq Imrán al Ziyad —entonó una voz masculina desde atrás.

«Jalal».

Cuando el capitán de la guardia emergió de la oscuridad, le dedicó a Tariq una sonrisa maliciosa.

—Diría que sois un hombre afortunado —continuó Jalal—. Porque si Jalid os hubiese encontrado con Sherezade, la muerte sería la menor de vuestras preocupaciones.

Tariq echó mano de su arco, decidido a ejecutar su siguiente movimiento.

Pero Sherezade se interpuso en su camino y le aferró las muñecas.

—¡No! —Su cara estaba transida de terror.

El dolor de Tariq se agravó aún más. Ahora Sherezade defendía incluso a



la familia del niño-rey. Los defendía de él.

El capitán Al Juri tenía la cimitarra desenfundada a su lado. Estaba solo. Bastaría una sola flecha para librarse de aquella molestia.

Cuando el arrogante primo del niño-rey se acercó, ella se giró para encararlo, sin soltar por ello una de las muñecas de Tariq.

—Jalal —dijo—, puedo explicarlo.

—No tienes por qué.

—No estoy...

—Ya te lo he dicho; no tienes por qué —se limitó a responder—. Confío en ti.

Su mano se tensó aún más en la muñeca de su primer amor, por increíble que pareciera.

—En quien no confío es en el hijo de Nasir al Ziyad. —El capitán Al Juri alzó su espada y el filo de esta emitió un destello blanco.

—Puedes confiar en él.

—No —la interrumpió Tariq—. No puede.

Sherezade lo atisbó por encima del hombro y lo reprendió con la mirada.

—¿Qué estáis haciendo aquí, Tariq Imrán al Ziyad? —El capitán dio un paso al frente con la espada en ristre.

—Debería ser obvio. Estoy aquí por Sherezade.

Al Juri resopló.

—¿En serio? ¿Y creíais que podíais abandonar la ciudad con la reina de Jorasán sin más? ¿Con la esposa de mi primo?

—Sherezade no va a quedarse aquí, no voy a dejar a la mujer que amo en los brazos de un monstruo.

—Tiene gracia, cualquiera pensaría que esa mujer tiene algo que añadir al respecto.

—Debéis de estar bromeando —intervino Rahim en tono cavernoso—.

¿En serio creéis que elegiría a un demente antes que a Tariq?

—Basta, Rahim —le advirtió su amigo.

—Preguntadle a ella —propuso el Jalal en voz baja—. Preguntadle si de verdad planea abandonar Rey con vos. Porque yo sé algo que vosotros sois demasiado estúpidos o estáis demasiado ciegos para ver.

—¿Y qué es? —le preguntó Rahim.

—Asesino, monstruo, demente..., puede que Jalid sea todas esas cosas, pero también es un hombre amado. Por mí y por mi padre, pero, sobre todo, por Shezi. Con ella es tan sumamente amado como él ama.

El cuerpo de Sherezade se estremeció delante de Tariq. El agarre en su muñeca se debilitó.

—¿Está diciendo la verdad? —le preguntó Rahim, resentido por la familiaridad del capitán de la guardia.

Ella miró una vez más por encima del hombro y sus ojos resplandecieron con lágrimas que amenazaban con desbordársele por las mejillas.

—Tariq.

No. No podía oírla decir aquello. Nunca la escucharía decir semejante cosa.

Soltó el arco y la atrajo hacia sí.

—Sé que esta no eres tú. Sé que debe de haber ocurrido algo, pero podemos arreglarlo. Puedo arreglarlo. Regresa a casa conmigo. Cada día que estamos separados es un día más cerca de la muerte. Un día desperdiciado en lo que podría haber sido. Ya no puedo soportarlo más. Regresa a casa.

—Pero —susurró— es que ya estoy en casa.

—¡Shezi! —Rahim torció la cara, incrédulo—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Lo siento mucho. Nunca quise herir a ninguno de los dos, pero es que...

—¡Mató a Shiva! —explotó Tariq—. ¿Cómo puedes querer al chico que mató a tu mejor amiga? ¿Cómo puedes querer a un frío bastardo que ha

matado a docenas de muchachas y que desaparece para irse de juerga mientras la ciudad arde en llamas?

—¿Qué has dicho? —La voz de Sherezade era sepulcral—. ¿Que la ciudad está... en llamas?

El joven arrugó la frente.

—El rayo incendió varios edificios.

Al oír esto, apartó a Tariq a un lado y corrió hacia la entrada del establo. Tiró de la puerta de madera.

Y se derrumbó ante lo que veían sus ojos.

Media ciudad era pasto de las llamas. Columnas de humo se elevaban hacia el cielo, iluminadas por destellos de relámpagos plateados. El olor a ceniza se mezclaba con una nube de perfume de unos rosales cercanos.

El capitán Al Juri envainó su espada y se acuclilló junto a Sherezade.

La mirada de amargo sufrimiento de esta paró en seco a Tariq.

—Jalal, ¿qué hemos hecho? —Su rostro era el reflejo de la más pura agonía.

—No, *delam*, esto no es por tu culpa. Nada de esto es por tu culpa. —El capitán le colocó una mano a cada lado de la cara.

—Debes... —Ella soltó un tembloroso suspiro—. Debemos detener esto. Antes de que muera más gente.

—No haré semejante cosa —respondió.

—¿Qué hemos hecho? —Era una súplica patética y desgarradora.

Jalal la ayudó a ponerse en pie.

—Nada. No has hecho nada.

Ella negó con la cabeza, con la expresión desorientada y sombría.

—Jalid... tendrá que...

—No. Eso nunca.

—Pero ¿cómo podemos vivir así? —gritó—. ¡Yo no puedo! ¡Él no puede!

Tariq no pudo soportarlo más:

—¿De qué estáis hablando?

—Tariq Imrán al Ziyad. —El capitán Al Juri no despegó los ojos de Sherezade mientras hablaba—. Tengo una petición que haceros.

—La respuesta es no.

—¿No queréis oírla primero?

El chico lo fulminó con la mirada, en silencio.

El capitán giró la cabeza para observarlo.

—Sacad a Sherezade de Rey.

—Esa era mi intención.

Los ojos de esta relucieron.

—Jalal...

—Lleváosla. —El capitán Al Juri la aferró por los hombros.

—No, no puedo marcharme. —Hizo un esfuerzo por estabilizar su temblorosa mandíbula—. No me marcharé. No tengo... miedo.

Jalal se colocó frente a ella.

—Escúchame por una vez. Te lo pido.

Ella empezó a protestar y una ráfaga de aire caliente sopló en su dirección, lo que dispersó aún más el extraño perfume a rosas dulces y humo acre. Cerró los ojos con fuerza y se llevó una mano al pecho.

—Tariq, ¿dónde está mi padre? —preguntó con voz ronca.

—Lejos de la ciudad —respondió—. Esperando... en lo alto de una colina.

Entonces abrió los ojos y lo miró con una certeza escalofriante y recién descubierta.

—Llévame hasta él. —Sin esperar respuesta, dejó atrás al capitán y entró en los establos para ensillar un caballo.

Tariq se giró para observar cómo desaparecía en la oscuridad con aquella

postura rígida y aquellas zancadas mecánicas. No había hecho más que empezar a procesar su confusión cuando Al Juri lo agarró del brazo.

Tariq apartó la mano de aquel chico arrogante.

—¿Qué...?

—¿Aún la amáis? —le preguntó en un susurro cargado de urgencia.

—Eso no es asunto vuestro.

—Contestadme, maldito estúpido. ¿La amáis?

Tariq apretó los dientes y le devolvió al capitán de la Guardia Real su mirada feroz.

—Siempre.

—Entonces, aseguraos de que nunca regrese.



## RESCOLDOS

Los dos jinetes se reunieron en medio del desierto, bajo el manto negro de la noche.

Uno a lomos de un sencillo corcel gris y el otro sobre un espléndido semental blanco.

Detrás de cada uno había un escuadrón de soldados armados.

El jinete del semental blanco habló primero:

—Me han dicho que compartimos un enemigo común. —Su voz era profunda y falsa.

El otro jinete lo escudriñó con la misma meticulosidad.

—Eso parece, mi señor.

El primero esbozó una lenta sonrisa empalagosa.

—Sois tal y como os describieron, Reza ben Latief.

—Igual que vos, mi señor.

El sultán de Partia se echó a reír.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Eso pretendía, mi señor. Perdonadme por no transmitir adecuadamente el sentimiento, pero no accedí a acudir a este encuentro para parlamentar con vos.

La risa del sultán reverberó en la noche.

—Un hombre sincero. Me gusta. Dejemos a un lado las galanterías y hablemos de negocios.

—Por supuesto, mi señor.

—¿Cuáles son vuestras intenciones respecto al bastardo de mi sobrino?

—Sufrimiento y aniquilación.

Los ojos del sultán centellearon belicosos.

—Ajá.

—¿Y cuáles son las vuestras?

—Humillación... y aniquilación. Tal vez podríamos ayudarnos el uno al otro a conseguir nuestros objetivos.

—Mi ayuda depende de lo que tengáis que ofrecer, mi señor.

—Por el momento puedo ofreceros dinero y armas. Una vez que aseguréis la frontera y reforcéis a los grupos de presión, ampliaré mi oferta, pero, hasta entonces, no voy a arriesgarme a alimentar la ira del chico.

—Es comprensible.

El sultán hizo un gesto a su espalda y un par de guardias le acercaron un pequeño cofre lacrado.

—Un gesto de buena fe. Cuando se agoten estos fondos, hacédmelo saber y os dispensaré más.

Reza asintió. Miró a su comitiva por encima del hombro y dos figuras encapuchadas se adelantaron para recoger el oro.

Cuando una de ellas se agachó, la luz azulada de la luna del desierto le iluminó el antebrazo.

Y la marca de un escarabajo.

*Sherezade:*

*Te he fallado varias veces, pero hubo una en que te fallé por encima de todas: fue el día que nos conocimos, cuando cogí tu mano y tú me miraste con aquel brillo de odio en tus ojos. En ese momento debí haberte enviado a casa con tu familia, pero no lo hice. Había sinceridad en tu odio. Audacia en tu dolor. En aquella sinceridad me vi reflejado a mí mismo o, más bien, al hombre que me gustaría ser. Por eso te fallé.*

*No me quedé al margen. Más tarde, creí que me bastaría con obtener respuestas. Dejaría de preocuparme. Dejarías de importarme. Y seguí fallándote. Seguí queriendo más. Y ahora no soy capaz de encontrar las palabras para decir lo que debo decirte. Para expresarte una mínima parte de lo que debo. Cuando pienso en ti, me falta aire para respirar. Y ahora, aunque te has ido, no siento dolor ni miedo. Lo único que me queda es gratitud.*

*Cuando era niño, mi madre me decía que una de las mejores cosas de la vida es saber que tu historia no ha acabado todavía. Puede que nuestra historia haya acabado, pero la tuya aún está por contarse.*

*Haz que sea una historia digna de ti.*

*Te he fallado en una última cosa. Esta es mi oportunidad para redimirme. No fue porque no lo sintiera, sino porque juré que nunca lo diría, y un hombre no es nada si no puede cumplir sus promesas.*

*Así que se lo escribo al cielo...*

*Te quiero, una y mil veces. Y nunca me disculparé por ello.*

*Jalid*

Jalid estaba apoyado en la barandilla de la azotea mientras contemplaba la salida del sol en el claro horizonte.

Su palacio de mármol y piedra aún ardía y estaba casi en ruinas.

La ciudad era un páramo de escombros y columnas de humo. De sufrimiento y promesas perdidas.

Cerró los ojos un instante ante la devastación.

Pero sólo un instante.

Porque aquella era su ciudad. Su elección. Su responsabilidad.

Nunca volvería a renegar de ello.



Con renovado propósito, cogió el pergamino y lo acercó a una antorcha.

Una esquina de la página empezó a doblarse y a tornarse en cenizas, y las llamas lamieron el resto en oleadas celestes y naranjas.

Jalid sostuvo la carta ante él.

Y lanzó sus rescoldos al viento.

Hacia aquel radiante amanecer.



## GLOSARIO

**Ajal-teké:** Raza de caballo que se caracteriza por su brillo metálico; el caballo de Rahim.

**Al jamsa:** Estirpe de caballo árabe criado en el desierto, traducido como «el cinco»; el caballo de Tariq; el caballo de Jalid, *Ardeshir*.

**Amarda:** La mayor ciudad de Partia; ciudad en la que reside Salim Alí al Sharif.

**Califa:** Gobernante de Jorasán, término sinónimo de «rey»; Jalid ben al Rashid.

**Califato:** Región gobernada por el califa; Jorasán.

**Chagatai:** Lengua muerta de origen centroasiático.

**Cimitarra:** Espada curva y de un solo filo; la espada de Tariq; la espada de Jalal.

**Coraza:** Armadura de la parte superior del cuerpo consistente en un peto y un espaldar amarrados.

**Delam:** Término afectuoso que significa «mi corazón».

**Dinar:** Moneda acuñada a partir de lingotes de oro.

**Efendi** *Título honorífico que suele añadirse a un nombre para indicar respeto.*

**Emir:** Noble de Jorasán, similar a un duque, uno de los aliados del califa; Nasir al Ziyad.

**Faquir:** Sabio en magia y misticismo.

**Fida'i:** *Mercenario marcado por un escarabajo en la parte interior del antebrazo.*

**Galyan:** *Narguile o pipa de agua.*

**Jahkesh:** *Insulto que significa «putañero» o «proxeneta».*

**Jan:** *Término afectuoso. Sufijo añadido a un nombre para que signifique «querido».*

**Jeque:** Líder de una tribu badawi; Omar al Sadiq.

**Joonam:** *Término afectuoso que significa «mi todo».*

**Jorasán:** Reino rico, gobernado en la actualidad por un califa de dieciocho años con un pasado lleno de muerte.

**Kamanché:** Instrumento de cuerda parecido al violín.

**Kohl:** Cosmético para los ojos hecho tradicionalmente de galena triturada.

**Lavash:** *Tipo de pan muy fino.*

**Mago:** Hechicero; Musa Zaragoza.

**Malik:** *Gobernador de Asiria, sinónimo de «rey».*

**Mangala:** Puño de piel, que abarca desde la muñeca al codo, asociado con la cetrería.

**Manto:** Túnica holgada, por lo general hecha de un material elaborado como el damasco, que suele llevar la realeza.

**Marg-bahr:** *Mal deseo, específicamente de muerte o destrucción, a alguien o algo.*

**Ney:** Instrumento de viento parecido a la flauta.

**Partia:** Reino menor vecino de Jorasán, gobernado por Salim Alí al Sharif.

**Qamis:** *Camisa holgada de manga larga que llevan tanto hombres como mujeres y que suele ser de lino.*

**Rajput:** *Miembro de una orden guerrera; Vikram.*

**Rey:** La mayor ciudad de Jorasán; ciudad natal de Sherezade.

**Rida':** *Capa que llevan los hombres sobre los hombros y que les cubre la camisa; también puede incluir una capucha para ocultar la cara.*

**Sahib:** Título utilizado con deferencia y que suele denotar un rango.

**Sama:** Práctica asociada con los derviches.

**Santur:** Instrumento de cuerda también conocido como dulcemele que se toca con un pequeño mazo.

**Sayidi:** Término de respeto utilizado para dirigirse al califa, traducido como «mi señor».

***Shahrban de Rey:*** General de mayor rango de Jorasán, segundo por debajo del califa; el general Aref al Juri.

**Shamla:** Bata o túnica bordada.

***Shamshir:*** Sable fino con una curva bastante pronunciada; la espada de Jalid.

***Sirwal:*** Pantalones voluminosos que llevan tanto hombres como mujeres; suelen ajustarse al tobillo y asegurarse a la cintura con un fajín.

**Sultán:** Gobernador de Partia, término sinónimo de «rey»; Salim Alí al Sharif.

***Tabarzin:*** Hacha de guerra.

**Tabas:** Dados de hueso de los tarsos de un cuadrúpedo, utilizados originariamente en la astragalomancia, un método de adivinación.

***Taleqan:*** Fortaleza del emir Nasir al Ziyad, cuarto fuerte más rico de Jorasán; hogar de Tariq.

***Talwar:*** Especie de espada curvada o sable originario del Indostán; la espada del rajput.

***Tebas:*** Gran ciudad del centro de Grecia.

***Tikka:*** Fajín largo con que se envuelven las caderas, en gran medida decorativo, que llevan tanto hombres como mujeres.

***Tirazis:*** Ciudad de Jorasán famosa por sus canteras de piedra.

***Tombak:*** Tambor que descansa en la cadera.

***Tribu badawi:*** Tribu nómada del desierto, controlada por un jeque.

**Visir:** *Consejero del califa.*

**Zoco:** *Mercado al aire libre.*



## AGRADECIMIENTOS

Recuerdo haber oído una vez que la palabra *viaje* se encuentra entre las más utilizadas para describir la experiencia creativa.

Tras reflexionar sobre el tema, supongo que *odisea* no le pega demasiado. Por no hablar de toda la cuestión homérica.

Me desvíó del tema.

Este *viaje* no habría sido factible sin un montón de gente maravillosa. Haré todo lo posible por recordar a todos y cada uno de ellos, pero, si no lo consigo, por favor, sabed que la culpa es sólo mía y que les deberé algo bueno a los ofendidos en un futuro próximo. Aunque no mi primogénito, porque eso ya lo he hecho.

Primero, este libro sólo sería una vaga idea flotando en mi cabeza de no ser por el apoyo y la orientación de mi agente, Barbara Poelle. B, tú estabas allí antes de que pulsara la primera tecla y fuiste tú la que me dio el valor para escribir esto. La mera gratitud parece poca cosa en comparación. Con todo, un millón de gracias.

Como le dije una vez que nos encontrábamos ante una fecha de entrega inminente e intercambiábamos e-mails después de la medianoche, existe otra persona en el mundo que ha pasado casi tanto tiempo como yo con estas palabras. A mi editora, Stacey Barney, eres mi igual en todos los aspectos. Gracias por amar este libro y por creer tanto en él desde el primer día. Y por convertirlo en lo que es hoy, algo infinitamente mejor de lo que era en un principio. Te aprecio y te respeto más de lo que puedo expresar.

Al fenomenal equipo de Penguin: a Kate Meltzer —lexicógrafa y

francófila extraordinaria—, a mi maravillosa publicista Marisa Russell, a Bri Lockhart por su entusiasmo y su apoyo, a Venessa Carson, a Jen Besser, a Theresa Evangelista por el precioso diseño de cubierta, a Marikka Tamura, Cara Petrus, Ana Deboo, Anne Heausler y Cindy Howle por asegurarse de que estas palabras rendían justo tributo a su maravillosa inspiración.

A mi grupo de escritura —Ricki Schultz, Sarah Henning, Joy Callaway, Sarah Lemon, Steph Funk, Alison Bliss, JJ, y Sarah Blair—: muchas gracias por estar ahí para todo y en todo momento. Os quiero a cada uno de vosotros.

A todas mis debutantes de 2015: ha sido un verdadero privilegio compartir este viaje con vosotras. Quiero expresar un agradecimiento especial a mis 2K15-ers... Me habéis impresionado. También a Sabaa Tahir: gracias por ser tú.

Al asombroso equipo de We Need Diverse Books: nuestra colectiva pasión por esta causa me deslumbra cada día. Gracias por todo lo que hacéis. Esto es sólo el principio.

A Marie Lu por acogerme bajo su ala y ser una de las mejores personas que he tenido el privilegio de conocer. Tu nota promocional me hizo llorar. Y siempre te daré los bordes. Siempre.

A Carrie Ryan por ser la compañera de la hora del almuerzo más increíble del mundo. Estoy segura de que JP y Vic siempre se preguntan de qué hablamos tanto rato. Yo tampoco lo sé, pero lo que sí sé es que me marchó pensando que deberíamos hacer esto todas las semanas. Gracias, gracias, gracias. Por todo y más.

A Heather Baror-Shapiro por abrirle a Shezi las puertas del mundo con tanto ímpetu y estilo. A día de hoy aún no logro entender que mi libro vaya a ser traducido a tantos idiomas. Y todo te lo debo a ti.

A mi hermana, Erica, por ser mi primera lectora, por dejar las mejores notas del mundo en la historia y por tener la idea de las cartas de Jalid. Jane

Austen no te llega ni a la suela de los zapatos (Knightley, el mejor). A Elaine por ser mi paladina, mi mejor amiga y mi mayor fan. Te quiero mucho, *chica*. A mi hermano Ian por decirme que se leería el libro cuando estuviera publicado «de una vez». Espero un informe completo la semana que viene. A mi hermano Chris por las risas, los abrazos y los GIF inapropiados. A mi madre por no dejarnos ver la tele durante la semana y asegurarse así de que siempre amaría los libros y el mundo de la fantasía. A mi padre por leernos cuando éramos pequeños. Y por poner siempre voces. A mi familia política por compartir su cultura, su amor, su comida y sus bromas conmigo. Os quiero más de lo que las palabras pueden expresar.

Y, por último, a Vic. Tú eres mi razón y mi excusa para todo.

Algún día se lo escribiré al cielo.